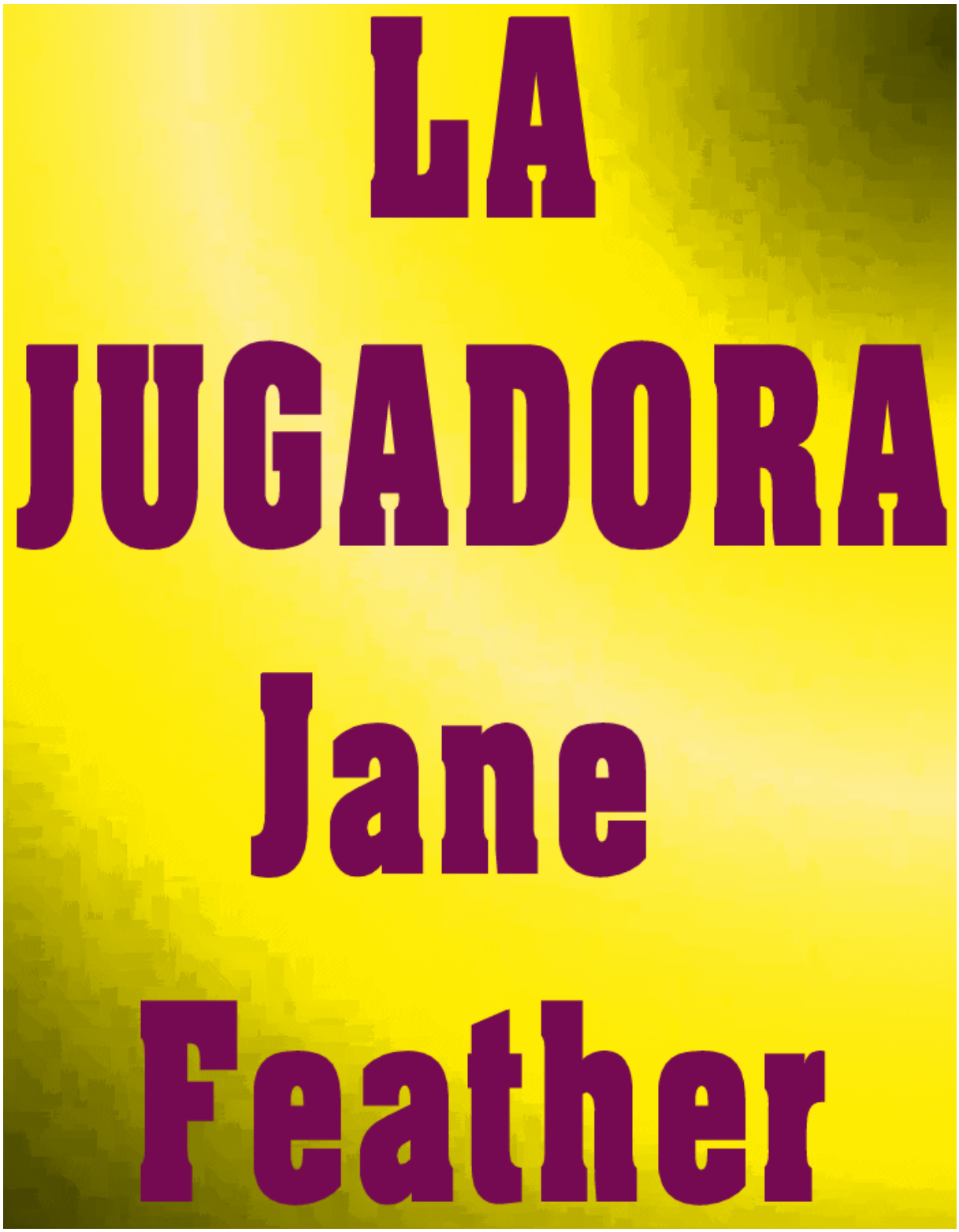
La Jugadora

Jane Feather



LIBROdot.com

http://www.librodot.com

Prólogo

La pluma rascaba el pergamino. En el hogar crepitó un leño. La vela goteaba sebo y su llama se agitó cuando una aguja de viento penetró por las persianas que no ajustaban bien.

El hombre sentado ante la mesa interrumpió su escritura. Mojó la pluma en el tintero y paseó la mirada a su alrededor, por el penumbroso y miserable apartamento. Los paneles de madera que revestían los muros estaban resquebrajados, y la mugre de años se había incrustado en ellos; las botas del hombre se pegoteaban en el suelo. Se arrebujó en su capa y echó una mirada al fuego. Este estaba algo mortecino; el hombre se inclinó para tomar otro leño del cesto, pero luego lo dejó caer. Eso sería un derroche que ya no necesitaba. En ese momento no... en unos pocos minutos, ya no le haría falta.

Reanudó la escritura; el rascar de su pluma fue el único sonido audible. Luego, tomó el arenillero y espolvoreó la carta para secar la tinta. Sin releer lo que había escrito, plegó el papel con sumo cuidado y pulcritud, dejó caer una gruesa gota de cera de la vela sobre el pliegue e imprimió el sello de su anillo en la cera. Permaneció un minuto con la vista clavada fijamente en las iniciales impresas en la cera: G. D. Luego, volvió a escribir sobre el papel sellado.

Se puso de pie y dejó el papel sobre la repisa de la chimenea apoyado en un candelabro oxidado. Aún había un poco de coñac en una botella sobre la mesa. Lo vertió en un vaso y lo bebió, saboreando en su lengua la áspera quemazón, la tibieza que resbalaba por su garganta. Era una bebida tosca y ordinaria para un hombre que, en otros tiempos, había conocido sólo los coñacs más finos; sin embargo, lo reconfortó.

Fue hasta la puerta y la abrió con sigilo. El corredor estaba oscuro y silencioso. Se deslizó por el corredor con pasos ligeros y se detuvo ante las dos puertas enfrentadas que había en el extremo. Estaban bien cerradas. Hizo girar con lentitud el tirador de la puerta que estaba a su derecha. Esta se abrió pero él no entró: miró en la oscuridad la silueta que yacía en la cama y el abultamiento sobre las mantas. Sus labios se movieron en silencio, como si dijeran una bendición, luego cerró con la misma suavidad y repitió la operación en la otra puerta.

Regresó a la habitación iluminada por la vela, cerró la puerta y se acercó otra vez a la mesa. Abrió un cajón y sacó un revólver plateado. Hizo girar el tambor: había una bala. No necesitaría más.

Ese único disparo hizo trizas el silencio de la noche. La carta que había quedado sobre la repisa llevaba escrita una leyenda: Sebastian y Judith: mis queridísimos hijos. Cuando leáis esto, por fin comprenderéis.

1

¿Qué diablos estaría haciendo ella? Distraído, Marcus Devlin, el muy honorable marqués de Carrington, cambió su copa vacía de champaña por otra llena que sacó de la bandeja de un lacayo que pasaba. Apartó sus hombros de la pared y se irguió en toda su altura para ver mejor hacia el otro lado del atestado salón, allí donde estaba la mesa de macao. Ella tramaba algo. El lo sentía en cada uno de los pelos de la nuca, completamente erizados.

Ella estaba de pie, detrás de la silla de Charlie, moviendo el abanico en lentos balanceos frente a la parte inferior de su cara. Se inclinó hacia delante para susurrar algo en el oído de Charlie; la suntuosa curva de sus pechos y la honda sombra de la hendidura entre ellos se revelaron en el escote de su vestido de noche. Charlie la miró y le sonrió con la suave sonrisa tonta del primer enamoramiento juvenil. No era de extrañar que su joven primo hubiese caído rendido a los pies de la señorita Judith Davenport, reflexionó el marqués. Casi no había hombre en Bruselas que no se sintiese excitado por ella: criatura de contrastes, vibrante, rebosante, de aguda inteligencia... mujer que de un modo indefinible representaba un desafío para un hombre, que un instante ponía a prueba el valor de un hombre y al siguiente era mansa como una garita, que provocaba en un hombre deseos de levantarla en sus brazos y acunarla, protegerla de la tormenta...

¡Naderías románticas! El marqués se reprochó a sí mismo duramente por parecerse a su primo y a la mitad de los jóvenes soldados que paseaban orgullosos sus uniformes por los salones de Bruselas, mientras el mundo esperaba que Napoleón hiciera su siguiente movimiento. Hacía ya varias semanas que observaba cómo Judith Davenport tejía sus hechizos; estaba convencido de que la muchacha seguía con toda claridad una secuencia propia. Sin embargo, no conseguía descubrir de qué se trataba.

Posó la mirada sobre el joven que estaba sentado en frente de Charlie. Sebastian Davenport tenía la banca. Bello como su hermana, a su modo, estaba sentado desmañadamente en su silla; tanto en su forma de vestir como en su postura, irradiaba una estudiada indiferencia. Desde el otro lado de la mesa, se reía al tiempo que barajaba los naipes. El ánimo que reinaba en esa mesa era ligero, Era el que siempre acompañaba a los Davenport. Era de suponer que ése era uno de los motivos de la popularidad de ambos... y entonces, el marqués lo vio.

Era el movimiento del abanico de ella. Había un propósito en esos lentos y amplios movimientos. A veces, se hacían más veloces, otras, se detenían. En una o dos ocasiones, había cerrado el abanico de un golpe y luego, casi de inmediato, comenzaba una agitación vigorosa de la delicada medialuna pintada. En la mesa se renovaban las carcajadas y, con un perezoso barrer de su rastrillo, Sebastian Davenport recogía las pilas de monedas y rollos de billetes -rouleaux- que estaban en el centro de la mesa.

El marqués atravesó el salón. Cuando llegó junto a la mesa, Charlie alzó la vista hacia él y le dedicó una sonrisa torcida.

-No es mi noche, Marcus.

-Pocas veces lo es -dijo Carrington, aspirando rapé-. Ten cuidado de no endeudarte.

La advertencia presente en el consejo no pasó inadvertida para Charlie, aunque el tono de su primo fuese tan afable como descuidado. Un ligero sonrojo tiñó los pómulos del joven, y bajó la vista hacia sus naipes. Marcus era su tutor, y tenía la tendencia a no ser demasiado comprensivo cuando las deudas de juego de Charlie sobrepasaban su asignación quincenal.

-¿Le gustaría jugar, lord Carrington? -dijo la voz suave de Judith Davenport, hablando junto al hombro del marqués, que se volvió para mirarla.

Ella estaba sonriendo, sus ojos castaño dorados eran luminosos y estaban bordeados por las pestañas más espesas y rizadas que él había visto en su vida. De cualquier manera, diez años eludiendo los escandalosos halagos de doncellas a la pesca de un esposo rico lo habían dejado inmune a las lisonjas de un par de ojos bellos.

-No. Sospecho que tampoco debe de ser ésta mi noche, señorita Davenport. ¿Me permite acompañarla al salón comedor? Me aburriría viendo a mi primo perder a toda velocidad.

Le dirigió una breve reverencia y la asió por el codo sin esperar una respuesta.

Judith se puso rígida, sintiendo la presión de la mano que sujetaba su brazo desnudo. Había en los ojos del hombre una dureza acorde con la firmeza de su apretón; sintió que se tensaba su cuero cabelludo y que la inquietud la recorría con un estremecimiento.

-Al contrario, milord; para mí el juego es lo más interesante.

Con disimulo, Judith quiso librar su brazo, pero los dedos del hombre se apretaron con calidez y con mayor firmeza aún.

-Insisto, señorita Davenport. Le agradará beber un vaso de sangría.

El tenía los ojos muy negros; en ellos se veía un resplandor bastante desagradable, tan insistente como si tono y sus palabras, que estaban suscitando cada vez más: atención y asombro. Judith no encontró ninguna forma: elegante y discreta de escapar. Rió con ligereza.

-Me ha convencido, señor. Sin embargo, prefiero el champaña a la sangría.

-Eso es fácil de solucionar.

Pasó el brazo de ella por el suyo y apoyó su mano libre sobre la de ella, sobre la seda negra de su manguito Judith se sintió como si estuviese esposada.

Atravesaron el salón de juego en medio de un silencio incómodo y recargado. ¿Habría adivinado él que estaba pasando? ¿Habría visto algo? ¿Cómo e posible que ella se hubiese traicionado? ¿O se tratar! de algo que Sebastian había hecho, dicho, algo en» apariencia...? Preguntas y especulaciones circulaban! toda velocidad por el cerebro de Judith. Casi no conocía a Marcus Devlin. Era un individuo demasiado sofisticado, demasiado obstinado para resultar útil a ella y a Sebastian, aunque ella tenía la sensación de que él sería un contrincante con quien habría que esforzarse.

El comedor estaba más allá del salón de baile; sin embargo, en lugar de guiar a su compañera entre las parejas que bailaban y las filas de carabinas sentadas contra la pared, Marcus giró en dirección a las grandes puertas acristaladas que daban a una terraza de suelo de lajas. La brisa movía suavemente las pesadas cortinas de terciopelo en una puerta abierta.

-Creía que íbamos a beber una copa -dijo Judith, deteniéndose de repente.

-No, vamos a dar un paseo nocturno al aire libre -le informó su compañero con sonrisa amable-. Ponga un pie delante del otro, mi querida señora, pues de lo contrario nuestro avance podría hacerse un tanto desigual.

Un inconfundible tirón de su brazo la impulsó hacia adelante dando un tumbo; Judith se apresuró a acomodar su paso al andar tranquilo y decidido de su acompañante.

-No me interesa el aire de la noche -siseó entre dientes, sin que la sonrisa abandonase su rostro-. Es muy malo para el cutis y, con frecuencia, provoca fiebre palúdica o reumatismo.

-Sólo a los mayores -dijo él, alzando sus espesas cejas negras-. Yo diría que usted no tiene más de veintidós. ¿O será que es muy hábil con los polvos y las pinturas?

El había acertado exactamente la edad de ella; Judith percibió una creciente sensación de estar fuera de su elemento.

-No soy una actriz tan consumada, milord -replicó ella con frialdad.

-¿No lo es? -Marcus apartó la cortina para que ella pudiese pasar, y Judith se halló en la terraza, iluminada por antorchas puestas en soportes a intervalos, a lo largo de un parapeto bajo que abarcaba la extensión delantera del verde prado-. Yo habría jurado que es tan buena como cualquiera de las de Drury Lane.

La afirmación fue acompañada por una mirada penetrante.

Judith hizo acopio de fuerza y respondió al comentario como si fuese un cumplido humorístico.

-Es usted muy amable, señor. Confieso que he envidiado durante mucho tiempo el talento de la señora Siddons.

-Oh, se subestima usted -dijo él en voz baja. Habían llegado al parapeto, y él se detuvo bajo la luz de una antorcha-. Está usted desarrollando una actuación teatral bastante buena, señorita Davenport; y su hermano también.

Judith se irguió en toda su estatura. No era nada impresionante comparada con el ancho y la altura de su acompañante, pero le daba una ilusión de grandeza.

-No sé de qué está usted hablando, milord. Al parecer, me ha obligado usted a acompañarlo para poder insultarme con vagas insinuaciones.

-No, no hay nada vago en mis acusaciones -dijo él-. Por insultantes que puedan ser, estoy seguro; de que el juego de naipes de mi primo mejorará en su ausencia.

-¿Qué es lo que quiere decir?

El color abandonó sus mejillas; luego regresó, en un» reflujo caliente y revelador. Judith se apresuró a utiliza» su abanico, en un esfuerzo por ocultar su agitación.

El marqués la asió por la muñeca y, torciéndola, le ¡ quitó diestramente el abanico de la mano.

-Es usted muy experta con el abanico, señora.

-¿Qué dice?

La joven volvió a intentar una actitud de altanera incomprensión, pero su actuación se hacía cada vez menos convincente.

-No siga con este engaño, señorita Davenport No nos beneficia a ninguno de los dos. Usted y su hermano pueden desplumar a todos los imbéciles que puedan encontrar, eso me tiene sin cuidado, siempre que dejen en paz a mi primo.

-Habla usted con acertijos -dijo ella.

No había manera de demostrar nada; Judith se dijo que él no podía lanzar ninguna acusación formal. Pero ¿y si suponía que él podría hacer circular el rumor... cuando ellos fuesen a Londres?

Necesitaba tiempo para pensar. Con un encogimiento de hombros, se volvió de espaldas a él, como si tuviese intenciones de regresar al salón de baile.

-En ese caso, permítame que resuelva los acertijos -la tomó del brazo-. Nos alejaremos un poco de la luz. No querrá que alguien oiga lo que debo decir, ¿no es cierto?

-Nada que usted pueda decir me interesa, lord Carrington. Y ahora, si me disculpa...

La carcajada despectiva de Marcus restalló en el suave aire de verano.

-No cruce espadas conmigo, Judith Davenport. Soy un rival a medida para una mozuela que hace trampas con los naipes. Es posible que usted viva de su ingenio, pero puedo asegurarle que yo he utilizado el mío desde mucho antes de que usted comenzara a utilizar el suyo.

De golpe, Judith abandonó una ficción que sin lugar a dudas resultaba inútil. No haría más que alimentar el antagonismo de ese hombre y, en consecuencia, el peligro. Dijo con calma:

-Usted no puede demostrar nada.

-No tengo interés en demostrar nada -replicó él-. Ya le he dicho que puede tomar por imbécil a tanto idiota cabeza hueca como desee. Pero deje a mi pariente en paz -la tomó del codo y comenzó a bajar los peldaños que conducían hacia la fila de robles idénticos que proyectaban sus gigantescas sombras lunares en el límite de la hierba. En la semi oscuridad, el marqués se detuvo-. Entonces, señorita Davenport, quiero que me dé su palabra de que pondrá fin al enamoramiento de Charlie.

Judith alzó los hombros.

-No es mi culpa si él tiene la fantasía de que está enamorado de mí.

-Oh, ya lo creo que es su culpa. ¿Acaso piensa que no la he observado? -se reclinó contra el tronco de un roble, cruzó los brazos y posó la vista en el resplandor pálido del rostro de la muchacha, el brillo dorado de sus ojos-. Es usted una coqueta de primer orden, señora. Y quiero que vuelque sus ojos líquidos y sus artes innegables sobre algún otro joven tonto.

-Estoy segura de que sólo a su primo atañe a quién debe amar -dijo la joven-. No acierto a ver qué tiene que ver eso con usted, señor.

-Tiene que ver conmigo si mi pupilo se ha embrollado con una cazadora de fortunas, una mujer fácil, carente de principios, sin...

La palma de la mano abierta de Judith restalló en la mejilla del hombre y provocó un mortífero silencio en el cual se oyeron trozos de melodías que flotaban, llegando desde la casa.

Judith giró alejándose de él y dejando oír un breve sollozo, apretándose los labios con los dedos como esforzándose por contener las lágrimas y con un exceso de orgullo y sensibilidad heridos. De algún modo, debía | quitarle las armas a Marcus Devlin; si no lo lograba honestamente, tendría que utilizar otro medio. No podía correr el riesgo de que él difundiese sus acusaciones en los clubes de Londres, cuando los Davenport hicieran su entrada en la sociedad londinense. En la precipitación del momento, ella sólo podía presentarle la imagen de la inocencia hondamente ofendida, y abrigar la esperanza de suscitar en él la voluntad de modificar su actitud ganando al menos su futuro silencio, si no la compasión,

-Usted no sabe nada de mí -dijo ella, con tono ahogado-. No es posible que sepa nada de lo que nosotros tuvimos que soportar... de cómo es que nos hallamos en esta situación... Jamás he perjudicado adrede a nadie; menos aún a su primo...

Dejó apagar su voz, como tragándose un sollozo.

Marcus pensó que sin duda ella era una actriz consumada; sin embargo alguna oscura razón le impedía creer ni siquiera un instante en ese despliegue magistral. Se frotó la mejilla que le ardía, palpando la marca sobresaliente de los dedos de ella. Eso había sido más convincente, pero una exhibición tan violenta de virtud herida no tenía demasiada relación con la mujer de dudosa reputación que él conocía. Sin hacer caso de los sollozos valientemente contenidos, la observó con objetividad.

-Para ser una persona tan delicada, tiene usted bastante fuerza en la mano.

Esa no era la reacción que ella esperaba. Levantó la cabeza y habló con un tono de brava y altiva dignidad.

-Me debe una disculpa, lord Carrington.

-Yo, por el contrario, pienso que la bota está en el pie equivocado.

El siguió frotándose la mejilla y escrutándola con una atención que no hacía nada por tranquilizarla.

A ella le pareció más sensato escapar de los estrechos confines de la sombra y a una confrontación que se hacía más inestable en cada minuto que pasaba y que no iba en una dirección que la favoreciera. Ella se encogió de hombros.

-No es usted un caballero, milord -dijo, y se volvió como para regresar a la casa.

-Oh, no; no escapará así -dijo el marqués-. Todavía no. No hemos acabado nuestra discusión, señorita Davenport -la tomó del brazo y, por un segundo, los as permanecieron inmóviles, Judith aún de cara a la casa, su oponente todavía apoyado en el árbol-. Ese ha sido un ataque muy violento, señora, como respuesta a...

-¡Aun insulto imperdonable, señor! -interrumpió ella, con la esperanza de no sonar tan acorralada como estaba empezando a sentirse.

-Pero no sin justificativo -señaló él-. Con su silencio, ha admitido que usted y su hermano son... ¿cómo decirlo?, un par de expertos tahúres, con unos métodos poco ortodoxos para jugar.

-Quisiera regresar a la casa.

Incluso en sus propios oídos, el tono de Judith sonó! como una patética súplica y no como una enfática afirmación de sus intenciones.

-Dentro de un minuto. Para ser una coqueta tan habilidosa, está usted desempeñando el papel de doncella indignada de la manera más convincente, pero yo estoy decidido a probar algo más de usted que el escozor de su mano -la atrajo hacia él como un pescador que tirara de su sedal, y ella se acercó con la misma falta! de entusiasmo que tendría cualquier pescado enganchado-. Me parece justo que alivie usted la herida que k causado.

Tomó el mentón de Judith con su mano libre y le hizo levantar la cara. Sus ojos negros ya no parecían tan duros; Judith pudo ver un chisporroteo de risa en sus! profundidades... risa y un brillo tan peligroso que le erizó los nervios. Desesperada, trató de pensar en algo que ahogase tanto la risa como ese brillo amenazador.

-¿Quiere usted que lo bese para que se mejore, como un niño que se ha hecho daño en la rodilla? -le dedicó una sonrisa indulgente y vio, con satisfacción, que lo había sorprendido, algo que le proporcionaba una ventaja. Sin dudarlo, se puso de puntillas y lo besó en la mejilla-. Eso es, ahora se pondrá mejor -con un giro brusco, se separó de él, que ya no la sujetaba con fuerza, y surgió de las sombras bailoteando hacia la relativa luz del jardín-. Tenga usted buenas noches, lord Carrington.

Y se fue con paso ligero bajo la luz de la luna, con su cuerpo flexible como una vara de avellano, bajo la seda suave de su vestido color topacio.

Marcus se quedó mirándola en el tenue resplandor. ¿Cómo diablos había hecho esa pequeña perdida para ganar la escaramuza? El debería haber sido un rival de cuidado para esa mozuela. Estaba enfadado; estaba divertido; pero, sobre todo, ella representaba un desafío para él. Si no había logrado apartarla de Charlie, entonces tendría que utilizar un método de inducción más potente.

Judith regresó al salón de juego, pero sólo para despedirse, pretextando un dolor de cabeza. Charlie fue todo solicitud e insistió en acompañarla a su casa, pero Sebastian se puso en pie de inmediato.

-Eso no es necesario, Fenwick. Yo llevaré a mi hermana a casa -bostezó-. A decir verdad, no lamento retirarme tan temprano esta noche. Ha sido una semana dura.

Dirigió a todos los que rodeaban la mesa una sonrisa cautivadora.

-Muy lucrativa para ti, Davenport -dijo uno de los jugadores con un suspiro, empujando una letra de cambio hacia él.

-Oh, tengo una suerte endemoniada -dijo Sebastian, alegre, mientras guardaba el documento en el bolsillo-. Es algo de familia, ¿no es así, Judith?

La sonrisa de su hermana fue algo distraída.

-Así dicen.

La mirada de Sebastian se aguzó, y se enfocó en la puerta del salón de naipes, donde estaba el marqués de Carrington aspirando rapé.

-Estás un poco pálida, mi querida -dijo Sebastian, tomando el brazo de su hermana.

-No me siento del todo bien -admitió ella-. Oh, gracias, Charlie.

Sonrió con calidez al joven que le acomodaba el chal sobre los hombros.

-Tal vez mañana no estés en condiciones de salir a cabalgar-dijo Charlie, sin poder disimular la desilusión; de su voz-. ¿Quieres que vaya a visitarte...?

-No, desde luego que no. Mi tía detesta las visitas-interrumpió, tocándole brevemente la mano a modo de consuelo-. Pero mañana estaré en perfecto estado. Nos encontraremos en el parque, como habíamos arreglado.

Hermano y hermana salieron del salón de juego. Cuando llegaron a la puerta, Marcus los saludó con una reverencia.

-Le deseo buenas noches, señorita Davenport.

-Buenas noches, milord -al pasar junto a él, cediendo a un impulso que ella misma no comprendía Judith murmuró por encima del hombro-: Iré a cabalgar con su primo mañana por la mañana.

-Oh, entiendo muy bien que me ha arrojado guante -repuso él, en voz tan baja como la de ella-. Pero todavía no ha probado usted mi fuerza, señora. Téngalo en cuenta.

Hizo otra formal reverencia a modo de saludo y alejó antes de que ella pudiese replicar.

Judith se mordió el labio, consciente de una extraña mezcla de aprensión y excitación, diferente a todo lo que había sentido hasta entonces; aquello era tan peligroso como inquietante.

-¿Qué pasa, Ju? -preguntó Sebastian en cuanto estuvieron fuera de la mansión, sobre la calle empedrada de adoquines.

-Te lo diré cuando lleguemos a casa.

Judith subió al desvencijado carruaje que los esperaba en la esquina, se sentó apoyándose en el cuero cuarteado de los cojines; en su frente apareció un ceño que unía sus cejas arqueadas, mientras se mordía el labio inferior.

Sebastian conocía esa expresión. Por lo general, significaba que algo había despertado los excéntricos principios de su hermana. Ella no diría nada hasta que no estuviese dispuesta, de modo que se resignó a acomodarse y a aguardar a que ella le dijera qué le preocupaba.

El carruaje se detuvo frente a una casa estrecha, en un callejón oscuro, en una parte de la ciudad que, sin lugar a dudas, había visto mejores tiempos. Los hermanos se apearon, y Sebastian pagó al cochero por su noche de trabajo. Judith ya estaba abriendo la cerradura de la puerta principal; entraron en un estrecho pasillo iluminado por una única vela de sebo, colocada en un soporte fijo en la pared de la escalera.

-Uno de estos días, alguien notará que nunca hemos dado a nadie nuestra dirección -observó Sebastian, siguiendo a su hermana escalera arriba-. No podemos mantener mucho tiempo más el cuento de la tía quisquillosa.

-Dejaremos Bruselas en cualquier momento -dijo Judith-. Napoleón está obligado a movilizarse pronto; entonces, el ejército se marchará. No tendría sentido quedarse en una ciudad vacía.

Abrió la puerta que estaba en lo alto de la escalera; daba a un recibidor cuadrado.

El cuarto estaba oscuro y sucio, los muebles destartalados, la alfombra deshilachada, y la luz triste de las velas de sebo no contribuía demasiado a mejorar las cosas. Judith arrojó su chal de la India sobre un sofá de respaldo roto y se dejó caer en una silla; profundas arrugas surcaban su frente.

-¿Cuánto hemos hecho esta noche?

-Dos mil -respondió su hermano-. Podría haber sido más, pero, después de que te fuiste con Carrington, perdí la siguiente mano por no tener en cuenta un as -disgustado consigo mismo, sacudió la cabeza-. Siempre es igual; me vuelvo descuidado si me apoyo en ti durante demasiado tiempo.

-Sí-Judith se quitó los zapatos sacudiendo los pies, luego comenzó a masajearse un pie-. Debemos practicar una y otra vez para mantenernos en forma. Más aún, pienso que debemos pasar un tiempo considerable perfeccionando los movimientos, porque debo de haber cometido un error, aunque no sé cómo. Pero el muy honorable marqués de Carrington está enterado de lo nuestro.

Sebastian silbó.

-¡Por todos los diablos! ¿Y ahora qué hacemos?

-No lo sé con exactitud -con el ceño fruncido, Judith cambió de pie y tironeó de los dedos con aire ausente, pero con vigor-. El dijo que no nos delataría, pero me dio una orden bastante directa para que haga olvidar a Charlie su enamoramiento.

-Bueno, eso es fácil de hacer. Nunca has tenido la menor dificultad para desembarazarte de un pretendiente demasiado entusiasta.

-No, pero ¿por qué debería hacerlo? No tengo intenciones de lastimar a Charlie. Más aún, creo que un poco de coqueteo sofisticado le haría muchísimo bien, y si pierde algunos miles en las cartas, no es algo que él no pueda permitirse. Dejando de lado esos minutos de anoche, las únicas pérdidas injustas que ha sufrido están relacionadas con tu talento natural. El juega porque lo desea; yo no veo por qué habría que permitir que Carrington se entremeta.

Sebastian observó a su hermana con preocupación. Ya no tenía dudas de que se trataba de una ofensa a sus principios.

-El es su tutor -señaló-. Y nosotros tenemos mala fama, Ju. No deberías tomar tan a pecho que alguien lo advierta y se comporte de acuerdo con eso.

-¡Oh, de ninguna manera! -dijo ella-. Tan mala fama como cualquiera. Sucede que no somos hipócritas. Tenemos que asegurarnos un techo donde vivir y el pan en nuestra mesa, y lo hacemos del único modo que sabemos hacerlo.

Sebastian se acercó hasta una mesa lateral y sirvió coñac en dos copas.

-Siempre podrías trabajar como institutriz -dio a su hermana una de las copas y rió entre dientes, al ver su expresión horrorizada-. Ya puedo imaginarte transmitiendo sutiles conocimientos de acuarela y rudimentos de italiano a unas niñas pequeñas en un salón de clase.

Judith se echó a reír.

-Nada de eso. Yo les enseñaría a jugar al póquer y al backgammon haciendo altas apuestas; a agitar las pestañas y a tener salidas divertidas ante los caballeros para que se animen a jugar; a saber cuándo llegó el momento de mudarse; a encontrar los alojamientos y los criados más baratos; a escabullirse por las noches para eludir al alguacil; a hacerse un guardarropa de la nada. En síntesis, les enseñaría todos lo necesario para tener éxito en representar una comedia, igual que me enseñaron a mí.

Ya no se percibía la risa en su voz, se había perdido en la mitad de su discurso; Sebastian tomó su mano.

-Seremos vengados, Ju.

-Por nuestro padre -dijo, alzando la cabeza y bebiendo un sorbo de coñac-. Sí, seremos vengados por él.

En silencio, Sebastian se unió al brindis y, por un momento, ambos permanecieron con la vista fija en el hogar vacío, recordando. Recordaron y reafirmaron su promesa. Después, Judith dejó su copa sobre la mesa y se puso de pie.

-Voy a acostarme -dio un beso en la mejilla a su hermano; el gesto le recordó algo que hizo asomar un brillo decidido a sus ojos-. No estoy de ánimo para jugar con fuego, Sebastian.

-¿Carrington?

Judith asintió.

-Es necesario desarmar a ese caballero. El ha dicho que no nos delataría, pero supongamos que decida alertar a la gente en Londres para que no juegue contigo Si yo pudiera seducirlo... inducirlo a un flirteo... sen menos probable que estuviese dispuesto a ocuparse d tus manejos en las mesas de juego.

Sebastian miró a su hermana con aire dubitativo.

-¿Eres rival digna de él?

¿Lo era? Durante un minuto, la joven volvió a sentir la presión de los dedos de él en su brazo, vio de nuevo la aguda perspicacia de sus ojos negros, el sesgo inflexible de su boca, la mandíbula prominente. Pero por supuesto que ella era rival para cualquier pretendiente de la ciudad. Ella sabía cosas, había visto y había hecho cosas que habían agudizado su ingenio, que le habían dado uní precisión que él no debía de esperar en ella.

-Por supuesto -afirmó, confiada-. Y te aseguro que tendré una gran satisfacción cuando lo vea sucumbir tan fácilmente como cayó su primo. Ya le enseñaré yo no ser tan arbitrario.

La duda de Sebastian se acrecentó aún más.

-No me gusta cuando mezclas tus motivaciones. Estamos muy cerca de atrapar a Gracemere, Judith. No arriesgues nada.

-No lo haré, te lo prometo. Sólo voy a demostrar al muy honorable marqués que no acepto alegremente los insultos.

-Pero si tú despiertas su curiosidad, él querrá saber quiénes somos y de dónde venimos.

Judith se encogió de hombros.

-¿Y qué? Quedará satisfecho con la ficción de costumbre. Somos los hijos de un excéntrico caballero inglés de linaje oscuro aunque respetable, recientemente fallecido, quien, después de la muerte de su aún joven esposa, decidió viajar al continente durante el resto de su vida, llevándonos a nosotros consigo.

-En lugar de la verdad -completó Sebastian-. Que somos hijos de un terrateniente de Yorkshire caído en desgracia, desheredado por su familia, que se vio obligado a salir de Inglaterra después de un escándalo, algo que provocó el suicidio de su esposa, y que fue obligado a cambiar su apellido y a ganarse la vida en las mesas de juego del continente.

La historia rodó fuera de su boca con soltura, pero Judith conocía a su hermano y captaba el dolor, el dolor que ella también sentía.

-El les enseñó a sus hijos todo lo que sabía; así, muy precozmente, ellos fueron sus ayudantes y auxiliares -terminó ella.

Sebastian sacudió la cabeza.

-Es una verdad demasiado dura para que pueda ser digerida por la delicada sensibilidad de las personas de categoría, querida mía.

-Eso mismo -Judith asintió, recuperada ya la vivacidad-. No te aflijas, Sebastian. Carrington no olerá ni un ápice de la historia verdadera. Yo inventaré algún motivo divertido para esa parte dudosa de la partida de esta noche. Tal vez convenga más la picardía que la necesidad. Y, si él no vuelve a pescarnos y yo me las ingenio para seducirlo un poco, estoy segura de que no volverá a mencionarlo.

-Todavía no he conocido al hombre del que no puedas desembarazarte cuando te decides a ello -coincidió Sebastian, riendo-. El solo hecho de verte en acción es un deleite infinito.

-Espera a que dirija mis encantos hacia Gracemere -dijo su hermana, soplándole un beso-. Eso será algo digno de verse, te lo prometo.

Fue a su dormitorio, en la puerta siguiente, una habitación tan lúgubre como el recibidor y no demasiado limpia. La criada de la patrona era bastante poco cuidadosa en sus tareas, pero los Davenport habían vivido en, alojamientos de esa clase desde que tenían memoria y estaban habituados a ver sólo lo que querían ver.

Una vez desvestida, Judith se metió en la cama y se quedó mirando el desteñido dosel. Gracemere estaba en Londres. Ellos necesitarían unas veinte mil libras en dinero contante y sonante para instalarse en Londres, en una zona razonablemente elegante de la ciudad. Habría que pagar sirvientes, algún coche y caballos, aunque fuesen alquilados. Ambos necesitarían guardarropas completos y, al menos, la ilusión de un ingreso generoso. Cuando estuviesen instalados, cubrirían los gastos de cada día con el producto del juego, pero tendrían que ser muy precisos. El juego con altas apuestas era una actividad aceptada en sociedad, tanto para mujeres como pan hombres, pero se debía dar la impresión de que a uno no le importaba si ganaba o perdía.

Sólo en las etapas finales de su plan ejecutarían su doble acto, cuando fuese el momento de administrar el golpe de gracia. Era una herramienta demasiado peligrosa y potente para ser usada, salvo en casos extremos.

George Davenport jamás había conocido la doble acción. El había enseñado a sus hijos a confiar en su ingenio y su destreza en las mesas, pero se habían presentado momentos de extrema necesidad... en aquellos días, semanas a veces, cuando él había retrocedido hacia ese ámbito oscuro de su alma y no había dinero para alimentos o combustible, o incluso para alojamiento. En esos momentos, Judith y su hermano habían aprendido a bastarse por sí mismos.

Esa noche, habían estado practicando como lo hacían de vez en cuando, pero Judith había cometido algún desliz involuntario, y habían sido descubiertos.

Marcus Devlin, marqués de Carrington.

Bernard Melville, tercer conde de Gracemere.

Su estratagema con uno de ellos debía dar impulso a sus planes con respecto al otro. Sebastian tenía razón en lo que se refería al peligro de mezclar sus motivaciones. Ella debía concentrarse sólo en la necesidad de desarmar al marqués para poder garantizar su silencio. Y cualquier satisfacción personal que obtuviese en su intento por someterlo debía ser un placer puramente privado, y de orden secundario. No podían permitir que nada arriesgase el gran plan... la fuerza impulsora que se ocultaba tras la vida que llevaban ella y Sebastian.

2

-Mi querido Bernard, ¿cómo podré soportar dos meses sin ti?

Agnes Barret suspiró y estiró su pierna desnuda, examinando la flexible curva de la pantorrilla y el delicado giro del tobillo con una sonrisa complacida. Se pellizcó varias veces el muslo con el índice y el pulgar. La carne estaba tan firme como la de una muchacha.

-Tu marido tiene derecho a una luna de miel, querida mía.

El conde de Gracemere contempló a su dama con una sonrisa sabia teñida de deseo. La vanidad de Agnes era una de sus pocas debilidades... la única debilidad, de hecho, y no cabía duda de que tenía derecho a ella. A los cuarenta y tres años, era más bella de lo que había sido a los veinte, según él. Su pelo seguía teniendo ese brillante color caoba de siempre, sus ojos leonados no habían perdido su luz, su piel seguía siendo tan suave y traslúcida, su figura tan esbelta y elegante. A decir verdad, no había mujer que pudiera compararse con ella y Bernard Melville había conocido a muchas mujeres. Pero siempre había estado Agnes. Ella estaba entretejida en la trama de su vida, del mismo modo que él en ella.

-¡Oh, Thomas! -Agnes desechó a su incómodo marido con un lánguido ademán de su blanca mano. Está con otro ataque de gota, ¿puedes creerlo? No tolera que nadie se acerque a menos de dos metros de su pie izquierdo, situación que tendería a obstaculizar las actividades acostumbradas en una luna de miel.

La mujer levantó su copa de vino de la mesa que había junto a la cama y bebió, mirando al conde por encima del borde.

-¿Ese es motivo de queja? -preguntó Bernard-. Yo creía que te horrorizaba la perspectiva de cumplir tus deberes en el lecho nupcial con un marido viejo.

-Bueno, sí me horroriza, pero una tiene que hacer algo mientras está pasando dos meses en el campo -replicó Agnes, con cierta acritud-. Me imagino que tú encontrarás solaz en algún lugar de Yorkshire... alguna muchacha aldeana o una lechera, o alguien de ese tipo.

-¿Celosa, Agnes?

Sonrió, y tomó su propia copa. Caminó hasta la ventana y miró hacia el río Támesis, que corría, perezoso, más abajo. Una barcaza arrastrada por caballos avanzaba lentamente por la orilla sur del río. Una de las numerosas campanas de Londres rompió a tañer en el cálido aire veraniego.

-En absoluto. No considero rivales a las mozas campesinas.

-Mi muy querida, tú no tienes rival en ningún sitio, de modo que no puedes temer a nadie.

El hombre bebió un sorbo de vino y se inclinó sobre la mujer, reteniendo el vino en su boca, al tiempo que acercaba sus labios a los de ella. La boca de ella se abrió, lamió la de él y el vino resbaló por la lengua de él llenando la boca de ella con una tibia dulzura. Las manos de él fueron a los pechos de ella en lánguida caricia, y ella se dejó caer hacia atrás en la cama, debajo de él.

El sol se había puesto, tornando el río que corría bajo la ventana de un gris metálico, apagado, cuando ellos volvieron a hablar.

-No sé con cuánta prontitud podré pedir a Thomas una suma suficiente para tranquilizar a tus acreedores -Agnes se movió, haciendo crujir los muelles de la cama-. Es un poco molesto pedir una suma importante al flamante esposo en cuanto una baja del altar.

-Por eso yo me marcharé a Yorkshire -dijo Bernard, posando su mano sobre el costado de ella-. Así podré escapar a mis acreedores durante el verano, mientras tú, mi amor, ejerces tu influjo sobre el gotoso pero muy rico sir Thomas.

Agnes rió entre dientes.

-Ya tengo preparada mi lastimosa historia... una prima segunda supuestamente indigente que sufre reumatismo y está viviendo en una buhardilla llena de corrientes de aire.

-Confío en que no te exijan que exhibas a esa pariente -comentó Bernard, riendo-. No sé hasta qué punto podría yo dominar el arte del disfraz.

-Tú eres tan magistral en el engaño como yo, querido mío -dijo Agnes.

-Por eso nos adaptamos tan admirablemente el uno al otro -admitió Bernard.

-Y siempre lo hemos hecho -la boca de Agnes se curvó en una sonrisa de reminiscencia-. Hasta siendo niños... ¿cuántos años teníamos la primera vez?

Bernard giró la cabeza para contemplar el rostro que tenía junto a él, sobre la almohada.

-Ya éramos algo mayores... aunque algunos dirían que éramos un tanto precoces -movió con pereza la mano sobre la delicada curva de la mejilla de la mujer-. Hemos nacido para complacernos mutuamente, mi amor.

Se incorporó sobre un codo, apretó su boca sobre la de ella ejerciendo una presión dolorosa, casi sofocante, al tiempo que su mano se cerraba en torno de la cara de ella y la retenía, aplastada e inmóvil con su peso. Cuando, al fin, le liberó la boca, vio un brillo casi feroz de excitación en esos ojos leonados. Ella se tocó los labios lastimados e hinchados, acariciándolos con un dedo. Bernard rió y se tendió otra vez al lado de la mujer.

-Con todo -dijo, como si ese momento que bordeaba la violencia no hubiese ocurrido-, yo buscaré a mi alrededor algún pájaro gordo para desplumarlo al comienzo de la temporada. No quisiera depender por entero de la inconsciente caridad de tu esposo.

-No, sería preferible que no. Es una pena que Thomas no sea un tahúr -suspiró Agnes-. Aquella vez que jugamos fue una partida tan perfecta...

-Pero, como tú dices, Thomas Barret no es George Devereux -coincidió Gracemere, mientras alcanzaba con indolencia su copa de vino-. Me pregunto qué le habrá sucedido a ese marido tuyo.

-Es de esperar que esté muerto -dijo Agnes, tomando la copa que él le daba-. De lo contrario, yo sería bígama, querido mío.

Sorbió su bebida, con los ojos brillando, divertidos. -¿Quién podría saberlo, además de tú y yo? -su compañero rió, tan divertido como ella-. Alice Devereux, la esposa de George Devereux, ha estado muerta y enterrada estos veinte años, para todo propósito... muerta de pena por el deshonor de su esposo. Rió con ganas.

-Y el mundo no tiene nada que decir de ella, ni antes ni durante su matrimonio -recordó Agnes con amargura-. Una vez que se casó con su inocente muchacha del campo, a George sólo le interesaba mantenerla embarazada y recluida en ese lugar silvestre Yorkshire.

-Pero, tras la muerte de la reclusa Alice en un remoto convento en los Alpes franceses, nació la social Agnes -señaló Gracemere.

-Sí, una identidad mucho más conveniente -admitió Agnes con cierta satisfacción-. He disfrutado con mi presentación en sociedad como la joven viuda rica de un anciano conde italiano. La sociedad es muy indulgente con las mujeres con medios económicos independientes, en especial si han tenido un pasado un tanto misterioso -sonrió con languidez-. No volvería a comportarme como una ingenua ni por toda la belleza y la juventud del mundo. Bernard, ¿echas de menos alguna vez a Alice?

El negó con la cabeza.

-No, Agnes es mucho más excitante, mi amor, Alice era una muchacha joven, mientras que Agnes nació mujer... y las mujeres tienen mucho más que ofrecer a un hombre de mis preferencias.

-Sofisticada y, tal vez, hasta un poco outrée -murmuró Agnes, tocándose otra vez la boca magullada- Pero, volviendo a la cuestión del dinero...

-Todavía conservo la propiedad de George en Yorkshire -dijo Bernard.

-Pero ahora rinde poco.

-No, es triste que sea necesario ocuparse del rendimiento de una propiedad para que siga sosteniéndolo a uno -admitió él, suspirando-. Y el mantenimiento requiere fondos... fondos que, lamentablemente, no tengo.

-Al menos, no los tienes para una preocupación tan mundana como el mantenimiento de una propiedad -afirmó Agnes, sin ironía.

-Es muy cierto, siempre hay modos más importantes... o, más bien, más tentadores de gastar dinero -se levantó de la cama-. Y hablando de ese tema...

El hombre atravesó el cuarto hacia la mesa del tocador. Agnes se sentó y lo contempló, bebiendo ávidamente su desnudez, aunque ese cuerpo le era tan familiar como el suyo propio.

-Con respecto a ese tema -repitió él, y abrió un cajón-. Tengo un regalo de bodas para ti, mi amor.

Volvió junto a la cama y dejó caer un pequeño bolso de seda sobre el regazo de ella; luego rió al verla recogerlo con dedos ansiosos.

-Siempre fuiste codiciosa, mi adorable Agnes.

-Somos el uno para el otro -replicó ella sin tardanza, dedicándole una sonrisa resplandeciente, mientras sacaba un collar de diamantes del bolso-. Oh, Bernard, es hermoso.

-¿No es cierto? -confirmó él-. Espero que logres persuadir a tu esposo de que en algún momento me reembolse su costo.

Agnes estalló en carcajadas.

-Eres todo un conocedor, Bernard. Mi amor me compra un presente de bodas que mi marido tendrá que pagar. Ciertamente te amo.

-Suponía que sabrías apreciar la fineza -dijo él, arrodillándose sobre la cama-. Déjame que te lo abroche. Para mí, los diamantes y la desnudez hacen una combinación irresistible.

-No he visto a tu primo esta noche, Charlie. Judith deslizó el brazo por el de su acompañante, mientras se paseaban por el salón atestado. Miró en torno, como había estado haciendo toda la velada, preguntándose, aun sin desearlo, por qué el marqués de Carrington había decidido no concurrir a la soirée de los Bridges.

-Marcus no es muy afecto a los bailes y a las frivolidades por el estilo -dijo Charlie-. Le gusta mucho la lectura -el tono empleado por el muchacho habría sido el adecuado para hablar de una enfermedad fatal-. Historia militar -aclaró-. Lee historias en griego y en latín y escribe acerca de antiguas batallas. No puedo entender cómo alguien es capaz de interesarse en quién ganó tal o cual batalla de la época clásica, ¿y tú?

Judith sonrió.

-Tal vez sí. Me interesaría conocer cómo y por qué fue ganada una batalla y hacer comparaciones con la manera de hacer la guerra de estos días.

-¡Eso es, exactamente, lo que dice Marcus! -exclamó Charlie-. Está siempre encerrado con Wellington, Blücher y otros por el estilo, hablando sobre Napoleón, y lo que podría decidir, sobre la base de lo que ha venido haciendo hasta ahora. No alcanzo a entender porqué

eso resultaría tan útil como salir, sencillamente, y reanudar la lucha, pero, al parecer, todos piensan que lo es.

-No se ganan las batallas sin estrategia ni tácticas -comentó Judith-. Y sólo por medio de una cuidados estrategia se pueden reducir al mínimo las contingencias.

Ella reflexionó que, tal vez, los jóvenes de diecinueve años, en vísperas de la batalla, que se embriagaban con sueños de heroísmo y gloria no lograsen entender ese punto.

-Bueno, yo estoy impaciente por probarme en Boney -declaró Charlie, con una expresión un poco decepcionada ante la falta de entusiasmo de su diosa en relación con la carnicería de un campo de batalla.

-Estoy segura de que muy pronto tendrás tu oportunidad -dijo Judith-. Según tengo entendido, Wellington sólo espera que Napoleón haga algún movimiento para atacar antes de que él esté en la posición favorable.

-Pero no entiendo por qué no podemos salir a su encuentro, sencillamente. El ya se ha marchado de París -se quejó Charlie por lo bajo, mirando alrededor para asegurarse de que ninguno de sus camaradas oficiales, con sus llamativos uniformes, pudiese oír un comentario desleal-. ¿Por qué tenemos que esperar a que él se acerque?

-Me imagino que quizás es bastante complejo traer doscientos catorce mil hombres para interceptar a Napoleón -dijo Judith-. Están avanzando desde Monsa hasta Bruselas y desde Charleroi a Lieja, según lo que sé.

-Hablas igual que Marcus -volvió a observar Charlie-. A mí me parece bastante cobarde.

Judith se echó a reír y aprovechó la ocasión para hacer girar la conversación hacia el tema original, que a ella le interesaba más.

-De modo que a tu primo no le agradan los bailes y las reuniones. Si es así, quizá resulte afortunado que no tenga una esposa.

Lo dijo como con indiferencia, lanzando otra leve carcajada.

-Oh, en un sentido general, a Marcus no le agrada demasiado la compañía de las damas.

-¿Por qué no?

Charlie frunció el entrecejo.

-Me parece que es posible que tenga que ver con un antiguo compromiso. Pero no conozco a fondo los motivos. El tiene mujeres... otra clase de mujeres... quiero decir...

Tartamudeó y se calló, el semblante muy enrojecido bajo la luz de las velas.

-Sé exactamente a qué te refieres -repuso la joven palmeándole el brazo-. No tienes por qué sentirte incómodo conmigo, Charlie.

-Sin embargo, no debería mencionar eso delante una dama -dijo, todavía sonrojado-. Lo que sucede que me siento tan cómodo contigo...

-Como con una hermana mayor -dijo Judith, son riendo.

-Oh, no... no, claro que no... cómo sería capaz de...

Una vez más, él volvió a guardar silencio; Judith si pudo oír el reconocimiento de lo que ella había dicho cayendo en su lugar como los pestillos de una cerradura. Rió para sí. Charlie estaba en camino de curar su enamoramiento sin la autoritaria intervención de un tutor demasiado ansioso. Y eso que ella no pensaba informar de ese hecho al muy honorable marqués... De todos modos, él no se había hecho presente.

Marcus hizo su aparición cuando en el reloj sonó medianoche. No vio rastros de su pupilo ni de la señorita Davenport, aunque en los salones de los Bridges debía de estar todo el mundo. Después de saludar a su anfitriona, se encaminó hacia la sala de naipes. La mesa faraón estaba repleta; allí reinaba una atmósfera viva alegre. Sebastian Davenport ganaba sin tregua. El marqués se quedó de pie, observando la mesa con atención. No vio nada incorrecto en el modo en que jugaba el hombre. Cierto era que la suerte estaba de su lado, pero había algo más. Cierta habilidad innata para sopesar probabilidades. Examinó el rostro de Sebastian.

Se mantenía bastante impasible mientras hacía su apuesta, ya cuanto había declarado y arrojaba su rollo de billetes sobre la mesa, parecía tan relajado e indiferente como siempre. Un verdadero jugador empedernido, dedujo Marcus. Para eso hacían falta inteligencia y valor combinados, y Sebastian Davenport tenía las dos cosas. Marcus no creía que a su hermana tampoco le faltaran esas cualidades, aunque aún no la había visto jugar.

Llegó a la conclusión de que los dos eran unos inescrupulosos aventureros. Pero no se le ocurría un motivo para descubrirlos en ese punto. Sólo los codiciosos y los tontos caían víctimas de los tahúres endurecidos, y no hacían más que recibir lo que merecían. En cuanto a él, adoptaría medidas para proteger a Charlie de sí mismo.

-Davenport... ¿una partida de séptimo?

La propuesta sorprendió a Sebastian. Alzó la mirada hacia el marqués, y recordó el encuentro de Judith de la noche anterior. Sin embargo, la proposición parecía inocua, y el séptimo era el juego de Sebastian.

-Por supuesto -respondió, alegre-. ¿Cien guineas el punto?

Marcus asimiló la cifra sin parpadear.

-Como usted quiera.

Sebastian arregló sus cuentas con la mesa de faraón y se levantó. El marqués estaba esperándolo junto a una pequeña mesa de juego, en un rincón relativamente tranquilo del salón. Señaló una baraja nueva que había sobre la mesa, al tiempo que ocupaba su lugar.

-¿Quiere cortar, Davenport?

Sebastian se alzó de hombros y empujó la baraja hacia el marqués.

-Haga usted los honores, milord.

-Como prefiera.

Los naipes fueron barajados y repartidos, y se hizo silencio entre los dos hombres. Sebastian tenía una copa llena de clarete junto a su codo, pero Marcus notó que, si bien daba la impresión de llevárselo a los labios con frecuencia, el nivel del líquido casi no descendía. Se trataba de un jugador muy serio. Y de un experto con los naipes. Marcus, que tampoco era mal jugador, reconoció que estaba perdiendo después de la tercera jugada. Resignado, se relajó y comenzó a disfrutar del juego con un maestro.

-Bueno, milord, ésta sí que es una agradable sorpresa -las dulces entonaciones de Judith llegaron a él desde atrás; la joven le dedicó una sonrisa cautivadora- Su ausencia me había causado una triste decepción.

-Vaya detrás de su hermano -le espetó él, sin hacer demasiado caso de su coquetería.

-¿Qué dice?

Perpleja, Judith frunció el entrecejo.

-Que se ponga detrás de su hermano, donde yo pueda verla.

Entonces, ella comprendió. Se quedó mirándolo, desconcertada, sintiendo que toda pretensión de coqueteo se desinflaba bajo el aguijón de semejante sospecha.

-Pero yo no sería capaz...

-Ah, ¿no? -interrumpió él, sin apartar la vista de sus naipes; tenía que hacer un descarte bastante difícil-. De todos modos, preferiría no correr el riesgo. Vamos, muévase.

Judith dio un paso al costado, esforzándose por recuperar la compostura, buscando el apoyo de su hermano.

-Sebastian...

Sebastian lanzó una risa agria.

-Te pescó, Ju. Yo no puedo defenderte. En estas circunstancias, no.

-No, creo que no puede -coincidió Marcus, descartándose de un diez de espadas-. Por otra parte, no creo que necesite la ayuda de su hermana -resignado, vio que su oponente levantaba el naipe que él había descartado-. Me temo que aun así no podré evitar el Rubicón.

Sebastian sumó los puntos.

-Me temo que no, Carrington. Yo tengo noventa y siete.

-¿Cuánto apostabais? -quiso saber Judith, información más importante que sus sentimientos heridos.

Marcus se echó a reír.

-Qué par de incorregibles, carentes de principios, son ustedes.

-En realidad, no -dijo Sebastian-. Al menos, Ju tiene ciertos principios muy arraigados... sólo que tienden a ser un tanto excéntricos. Sus puntos de vista acerca de la ética no coinciden con los de la mayoría.

-Eso no me resulta difícil de creer, en absoluto -afirmó Marcus.

-Lo que dices también es cierto en lo que se refiere a ti, Sebastian -apuntó Judith-. Usted debería entender que nosotros tenemos nuestras propias reglas, milord.

Tal vez, con este marqués tan intransigente fuese eficaz otra forma de coqueteo. Si él prefería el desafío al flirteo, ella podría proporcionárselo.

Para su decepción, Marcus negó con la cabeza.

-Esa provocación la reservo para otro día, señora... Arreglaré cuentas con usted mañana por la mañana, Davenport-garabateó un cheque en el talonario que tenía junto a sí, y lo empujó hacia su rival-. Complete la suma. ¿Qué ha hecho usted con mi primo, señorita Davenport?

-Se ha ido con el vizconde Chancet y sus amigos. Tenían un compromiso. Y él se siente muy a sus anchas conmigo, milord.

Marcus se puso de pie.

-Así es. En cierto sentido, eso no me sorprende, de cualquier modo, no se duerma sobre los laureles, mi querida -le pellizcó la mejilla-. Como le dije ayer, todavía no se ha enfrentado conmigo.

-Ha estado demasiado familiar contigo -comentó Sebastian, mientras el marqués se alejaba.

-Sí, y yo tuve ganas de retorcerle el cuello -declaró Judith-. Estoy tratando de coquetear con él, y él me trata como si yo fuese una niña molesta en la escuela seguramente, ahora que sabe qué somos, puede tratarme con toda la familiaridad que se le antoje.

Sebastian se puso ceñudo.

-Quizás esto sea comprensible. Siempre y cuando reserve eso que sabe para sí.

Judith suspiró.

-Al parecer, no me va demasiado bien con mi estrategia para garantizar que sea así.

-Ayer estabas bastante segura -recordó el hermano, mientras recogía los naipes-. Hasta ahora, nunca has fracasado.

-Es verdad -Judith asintió, decidida, como pan sí-. Tiene que haber un modo de persuadirlo de que me tome en serio. Sospecho que, con él, el modo de lograr lo es la pelea.

Sebastian rió.

-Bueno, tú eres la vehemente de la familia, Ju.

-Sí, y tengo intenciones de aprovecharlo bien.

Una leve sonrisa bailoteó en su boca. No podía negar el cosquilleo de excitación que le provocaba la perspectiva de trabarse en batalla de ingenios y voluntada con el muy honorable marqués.

3

-Buenos días, Charlie -saludó Marcus a su primo, a la mañana siguiente.

Charlie ya estaba ante la mesa del desayuno, frente a un plato de solomillo, y farfulló una respuesta al saludo mientras masticaba un bocado de carne.

-¿Cuánto perdiste la otra noche? -preguntó Marcus como al descuido, mientras se servía café-. Cuando jugabas macao en la mesa de Davenport.

Estudió las fuentes que aún quedaban sobre el armario con ojo calculador.

Charlie tragó su bocado y bebió un sorbo de cerveza.

-No mucho.

-¿Cuánto es no mucho?

Marcus se sirvió de una fuente de riñones con salsa picante.

-Setecientas guineas -respondió su primo con expresión desafiante-. No considero que eso sobrepase mis medios.

-No -admitió Marcus con afabilidad-. Siempre que no suceda todas las noches. ¿Juegas a menudo en la mesa de él?

-Esta fue la primera vez, según creo -Charlie frunció el entrecejo-. ¿Por qué lo preguntas?

En lugar de contestar, Marcus continuó con sus preguntas.

-¿Acaso su hermana te sugirió que jugaras en su mesa?

-No lo recuerdo. Es difícil recordar esas cosas.

Perplejo, Charlie miró a su primo con cierto recelo. Por lo que sabía, Marcus jamás hacía preguntas sin necesidad; seguramente este interrogatorio tendría que ver con una actitud más dura con respecto al juego... que, si bien resultaba familiar, no por ello dejaba de mortificarlo.

Pero Marcus se limitó a encogerse de hombros abrió el periódico.

-No, supongo que no lo es... De paso... -volvió plegar el periódico y habló sin levantar su vista de la página-. ¿No te parece que Judith Davenport es un bocado demasiado grande para ti?

Charlie se sonrojó.

-¿Qué estás tratando de decirme?

-No mucho más -repuso Marcus, echándole breve mirada por encima del periódico-. Ella es una mujer atractiva y una coqueta con experiencia.

-Ella es... es una mujer maravillosa -exclamó Charlie, echando hacia atrás su silla y sonrojándose más intensamente aún-. ¡No puedes insultarla!

-Vamos, no exageres, Charlie. Creo que ni ella misma discutiría esa descripción.

Marcus se estiró para tomar la mostaza.

-Claro que no es una coqueta.

Charlie miró a su primo con hostilidad, por sobre los rígidos pliegues almidonados de su corbata de lino.

Marcus suspiró.

-Bueno, no discutiremos los términos, pero ella es demasiado para que un muchacho de diecinueve años sepa manejarla, Charlie. No es ninguna escolar.

-Las escolares no me atraen en absoluto -respondió su primo.

-Pues, a tu edad, deberían atraerte -lo miró a traes de la mesa y dijo, no sin afecto-: Judith Davenport es una mujer de mundo, sofisticada. Ella juega fuerte; un juego al que tú no estás acostumbrado. Ella se come a los novatos en la cena, mi querido muchacho. La gente ya está empezando a murmurar. No querrás ser el hazmerreír de Bruselas, ¿no?

-En mi opinión, es muy poco caballeroso, si no directamente deshonroso de tu parte, insultarla, no estando ella aquí presente para defenderse -declaró Charlie con pasión-. Y me tomaré la licencia de decirte...

-Por favor, no lo hagas -interrumpió Marcus, haciendo un ademán desdeñoso-. Es muy temprano para oír los desvaríos apasionados de un joven enamorado. Se llevó un bocado de riñones a la boca-. Si quieres hacer el papel de tonto, puedes hacerlo, pero procura que yo no esté presente para verte.

Charlie bufó; demasiado indignado para poder hablar, con el rostro ardiendo, salió como una exhalación de la sala.

Marcus se encogió al oír el portazo. Pensó si no habría escogido una táctica equivocada en esa circunstancia. En otros tiempos, un comentario cortante, una firme opinión adversa habían bastado para volver a Charlie al camino correcto cuando estaba a punto de cometer alguna indiscreción juvenil. Pero Charlie ya no era un escolar; tal vez ya no funcionaran las tácticas apropiadas para un adolescente con el frágil orgullo de un joven atrapado en los sufrimientos del primer amor.

Tendría que intentar otro abordaje. Detuvo su tenedor a mitad de camino; el enfoque adecuado se había presentado solo, muy definido y tentador. ¿Qué mejor manera de apartar a Charlie de la peligrosa proximidad de la señorita Davenport que ocupar su lugar? En el presente, Marcus no tenía a ninguna querida viviendo bajo su protección. El desenlace de su último affaire había sido costoso, pero lo había encarado sin arrepentimiento antes de partir para Bruselas. ¿Y si hiciera a Judith Davenport una proposición que ella no pudiese rechazar. Eso sería muy eficaz para sacarla de la órbita de Charlie. Y también lo sería para curar a su primo de su enamoramiento, cuando él la viese tal cual era. Y, en cuanto a él mismo...

¡Dios querido de los Cielos! Llenaron su mente imágenes de perturbadora sensualidad; se imaginó despojándola de sus elegantes vestidos, sus delicadas prendas íntimas, sus medias de seda mientras dejaban al descubierto la flexible esbeltez, los miembros elásticos, la blanca delicadeza de la piel. ¿Sería ella una amante apasionada o pasiva...? No, decididamente, nada pasiva... alocada y retozona, pronunciando palabras propias de un ávido deseo, gritos tumultuosos de placer que sus labios no reprimiré Imposible creer que fuese de otra manera.

Marcus sacudió la cabeza para apartar esas imágenes. Si éstas bastaban para excitarlo, ¿qué sucedería con la realidad misma? La proposición tomó forma definida. Le haría una oferta a la señorita Judith Davenport que no podría rechazar: una oferta que superara los más locos sueños de una mujer que se ganaba el pan en las mesas juego.

Una hora después, llevando sus pantalones de piel de ante y su refinada chaqueta mañanera de color verde oliva, sus botas altas brillando a la luz del sol como diamantes pulidos, su señoría salió en busca de la señorita Davenport. Había una fuerte tensión en el aire de Bruselas, grupos de personas que se arracimaban en las esquinas, y hablaban y gesticulaban, excitadas. Marcus descubrió el porqué en el comedor del regimiento.

-Daría la impresión de que Boney va a atacar -le dijo Peter Welby en cuanto él se reunió con el resto del equipo de consejeros de Wellington; ellos ya estaban enzarzados en una frenética discusión -. Ayer, él lanzó una «Proclamation á l'armée»; justamente acaba de llegar a nuestras manos -entregó el documento a Marcus-. De esta manera, recuerda a sus hombres que es el aniversario de las batallas de Marengo y Friedland. Y que si han logrado decidir el destino del mundo en dos ocasiones, antes de este día, podrán hacerlo por tercera vez.

Marcus lo leyó.

-Mmm. El estilo habitual de Napoleón -comentó-. Es una apelación a las glorias pasadas, para levantar la moral y alentar el patriotismo.

-Sin embargo, suele resultar -comentó el coronel lord Francis Tallent, con cierto toque sombrío-. Hemos estado sentados sobre nuestros traseros, esperando sorprenderlo con la guardia baja, y ese canalla nos arrebata la iniciativa directamente bajo nuestras narices. Estamos preparados para atacar, no para defender.

Marcus asintió.

-Valdría la pena recordar que Napoleón jamás ha esperado a ser atacado. Su estrategia siempre se ha basado en una ofensiva vasta y abrumadora.

Hubo un momento de incómodo silencio. Durante la última semana, Marcus Devlin había vociferado su opinión, pero había sido recibida como un grito solitario en el desierto.

-En efecto, hemos recibido un informe de nuestros agentes de que él está a la defensiva en la carretera de Charleroi.

-Los agentes pueden recibir información equivocada -observó Marcus, mordaz, observación que generó otro silencio.

-Marcus, me alegro de verte, hombre -Arthur Wellesley, duque de Wellington, salió de la oficina contigua con un mapa en la mano-. Al parecer, estabas en lo cierto. Ahora bien, mira esto. El podría atacar en Ligny, Quatre Bras o Nivelles. ¿Qué opinas?

Dejó el mapa sobre una mesa, y señaló los tres sitios nombrados con un dedo corto y romo.

Marcus examinó el mapa.

-Ligny -dijo, seguro-. Es el punto más débil de nuestra línea. Hay un hueco donde las fuerzas de Blücher y las nuestras no se encuentran.

-Blücher ha ordenado que hombres provenientes de Namur refuercen sus tropas en Ligny -dijo el duque-. Nosotros concentraremos nuestro ejército en el frente, desde Bruselas a Nivelles.

-Supongamos que los franceses hacen un giro hacia el norte, hacia Quatre Bras -señaló Marcus, recorriendo la línea con el dedo-. De ese modo, separaría las dos fuerzas y nos obligaría a luchar en dos frentes.

Wellington frunció el entrecejo y se frotó la barbilla.

-Esta tarde, ¿puedes reunirte conmigo en conferencia?

Enrolló el mapa.

-A su servicio, duque -respondió Marcus haciendo una reverencia.

Ante la actual emergencia, sus planes debían revestir menos importancia pero, por alguna razón, no fue así. Desde luego, vería a Judith esa noche en el baile de la duquesa de Richmond, pero sentía una afiebrada impaciencia, casi como si aún fuese un joven novato excitado por una ardiente y flagrante fantasía. Pensó que no podría ser de gran utilidad hasta la conferencia de esa tarde y decidió reanudar su búsqueda.

Se topó con ella en los aposentos de un ayuda de campo de Wellington. Daba la impresión de que medio Bruselas se había dado cita allí, conversando y lanzando exclamaciones con respecto a la novedad increíble de que Napoleón había tomado a Wellington por sorpresa y, en ese mismo momento, estaba preparándose para atacar la ciudad.

-El duque tiene todo bajo control -aseguró un coronel con patillas a una dama parlanchina, presa del pánico, que llevaba un sombrero Angouléme-. Concentrará sus tropas en la carretera de Nivelles, para detener cualquier posible ataque a la ciudad.

-Estoy segura de que no tenemos por qué preocuparnos -dijo la voz dulce de la señorita Davenport.

Ella estaba junto a la ventana; un rayo de sol encendía el suntuoso cobre de su pelo trenzado en una recatada corona en torno de su cabeza. Llevaba una fluida muselina, una minúscula obra de encaje que hacía las veces de sombrero. Carrington la contempló durante un minuto en apreciativo silencio. Había algo maravillosamente tentador en ese contraste entre su atuendo, elegante y recatado a la vez, y el brillo malicioso de esos ojos castaño dorados que observaban la habitación y a sus alarmados ocupantes con un leve toque de desdén. Una sacudida de expectativa lo sorprendió. Marcus estaba seguro de que no había sentido tan potente lujuria desde que fue joven. Atravesó el salón hacia ella.

-Su sangre fría es encomiable, señora. ¿No siente ningún temor ante la idea del ogro?

-Ninguno, señor -Judith hizo girar su sombrilla cerrada, que apoyaba en el suelo-. Confío en que ya se haya recuperado de sus pérdidas de anoche. Tengo entendido que fueron un tanto altas.

-¿Se refiere usted a lo perdido con su hermano o con usted misma, señora?

Marcus entornó los ojos, al tiempo que abría su caja de rapé y tomaba un discreto pellizco.

-No he tenido noticia de ninguna ganancia, señor -ella lo miró por entre las pestañas-. Sólo supe de 1a necesidad de defender mi punto de vista.

-Tengo esperanzas de persuadirla de que rebaje esa apuesta -guardó la caja esmaltada en el profundo bolsillo de su chaqueta-. Tengo una proposición para hacerle, señorita Davenport. ¿Podría visitarla esta tarde?

-Por desgracia, mi tía, que vive con nosotros, está indispuesta y los visitantes la ponen fuera de sí. El sonido del llamador basta para provocarle un ataque de histeria -dijo ella, con blanda sonrisa.

-Es usted una mentirosa magistral, señorita Davenport -comentó él con tono amable-. No le preguntaré por qué necesita mantener en secreto su dirección.

-Qué caballeresco, lord Carrington.

-Sí, ¿no es cierto? Pero quizá pueda convencerla de que me visite usted a mí.

-En cambio, esta sugerencia no es nada caballeresca, milord.

-Desde luego, estaba dando por sentado que su tía la acompañaría -murmuró él.

En los ojos de la muchacha apareció un brillo de admiración. Esto era mucho más divertido que cualquier otro coqueteo común. Por cierto, Marcus Devlin era un oponente entretenido en lo que se refería a desafíos.

-Me temo que ella tampoco sale.

-Qué inconveniente... ¿o debería decir conveniente?

-No sé qué quiere decir, lord Carrington.

-Bueno, ¿qué podríamos hacer? Quisiera tener una conversación privada con usted; ¿cómo podríamos combinarlo?

-La otra noche, me pareció usted muy experto en materia de secuestros.

Judith se quedó atónita al oír su propia audacia.

Marcus hizo una inclinación y sus ojos negros chispearon.

-Si es así como prefiere proceder, para mí será un gusto complacerla. Despídase; buscaremos un sitio donde podamos estar a solas.

-Creo que le resultaría difícil raptarme en este salón, señor.

Hizo un ademán, señalando a la concurrencia.

-¿Le gustaría hacer una apuesta, señora?

Judith se mordió el labio inferior y ladeó la cabeza, mientras pensaba en la pregunta. Sí, no cabía duda de que esto era mucho más entretenido que un simple flirteo.

-¿Veinte guineas?

-Trato hecho, señorita Davenport -un instante después, la había alzado y la llevaba en sus brazos. Fue tan sorpresivo que ella se quedó sin habla un instante. A continuación, él se abrió paso entre la gente con su carga-. La señorita Davenport no se siente bien. Me temo que las noticias acerca de Napoleón la han alterado mucho.

-Oh, Dios mío, no es de extrañar -dijo el coronel le las patillas-. Debemos proteger la delicada sensibilidad de las damas de semejantes noticias.

-Tal cual, Naseby-coincidió Marcus-. Voy a llevarla al aire libre. Aquí está muy cerrado.

La gente les abrió paso, chasqueando la lengua en actitud solícita, despejándole el camino hacia la puerta.

Judith, recuperada de su sorpresa, aún seguía incapaz de decir nada que no fuese a reforzar el carácter falso de la situación; no tuvo más remedio que cerrar con fuerza los ojos y permanecer inmóvil mientras él salía con ella en brazos de la casa y salía a la calle.

Allí, depositó su carga sobre sus pies, se sacudió las manos y dijo con gran satisfacción:

-Me debe veinte guineas, señorita Davenport.

-¡Es usted un desvergonzado! -exclamó ella-. Y decir que yo estaba a punto de desmayarme de miedo a Napoleón fue... fue... fue... Oh, no puedo hallar las palabras exactas.

-Vil -contribuyó él-. Despreciable, ruin...

-Injusto -respondió ella-. Agregó el insulto a la ofensa.

-Pero debe admitir que fue irresistible.

-No admito nada -se alisó la falda y se acomodó el alfiler de su minúscula cofia de encaje, antes de abrir el quitasol-. No tengo veinte guineas en este momento, milord. Pero se las enviaré a su casa esta tarde.

-Eso será muy conveniente -él se inclinó-. De todos modos, en este momento estoy más interesado en encontrar un lugar tranquilo. Caminaremos por el parque, me parece.

Enlazó el brazo de la joven con el suyo.

-No quiero pasear por el parque.

La petulancia había ocupado el lugar de un maduro desafío.

-¿Preferiría que la acompañase a su casa? -se ofreció Marcus, con inmediata cortesía.

-Usted sabe que no lo preferiría.

-Entonces, tendrá que ser el parque.

Al parecer, no había escapatoria. Salvo que se volviera y saliese corriendo, cosa que sería ridícula e indigna; no se le ocurría otra alternativa sino hacer lo que él había dicho. Por el momento, aprovecharía sus recursos.

Traspasaron los portones de hierro que había en la entrada del parque, y lord Carrington dirigió sus pasa sin vacilar, hacia un pequeño seto.

Judith titubeó mientras entraban en el fresco y oculto reducto de verdor. Tenía la impresión de que algo no estaba bien.

-¿No podríamos tener esta conversación en un sitio abierto, milord?

-No, porque no puedo estar caminando por ahí mientras digo lo que quiero decirle, y, si nos detuviésemos en mitad del sendero, ofreceríamos un espectáculo un tanto extraño.

Le soltó el brazo y se sentó sobre un banco de piedra que rodeaba el tronco de un pino; luego dio una palmada en el sitio junto a él.

Judith no sabía si era una invitación o una orden, pero no importaba, en apariencia. Se sentó, dominada por la curiosidad, que había desvanecido buena parte de sus recelos.

-Iré directamente al meollo de la cuestión-dijo él.

-Hágalo.

Marcus ignoró la irónica réplica. -Una casa y criados en la calle de la Media Luna; un birlocho y un par de buenos caballos, o un pequeño landó, si lo prefiere; un caballo para montar; y una asignación quincenal de dos mil libras.

-Buen Dios -exclamó Judith-. ¿De qué está hablando? -se volvió para mirarlo, con los ojos dilatados-. Me parece que se ha vuelto loco.

-Sin embargo, es razonable -dijo él-. Una asignación como ésta sería más que suficiente para mantener su estilo... claro que habrá regalos. Descubrirá que soy generoso, querida mía.

-Dulce Señor -las mejillas de Judith habían perdido el color-. ¿Podría ser absolutamente preciso con respecto a lo que me ofrece, milord?

Marcus se sorprendió al advertir que ella se mostraba singularmente obtusa.

-Carta blanca -le explicó-. Y haré una previsión para el futuro, para el caso de que nosotros... nosotros nos cansáramos uno del otro -sonrió-. Eso es, ¿qué podría ser más justo que eso?

Judith se puso de pie. Le volvió la espalda y se alejó unos pasos. De repente, su juego de intrigas se le había ido de las manos. Una cosa era enganchar a un hombre en un coqueteo inocente y otra muy diferente que le pagaran como si fuese una ramera. ¿Cómo se atrevía él a hacerle una proposición así... a inferir tales suposiciones acerca de ella?

Marcus vio que ella buscaba algo en su bolso, supuso que sería un pañuelo. Su oferta habría sido suficiente para llenar de lágrimas los ojos de la mujer más codiciosa.

-No tengo a nadie que defienda mi honor, lord Carrington, de modo que debo hacerlo por mí misma -se volvió. En su mano había una pequeña pistola que apuntaba diestramente al corazón del hombre-. Me ha insultado usted de un modo intolerable. Las Davenport no somos prostitutas. Ni siquiera por las asignaciones más altas.

Carrington tuvo la vaga noción de que su mandíbula caía y su boca se abría mientras él clavaba la vista, estupefacto, sin poder despegarla del pequeño y mortífero cañón que apuntaba a su pecho.

-No sea ridícula -dijo, tragando saliva-. Aparte esa pistola, Judith, antes de que cometa una imbecilidad.

-Debo decirle que soy una excelente tiradora -respondió ella-. No haré ninguna estupidez. Más bien, considero que meter una bala en su cuerpo es una de un ideas más sensatas, milord.

-Dios de los Cielos -susurró él, tratando de ordenar el torbellino que bullía en su cerebro. Por alguna razón, tenía la absoluta seguridad de que Judith Davenport era muy capaz de disparar-. No tuve la menor intención de insultarla -intentó-. Ni a usted ni a su familia. El modo en que viven usted y su hermano me llevó a suponer que a usted no le parecería mal una fuente de ingresos poco convencional aunque, de todos modos, conveniente. No vive usted como una mujer virtuosa, señora, por muy habilidosa que sea su mascarada. Usted y su hermano llevan una existencia vulgar y aventurera en las penumbras de las mesas de juego. ¿Sería capaz de negarlo?

Judith no lo intentó.

-Eso no justifica que me ofrezca una proposición tan ofensiva. Las circunstancias en que me encuentro no son tales por mi culpa. Y usted no puede saber nada al respecto.

Marcus volvió a tragar. Tenía la boca muy seca. Se preguntó si podría atravesar el espacio entre ambos antes de que ella apretase el gatillo: no podía. Hipnotizado, vio cómo ella inclinaba el cañón, y extendía la mano con la pistola frente a ella. El pistoletazo y el relámpago de fuego fueron simultáneos. El olor a pólvora llenó el aire sofocante. Marcus esperó el dolor, pero no hubo nada. Siguió la dirección de la mirada de ella, entre sus propios pies. La bala había hecho un pulcro agujero en el suelo, directamente en el espacio entre sus botas. Y no era por accidente.

-He decidido que no valía la pena hacerme ahorcar r usted -dijo Judith, con frialdad. Dejó caer la pistola en el bolso-. Le enviaré las veinte guineas a su casa m pronto como regrese a mi alojamiento. Marcus se aclaró la garganta.

-Dadas las circunstancias, estoy dispuesto a olvidar la apuesta.

-Yo siempre pago mis deudas de honor -repuso ella-. ¿O acaso creía que, en ese sentido, tampoco tenía honor?

Marcus se apresuró a hacer un ademán, rechazando la idea.

-Era sólo una sugerencia. No tenía ningún mérito, ahora lo comprendo.

Judith lo miró con hosquedad durante un minuto, se volvió y se fue andando entre los árboles.

Marcus soltó el aliento en una lenta exhalación y se pasó las manos por los cabellos. Había supuesto que ella recibía con frecuencia proposiciones como la suya. Ella vivía de su ingenio y, por lo tanto, era lógico que también hiciera uso de su cuerpo. Pero ¿qué había dicho su hermano? Algo acerca de que su hermana tenía unos principios algo excéntricos. Era de suponer que él acababa de recibir una lección en ese sentido.

Por todos los cielos, qué excitante compañera de pasión sería una mujer así. Descubrió que no tenía la menor intención de abandonar su propósito.

-Buen Dios, ¿qué te ha pasado que vienes de ese talante, Ju?

Sebastian alzó la vista de su tablero de ajedrez y miró a su hermana, que pasaba, furiosa, por la puerta de la sala de estar de los dos.

-No sé si alguna vez he estado más enfadada -dijo ella, quitándose los guantes con manos temblorosas-. Lord Carrington acaba de demostrar... la más imperdonable audacia de ofrecerme carta blanca.

Arrojó sus guantes sobre el sofá y quitó los alfileres que sujetaban su sombrero.

Sebastian lanzó un silbido.

-¿Qué dijiste tú?

-Le disparé.

Sacó la pistola de su bolso y la arrojó sobre el sofá. Su hermano se estiró y recogió el arma. El olor acre de la pólvora aún estaba en la boca del cañón. Hizo girar el tambor: estaba vacío.

-Bueno, es seguro que le disparaste a algo -comentó-. Pero, por alguna razón, dudo de que haya sido al marqués. Pues si bien tienes un temperamento endiablado, no te veo como a una asesina.

Judith se mordió el labio. Sebastian siempre se las componía para hacerla bajar a tierra.

-Le disparé entre los pies -dijo ella-. Pero lo asusté, Sebastian. Durante un minuto, él pensó realmente que estaba por enviarlo con su Creador -de pronto, se echó a reír, disfrutando con la evocación-. Sírveme una copa de jerez, cariño. Ha sido una mañana muy difícil, mire como la mire.

Sebastian llenó dos copas con jerez de un botellón que había en un armario.

-¿Cuáles eran las condiciones de la carta blanca? -preguntó, con expresión blanda-. Es sólo cuestión de curiosidad, por supuesto.

Cuando su hermana se lo dijo, volvió a silbar. -Si no fuese por Gracemere, podría habernos venido muy bien.

-¿Venderías a tu hermana? -exclamó la aludida.

-Oh, sólo al mejor postor -aseguró él, muy serio.

Judith le lanzó un almohadón, luego se inclinó sobre e1 tablero de ajedrez para estudiar la disposición de las piezas. El ajedrez era un modo de aguzar el ingenio de los hermanos, en especial antes de una noche de juego.

-Claro que si alguien sospechara un segundo que no somos lo que pretendemos ser cuando lleguemos a Londres, jamás podremos movernos en los círculos que frecuenta Gracemere -dijo Sebastian, ya serio. Bebió su jerez-. Sin quererlo, tú has dado una impresión errónea a Carrington. Pienso, mi querida, que quizá sea tiempo de preferir los cuellos altos y de cultivar un aire pío.

-¿Y tú qué cultivarás, hermano?

La joven lo miró por encima del borde de la copa.

-Oh, yo seré un estudiante muy serio, proveniente del extranjero -declaró él-. Habré viajado mucho, seré asombrosamente sabio y asombrosamente aburrido, parloteando sin cesar acerca de la flora y la fauna de lugares exóticos.

Judith rió entre dientes, imaginando a su bromista y despreocupado hermano en semejante personaje.

-Tendrías que olvidarte de los chalecos listados y de las corbatas almidonadas, y jugar al whist por monedas.

-Bueno, no creo que pueda soportarlo -dijo-. Y menos si no tenemos con qué pagar nuestros gastos -se acercó a mirar el tablero junto con ella-. ¿Puedes verlo? Mueven las blancas; mate en tres jugadas. He estado estudiándolo durante media hora y no puedo pasar de coronar el peón. Pero entonces, bloquearíamos al rey.

Judith frunció el entrecejo, pensando. ¿Qué pasará si, en cambio, se cambiaba la reina por el caballo? Repasó las consecuencias en su cabeza.

-Probemos con peón siete reina.

Sebastian movió las piezas siguiendo, ahora, su propia lógica para llegar a la solución del problema.

-Muchacha inteligente -dijo, volteando el rey negro con la punta de un dedo-. Siempre has podido ver más lejos que yo.

-En el ajedrez sí, pero tú eres mejor en el séptimo.

Sebastian se alzó de hombros pero no le discutió.

-¿Quieres comer? -indicó la mesa.

Judith frunció la nariz ante la comida aburrida e insípida que les había servido su patrona.

-Otra vez pan con queso.

-Pero hoy cenaremos con los Gardener -recordó su hermano, cortando la hogaza-. Y es posible que la cena en el baile de la duquesa de Richmond sea muy sabrosa.

-Yo me atrevería a decir que el muy honorable marqués de Carrington estará presente - Judith se sentó y clavó el cuchillo en su trozo de queso-. Tengo la impresión de que no he hecho un buen trabajo tratando de desarmarlo, ¿no es cierto? -se puso ceñuda-. Amenazar de muerte a un hombre no es muy eficaz como modo de coqueteo -quitó el queso del cuchillo con los dedos y lo metió en la boca con aire distraído-. Oh -de pronto, recordó algo-. Tengo que saldar una deuda de honor. Le debo a Carrington veinte guineas.

4

Costaba creer que Napoleón y su ejército estuviesen a tiro de piedra de la ciudad; eso fue lo que Judith pensaba cuando ella y Sebastian fueron a formar parte de la fila de recepción de esa noche y avanzaban con lentitud por la ancha escalinata, para ser anunciados a la duquesa de Richmond, en el extremo de la fila.

Se veían más hombres de uniforme que civiles con ropas de noche. Las mujeres resplandecían bajo la luz de las arañas como un bullir de enjoyadas mariposas en vestidos de todos los colores del arco iris. Sin embargo, algo acechaba bajo toda esa alegría: cierto nerviosismo en las conversaciones, un tono algo estridente en las risas, las miradas que se dispersaban en torno del salón, en espera de alguna señal, del atisbo de una información nueva. Todo el mundo en los salones de la duquesa de Richmond en esa cálida noche de junio estaba a la expectativa.

El marqués de Carrington estaba conversando con el duque de Wellington y con el general Karl von Clausewitz en el extremo más alejado de las puertas dobles del salón cuando Judith y Sebastian entraron en él. Judith se miró de costado en el enorme espejo de pared con marco dorado, estudiando su imagen. De pronto, se sintió irritada consigo misma. Después de la debacle de esa mañana, era poco probable que Carrington se acercara a ella; entonces, ¿por qué quería ella que él lo hiciera? Ese hombre le había hecho el peor insulto imaginable. Se volvió hacia su hermano.

-Baila conmigo, Sebastian.

-Si tú quieres -la miró, intrigado-. ¿Desde cuándo tú debes recurrir a tu hermano como compañero de baile?

-Mi tarjeta está llena desde el tercer cotillón -respondió ella, tomándole el brazo-. He rechazado ofrecimientos hasta entonces, porque no creía que tuviese deseos de bailar antes de eso. Pero he descubierto que sí. Sebastian no dijo nada; se limitó a rodearle la cintura y a hacerla girar por la pista.

Carrington los observó y pensó que formaban una pareja de gran belleza; su mente estaba cada vez más lejos de la discusión sobre la necesidad de reforzar los flancos con los prusianos detrás de Sambre. Con ese pelo color cobre y esos estupendos ojos castaño dorados, podrían haber sido gemelos. Acaso habría apenas un año de diferencia entre ellos. El mentón de Judith era un poco más redondeado que el de su hermano, pero ambos tenían narices rectas, bien proporcionadas, y bocas generosas, pómulos altos y mandíbulas de firme contorno, un elegante par de infames aventureros. ¿Quiénes serían? ¿Y de dónde diablos habrían salido? ¿Se negaría ella a bailar con él, después de la embarazosa situación de aquella mañana? El orgullo de un hombre sólo toleraba escasas derrotas a manos de una moza desvergonzada aunque, lo admitía, inteligente.

Se excusó con sus compañeros y recorrió el perímetro de la pista de baile hasta que llegó a donde estaban los Davenport. Entonces, se abrió paso con destreza entre las parejas que bailaban y golpeó levemente a Sebastián en el hombro. Era un procedimiento bastante poco ortodoxo, pero había ocasiones en que un hombre debía ser creativo.

-¿Me cedería a su hermana, Davenport? Es una verdadera vergüenza que la retenga para sí, siendo que cuenta usted con la ventaja de su compañía en cualquier otro momento.

Sebastian sonrió.

-Bueno, en cuanto a eso, Carrington, corresponde que lo diga Judith.

-¿Señora?

Carrington hizo una reverencia con burlona galantería. En sus ojos había una expresión cómplice y conciliadora a la vez.

Judith miró alrededor, bien consciente de la atención que estaba atrayendo el episodio. Con gran astucia, Marcus Devlin la había acorralado.

-Supongo que una mujer debe acostumbrarse a ser pasada de mano en mano como un paquete -dijo, con gracia, saliendo del círculo que formaban los brazos de Sebastian y entrando en el de su nuevo compañero.

-Por lo general, es así como se manipulan los paquetes -murmuró Marcus, disfrutando el contacto con ella.

Era ligera y compacta... y flexible y peligrosa como un lince.

Judith hizo una brusca aspiración.

-Supongo que después de lo que pasó esta mañana puedo esperar cualquier insulto de usted, señor.

-¿Eso es lo mejor que puede hacer? -alzó las cejas con expresión interrogante-. Me decepciona, Judith.

-Por desgracia, no he traído mi pistola -replicó-. Confío en que haya recobrado su equilibrio, señor.

-Me llevó cierto tiempo -admitió él-. Hasta ahora, jamás había tenido tratos con un lince, ¿sabe usted?.

-¿Un lince?

Judith no pudo menos que mirarlo, y los ojos negros de él se rieron de ella, brillantes de goce.

-Sí, mi lince, más exactamente.

Un leve toque rosado apareció en los altos pómulos de la joven. Le pareció más sensato ignorar esa última afirmación.

-Espero que haya recibido el pago de mi deuda de honor, señor.

-Ciertamente. Le agradezco el mejoramiento del estado de mis finanzas.

Judith se mordió el labio y fijó la vista a cierta distancia, por encima del hombro de él. Pero era imposible y, por fin, echó a reír y la tensión abandonó su cuerpo.

-¿He sido perdonado?-preguntó él, súbitamente serio.

-¿Por qué, milord?

-Ya no estoy bromeando, Judith. Le he perdido perdón por lo de esta mañana. Y quisiera saber si mis excusas han sido aceptadas.

-No sería muy generoso de mi parte que me negara a aceptarlas, milord.

-Desde luego, usted no carece de generosidad.

Entonces ella lo miró a los ojos. -No, es verdad. Los Davenport no somos así. Tampoco somos gente sin honra.

-¿Entonces hacer trampas con los naipes es algo honorable?

No era una pregunta hecha con intención juguetona; Judith se mordió otra vez el labio, aunque en esta ocasión no era para contener la risa. -No puedo explicar eso.

-No, me imagino que debe de ser muy difícil de explicar.

-No es algo que hagamos de forma habitual, señor -dijo ella, con rigidez.

-Me alivia saberlo.

-Cuando ganamos en las mesas de juego, lo hacemos gracias a la habilidad y la experiencia -dijo ella-. Lo que vio usted... o creyó ver...

-Lo vi.

-Sólo estábamos practicando un par de jugadas. El dinero en juego era insignificante.

-Me perdonará si parezco escéptico con respecto a la escrupulosa pureza de su juego.

Judith guardó silencio. En realidad, no tenía nada más que decir.

Cuando él volvió a hablar, su voz ya no tenía ese matiz de dureza.

-Sin embargo, debo entender las razones que los llevaron a aprender tan dudosas artes.

Judith alzó el mentón y, por primera vez, él vio las sombras en esos ojos de lince.

-¿Lo entendería, milord? -dijo, con frialdad-. Eso es realmente bondadoso de su parte. Pero espero que no me considere descortés si le digo que es un asunto que no le concierne. Su comprensión es una cuestión que me tiene sin cuidado.

Marcus resopló, muy irritado. Su mano apretó la de ella, aplastando los esbeltos dedos. Entonces, la pieza terminó y ella se apartó de él. Mientras se esforzaba por contener su ira, él la vio alejarse por la pista, contemplando su vestido de tenue gasa marfil sobre un fondo de satén de color crema, que destacaban la intensidad del color cobre del pelo, cayendo en delicados bucles sobre sus hombros. Marcus se preguntó si el collar y los pendientes de topacio serían de pasta. Si así era, se trataba de imitaciones de gran calidad. Por cierto, no podía reprochar la habilidad con que los Davenport llevaban adelante su comedia.

¿Quiénes diablos serían? ¿Y por qué ella excitaba en él ese deseo salvaje?

Impaciente, sacudió la cabeza y se alejó a grandes pasos de la pista de baile. Apareció en su mente una imagen de Martha: suave, de cabellos castaños, ojos de cierva. Martha, incapaz de matar una mosca. La simple, gentil Martha... la presa perfecta. Un cordero, en el extremo opuesto de un lince sin domesticar. Tenía que existir un punto medio.

Judith se refugió en el salón de descanso. El carácter íntimo de las preguntas de Carrington la había perturbado más de lo que ella podía admitir. El había irrumpido en la oscuridad, en esa oscuridad que sólo Sebastian podía conocer, realmente, y entender, porque él la compartía con ella. Judith sólo confiaba en su hermano. Y así tenía que ser. Sus secretos, sus penas y sus planes sólo eran de ellos. No conocían otro modo de vivir.

Se inclinó hacia el espejo para arreglarse una hebilla del pelo. El salón estaba lleno de mujeres que parloteaban, se arreglaban los vestidos o el rostro. La conversación versaba sobre lo que harían cuando empezara la batalla.

-Yo no me quedaré para ser violada por una horda franceses -dijo una dama, abanicándose con vigor, sentada sobre un taburete tapizado de terciopelo, delante del espejo.

-Oh, querida condesa, ¿cómo puede imaginar que le va a suceder algo así? -chilló una mujer opaca, una especie de ratón pardo, al tiempo que dejaba caer un peine-. El duque jamás nos dejaría abandonados a merced del ogro.

-En cuanto nuestros hombres salgan de la ciudad, esos franceses estarán aquí, recuerde lo que le digo -dijo la condesa, con un temor casi procaz, mientras se pasaba una pata de liebre por las mejillas pintadas.

-Bueno, para que eso suceda, antes deben derrotar a nuestros ejércitos -señaló Judith, con aire recatado-. Mejor no apresurarse a dar por cierto el desastre.

-Por cierto que no -intervino la robusta esposa de un coronel-. Tiene mucha razón, señorita Davenport Nuestros hombres necesitan apoyo y no gimoteos plañideros. Por supuesto que derrotarán a Boney.

-Claro que sí -coincidió Judith-. No sirve pan nada dejarse dominar por el pánico.

La condesa y el ratón pardo, debidamente regañadas, se sumieron en un ofendido silencio.

-En cuanto empiece la batalla, habrá una requisa de caballos -comentó con calma otra mujer-. Alfred ya ha escondido los de nuestros carruajes en un establo en la afueras de la ciudad. Me ha ordenado que en cuanto él parta para el frente yo salga de la ciudad. Por las

dudas -añadió, con una sonrisa a Judith y a la esposa del coronel-. Las personas sensatas saben prever cualquier eventualidad.

-Usted no me verá a mí abandonando al coronel Douglas en el fragor de la batalla -declaró la esposa del aludido coronel Douglas, desapareciendo tras el biombo que ocultaba el retrete y alzando la voz para hacerse oír por sobre el crepitar de su falda de tafetán-. El deber de la esposa de un soldado es esperarlo tras las líneas; aguardarlo con temor, con el corazón destrozado. Yo he estado al lado del coronel en cada una de las batallas en la Península y no pienso salir huyendo ahora... pese a los malditos franceses. Me gustaría ver que intentaran sus trucos conmigo.

Judith rió, sintiendo recuperada su compostura, y salió del salón de damas. Mientras recorría el trayecto de regreso al salón de baile, se topó con Charlie.

-Te he visto bailando con Marcus -dijo él en tono acusador-. Dijiste que no bailarías hasta el tercer cotillón.

-No tenía intenciones de hacerlo -repuso ella, con una sonrisa tranquilizadora-. Pero mi hermano me convenció de que bailara el vals, y tu primo nos interrumpió.

-A veces, Marcus es muy arbitrario -dijo Charlie, un tanto aplacado-. A pesar de todo, he notado que a las mujeres parece agradarles ese comportamiento.

-Mi querido Charlie -dijo ella con aspereza-, no todas aceptamos el yugo.

Charlie se sorprendió ante una idea tan novedosa. Su risa vacilante fue poco convincente.

-Tú siempre tan bromista.

-Oh, no te equivoques, Charlie; no estaba bromeando -le dio unos ligeros golpecitos con el abanico en el brazo-. Todavía no has conocido muchas mujeres, pero eso cambiará.

-Me crees un simple novato, desconsolado, recordó las palabras de su primo durante el desayuno.

Judith sonrió para sí y se apresuró a restaurar la dañada autoestima del joven.

-No, claro que no. Pero un soldado no tiene mucho tiempo para frivolidades.

-Sí, es verdad -el semblante de Charlie se iluminó-. Tenemos otras cosas en la cabeza. La calma del duque es maravillosa, ¿no lo crees? Dice que ha tomado sus posiciones y está perfectamente seguro de cómo se desarrollarán las cosas.

Judith miró con aire pensativo al otro lado del salón, donde Wellington reía con un grupo de oficiales, en medio de un círculo de admiradas damas. El militar tenía una copa de champaña en su mano y, por cierto, no tenía el aspecto de un hombre cuyo mortal enemigo estuviese preparándose para una batalla a unos pocos kilómetros de allí. ¿Qué sería, un imbécil o un genio? Era de esperar que fuese lo segundo. De lo contrario, Bruselas se tornaría un tanto incómoda.

-Señorita Davenport, ¿le han presentado ya al duque de Wellington?

La voz del marqués de Carrington junto a su hombro sobresaltó a Judith y le hizo sonrojarse de manera reveladora.

-No -respondió, abanicándose con vigor-. ¿Tenía que acercarse así, inadvertidamente?

Marcus miró en torno, a la concurrencia que llenaba el salón, y arqueó las cejas.

-¿Acercarme inadvertidamente, entre esta muchedumbre? Vamos, señorita Davenport, mis intenciones no tenían nada de teatrales -enlazó el brazo de ella en el suyo-. Permítame que la presente al duque. El flirtea de manera desvergonzada con todas las mujeres bonitas, pero sabe apreciar tanto un ingenio agudo como una gran belleza.

Judith se dejó llevar. La presentación era un gran honor; tal vez la intención de Carrington era hacerle un ofrenda de paz. Habría sido una torpeza rechazarla. Su acompañante abrió con el hombro un camino para los dos a través del gentío, presentando una suave excusa, un cabeceo ocasional, hasta que llegaron al rincón donde el duque tenía su círculo.

-Permítame que le presente a la señorita Davenport, duque.

Marcus hizo que Judith se adelantara.

-Encantado, señora -el duque se inclinó sobre la mano de ella, y sus ojos dejaron escapar un chisporroteo apreciativo por encima de su nariz prominente-. Muy hermosa... he estado observándola toda la noche y me preguntaba cómo concretar una introducción. Por fortuna, mi amigo Carrington me dice que tiene la inmensa suerte de ser su amigo.

De modo que no era una ofrenda de paz, en absoluto -Judith estaba siendo reclutada, si no entregada, como entretenimiento del gran hombre.

-Es un conocimiento muy reciente, señor -dijo Judith, exhibiendo una radiante sonrisa al duque por sobre su abanico-. Pero me siento honrada de que su señoría me considere lo bastante meritoria para presentarme a usted. Estoy en deuda con él.

-No, señora, soy yo quien está en deuda con él -dijo el duque, generoso-. Y ahora, beba conmigo una copa de champaña.

El duque enlazó su brazo en el de la muchacha y la sacó del círculo, indicando a un criado con un ademán de su mano libre que se acercara con una bandeja llena de copas.

Conque un conocimiento muy reciente. Esa insolente moza lo había dejado como un fanfarrón que imaginaba una intimidad que no existía. Marcus la observó andar de1 brazo del duque, debatiéndose entre la diversión y la irritación.

Eran casi las tres de la madrugada cuando el gran baile de la duquesa de Richmond se desintegró en una visión de civiles atacados por el pánico y militares impulsados a la acción. Un caballerizo de la casa real había entrado en el salón de baile y había permanecido durante un minuto observando con su mirada entre la creciente multitud, en busca del comandante en jefe. Luego, se dirigió de prisa a donde el duque estaba sentado, junto a una ventana, al lado de Judith.

Wellington estaba encantado con su compañera, que no tenía la menor timidez y estaba tan dispuesta al coqueteo franco y desvergonzado como él.

-Me gustan las mujeres de mundo, mi querida -decía el duque, palmeándole la mano-. No hay nada en usted de esos aires lánguidos de «no me toque», señorita Davenport.

-Qué vergüenza, duque -lo regañó Judith, riendo, sin retirar su mano de la de él-. Arruinará usted mi reputación.

-De ninguna manera, señora. Su reputación estará a salvo conmigo.

Judith ladeó la cabeza y le dirigió una sonrisa maliciosa.

-Es una lástima.

Wellington estalló en carcajadas. Aún estaba riendo cuando el palafrenero se acercó a él.

-¿Duque?

-¿Qué hay, hombre? -preguntó, fastidiado.

-Hay despachos, señor -el palafrenero paseó la mirada por el salón-. En privado, milord.

Wellington se puso inmediatamente de pie.

-Discúlpeme, señorita Davenport.

Súbitamente, se convirtió en un hombre diferente, con un semblante sombrío que daba la impresión de no conocer la risa.

Judith comprendió de inmediato; se puso de pie, y tendió la mano.

-Lo dejaré libre para que atienda sus asuntos, duque.

El le tomó la mano, se la besó y luego se alejó llamando a su equipo, al mismo tiempo que se dirigía a una pequeña sala contigua al salón de baile.

-Diga a lord Carrington que se reúna con nosotros -dijo a un asistente.

Marcus entró en la sala unos minutos después y cenó tras él la puerta doble.

-¿Quatre Bras? -dijo de inmediato. -Tenías razón, Marcus. El ala izquierda de Boney ha girado en redondo hacia el norte. El príncipe de Orange lo tiene controlado en Quatre Bras, pero Napoleón está preparándose para avanzar.

-Y al mismo tiempo, atacar a los prusianos con su flanco derecho, en Ligny -dijo Marcus.

-Ligny en el este y Quatre Bras en el oeste -afirmó Wellington, inclinándose sobre un mapa-. Llama a reunión de cuartel general. Organizaremos la defensa en Quatre Bras.

Fuera de la pequeña sala, el salón de baile bullía. Los músicos seguían tocando, pero los bailarines eran escasos; algunos grupos de personas se reunían en las esquinas, mientras los oficiales se retiraban discretamente. Judith estaba buscando a Sebastian cuando Charlie se acercó a ella con expresión radiante de excitación. -Judith, debo unirme a mi regimiento.

-¿Qué ha sucedido?

-Han convocado a cuartel general; marcharemos hacia Quatre Bras.

No podía disimular su ansiedad; Judith sintió una in oleada de afecto hacia él, seguida de temor. Cuántos hombres jóvenes, tan dispuestos a encontrar una muerte sangrienta en el campo de batalla.

-Mi primera batalla -dijo él.

-Sí, y te portarás como un león -dijo ella, sonando con gran esfuerzo-. Ven, te despediré. Bajaron juntos la escalera. Hombres de uniforme iban de un lado a otro por el vestíbulo. Se daban y se recibían apresuradas órdenes. Grupos de soldados emprendían la marcha, tratando de aparentar que no sucedía nada fuera de lo común, mientras trasponían las grandes puertas, abiertas de par en par sobre la escalinata de piedra. Sin embargo, una vez que salían, echaban la discreción a los vientos y salían corriendo, llamando a los carruajes, gritando órdenes e informaciones.

Judith se estiró y besó levemente a Charlie en los labios.

-Cuídate.

-Sí, desde luego que sí -estaba impaciente por marcharse, y sus ojos recorrían el vestíbulo-. Oh, allí está Larson. Es de mi compañía.

-Vete, pues.

La joven le dio un amistoso empujón. El le dirigió una sonrisa algo torcida, teñida de culpa; luego inclinó la cabeza y la besó con un movimiento vivaz.

-Yo opino que eres maravillosa, Judith.

-Claro que sí -respondió ella-. Vete, ya. Ahora tienes cosas más importantes en que pensar; olvida esa frivolidades.

-Sí, así es. Eso es muy cierto.

Ella lo saludó con la mano, mientras él se sumaba a la multitud, caminando hacia atrás. De repente, sonrió le sopló un beso y volviéndose, se metió entre el gentío llamando a gritos a su amigo.

Abatida, Judith se volvió y subió los peldaños. Sebastian la esperaba. Le ofrecía la capa; él ya llevaba la suya sobre los hombros.

-Judith, tengo que llevarte a casa.

Ella paseó la mirada por los salones que iban despoblándose.

-Sí, no tiene mucho sentido quedarse. Aunque, tal vez podríamos enterarnos de alguna otra noticia.

-Aquí ya no habrá más noticias -Sebastian le acomodó la capa de tafetán dorado sobre los hombros-. Wellington y Clausewitz se han marchado con sus acompañantes. Saldrán para Quatre Bras dentro de media hora.

Le hizo bajar la escalera sujetándola, impaciente, por el codo.

-¿Por qué tanta prisa, Sebastian?

-Venga, vamos, Ju -ansioso, miró alrededor-. No quiero perderme nada.

-¿Perderte qué?

-La batalla -dijo él, y continuó animándola a bajar la escalera.

-¿Vas a marcharte?

Sin embargo, ella sabía la respuesta. Era impensable que Sebastian se dedicara a la juerga en Bruselas, mientras a tan corta distancia se jugaba el destino de Europa.

Su hermano le dedicó la misma sonrisa un poco traviesa, un poco culpable que Judith había recibido de Charlie.

-Daría un ojo de la cara por tener un encuentro con Boney yo mismo, Ju. Como no puedo, al menos debo estar allí.

Judith no hizo ningún intento por disuadirlo. Si sus vidas hubiesen sido diferentes, si hubiesen sido lo que tenían que ser, por derecho de nacimiento su hermano habría aportado un par de colores a los Scots Greys, el regimiento en el que habían servido los Devereux durante generaciones. Debía de ser un tormento para él verse obligado a permanecer a un lado mientras los hombres de su país, ataviados con sus brillantes uniformes, marchaban la refriega.

Pero pronto se enmendaría ese estado de cosas.

Pronto, Sebastian recuperaría su derecho de nacimiento. Judith enlazó su brazo con el de él y lo oprimió con fuerza. El retribuyó el apretón, aunque distraídamente; ella se dio cuenta de que, por una vez, los pensamientos de uno y de otro estaban muy alejados.

5

Ya en su alojamiento, Judith esperó en la sala, mientras Sebastian se quitaba la ropa de noche y se ponía sus pantalones de ante y botas de montar.

-¿Dónde piensas encontrar un caballo? -Steven Wainwright me ha ofrecido que monte su jaca de reserva -revisó sus bolsillos y contó los billetes que tenía en su billetera-. Estarás perfectamente bien, Ju. Se inclinó para darle un beso. -Odio tener que dejarte, pero...

-¡Oh, vete! -exclamó ella-. No me vengas con arrepentimientos. Pero ten cuidado. Tenemos cosas que ver; no podemos arriesgarnos a que te acierte una bala perdida.

-Lo sé. ¿Dudas de mí?

La excitación se esfumó de sus ojos y fue reemplazada por la sombría intensidad que muchas veces se veía en los de su hermana.

Ella negó con la cabeza.

-Jamás.

Judith oyó el sonido de sus botas en la escalera y el ruido la puerta del frente al cerrarse. Fue hasta la ventana que daba al estrecho callejón y lo vio alejarse a zancadas, casi corriendo, hacia el centro de la ciudad. Eran las cuatro de la mañana; en la ciudad había el mismo movimiento que podía verse durante el día. Tañían las campanas; las personas se asomaban a la ventana tocadas con sus gorros de dormir y se gritaban de un lado a otro de las calles estrechas. Judith oía el rugir de la multitud en las calles, a corta distancia de allí; ése era un rugido con matices de histeria. Los ciudadanos de Bruselas estaban aterrorizados.

Judith no pensaba perderse el drama tampoco, aunque no podía habérselo dicho a Sebastian, pues, si lo hacía, le habría estropeado su propia aventura. Se cambió rápidamente; se quitó el vestido de baile y se puso un traje de montar de color azul oscuro, de práctico velarte, y se enfundó unos guantes York de color tostado. Abrió la cerradura del baúl de madera que estaba debajo de su cama, guardó las joyas de imitación que había estado usando y sacó un fajo de billetes de su reserva, escondiéndolos en el bolsillo más profundo de su chaqueta. En el otro bolsillo metió la pistola, limpia y preparada.

Salió de la casa cerrando la puerta con llave y vaciló, sin saber qué dirección tomar. Necesitaba un medio de transporte, aunque suponía que esa noche no se podrían conseguir caballos por amor ni por dinero. Los habitantes de Bruselas retendrían sus cabalgaduras, preparándose para la huida.

Se decidió a seguir una corazonada; giró en un callejón que la alejaría aún más de la parte elegante de la dudad, llevándola a las zonas comerciales, más pobres. Los habitantes de esa zona se verían menos impelidos a huir del ogro.

De una taberna, al final de la calle, llegaban gritos roncos, canciones y risotadas; una luz amarillenta salía por la puerta abierta y se volcaba sobre los adoquines a los lados. A algunas personas no les atemorizaba la perspectiva de una batalla ante sus umbrales. Entre las varas un caballo flaco dejaba colgar su cabeza fatigada.

Judith se acercó al carro palmeando el cuello del rocín. El carro estaba vacío, de modo que se podía suponer que el dueño había vendido su producto esa tarde y, a juzgar por el bullicio que llegaba desde la taberna, probablemente estuviese bebiendo sus ganancias. Si tenía un poco de suerte, el hombre no saldría durante horas y ella podría devolver el caballo antes de que el hombre lo echase de menos. Desató la brida del poste. Con cautela, hizo

retroceder el carro, alejándolo de la taberna. Luego, saltó sobre el asiento del conductor, agitó con suavidad las riendas, y chasqueó la lengua. El animal lanzó un pesado suspiro y echó a andar por el callejón.

En cuanto salió de la sección más pobre, Judith comprobó que el pánico en la ciudad estaba en su punto más alto. Las casas estaban abiertas y sus habitantes iban y veían con sus posesiones, llenando coches y carros. Hombres y mujeres corrían por las calles y por todas partes se oía el relinchar de los caballos.

Mientras conducía por una estrecha calle adoquinada, dos hombres salieron de la sombra y sujetaron a su caballo por la brida. El caballo se detuvo de inmediato, con un resoplido de alivio.

-Muy bien, señorita, estamos requisando su caballo-dijo uno de los sujetos.

Llevaba un delantal de bayeta, de criado, pero el que lo acompañaba era un hombre robusto y rubicundo, de chaqueta de satén y pantalones hasta la rodilla. Respiraba agitadamente y aferraba la brida como si en ello le fuese la vida.

-¿Con qué autoridad? -preguntó Judith, acercando la mano al bolsillo y cerrándola sobre la pistola.

-No importa con qué autoridad -dijo el hombre robusto-. Necesito ese caballo.

-Bueno, yo también -replicó Judith-. Por favor, suelte la brida, señor.

El hombre del delantal de bayeta se acercó al costado del carro, con expresión amenazadora. Sostenía un garrote en una mano.

-Vamos, no se busque problemas, señorita. Baje rápidamente; así nadie saldrá lastimado.

-Odio desilusionarlo, pero le aseguro que alguien va a salir lastimado, sin duda -Judith sacó la pistola del bolsillo y la apuntó hacia el hombre del garrote-. Aléjese del carro, y usted, señor, suelte al caballo.

El hombre robusto dejó caer la brida lanzando un resoplido asmático, pero su criado estaba hecho de una materia más resistente.

-No lo usará, señor. Jamás conocí a una mujer que pudiese soportar el sonido de una pistola, no hablemos ya de dispararla.

-Bueno, permítame ofrecerle una nueva experiencia, buen hombre.

Por segunda vez en ese día, Judith disparó su pistola. La bala silbó tan cerca de la oreja del criado que pudo sentir el aire. El sujeto lanzó un obsceno juramento y saltó hacia atrás. Al mismo tiempo, el animal, asustado, se lanzó hacia adelante y Judith sacudió las riendas para que no se detuviera. El viejo caballo galopaba, realmente, sobre los adoquines, y el carro se sacudía y saltaba tras él sobre sus ruedas de hierro.

Judith rió de puro entusiasmo, hasta que notó que apretaba tanto las riendas que casi no sentía las manos. Durante el enfrentamiento no había sentido temor, pero ahora su corazón comenzaba a latir más fuerte. Tiró de las riendas al tiempo que dejaba atrás el callejón empedrado, e hizo varias aspiraciones profundas hasta que se sintió más serena.

Giró hacia la ancha carretera bordeada de árboles que la llevaría a Quatre Bras.

Lord Carrington estaba de pie ante una casa alta, observando las payasadas de su hombre con una mezcla de asombro y diversión. Estaba vestido con ropa de montar y se golpeaba las botas con un látigo mientras esperaba que le llevaran su caballo de las cocheras. No tuvo dificultad alguna para reconocer a la persona que conducía el carro que llegaba por la calle. Ella estaba sin sombrero, y sus revueltos rizos cobrizos eran inconfundibles a la luz de la luna.

¿Adonde diablos iría? En actitud consciente y deliberada, cuando ella llegó a su altura, él se movió para interceptarla. Saltó hacia arriba con un ágil giro y aterrizó sobre el asiento, junto a ella.

-¿Escapándose, señorita Davenport? No puedo creer que esté huyendo.

Judith lo miró parpadeando, perpleja ante esta abrupta, inesperada aparición.

-No, claro que no, pero Sebastian se ha ido a ver la batalla, y yo no quiero quedarme esperando, impaciente, mientras los hombres disfrutan. ¿Qué está haciendo usted en mi carro?

-Necesito que me lleve -dijo, sin vueltas-. ¿Qué demonios cree que va a hacer en Quatre Bras?

-¿Qué le importa a usted a dónde voy yo, lord Carrington?

El hombre no se dignó responder la pregunta. -Es usted una loca irresponsable, señorita Davenport -dijo, directamente-. ¿En qué estaría pensando su hermano que la ha dejado para que pergeñara semejante travesura?

-Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma, milord; estoy segura de que usted lo sabe.

Le echó una dura mirada a la luz grisácea del falso amanecer.

-Contra un hombre desarmado, puede ser. Pero ¿y si tiene que enfrentar a una canalla de soldados dedicados al pillaje cuando acabe la batalla? Permítame que lo dude, señora.

-Hace instantes, he podido defenderme a mí y a mi caballo de manera muy satisfactoria, contra dos hombres armados -replicó ella.

-Le ruego que acepte mis felicitaciones -dijo él, cáustico-. A pesar de todo, estoy apenas impresionado por su capacidad para defenderse comparada con su desatinado coraje.

-¡Esto no es asunto suyo!

-Al contrario, tengo la impresión de que está convirtiéndose en asunto mío con abrumadora rapidez-estiró sus largas piernas y se acomodó con toda la apariencia de quien se apresta a quedarse-. Tengo la intención de avanzar en nuestro reciente conocimiento -le lanzó una mirada perspicaz, y ella tuvo la decencia de ruborizarse-. Yo debería haber esperado la respuesta propia de una buscadora de líos a una actitud bien intencionada -dijo, frotándole sal en la herida.

Judith hizo una profunda inspiración.

-Tal vez haya parecido desagradecida, pero es que no me gusta que me manejen.

-¡Qué dice! -exclamó él-. Caramba, de todas las... -sus hombros comenzaron a sacudirse-. Qué vocabulario excéntrico tiene, lince. O quizá sólo sea el producto de una imaginación desbordada.

-Tampoco me gusta que se rían de mí -dijo Judith, enfurruñada.

-Bueno, no debería usted lanzar insultos absurdos.

Judith renunció a librar una batalla en la que, al parecer, se encontraba en clara desventaja. Por el momento, la desierta carretera era una pálida cinta que resplandecía frente a ellos; los árboles y setos vivos iban cobrando forma a medida que la noche llegaba a su fin. El cielo era de un azul intenso, la estrella Polar parecía un brillante alfiler; ella tuvo la sensación de que estaban solos, juntos, en el límite del universo... solos y esperando algo a lo que no sabía qué nombre ponerle. Tuvo una leve sensación de algo que se hundía en su estómago, como si tuviese vida propia. El muslo de tensos músculos que estaba a su lado entró en contacto con el suyo en el estrecho asiento y todo su cuerpo se estremeció agitado por una corriente de energía no identificable.

Marcus sintió esa corriente en su propio cuerpo, la de la energía que emanaba de ella uniéndose a la suya. Aumentó la presión de su muslo contra el de ella. Un ánimo inquieto se había apoderado de su alma. Deseaba a esta mujer como no recordaba haber deseado a ninguna otra; haría cualquier cosa para poseerla. Si podía aprovecharse de la extraña magia de ese viaje al amanecer, del temor, la excitación y el dramatismo de los acontecimientos del momento presente, lo haría. Sintió que la tensión crecía en ese cuerpo tan próximo al suyo, y guardó silencio durante largo rato, permitiendo que ella se habituase a la excitación. Cuando

habló, lo hizo con una alegre despreocupación, muy alejada de la premonitoria tensión del momento previo.

-¿Cómo te las ingeniaste para hacerte con este destartalado vehículo? -preguntó, observando las manos de ella en las riendas.

Judith siguió mirando por entre las orejas del caballo, sintiendo que esa pregunta corriente le daba una tregua ?ara respirar. Tras un minuto, respondió con calma:

-Bueno, lo encontré frente a una taberna. Probamente, el dueño esté tan ebrio en este momento que no note su falta durante horas.

Marcus se enderezó.

-¿Estás diciéndome que lo has robado?

-No, sólo lo he tomado prestado -respondió, con un airoso ademán-. Lo devolveré cuando haya terminado de usarlo.

-¡Eres una joven incorregible, inescrupulosa, marrullera, ladrona de caballos! -exclamó Marcus, realmente impresionado-. Por Dios, será conveniente que alguien cuide de ti antes de que hagas algún daño grave y te encuentres con la cuerda del verdugo.

Le arrebató las riendas de sus manos y guió al caballo hacia un costado de la carretera, junto a un cerco de zarzas. El caballo bajó la cabeza y comenzó a pastar el suelo cubierto de hierbas.

-¿Qué está haciendo?-preguntó Judith.

-Todavía no lo sé.

Marcus giró sobre el banco, la aferró por los hombros y, en el mismo instante en que la tocó, esa sacudida de corriente surgió entre ellos. Judith lo miró a los ojos, que brillaban decididos, y tembló, sintiendo un caloren su vientre que iba convirtiendo, poco a poco, sus huesos y sus tendones en lava fundida.

-Tú tejes una magia muy extraña, Judith -dijo él, con su voz convertida en un ronco murmullo, sosteniéndole la mirada-. Me confundes tanto que no sé si tengo deseos de pegarte o de hacerte el amor... pero sé que necesito poseerte de un modo u otro.

En silencio, Judith sacudió la cabeza. Tenía la impresión de que había olvidado cómo hablar. Sólo sabía que quería sentir sus manos, rudas o tiernas, eso no le importaba.

Marcus gimió, expresando su derrota, y la estrechó contra sí, apoyó su boca en la de ella con violencia, casi como castigándola. Judith respondió sin titubeos a esa dolorosa presión, abriendo los labios a la invasión decidida de la lengua de él. Sus manos encontraron el camino hasta el cuello de él, sus dedos mesaron los gruesos cabellos oscuros. En lo más hondo de su ser, una tibia, palpitante excitación y deseo parecía extenderse en oleadas en todo el cuerpo de la mujer. Nunca había sentido nada semejante hasta entonces, y se rindió a esa caliente, roja sensación, acercándose al hombre como si quisiera formar parte de él, mientras sus manos recorrían su cuerpo de mujer, reconociendo sus contornos.

Marcus liberó su boca sin prisa, durante todo el tiempo que necesitó para aflojar su abrazo y acomodar a Judith sobre sus muslos.

-Necesito un poco más de ti -dijo en voz queda, encontrando otra vez la boca de ella.

La cabeza de Judith se apoyó en su hombro, su boca debajo de la de él, ahora más vulnerable y accesible a la exploración cada vez más profunda de su lengua. Las manos de Marcus encontraron los pechos de Judith y se ahuecaron sobre la suave protuberancia bajo la chapeta de ella; en cierta forma, Judith se sintió abierta a él. Se removió sobre su regazo, abriendo los muslos sin saberlo, al tiempo que un calor al rojo crecía en su interior, amenazando con consumir la razón y la realidad.

-Dios querido, qué pasión hay en ti, mi lince. El alzó la cabeza y contempló esos ojos dorados, desbordantes de perplejidad y también de deseo.

-Quizá sea el champaña -murmuró Judith, llevando las manos otra vez a la cabeza de él, atrayéndola hacia sí.

Marcus se echó atrás, la risa chisporroteando en su mirada, ondulando en su voz; de pronto la llama del deseo había convertido en un ascua.

-¿Te he oído bien? ¿Atribuyes una respuesta tan apasionada simplemente a un exceso de champaña?

-Pienso que tal vez haya contribuido -dijo ella, sonriendo con malicia.

Pero la picardía no podía ocultar el fuego contenido que ardía en sus ojos, en la curva intensamente sensual de su boca.

-Sinvergüenza -dijo él con suavidad-. No sé qué es lo que mereces por haberme interrumpido así.

Llevó la mano otra vez al pecho de ella y sus dedos se movieron con destreza desenganchando los botones de su chaqueta. Judith tembló, y el momento de veleidad pasó. Los diminutos botones de su camisa de lino se abrieron rápidamente, y los dedos de él ya estaban sobre su piel, tibios, firmes, conocedores. Ella levantó una mano para acariciarle la cabeza y arqueó el cuerpo hacia arriba, hacia la mano de él, impulsada por la apremiante urgencia de su deseo.

-Jamás había sentido algo así -susurró, en un breve jadeo de excitación.

-Así está mucho mejor -murmuró él-. Nada de esas tonterías acerca de los efectos deshinibitorios del champaña.

Sonrió, fue una resplandeciente sonrisa de satisfacción masculina. Le sostuvo la mirada al tiempo que dejaba caer una mano sobre la rodilla de ella e iba subiendo la falda milímetro a milímetro. El aliento tibio de 1a noche de verano acarició las piernas desnudas de Judith cuando la falda llegó a sus muslos. La palma de Marcus se ahuecó sobre sus rodillas y fue deslizándose hacia arriba, más allá del borde de las medias, sobre la satín suavidad de la cara interior de sus muslos.

-Si supieras cuántas veces he soñado con esto-dijo Marcus, todavía sonriendo, contemplándole el rostro mientras sus dedos continuaban la íntima y provocativa invasión-. Mientras tú me castigabas con el filo más agudo de tu lengua, a mí me atormentaban visiones de tu cuerpo, fantasías acerca de la respuesta de tu cuerpo a mis caricias.

Judith no respondió, pero se tocó los labios con la lengua, entornando los ojos, sintiéndose flotar en la sensación, viendo el rápido ascenso y descenso de su pecho, que era la única señal de su excitación creciente.

De repente, el cerrado mundo de excitación se hizo trizas con el sonido de voces, el ruido de pisadas, un estridente clarín que lanzaba su llamada. El caballo enganchado a las varas se echó a andar y se abalanzó hacia el seto. Judith resbaló sobre las rodillas de Marcus con un golpe sordo y ella gritó su indignación y sorpresa. Marcus sujetó las riendas que había cometido el descuido de abandonar y, lanzando maldiciones, tiró de ellas haciendo que el aterrado caballo se alejara del cerco.

-¡Por todos los diablos! -exclamó Judith, sentándose en el banco.

-Bien dicho -aprobó Marcus, mirando sobre el hombro-. Al parecer, nos hallamos en medio de un regimiento que va en camino hacia la batalla.

-Bueno, es muy desconsiderado de parte de ellos -refunfuñó Judith, alisándose la falda.

Marcus le lanzó una divertida mirada de soslayo. Sin duda, debían tomarse un respiro.

-Dime-preguntó, con engañosa inocencia-, ¿por qué consideraste deshonrosa mi propuesta de esta mañana y, sin embargo, un revolcón junto a un seto vivo como una lechera con su truhán en un día de primavera te ha parecido perfectamente aceptable?

Judith se pasó los dedos por entre sus desordenados rizos.

-Milord, ¿me haces una pregunta seria?

-Desde luego que sí.

-En esta ocasión no me has ofrecido un pago por mis servicios. Estoy segura de que eres capaz de reconocer la diferencia entre una prostituta y una amante.

Marcus hizo una brusca e intensa inhalación, luego exhaló lentamente, tratando de serenarse. Otra vez estaban en funcionamiento aquellos excéntricos principios. Pero no le importaba en qué términos avanzara su relación, sino su concreción.

-¿Y estás dispuesta a ser mi amante?-preguntó en voz queda-. Te deseo con el más poderoso de los deseos, Judith. Si tú me lo dices, me apearé aquí mismo y te dejaré continuar tu viaje y jamás volveré a meterme en tu vida. De lo contrario...

No había necesidad de terminar la oración.

-No quiero que te vayas -dijo ella, encontrando su mirada con transparente candor.

-¿Y sabes qué significa eso?

-Sé qué significa.

El alivio lo inundó. Era un placer tratar con una mujer que hablaba con franqueza y no era virtuosa. Nunca le habían gustado las señoritas ingenuas y virginales, y la sofisticación y la honestidad le resultaban infinitamente más excitantes.

Impaciente, echó una mirada fastidiada a las filas de hombres que marchaban por la carretera. ¿Sería muy larga la maldita columna?

Judith se movió sobre el banco.

-¿Adonde iremos?

La suerte estaba echada; de repente se sentía aprensiva.

-Hay una posada no lejos de aquí-respondió él-.Si recuerdo bien el camino... Gracias a Dios, creo que la columna ya ha pasado.

Llevó el carro otra vez a la carretera y reanudó el viaje a Quatre Bras. Estaba amaneciendo. Vetas rojas atravesaban el cielo, tiñendo el gris de un intenso resplandor encarnado.

-Qué hermoso -dijo Judith-. Siempre me ha encantado viajar al amanecer.

El la miró de lado.

-Es una hora insólita para viajar.

Judith se alzó de hombros.

-Quizá. Para otras personas.

Marcus no dijo nada. No quería que ella se extendiera sobre ese tema... en ese momento, no... no cuando él quería que ella olvidase las apreturas del pasado, que sólo se sintiera llevada por la urgencia del deseo que, él lo sabía, igualaba al propio. Ella era una aventurera; malvada e inescrupulosa; en ese momento él la quería tal como era.

Una construcción de techo de paja se alzó ante ellos, bajo la luz grisácea, con un cartel chirriante que se balanceaba en la brisa matinal.

-El viaje ha terminado -anunció él, en voz baja.

O ha comenzado, pensó Judith. Su cabeza daba vueltas como con un brebaje embriagador; partes iguales de excitación, temor, anticipación. No se cuestionó sus acciones ni sus motivos. Estaba acostumbrada a obedecer sus instintos, pero, aunque no hubiera sido así, sabía que estaba en las garras de una compulsión que exigía ser satisfecha. Quería a ese hombre junto a ella, su cuerpo sobre el de ella, dentro de ella. Quería sentir su piel, tocar cada parte de su cuerpo, conocer su cuerpo como conocía el suyo propio. Era un hambre primitivo; en ese miento ella estaba tan sedienta de sangre como un lince en la selva.

6

El dormitorio de paredes blanqueadas tenía escasos muebles pero estaba limpio. Una alfombra de junco cubría las tablas desiguales del suelo; desteñidas cortinas de muselina se agitaban en la ventana abierta y hacían juego con el dosel de la cama de postes. Judith caminó hasta la ventana, notando al pasar que le temblaban las manos mientras se quitaba los guantes. Miró afuera sin ver la huerta de hierbas aromáticas y el panorama de los campos que se extendía más allá. Tras ella, Marcus despedía a madame Berthold, la esposa del posadero, cuyas ansiosas descripciones de los méritos del cuarto estaban salpicadas de pesimistas predicciones con respecto a los resultados de la inminente batalla.

Por fin, madame se dio cuenta de que debía marcharse, y Marcus se apoyó contra la puerta cerrada, contemplando la espalda de Judith, dejando que el silencio colmase la habitación, que la expectativa volviese a crecer. Dejó su látigo sobre una silla, y se quitó lentamente los guantes. Judith no se había movido.

Marcus se acercó a ella por detrás. Levantó del cuello la masa de rizos de cobre y apoyó ahí suavemente los labios, sobre la nuca tibia. A Judith la recorrió un estremecimiento, y él sintió otra vez esa sacudida de energía que igualaba a la suya. Sus labios se movieron en un sitio sensible detrás de la oreja y su aliento acarició la piel de la mujer.

-Mi bello lince, quiero verte desnuda. La dirigió de cara a la habitación, volviéndola hacia él, y le tomó el mentón entre el pulgar y el índice. Judith reconoció el brillante resplandor sensual de sus ojos, tan vibrante de anhelo como sus palabras y sintió que se deslizaba hacia el interior de un mundo donde la única realidad estaba contenida dentro de la potencia de sus propias reacciones. Su hambre y su deseo eran los de él. Susurró que ella también quería ver la desnudez de él y pasó la palma de su mano por la mejilla de él, recorriendo suavemente el contorno de su boca con el dedo meñique. La mano de Marcus aferró la muñeca de ella, retuvo su mano y succionó ese dedo inquisidor con su boca, mordisqueando apenas la punta.

Fue una sensación exquisita. Las terminaciones nerviosas de la yema de su dedo parecían estar conectadas con otras partes de su cuerpo. Se pasó la lengua por los labios y sus ojos lo miraron, relucientes, reflejando con claridad y franqueza las mismas corrientes sensuales que él sentía.

-Por todos los cielos, cómo te deseo, Judith -sentía el fuego en sus genitales-. Tengo que mirarte.

La alzó, sintiendo otra vez sus músculos, livianos y flexibles a la vez. Un verdadero lince de ojos dorados.

La llevó hasta la cama y la sentó en el borde, poniéndose de rodillas para quitarle las botas. Se levantó y la hizo ponerse de pie otra vez.

-Será más fácil desnudarte si te pones de pie -dijo con una sonrisa, besándola en los labios.

-Yo podría hacerlo más rápido -propuso Judith.

Marcus negó con la cabeza y tomó un puñado de pelo en cada mano, para sujetarle la cara mientras la besaba en la boca. Los pechos de ella se apretaban contra él, y ella lanzó un suave gemido contra los labios del hombre. Con una brusca aspiración, él le soltó la cabeza. Sus dedos, rápidos y diestros, se concentraron en la chaqueta de ella. Soltó los botones en un

santiamén; luego le quitó la prenda por los hombros con brusca prisa, antes de dedicarse a los botones de la camisa de lino.

Los suaves montes de los pechos, los pezones duros y erguidos de deseo, desaparecieron bajo sus manos ardientes. Judith cerró los ojos estremeciéndose profundamente de placer, cuando los dedos de él juguetearon con esos tensos picos. El pasó las manos por el estrecho tórax, palpando la forma de ella, la tersura de su piel, el contorno de las costillas hasta que llegó a la cintura. Dio un paso atrás y la miró, desnuda hasta la cintura bajo sus ojos hambrientos, con el pelo brillante haciendo contraste con la blancura de su piel, sus pechos moviéndose suavemente en rápida respiración.

Judith esbozó una sonrisa abstraída, profunda, con los ojos entornados, y sus manos acariciaron sus pechos en muda invitación.

-Quítate la falda -pronunció él, con voz ronca.

Ella desabrochó la parte de atrás de su falda, introdujo las manos por la cintura ya floja de la prenda y la bajó por las caderas hasta que cayó a sus pies. Quedó ante él; ahora sólo llevaba su fina enagua de cambray. El puso las manos sobre las caderas de ella e hizo que se volviera. Judith se estremeció con su contacto, la tibia presión de sus manos a través de la delgada tela. El le deslizó un dedo por la espalda, sintiendo vibrar su piel. Sujetándola por los hombros, inclinó la cabeza y su lengua repitió el trayecto de su dedo, en una caricia caliente, mojada, que trajo un grave gemido a los labios de la mujer. Ella trató de mantenerse inmóvil, pero sus pies se movían, inquietos, sobre el suelo de madera.

El botón de la cintura de su enagua quedó desabrochado y la prenda se deslizó hasta sus tobillos. Marcus recorrió la curva de las caderas, la firme redondez de las nalgas, la elástica esbeltez de los muslos con lánguida caricia. Luego, tomándola de las caderas, la hizo girar hacia él.

Una vez más, retrocedió y contempló el cuerpo de ella desde la bruñida cabeza hasta los dedos de los pies todavía enfundados en las medias. Le rodeaban las caderas unos portaligas de encaje que llegaban hasta encima de la rodilla; él decidió que los dejaría allí. Había algo de deliciosamente travieso en ellos, algo que iba con la esencia de Judith, algo que él creía estar empezando a conocer.

-Tan bella... -dijo-. Tan bella como en mis más locas fantasías.

Judith dio un paso hacia él y le rodeó el cuello con los brazos, apretando su cuerpo desnudo contra la leve aspereza de su chaqueta, sintiendo el cuero suave de sus pantalones contra sus propios muslos. Echó atrás la cabeza ofreciéndole la porcelana de su cuello, su pelo cayendo en cascada, como un río bruñido sobre los hombros, sus muslos apretados con fuerza contra él, en un gesto más elocuente que cualquier palabra lujuriosa.

-Dios querido, Judith -susurró Marcus, sujetándole las nalgas y alzándola contra él-. Dios querido, lince. ¿Qué haces conmigo?

Dio un paso hacia la cama y dejó caer a Judith sobre el cobertor. Permaneció un segundo de pie mirándola; luego empezó a desnudarse.

Judith lo miraba. Con la codicia lasciva de un depredador, contemplaba ese cuerpo poderoso, atlético, que se revelaba ante sus ojos. Cuando él se quitó la camisa, ella se regodeó con el pecho ancho, ligeramente cubierto de oscuros rizos, y la cintura estrecha; luego se quedó mirando con curioso desparpajo cómo él aflojaba el cinturón y se quitaba los pantalones; vientre cóncavo, caderas esbeltas, piernas largas y musculosas; su dura erección era la prueba de su excitación... El se volvió para arrojar los pantalones sobre una silla; ahora ella pudo ver unas nalgas de músculos tensos; esta visión provocó en Judith una brusca inspiración, y agitó su cuerpo sobre el cobertor.

El se tendió sobre la cama, estirándose junto a ella, besando el suave pulso que latía en la base de su garganta mientras le acariciaba el vientre, jugueteaba con su ombligo e inhalaba la fragancia de su cuerpo. Recorrió la línea de su cuerpo, desde la oreja hasta la cadera, reconociendo las dulces curvas, las profundas concavidades, y ella gimió al contacto de su

mano mientras susurraba su nombre. La boca de Marcus fue hasta los pechos de ella, rozando suavemente sus pezones con los dientes, y Judith se sintió inundada de sensaciones, una líquida plenitud en su vientre que había llegado a una urgencia casi insoportable. Movió el cuerpo y sintió la dureza de él en su muslo, y tendió la mano para tomar esa carne turgente, surcada de protuberancias, sintiendo cómo la sangre latía con fuerza en su mano. Era una sensación rara y maravillosa, que llegaba a través de sus dedos cerrados alrededor de él, formando una tibia vaina.

Marcus gimió quedamente mientras gozaba esas sabias caricias y su lengua trazaba un sendero húmedo y ardiente en el vientre de ella. Judith abrió los muslos en súbita exigencia, sin dejar su caricia, aunque ahora sus dedos transmitían su aguda urgencia.

-Cuánta impaciencia -susurró él, deslizando una mano debajo de ella, cerrando los dedos como tenazas sobre la carne firme y dulce de sus nalgas-. Despacio, cariño -la pellizcó como para sacarla de esa especie de trance provocado por el deseo, ella abrió los ojos y fijó su mirada en la cara que se cernía sobre ella-. Harás que no pueda controlarme -dijo él, sonriendo-. Y sería una lástima para ambos.

Ella asintió, en señal de haber entendido, y la nalga capturada entre los dedos de él se tensó.

Marcus movió su mano y acarició el vientre de ella. Ahora, sus labios estaban frescos, y con su aliento tibio borró las marcas de sus dedos sobre la carne pellizcada. Deslizó su mano entre los muslos de ella y sondeó con delicadeza abriendo los suaves pétalos hinchados y percibió que ya estaba tibia y dispuesta. Ella se abrió a su contacto, moviendo el cuerpo hacia atrás, buscando la mano de él, y sus breves sollozos de placer llenaron la habitación.

-Date la vuelta, ahora -le dijo él con suavidad, moviendo su mano, besándola en la nuca-. Quiero mirarte en los ojos cuando forme parte de ti.

Ella rodó de espaldas y lo miró a través de los ojos entornados.

-No puedo describir lo que siento.

Ambos tuvieron la sensación de que era la primera vez que ella hablaba desde hacía una eternidad; su voz sonó, para la propia Judith, como oxidada y áspera por la falta de uso.

Marcus volvió a besarla; en sus ojos resplandeció el placer que le devolvía el placer de ella, mientras se acomodaba entre sus piernas exhalando un suave silbido de plenitud. Ella sintió la presión de su virilidad contra la hendidura de su cuerpo; se cerró instintivamente para impedir la entrada. La sorpresa se reveló en los ojos de él, que volvió a tocarla con la mano, y entonces el cuerpo de ella se elevó hacia él, sus piernas se alzaron para recibirlo cuando él se apretó contra ella, los talones de la mujer le sujetaron las nalgas con loco anhelo. Marcus advirtió demasiado tarde lo apretada que era ella, la delgada membrana que, por un instante, le impidió penetrarla. Después, ya estuvo profundamente dentro de ella, su cuerpo se hizo uno con el de ella, y en los ojos de Judith brillaron las lágrimas, pero sus labios se separaron dejando escapar un breve grito de euforia. Ella comenzó a moverse al ritmo de él; ni siquiera la fuerza de la Guardia Imperial de Napoleón hubiese sido capaz de detenerlos.

En los ojos de Marcus apareció una expresión atónita; la cabeza de Judith cayó hacia atrás, su cuello se arqueó y sus piernas se curvaron sobre la cintura de él, apretándolo contra su cuerpo. Con un supremo esfuerzo de voluntad, él se quedó quieto, gozando de la gloria de la aterciopelada calidez de la mujer, cuando su orgasmo se cerró sobre él. Quiso quedarse para siempre en ese precipicio, disfrutando de la sensación que ella le proporcionaba, del cuerpo de ella que se estrechaba a su alrededor, pero una honda espiral de deseo le impedía controlarse. Con una aguda punzada de pérdida, se obligó a retirarse de la apretada vaina en la que ella lo retenía, y la estrechó contra sí al tiempo que sentía palpitar su propio orgasmo.

-Dulce Edén -jadeó Judith-. Esto es increíble.

Marcus se dejó caer junto a ella, los ojos bien cerrados y, durante un largo rato, no dijo nada. Por fin, le preguntó en un extraño tono sin inflexiones:

-¿Por qué no me lo dijiste?

-¿Qué debía decirte? El giró hacia ella y se apoyó en un codo.

-Que eras virgen -su mirada se posó sobre la sangre de intenso color que manchaba los muslos de la mujer, tendida en audaz abandono junto a él-. ¿Por qué diablos no me lo dijiste? -quiso saber, con una expresión dura en los ojos, como si el glorioso momento compartido hubiese quedado súbitamente mancillado por una ola de culpa y confusión.

-¿Acaso pensaste que no lo era?-preguntó ella.

-¿Cómo podía saberlo? Parecías una mujer experta. ¿Cómo iba a imaginar que aún eras virgen?

-¿Acaso importa eso?

Judith se sentó, sintiendo que la inquietud salpicaba su euforia.

-Claro que importa -él se dejó caer sobre la almohada-. No tengo el hábito de desflorar vírgenes.

-Sólo hicimos lo que deseábamos -la perplejidad de ella era genuina-. No sucedió nada que no debiera suceder.

El la miró atentamente.

-No -dijo, marcando las palabras-. Quizá tengas razón. No ha sucedido nada que no debía haber sucedido.

En las palabras de Marcus había un matiz que confundía y atribulaba a Judith. Se deslizó fuera de la cama, fue hasta el tocador y echó agua de una jarra en la palangana.

-Hablas como si estuvieras enfadado. Y no logro entender por qué -empapó un paño en agua y se lavó los muslos-. ¿De qué modo te he molestado?

Marcus fijó la vista en el dosel floreado, tratando de ordenar la furiosa confusión que bullía en su cerebro. Tal vez estaba juzgándola mal. ¿Por qué habría de urdir semejante hecho? Sin ninguna duda, ni la más consumada actriz podría haber fingido su pasión, su deseo, su plenitud.

-Ven a la cama -dijo él-. Ya ha amanecido; necesitamos dormir.

-Pero ¿no vas a explicarme? Se acercó a la cama, los ojos agrandados por la fatiga y una aflicción que -él lo habría jurado- era auténtica. Con una oleada de remordimiento, se incorporó y la atrajo hacia él.

-*Tristesse de l'amour* -dijo con suavidad-. Perdóname. A veces ocurre, y tú me tomaste por sorpresa. Me siento un poco culpable, pero eso desaparecerá después de unas horas de sueño. Ahora, cierra los ojos.

El le cerró los párpados con los dedos y le acarició la mejilla hasta que sintió que ella se relajaba a su lado, dejando que se disolviera la ansiedad en los suaves pliegues del agotamiento.

Judith inhalaba profundamente el fuerte aroma del sudor de él y los restos del perfume que había dejado el acto de amor, mientras iba quedándose dormida. Todo eso era tan nuevo para ella que no era extraño que tuviese algunos aspectos confusos.

La despertó un estruendoso retumbar. Durante un momento, permaneció tendida, desorientada, mirando los contornos de una cama que le era desconocida, mirando intrigada el dosel de muselina. Luego, la memoria volvió a su mente y ella se incorporó de golpe.

-¿Qué es ese ruido?

-Disparos -Marcus estaba de pie ante la ventana. Sólo llevaba los pantalones y estaba poniéndose la camisa-. La batalla ha comenzado.

-¿Qué hora es?

-Las cuatro de la tarde.

Se volvió hacia la cama. Judith componía un ingenuo y, sin embargo, hechicero espectáculo, sentada, con el pelo revuelto sobre los hombros, la sábana enroscada en sus muslos. Recordó el abandono de sus respuestas, la loca y gloriosa franqueza de su deseo.

Franca... si no tenía en cuenta que no había dicho nada de su inocencia, que había dejado que él la descubriese cuando ya era demasiado tarde para controlarse o tomar precauciones. Pero tal vez eso formase parte de su conducta tan abierta; en verdad, entregada al mundo ciego de la excitación erótica, ella no lo había pensado dos veces. Después de todo, era una aventurera. Marcus dejó que la duda y la confusión se esfumaran, y disfrutó de la imagen que ella le ofrecía, parpadeando y sacudiendo la cabeza, perdida en cierta reflexión, y luchando por regresar al mundo luminoso de la realidad cotidiana.

-Hemos dormido todo el día -dijo, al fin, la muchacha.

-Así parece -él atravesó el cuarto y se inclinó para besarla-. ¿Cómo te sientes?

Judith estimó su estado.

-Un poco dolorida -dijo, después de haberlo pensado con cuidado.

El se encogió, y dijo, irónico:

-Bueno, yo lo pregunté. En la jarra hay agua caliente. Pero ¿cómo te sientes por dentro?

Su tono era serio; no había duda de que esperaba una respuesta igualmente seria.

-Maravillosamente -declaró ella-. La virginidad es una cuestión muy sobrevalorada -sonrió-. ¿Por qué te preocupaba tanto anoche? No era necesario que te sintieras culpable; tú no eres responsable.

Marcus se puso ceñudo.

-Por supuesto que lo soy-atrapó un tirabuzón cobrizo y lo enroscó en su dedo-. Las cosas sucedieron muy rápidamente... quizá, demasiado rápidamente.

-Bueno, no lo sé -dijo ella, ladeando la cabeza-. En mi opinión, fue un asunto bastante moroso.

Marcus renunció a seguir intentado que se sintiera mal acerca de algo que, evidentemente, ella no lamentaba en absoluto. Cualquier arrepentimiento que él pudiera sentir pronto se desvanecería. Ahora, la cosa estaba hecha; no había nada que impidiera el progreso de esta relación. Más aún: si no fuera por el ruido del cañón y sus implicaciones, por no hablar de su estómago vacío, él habría vuelto a la cama con ella sin pensarlo mucho.

El rió y le sacó la sábana de encima de las piernas.

-¡Levántate! ¡Desvergonzada atrevida! Aunque es tarde, bajaré a buscar algo para comer.

-Magnífico; estoy muerta de hambre. Entonces, ¿iremos a Quatre Bras?

El iría, pero no tenía la menor intención de llevar a Judith al campo de batalla. Sin embargo, esa discusión podría esperar hasta que tuviesen el estómago lleno.

-En cuanto sea posible. Me necesitarán en el cuartel de Wellington. Tendría que haber llegado anoche; espero que se me ocurra alguna excusa que no sea esta verdad: que fue el placer lo que me detuvo -rió entre dientes, mientras quitaba de su dedo el pesado anillo de oro de sello-. Será mejor que te pongas esto mientras estés aquí, para salvar las apariencias. Estoy seguro de que madame Berthold notaría su ausencia.

-Sí, claro. No lo había pensado -dijo ella, deslizando el anillo en su dedo-. Es un poco grande, pero puedo sujetarlo.

Vertió agua de la jarra en la palangana.

Extasiado, Marcus se quedó junto a la puerta, observando el modo despreocupado en que ella se lavaba el cuerpo. Su miembro volvió a la vida y, ahogando una maldición, él se sacudió las telarañas del hechizo y bajó al comedor de la taberna.

-Oh, aquí está usted, milord. Casualmente, estaba explicando a estos oficiales que hospedábamos aquí a un caballero y su esposa -madame Berthold, la mujer del posadero, alzó la vista del barril de cerveza en el que llenaba las espumosas jarras. Parecía asustada-. Ha comenzado la batalla, milord. Hemos estado esperando los disparos durante todo el día pero

han comenzado sólo hace una hora o dos. Boney ha estado demorando el ataque, dicen estos señores.

-Carrington, buen hombre, ¿qué te trae por aquí?

Marcus juró para sus adentros, recordando todas las maldiciones que conocía, al reconocer al oficial de dragones y a sus dos acompañantes, que holgazaneaban apoyados en el mostrador.

-Estoy de camino al centro de operaciones de Wellington, Francis -entró en la sala y saludó con la cabeza a los otros hombres-. Whitby, George, buenos días.

El coronel lord Francis Tallent miró a su antiguo amigo con expresión repentinamente admirativa.

-¿Esposa?

-Todos tenemos nuestros secretos, Francis -dijo Marcus, restándole importancia. Sus amigos sacarían la conclusión correcta y tendrían la discreción de no tocar más el tema. Las aventuras amorosas de un hombre eran cuestión privada. Se volvió hacia la esposa del tabernero-. ¿Podría hacernos subir algo para comer, madame?

-¿Qué querría su señora: una taza de té o, quizás, un vaso de jerez, señor?

La mujer hizo una reverencia y adoptó una actitud servicial.

-Oh, no es necesario que suba. Puedo muy bien comer aquí. Tengo tanta hambre que podría comer un caballo.

Judith Davenport entró sonriendo en el comedor. Todavía seguía arreglándose el pelo mientras caminaba, retorciendo al tacto los tirabuzones para formar un rodete, que sujetaba con hebillas. No llevaba la chaqueta, y su blusa de lino estaba descuidadamente abierta en el cuello; sus brazos levantados marcaban la redondez de sus pechos.

-Marcus, estaba pensando...

Su voz fue apagándose al ver que había otras personas y que todas ellas se habían puesto del color de la remolacha. Dejó caer las manos a los costados.

¿Habría oído ella las voces? ¿Cómo era posible que no las hubiese oído mientras bajaba la escalera? Marcus sintió que el mundo dejaba de girar sobre su eje ante la situación y sus inevitables consecuencias. Una vez, había visto a un cazador furtivo atrapado entre las mandíbulas de acero de la trampa que había puesto un propietario. El mismo horror, la misma repugnancia que había sentido al ver el sufrimiento de ese pobre hombre era la que sentía ahora por él mismo, cuando las crueles mandíbulas de su propia trampa se cerraron. No tenía alternativa... no tenía ninguna alternativa. Tal vez ella fuese una aventurera, pero él había comprobado su virginidad y sabía que ella no era una ramera... salvo que él la convirtiese en tal.

-Por supuesto, tú conoces a mi esposa, Francis -dijo Marcus. Fue hasta la puerta y tomó la mano de Judith, conduciéndola al interior del comedor-. Querida, ¿conoces al vizconde Whitby y a George Bannister?

-Creo que nos hemos visto alguna vez -respondió Judith, distraída, sintiendo que la cabeza le daba vueltas al comprender la magnitud del desastre.

Ambos oficiales eran miembros prominentes de la sociedad londinense. El relato de este encuentro estaría en labios de todos, y ella jamás podría volver a entrar por los dorados portales del gran mundo... tampoco su hermano. Y su padre no podría ser vengado. La ocurrencia de Marcus era su única protección por el momento; tendría que atenerse a ella hasta que pudiera volver a pensar todo con más claridad.

-¡Que el diablo me lleve, Marcus, eres un ganador desconocido! -exclamó Francis-. Conque secretos, ¿eh? Le ruego que acepte mis felicitaciones, lady Carrington.

-Sí, por cierto. Esto reclama una botella -afirmó Bannister-. Champaña, buena mujer.

-Bueno, no sé si tenemos, señor -dijo la acalorada mujer-. Iré a preguntar a Berthold.

Salió de prisa y en el comedor se hizo un breve silencio. La perplejidad de los otros hombres era evidente, aunque eran lo bastante corteses para disimularlo.

-Entonces, ¿llevará usted a lady Carrington a Quatre Bras? -dijo Whitby, llevándose el jarro de cerveza a los labios.

-Será nuestra luna de miel -admitió Marcus sin parpadear-. Sé que es un poco insólito, pero éstas no son épocas de tranquilidad.

Mostró una sonrisa un poco torcida.

-Ya lo creo -dijo lord Francis.

-¿Qué novedades hay de la batalla? -preguntó Marcus, cambiando bruscamente de tema.

-Como era de esperar, Napoleón está atacando a Blücher en Ligny, y a Wellington en Quatre Bras.

-¿Por qué esperó tanto para atacar? Sólo quedan cinco horas hasta el crepúsculo.

-Según nuestros agentes, Bonaparte no ha hecho su habitual reconocimiento de las primeras horas de la mañana, y pensó que sólo tenía que habérselas con el cuerpo comandado por Blücher en Ligny. No estaba enterado de que las fuerzas de Ziethen habían acudido en su apoyo; por eso no se le ocurrió que era necesario darse prisa -respondió Francis.

-Sin embargo, a pesar de la demora, nos están machacando -dijo Whitby, sombrío-. Wellington está sufriendo graves pérdidas en Quatre Bras; tenemos órdenes de pedir refuerzos en Nivelles.

-Aquí tenéis algo para comer, milord, y una botella del mejor clarete de Berthold -la mujer del posadero entró con una bandeja bastante cargada-. Espero os guste. No tenemos champaña, señor.

-Ya lo creo -aseguró Carrington. Apartó una silla de la mesa-. Judith, ven y siéntate. Caballeros, ¿nos acompañáis?

-No, Carrington, gracias. Le ruego que nos excuse, señora-.Whitby hizo una reverencia formal-. En realidad, hemos comido hace rato.

-Es bastante tarde -logró decir Judith, mientras aceptaba la silla que Marcus le ofrecía, y le echaba una rápida mirada.

La expresión del hombre era impasible, sus ojos no revelaban nada.

-¿Quieres un poco de jamón?-preguntó él, con remota cortesía.

-Gracias, señor.

Un rubor rosado apareció en los pómulos de ella.

-¿Y un trozo de pollo?

-Por favor.

Judith dejó caer la mirada sobre el mantel, sintiéndose como si hubiese cometido un terrible crimen y sólo estuviese esperando su condigno castigo.

Desdichada, se concentró en su comida y dejó la conversación a los hombres. El constante retumbar de los cañones continuó, hasta que fue reemplazado, de repente, por un rugido creciente que llegaba de fuera. Poco a poco, el rugido se fue transformando en gritos, alaridos y el golpeteo de pies que hollaban la tierra.

Lord Francis corrió hacia la puerta de la posada; los otros lo siguieron. Un torrente de seres humanos, algunos a caballo, otros en calesas y carros, la mayoría andando, se derramaban por la carretera, en dirección a Bruselas. Mujeres con pequeños en brazos, niños aferrados a sus faldas, a los tumbos sobre los camellones de barro endurecido del camino; los hombres, armados con cualquier cosa que habían encontrado en su prisa: estacas, cuchillos, y hasta un trabuco.

-¿Qué diablos pasa? -exclamó Marcus.

-Parece ser una fuga precipitada -dijo Whitby-. Acaso Wellington esté batiéndose en retirada.

-Hasta ahora, Napoleón no lo ha derrotado -dijo Marcus-. No puedo creer que lo haga en esta ocasión.

-¡Oh, señores, dicen que el ejército está retrocediendo! -Berthold, el posadero, venía corriendo desde el camino, donde había estado tratando de informarse por la gente que huía-. Wellington está retrocediendo hacia Bruselas. Los prusianos están retirándose hacia Wavre.

-¡Por todos los diablos! -George Bannister tomó su sombrero-. Será mejor que nos ocupemos de lo nuestro.

-¡Berthold! -bramó Marcus, al ver que el posadero corría otra vez hacia la puerta-. Haga enganchar mi jaca al carro.

Fue a grandes pasos hacia la escalera que iba al dormitorio y subió los peldaños de dos en dos. Judith permaneció en el comedor, ahora vacío, escuchando el rugido de la multitud afuera. Después, corrió escalera arriba, tras de Marcus.

El estaba poniéndose la chaqueta, revisando el contenido de sus bolsillos.

-Me marcho a Quatre Bras -dijo cortante a Judith al verla entrar-. Tú te quedas aquí. Yo pagaré nuestra estadía cuando vuelva a buscarte.

-Aparentemente, te olvidas de que yo estaba de camino a Quatre Bras -dijo ella, tragando la opresión que cerraba su garganta.

Era poco factible que pudieran discutir su conflicto personal, teniendo en cuenta lo que sucedía en ese momento, pero, sin duda, la frialdad en el tono de él era inmerecida. Ella no podía creer que él tuviera la intención de marcharse y dejarla abandonada, esperando en una solitaria posada, sin saber nada de lo que estaba aconteciendo.

-Bueno, ahora tú no irás -dijo él con entonación decidida-. Es demasiado peligroso, estando esa horda ahí fuera; tú no harías otra cosa que interponerte.

Judith perdió la paciencia. Era un alivio que eso le pasara, pues desvanecía su sensación de impotencia y disimulaba, por el momento, el temor de que algo muy doloroso acechaba al volver la siguiente esquina, en su relación con Marcus Devlin.

-Ese caballo y ese carro son míos -dijo, con furioso énfasis-. Además, lord Carrington, quiero que sepa que yo voy adonde me place. Usted no tiene derecho a darme órdenes -recogió su chaqueta y sus guantes-. Si quiere compartir mi carro, es usted bienvenido. De lo contrario, le aconsejo que consiga su propio medio de transporte.

Antes de que él pudiese responder, ella se había vuelto y salía de la habitación. Marcus ahogó una maldición, tomó su látigo y corrió tras ella. Llegó al establo pisándole los talones. Judith saltó sobre el asiento del conductor del carro, lista para partir de inmediato, y tomó las riendas. Marcus sujetó la rienda junto al bocado, e impidió el avance del caballo.

-Estás comportándote como una niña malcriada -dijo él-. Un campo de batalla no es sitio para una mujer. Baja ahora mismo.

-No -replicó Judith-. ¡En realidad, eres un déspota muy arrogante y arbitrario! Ya te dije que yo voy adonde me place y que tú no tienes ningún derecho a darme órdenes.

-En este momento, estoy ejercitando mi autoridad conyugal -declaró él-. Un campo de batalla no es lugar para una mujer, mucho menos para mi esposa. Y ahora, haz lo que te he dicho.

Por un momento, Judith se quedó sin habla.

-Yo no soy tu esposa -logró pronunciar, al fin.

-Para todo propósito e intención, ahora lo eres. Y en cuanto encuentre un condenado sacerdote, lo serás ante los ojos de la Iglesia.

Era demasiado, hasta para una santa.

-¡No me casaría contigo aunque fueses el último hombre en la tierra! -gritó ella.

-En lo que a ti concierne, mi querida Judith, eso es exactamente lo que soy -dijo él, seco-. El primer y el último hombre que conocerás, en todo el sentido de esa palabra.

Judith, con el rostro blanco, se puso de pie en el carro y fustigó al caballo con las riendas. El animal se precipitó hacia delante, sorprendiendo a Marcus, que trastabilló, aún sujetando el bocado del caballo que echaba a andar. Recuperó el equilibrio justo a tiempo y soltó el bocado para no ser arrastrado por el animal, que ahora caracoleaba. Marcus se aferró al costado del carro y montó en él de un salto, arrebatando las riendas a Judith. El caballo salió disparado, como si lo hubiese picado una abeja.

-Monsieur... monsieur... -se oyeron los gritos indignados de la esposa del posadero, a espaldas de ellos. Judith miró por encima del hombro. Madame Berthold corría en el camino tras ellos, enarbolando una sartén, con el delantal flameando. Se le voló la cofia y cayó en la zanja, pero ella continuó su carga, sin hacer caso.

-Creo que te has olvidado de pagar la cuenta -dijo Judith, con un jadeo estrangulado; una carcajada casi histérica reemplazó súbitamente su rabia.

-¡Maldición!

Marcus tiró de las riendas, y el caballo, casi enloquecido, se paró resoplando. El hombre se volvió para mirar a Judith, que estaba doblada, llorando de risa. Lo absurdo de la escena le hizo temblar el labio y sus hombros comenzaron a sacudirse. El también miró por encima del hombro, y vio a madame Berthold, que seguía corriendo hacia ellos, jadeando.

-Uno de estos días te daré una tunda -comentó él a la jadeante Judith, mientras metía la mano en el bolsillo, en busca de su billetera-. Casi has hecho que me tomaran por ladrón.

Se inclinó hacia la indignada y agitada madame Berthold, le dedicó su más encantadora sonrisa y derramó sobre ella un torrente de disculpas, atribuyendo el olvido a la urgencia del momento.

Un puñado de soberanos, que compensaban sobradamente su hospitalidad, apaciguaron a madame, que se quedó en la carretera, jadeando, mientras Marcus ponía en marcha otra vez el carro.

-Y ahora, ¿en qué estábamos? -dijo.

Al fin, Judith había dejado de reír y se apoyaba en el respaldo de tosca madera del asiento.

-Íbamos a Quatre Bras. Y estamos yendo, aunque todo el mundo va en sentido contrario.

-Así parece. Allí encontraremos a un sacerdote.

-Quizás haya alguna otra manera de solucionar esto -dijo ella, mordiéndose el labio.

Pero no se le ocurrió ninguna que no lo estropeara todo. ¿Cómo podría perdonarla Sebastian por haber destruido meses y meses de planes, por el capricho de una pasión?

-Yo he tomado tu virginidad, y fuimos descubiertos en una situación muy comprometida para ti. En semejantes circunstancias, no existe otra alternativa honorable.

Expuso los hechos sin rodeos, sin inflexiones.

-Pero ¿acaso te has olvidado, señor mío, que yo soy una moza fullera, ladrona de caballos, de dudosa reputación, que vive en los márgenes de la sociedad, a la sombra de las mesas de juego?

Lo dijo con voz grave, tragando saliva.

-No, no lo he olvidado. Pero debo desviarte de tus indeseables inclinaciones.

-¿Y si yo no quisiera ser desviada, milord?

El se alzó de hombros.

-Esto no es una broma, Judith. Como esposa mía, tendrás responsabilidades con respecto a mi apellido y a mi honor. Y aceptarás esas responsabilidades como parte del trato.

¿Trato? Judith volvió el rostro para el otro lado, tratando de encontrar un sentido en el torbellino que bullía en su cabeza. El matrimonio con el marqués de Carrington conllevaría una estupenda ventaja, tanto para ella como para Sebastian. Cuando fuera la marquesa de Carrington, contaría con un acceso inmediato y natural a los círculos que frecuentaba Gracemere; también lo tendría Sebastian, como cuñado del marqués. La posición de ellos en sociedad quedaría asegurada, y sus fondos serían más que suficientes para que Sebastian se instalara como soltero en Londres. El necesitaría habitaciones elegantes en lugar de una casa; un criado en lugar de una dotación completa. El dinero ahorrado por ellos mismos no daría para mucho más. Eso significaría que podrían comenzar a concretar su venganza mucho antes de lo que habían imaginado. Y cuando eso acabase, Sebastian podría haber recuperado sus derechos. Ese naipe había caído en las manos de Judith; sólo una tonta lo habría rechazado, alegando escrúpulos para ponerlo en juego.

Pero Marcus no debía saber nada de todo eso. Había una vida entera de secretos que él no debía conocer. Entonces, ¿cómo podía ella cumplir su parte del acuerdo?

-No sé nada de ti -dijo ella en voz alta-. ¿Por qué no te has casado nunca?

Se hizo silencio. Marcus evocó el pasado y consideró la verdad... y la verdad a medias que se había convertido en la única. El honor aún lo ataba a esa media verdad, a causa de que aquella persona -su madre- que podría sufrir más daño por esa historia estaba en su tumba hacía unos cuantos años. La verdad completa sólo la conocían él y una persona más. Pero era una pregunta legítima.

-Es una historia sencilla y común, si bien el orgullo es algo endemoniado, y yo he tenido más de la cuenta. Hace diez años, estaba a punto de casarme con una mujer que era tu antítesis en todo sentido. La conocía desde la infancia, aunque no se me había ocurrido cortejarla. Era un alma dulce, sumisa, y yo daba por cierto que sería una esposa dócil y ejemplar para mí. En cambio, se enamoró locamente de un tahúr cazafortunas, que la sedujo con suma habilidad. Ella me abandonó.

Continuó hablando con la misma voz controlada, casi plácida.

-El papel de novio abandonado era arduo y humillante para mí. Era demasiado joven para enfrentarme con ecuanimidad a una mortificación pública. Entonces, decidí que un hombre podía vivir perfectamente sin esposa.

-¿Ella se casó con el cazador de fortunas?

¿Qué alternativa tenía?... Pobre incauta. Marcus cerró los ojos para eludir la imagen del rostro golpeado de Martha, cerró los oídos para dejar fuera el sonido de sus sollozos entrecortados. Un lince indómito jamás se vería en semejante situación. Una aventurera sin principios arreglaría las cosas a su gusto. ¿Habría ella oído las voces cuando estaba en la escalera? ¿Había sabido quién estaba en el comedor antes de entrar, con su ropa desarreglada, rodeada de un nimbo de mujer satisfecha que se pegaba a cada curva y a cada línea de su cuerpo? ¿Habría ella tramado todo eso? Pero, aunque así fuera, un hombre de honor no tenía alternativas.

-Sí, se casó con él -dijo-, y murió en el parto nueve meses después, dejándolo con una fortuna para derrochar en el juego -sacudió la cabeza, rechazando el tema-. No deseo hablar de Martha nunca más. Tú y ella sois tan diferentes que se podría creer que no pertenecéis a la misma especie.

Judith quiso preguntarle si él creía que podría ser feliz casado con ella, pero en el fondo de su alma ya sabía la respuesta. Había sido obligado, y lo hacía notar en cada palabra y en cada entonación.

Si no hubiese sido por Gracemere, habría sido fácil liberarlo del compromiso. Ella hubiese podido decirle que, en los círculos en los que ella se movía, la reputación no tenía importancia, que ella se sentiría muy dichosa de ser su amante durante todo el tiempo que ambos quisieran. Pero no diría nada de eso. Ella era una jugadora, y había recibido una mano perfecta.

Volvió la cabeza y se encontró con la mirada helada del hombre.

-En ese caso, trato hecho, milord Carrington -dijo con sencillez.

Marcus hizo un breve cabeceo de asentimiento y volvió su atención al camino.

Judith cerró los ojos, prestó oídos al tronar del cañón, cada vez más cercano. La carretera estaba abarrotada de soldados, caballos y vehículos militares, y civiles que huían mezclados con los restos de un ejército en retirada. De repente, cualquier pensamiento de pasión y venganza le pareció trivial, en medio de un acontecimiento que segaría miles de vidas y que modificaría el futuro de ambos.

7

La aldea de Quatre Bras estaba en un cruce de caminos. A los ojos de Judith, asemejaba una aldea sacada del Dante. Aún se oía el fragor de la batalla, y una densa nube de humo colgaba sobre las destartaladas chozas y las casas de granja que había a los lados de la carretera. Los muertos y los heridos yacían en cualquier lugar donde se pudiera hallar un sitio libre para ellos, y desde el hospital de campaña se elevaban penosos gritos de agonía.

La calle principal de la aldea estaba abarrotada de soldados y cabalgaduras; un caballo herido se debatía entre las varas de una cureña volcada, relinchando como un espíritu, mientras un grupo de soldados trataba de cortar las varas y enderezar el cañón.

-Dios querido, no deberías estar aquí -musitó Marcus a Judith-. ¿Qué diablos haré contigo?

-Tú no tienes que hacer nada conmigo -declaró Judith-. Yo me apearé aquí. Hay mucho que hacer.

Marcus la miró de soslayo, vio la expresión resuelta de su pálido rostro, y tiró de las riendas. Aunque no estaban en la misma línea del frente, su situación no era del todo segura. Puso una mano en el brazo de la mujer para detenerla; ella ya se disponía a saltar del carro.

-Un minuto, nada más.

-Estamos perdiendo el tiempo -dijo ella, impaciente.

-No hay seguridad.

-En ningún lugar la hay -señaló ella, indicando con un ademán el caos que los rodeaba-. Tendré cuidado.

Marcus frunció el entrecejo y luego se encogió de hombros, resignado.

-En ese caso, está bien. Mantén tu cabeza baja y quédate a resguardo todo lo posible. Yo voy al cuartel general de Wellington. Quédate en la aldea; yo te buscaré cuando sepa qué está sucediendo.

Judith asintió y se bajó del vehículo. Se recogió la falda y cruzó corriendo la estrecha calle, hasta donde había un grupo de heridos sin atender, tendidos a la sombra de un seto.

Durante muchas horas, hasta que el atardecer llegó con el final de la jornada y, con él, la terminación de la lucha y del incesante bombardeo del cañón, Judith llevó agua a los sedientos, vendas que sacaba del hospital de campaña para restañar las heridas más accesibles, y se sentó junto a los moribundos, acompañándolos mientras morían o pasaban de un mundo colmado de dolor a una piadosa semiinconsciencia. Oyó hablar en sueños y oyó gritos de terror, confesiones y profundos deseos, y su corazón se llenó de compasión y de horror por tanto sufrimiento, por el desperdicio de tantas vidas jóvenes.

A lo largo de horas interminables, buscó y buscó a Sebastian, aguzando los oídos para captar el sonido de su voz. Sin duda, debía de estar en alguna parte de esa carnicería. Salvo que se hubiese encontrado en el campo de batalla, y algún tiro desviado... pero ella no podía permitirse pensar semejante cosa.

Marcus la encontró en el hospital de campaña, sosteniendo la mano de un joven insignia mientras el cirujano amputaba su pierna. El muchacho mordía una correa de cuero; sus dedos parecían vacíos de sangre mientras apretaba la mano de Judith. Marcus los observó desde las sombras hasta que llegó el momento en que el paciente entró en ese mundo oscuro que está

más allá de la resistencia, y su mano cayó inerte sobre la mesa. Judith se masajeó los dedos doloridos y miró alrededor, buscando dónde podrían necesitarla.

Vio a Marcus y lo miró con expresión de fatiga mientras él se encaminaba hacia ella. La muchacha tenía el rostro manchado de polvo y hollín, la falda manchada de sangre, los ojos opacos por el agotamiento. Apartó el pelo que se pegaba en su frente, húmedo de sudor por el fétido calor que hacía en la tienda del hospital.

-¿Qué novedades tienes?

-El ejército está retirándose hasta una nueva línea, en Mont St. Jean -respondió Marcus-. Wellington y su equipo todavía están aquí, haciendo un inventario -sacó su pañuelo y enjugó la frente de Judith; luego tomó su mentón entre el índice y el pulgar y le limpió una mancha negra en la mejilla. Los ojos de Marcus estaban ensombrecidos-. Estoy tratando de tener noticias de Charlie. Las pérdidas han sido horrendas.

-Yo esperaba encontrarme con Sebastian -Judith paseó la mirada por el hospital. Ahora, los faroles arrojaban un resplandor rojo sangre sobre la escena, proyectando sombras gigantescas contra las paredes de la tienda, mientras los cirujanos y sus asistentes se movían entre las mesas llenas de heridos-. ¿Qué haremos ahora?

-Tú estás agotada -dijo Marcus-. Necesitas comer y descansar.

Judith bajó la cabeza, como si ya no tuviese fuerzas para sostenerla.

-Todavía hay mucho que hacer aquí.

-Por esta noche, nada más. Mañana también habrá mucho que hacer.

La tomó del brazo y la condujo hacia la abertura de la tienda. El pie de ella resbaló en un charco de sangre; se aferró a él con desesperación. Los brazos de él la rodearon con fuerza, la levantó y, durante un momento, ella se entregó a su fuerza, sintiendo de pronto que su cuerpo elástico y flexible parecía haberse quedado sin coyunturas.

Marcus la estrechó contra sí, sintiendo la lasitud de su cuerpo, como el de un pequeño animal. Ella olía a sangre, a tierra y a sudor; Marcus se sintió sorprendido por una oleada de ternura. Era una emoción a la que no estaba acostumbrado; por cierto, no con Judith, que lo excitaba, lo irritaba, lo desafiaba, lo divertía... a menudo todo a la vez, pero hasta entonces no había despertado su instinto protector. Depositó un beso en su frente húmeda y la llevó afuera, al aire relativamente más fresco de la noche.

-Antes de que hagamos ninguna otra cosa -dijo él-, hay un asunto del que tenemos que ocuparnos. He arreglado las cosas de modo que sea muy discreto.

-¿Qué asunto?

Marcus le tomó la mano izquierda; aún estaba allí el anillo de sello; la miró, ceñudo.

-Tu presencia aquí, conmigo, tiene que ser explicada; sólo hay una explicación. Tengo intenciones de convertirla en verídica sin demora. En la aldea hay un sacerdote belga que está preparado para la ceremonia. No llevará mucho tiempo.

Entonces, Judith comprendió que por alguna razón había esperado que se respetaran las tradiciones cuando ellos formalizaran su relación. Era evidente que a Marcus sólo le interesaba que se resolviera todo rápidamente. Le dolía, pese a que trató de convencerse de que sus propios motivos eran puramente prácticos. Pero no pudo menos que preguntarse: «¿Tiene que ser ahora? ¿En medio de esta carnicería?».

-Es una cuestión de honor -replicó él, sin ambages-. El mío... ya que no el tuyo.

Judith detectó una inflexión sardónica en su voz, y el enfado la hizo acalorarse.

-La última vez que hablamos de mi honor, yo tenía una pistola en la mano -le recordó, enderezando los hombros a pesar del cansancio.

La respuesta de Marcus fue interrumpida por el comienzo de un grito jubiloso.

-¡Judith... Ju...!

Los dos se volvieron y vieron a Sebastian a la sombra de un portal.

-¡Sebastian! -Judith corrió hacia su hermano, olvidando todo lo que concernía a Marcus y al honor en discusión-. He estado buscándote por todas partes.

-¿Qué diablos estás haciendo aquí? -preguntó su hermano, abrazándola-. Yo te dejé en Bruselas.

-No esperarías que me quedase allá, ¿no es cierto? -repuso ella, con sonrisa fatigada.

Su hermano sacudió la cabeza, irónico.

-Como te conozco, supongo que no debería haberlo esperado -en ese momento, notó la presencia de Marcus y alzó las cejas-. ¿Cómo está, Carrington?

-¿No has visto a Charlie? -preguntó de repente Judith a su hermano, antes de que Marcus respondiese al saludo de Sebastian-. Marcus ha estado tratando de tener noticias de él.

-Oh, lo he visto hace unas horas -contestó Sebastian-. Estaba con Neil Larson. Larson había sido herido, y Charlie lo llevaba a cuestas, fuera del campo. Estaban poniendo a Larson en una de las carretas que iban de regreso a Bruselas.

Judith percibió cómo la tensión abandonaba a Marcus, como si un duende negro hubiese saltado de sus hombros.

-Gracias a Dios -murmuró él, mientras la expresión de sus ojos se ablandaba y la tensión de su boca se aflojaba. De repente, su mirada se fijó en Sebastian-. Davenport, ha llegado justo a tiempo para prestarnos un servicio muy útil.

-Ah, ¿sí?

-Sí, podrá entregar a su hermana.

-¿Qué dice?

-Marcus, ¿me permites que hable con mi hermano en privado unos minutos? -se apresuró a decir Judith.

Marcus hizo una reverencia bastante formal.

-Desde luego. La casa del cura está junto a la iglesia, como suele suceder. Me encontraré con ambos cuando hayan terminado de hablar.

Judith lo vio alejarse en dirección a la pequeña iglesia que estaba junto al camino; hacía unas horas que una bala de cañón le había arrancado el tejado.

-Dime -pidió su hermano.

Judith le explicó la situación lo mejor que pudo. Sin embargo, pese a la confianza que tenía con su hermano, le era embarazoso admitir la compulsión de esa loca pasión que la había desviado tan lejos del rumbo que los dos se habían trazado.

Sebastian la escuchó muy quieto; su expresión no indicaba el torbellino de sus emociones. Lo dejó atónito que su hermana, habitualmente tan lúcida, hubiese perdido contacto con la realidad de manera tan completa, cediendo a un momento de locura que daba muestras de arruinar todo aquello por lo que habían trabajado. Trató de ver a Marcus Devlin como al amante de su hermana, de entender qué tenía ese hombre que pudiera despertar semejante pasión en Judith, pero esa imagen le produjo tanta confusión, tanto abatimiento e incomodidad que la apartó de sí.

Al ver que él se quedaba en silencio cuando ella acabó la historia, Judith dijo, insegura:

-¿Estás enfadado?

-No sé si ésa es la palabra justa -respondió él, con lentitud-. Pero sí, supongo que lo estoy.

Reconoció que estaba enfadado y algo más. Estaba celoso de Marcus Devlin, que había roto la fuerte exclusividad de la relación de los hermanos. No quería compartir a su hermana, comprendió Sebastian, perturbado. Era diez meses mayor que Judith, y no era capaz de recordar una época de su vida en la que ella no hubiese estado allí, tan cerca de él que, en ocasiones, daba la impresión de que habitaban la misma piel. Lo compartían todo:

pensamientos, sueños, deseos, pesadillas. Y ahora, Judith tenía a otro a quien recurrir... con quien compartir todas esas cosas.

-¿Tú quieres casarte con él? -le preguntó abruptamente-. ¿O estás haciéndolo porque es lo que debes hacer?

Judith se mordió el labio.

-En realidad, no importa qué es lo que siento. Yo he creado esta complicación, y soy yo quien debe enmendarla. Este es el único modo que tenemos abierto ante nosotros para hacer lo que debemos. Y será perfecto, Sebastian. Como marquesa de Carrington, tendré una posición perfecta para acercarme a Gracemere, y tú, como hermano mío, tendrás una posición asegurada en la sociedad. Nada podría ser mejor, ¿verdad?

-No, supongo que no -ceñudo, Sebastian dejó perder su mirada en la oscuridad. Quizá le doliera menos, si pudiera ponerlo en el contexto de la medida en que favorecía el plan de los dos-. ¿Y qué liaremos si Carrington descubre que tú lo has usado?

Judith se alzó de hombros.

-¿Por qué habría de descubrirlo?

Sebastian se pasó las manos por el pelo y se apretó las sienes con aire distraído.

-Tenemos que estar bien seguros de que no se entere, Ju. No conozco a este hombre, pero apuesto a que debe de ser un adversario nada recomendable.

Judith se había formado una opinión similar, pero trató de darle poca importancia.

-Oh, lo peor que sé de él es que es un autócrata. Pero yo debo ser capaz de manejar eso. Estoy segura de que él no tiene ningún vicio odioso ni ninguna perversión -rió, un tanto nerviosa-. Estoy segura de que yo hubiese percibido algo después de... es decir, cuando...

-Sí, sé a qué te refieres -interrumpió Sebastian, con sequedad-. Y, si a ti te da lo mismo, prefiero no hurgar en el tema.

-Lo siento -dijo la hermana-. No quise incomodarte.

-Bueno, ya me acostumbraré -dijo, adoptando un aire práctico-. Y si estás segura de que puedes soportarlo, no cabe duda de que podremos sacar buen provecho de tu posición. Además, alguna vez tenías que casarte. Yo tendría que sentir alivio de verte bien establecida.

Judith no se dejó convencer por la súbita vivacidad de su hermano, pero prefirió no cuestionarlo.

-Entonces, vayamos y hagámoslo -dijo, con la misma determinación.

Marcus estaba esperándolos en el pequeño jardín de la casa curial. Los vio venir por el camino, tomados del brazo, las cabezas juntas, profundamente enzarzados en su conversación. ¿De qué estarían hablando?... ¿de él? ¿Con cuánta facilidad podrían manipularlo?

De repente, desechó sus sospechas. Era comprensible que Judith y Sebastian tuvieran mucho para hablar. Era perfectamente natural; no tenía por que tratarse de algo siniestro. Judith era poco convencional e inescrupulosa, pero eso no significaba que fuese una intrigante Dalila.

Pese a todo, mirándola a ella, su luminosa belleza que casi no se desmerecía por la sangre y el sudor de su jornada transcurrida entre los heridos, su cuerpo esbelto, todavía grácil a pesar de su profunda fatiga, la deseó tan vivamente como la había deseado la noche anterior. No sería una esposa común para él, de eso estaba convencido. Era demasiado explosiva, tenía tantas facetas como un diamante pulido, y no imaginaba que pudiera cansarse de ella.

Caminó hacia ellos en el momento en que doblaban hacia el jardín, y tendió su mano.

-Bueno, Sebastian, espero que tu hermana cuente con tu permiso. Supongo que debería haberla pedido yo mismo, de manera formal.

Sebastian aceptó la mano de Carrington con un firme apretón.

-Judith nunca ha necesitado del permiso de nadie para hacer cualquier cosa. Y, de todos modos -dijo, con leve sonrisa-, en estas circunstancias...

Sin quererlo, Marcus respondió a la contagiosa sonrisa cómplice, tan semejante a la de Judith.

-Muy cierto -admitió-. ¿Entramos? Ah, Judith, sería mejor que me devolvieses el anillo.

Al parecer, el cura no consideraba que este deber estuviera más fuera de su rutina que la asistencia a los moribundos en medio de la batalla, algo que había estado haciendo todo el día. Estaba tan fatigado como los demás, y aceptó con un cabeceo de asentimiento la apariencia de Judith, manchada de sangre y agotada; tras hacer venir a una vieja bruja de la cocina para que hiciese de segundo testigo, los acompañó hasta la derruida iglesia. Farfulló a toda velocidad las palabras del servicio, con un acento tan fuertemente local que, incluso Judith, que hablaba francés desde niña, tuvo dificultad para entenderlo.

Sin embargo allí, entre trozos de mampostería caída, ante un altar abierto al cielo, en medio del campo de batalla, rodeados por el aspecto desagradable de la guerra, Judith Davenport se casó con Marcus Devlin, marqués de Carrington, a los ojos de la iglesia. El le puso el anillo de sello en el dedo, diciendo en voz queda:

-Encontraremos algo más apropiado cuando lleguemos a Londres.

Por seguir con las convenciones, apoyó levemente sus labios sobre los de ella.

-M'sieur... madame... s'ilvous plait... -el sacerdote apareció desde la sacristía llevando un libro encuadernado en cuero-. Le registre.

Judith y Marcus firmaron el libro bajo las firmas garrapateadas y casi ilegibles de sus predecesores.

-Eh, vous aussi, m'sieur.

Hizo una señal a Sebastian, que escribió su nombre bajo el de su hermana. La bruja firmó con una gran X.

Súbitamente, en la iglesia oscura y en ruinas reinó un silencio incómodo. Judith se aclaró la voz en el preciso momento en que Sebastian decía, con sinceridad poco creíble:

-Bueno, al parecer, esto es todo. Felicitaciones -besó a su hermana y estrechó la mano de su cuñado-. Tengo una botella de coñac en la alforja de mi silla de montar. Podríamos hacer un brindis.

Marcus asintió.

-Vayan saliendo ustedes mientras yo arreglo con el cura.

Judith se había quedado mirando las tres firmas en la página del registro, y un extraño escalofrío trepó por su nuca y le erizó los pelos.

-Ven, salgamos -dijo Sebastian, tomándola del brazo.

Aturdida, ella se dejó guiar afuera, hacia el jardín.

-No es legal -dijo, en un susurro trémulo.

Su hermano la miró fijamente. Una delgada luna en cuarto creciente acababa de aparecer entre las nubes y el humo; su luz dio un matiz ceroso a la palidez de la joven.

-¿Qué quieres decir?

-Los nombres -susurró ella-. No son nuestros nombres legales.

-¡Dulce Jesús! -silbó Sebastian por lo bajo-. Nadie nos ha llamado por nuestros nombres bautismales desde que éramos niños de pecho. Jamás he pensado en ello.

-¿Qué deberíamos hacer?

-Nada -respondió su hermano-. Nadie lo sabrá jamás. Si volviésemos allá dentro y tratáramos de corregirlo, Marcus lo sabría todo.

Judith se estremeció.

-Esto es absurdo. Estoy casada, pero no lo estoy.

-Judith Davenport está casada -replicó Sebastian, con firmeza-. Charlotte Devereux no existe desde que tenía dos años de edad.

-Pero ¿y qué pasará con los hijos? -dijo ella, como enloquecida-. Serán ilegítimos.

-Nadie lo sabrá, excepto nosotros dos -dijo su hermano, apretándole las manos con fuerza-. Nadie lo sabrá, nunca. Nosotros creamos nuestros propios hechos... nuestras propias verdades... Siempre lo hemos hecho.

-Sí -dijo ella, controlándose-. Sí, tienes razón. ¿Qué es un pedazo de papel?

La puerta de la iglesia se cerró de un portazo, y los dos dieron un salto, como en un acto reflejo de culpa. Marcus fue hacia ellos, sintiendo que se renovaban sus sospechas.

-¿Estoy metiéndome en los secretos de familia? -dijo, con voz tensa.

Desesperada, Judith procuró encontrar una respuesta que no fuese una mentira completa. Y aunque su sonrisa fue forzada, trató de hablar con naturalidad.

-Estábamos hablando de nuestro padre. El murió el año pasado, en Viena.

-El se habría sentido feliz de ver casada a Judith -intervino Sebastian, con fluidez-. No disfrutó de mucha felicidad en su vida.

-No -confirmó Judith-. Nuestra madre murió cuando nosotros éramos muy pequeños, y él jamás se recuperó -se pasó el dorso de la mano por la frente-. Si no me siento pronto, creo que podría caerme.

-Necesitas comer -dijo Marcus de inmediato, apaciguada por un momento la mordedura de rata de la desconfianza-. Iremos al cuartel general del duque.

Sebastian prefirió regresar a la taberna, junto a sus amigos, mientras Marcus llevaba a Judith hacia la casa de piedra de una granja, uno de los pocos edificios que todavía tenía el techo intacto, donde encontraron al estado mayor de Wellington sentado alrededor de la mesa. El duque en persona estaba masticando un trozo de pan de cebada, mientras enviaba, uno tras otro, despachos en una corriente constante de mensajeros.

Francis Tallent ofreció a Judith una taza de peltre con tosco vino tinto, y la saludó amablemente, sin dar muestras de sorpresa. Por un instante, Judith se preguntó qué habría pensado él esa mañana, si la hubiera visto entrar en el comedor de la posada con la camisa sin abotonar y el pelo suelto sobre las orejas. Llegó a la conclusión de que era preferible no especular con ello, y se sentó a la mesa.

No pasó mucho tiempo hasta que se encontró completamente a sus anchas. El estado de sus ropas, su fatiga, idéntica a la de ellos, el papel que había desempeñado en las últimas horas le ganaron la aceptación en ese grupo de veteranos curtidos por las batallas. El mismo Wellington la saludó con una distraída pero amistosa aceptación, acusó a Marcus de ser un misterioso por haber mantenido ocultos sus planes matrimoniales y sugirió que ella usara una mezcla de sal y agua para limpiar las manchas de sangre de su falda.

Judith pasó lo que quedaba de su noche de bodas envuelta en un capote militar, dormida sobre la mesa, en un extremo de la habitación, mientras a su alrededor se desarrollaba la conferencia militar. Marcus la miraba desde lejos y trataba de no sondear en el modo en que ellos hubiesen pasado esa noche, de haber sido más normales las circunstancias. El se quitó la chaqueta, la enrolló formando una almohada y, levantando con delicadeza la cabeza de su mujer, la deslizó debajo. Judith movió los párpados y farfulló algo inarticulado. El sonrió, le acarició el pelo, cuyo habitual brillo cobrizo había desaparecido, y volvió a la mesa.

Inmediatamente antes del alba, un ordenanza despertó a Judith, tocándole el hombro con timidez.

-Señora... aquí tiene una taza de café, señora. Nos marchamos.

Ella abrió los ojos y lo miró, parpadeando, confundida. Poco a poco, empezó a recordar y se incorporó con esfuerzo hasta quedar sentada, y bajó las piernas al costado de la mesa. Aceptó con sonrisa agradecida la taza humeante que le daba el ordenanza. En el cuarto sólo estaban ellos dos.

-¿Dónde están los demás?

-Afuera, preparándose para marchar, señora -respondió él-. Su señoría la espera.

-Gracias.

Se bajó de la mesa y salió, a la luz húmeda y gris del amanecer, rodeando con las manos el reconfortante calor de la taza.

Hombres y caballos se movían nerviosamente ante la puerta principal. Wellington montaba a Copenhague, su caballo de guerra preferido; el animal hacía cabriolas, impaciente, sacudiendo la cabeza, olfateando el viento. La aldea parecía tranquila después del frenesí de la noche anterior; una fila de carretas se alejaba del hospital de campaña en dirección a Bruselas, transportando a aquellos que los cirujanos se las habían ingeniado para remendar. En un campo vecino, grupos de enterradores se hallaban entregados a su tarea, removiendo el barro con sus palas; parecían figuras fantasmales en la neblina del amanecer.

Marcus, sujetando la brida de un caballo negro, estaba conversando con Francis Tallent. Judith fue de prisa hacia él. El coronel Tallent la saludó alegremente y luego, tras presentar sus excusas, fue a reunirse con el duque.

Judith examinó a su marido. Parecía cansado pero sereno.

-¿Nos marchamos inmediatamente? Marcus también la miró, inquisitivo.

-En cuanto tú estés lista. ¿Has podido descansar? La mesa es bastante dura como lecho.

Ella se echó a reír.

-He dormido en más de un lugar duro en mi vida, señor. Por cierto, estoy muy descansada. Debo de haber dormido unas tres horas -bebió un sorbo de café-. Esto es un elixir de los dioses.

Marcus sonrió.

-Coincido contigo: es una salvación. Me temo que hoy tendrás que conducir el carro tú misma. Bastará con que lo hagas lo mejor que puedas.

Judith miró el animal que Marcus sujetaba.

-¿Tú irás a caballo?

-Sí, Francis me ha dejado uno de sus caballos.

-Debo suponer que él no tiene uno para mí -dijo, desconsolada.

Marcus la miró con calma.

-Daría lo mismo si lo tuviera. Dado que has «tomado prestado», como tú misma lo expresaste de manera tan encantadora, el carro y el caballo, es tu responsabilidad ocuparte de eso y asegurarte de que sean devueltos a su dueño sin desmedro.

Judith puso cara larga, pero no pudo negar la justicia de lo que su esposo decía.

-Yo no había esperado retenerlos tanto tiempo.

En los ojos color ébano apareció un destello divertido.

-No, estoy seguro de que no lo habías previsto. Pero piensa que han sucedido un montón de cosas inesperadas en el último par de días.

-Es verdad -admitió Judith, con una breve sonrisa-. Con todo, me atrevería a decir que el dueño estará contento con una generosa compensación. Estoy segura de que el tabernero podrá averiguar su paradero cuando regresemos a Bruselas.

-¿Tu conciencia ha quedado debidamente apaciguada? -se burló él.

Judith se echó a reír.

-Mi conciencia jamás ha estado inquieta. De todos modos, si no puedo cabalgar contigo, me quedaré aquí hoy. Todavía hay mucho que hacer en el hospital.

Marcus frunció el entrecejo y lo pensó. El día anterior, ella había demostrado ser competente.

-Pienso que puedo permitirte hacer eso. Más tarde, mandaré a alguien a buscarte. Pero, cuando llegue esa persona, la acompañarás sin demora. Tendrá órdenes de traerte ante mí de

inmediato, porque no sabemos cuánto tiempo estaremos en cualquier lugar. Si te demorases, yo podría perderte. ¿Está claro?

El momento de acuerdo había sido breve.

-Sí, está perfectamente claro, y lo habría estado aunque tú no lo dijeras de una forma tan autoritaria -señaló ella, pensando que nunca era demasiado pronto para iniciar su programa de reforma-. Yo ya no estoy en la escuela.

-¡Por el amor de Dios, Judith, no tengo tiempo para discutir contigo en medio de la guerra!

-¡Oh, escúchate a ti mismo! -exclamó, por lo bajo pero con vehemencia-. Eso es, exactamente, lo que quería decir.

Marcus la tomó de los hombros y la atrajo hacia él.

-Tal vez yo sea un tanto autoritario, pero esta mañana estás quisquillosa como un erizo -pese a la irritación que sonaba en su voz, no pudo disimular una chispa de deseo en sus ojos. Aunque las mejillas de Judith estaban coloreadas por la indignación, bajo la superficie de sus ojos bullía una corriente de oscuras promesas; él pudo recordar la presión de su boca suave sobre la suya-. Erizo o no, te deseo -murmuró-. De algún modo, in ventaré algo para encontrarnos más tarde -le pasó un dedo por la boca-. Y estaremos muy lejos de cualquier aula, eso puedo prometértelo sin dudar -arqueó las cejas y sus ojos relucieron-. ¿Eso será una garantía para tu obediencia, lince?

Judith sonrió; su irritación había desaparecido.

-Acudiré cuando me llame, señor.

El le tomó el rostro y la besó, en duro y afirmativo saludo que dejó a Judith con los labios hormigueando y la sangre caldeada.

-Una promesa más -dijo él; luego se volvió, montó su caballo y se marchó sin mirar atrás.

8

A medida que avanzaba el día, la pasión fue quedando relegada al último término en la mente de Judith. Muy pronto, empezó a moverse como en trance a causa de la fatiga, poniendo un pie delante del otro como si estuviese ciega, movida por la inminente necesidad y el sufrimiento que la rodeaban. El día anterior, Wellington había perdido cinco mil hombres y todavía seguían trayendo heridos del campo de batalla, hombres que habían quedado fuera toda la noche. Empezaba a dar la impresión de que la corriente de cuerpos heridos no cesaría nunca.

El cielo se oscureció a mitad de la mañana, y minutos después fue desgarrado por los relámpagos. El trueno fue casi tan violento como el cañoneo de la jornada previa, pensó Judith, deteniéndose un instante a la entrada de la tienda del hospital y mirando la cortina de lluvia.

En todo el día, el aguacero no paró. Judith pronto quedó empapada hasta la piel, aunque apenas si lo notó. Carretas cargadas con heridos ya atendidos siguieron pasando durante todo el día, avanzando a tumbos por el camino hacia la seguridad de Bruselas; hacia el anochecer, Judith estaba tratando de hacer que algunos heridos estuvieran más cómodos bajo una lona, en una de las carretas, cuando una voz titubeante la llamó.

-¡Charlie! -contenta y sorprendida, alzó la vista, el agua chorreándole de los cabellos-. Gracias a Dios que estás a salvo.

-Sí -dijo él, sonrojándose intensamente y tartamudeando-. Eh... señorita Davenport... eh... Jud... eh... mi primo... mi primo me envió a buscarla. El está con el ejército en Waterloo. Debemos ir a reunimos con él de inmediato.

Fatigada, Judith bajó de la carreta. ¿Qué habría dicho Marcus a Charlie?

-¿Está lejos?

-No, a un par de kilómetros. El ejército se ha apostado al otro lado de la carretera de Bruselas -dijo Charlie-. Hoy, a causa de la tormenta, no habrá lucha.

-Tengo que encontrar mi caballo y mi carro.

-Yo los tengo -dijo Charlie-. Allí, en aquella granja. Marcus me dijo dónde podría encontrarlos -fijó la vista a lo lejos, sintiéndose incapaz de mirarla a los ojos-. El dijo que tú... bueno, me imagino que corresponde que la felicite.

-Oh, Charlie, es demasiado difícil para explicarlo en este momento -dijo ella, tomándolo del brazo-. Peor aún no sé si puedo explicarlo. Sucedió todo muy rápido.

-En Bruselas, estabas pensando en...

-No -interrumpió ella, percatándose de la mortificante sospecha de que sus mayores habían jugado con él y que hacía tiempo que tenían un arreglo secreto-. No. Sencillamente sucedió de pronto. No sé cómo podría pedirte que tú lo entiendas, si yo misma no lo consigo.

-Ah -Charlie no parecía muy convencido, mientras la ayudaba a subir al carro-. Yo ataré mi caballo atrás y me sentaré a su lado. Hay una lona con la que podemos cubrirnos.

Judith tomó las riendas. Los dos se acurrucaron bajo la lona, aunque ya estaban tan empapados que parecía inútil. Después de un minuto, Charlie dijo con vehemencia:

-Mi primo jamás hace cosas sorpresivas. ¿Por qué, de pronto, se casaría en medio de una batalla? Yo creía que las personas sólo se enamoraban como en las novelas de la señora Radcliffe.

Judith sonrió y le dio unas palmadas en la mano.

-Ya sabes lo que dicen acerca de que la realidad es más extraña que la ficción.

Si ésa era la explicación que el propio Charlie había encontrado, ella lo dejaría creerla. Era evidente que no sería capaz de asimilar la verdad: pasión violenta, mutua seducción, encuentros inconvenientes y el más escrupuloso sentido del honor... junto con un inescrupuloso aprovechamiento de la oportunidad.

El ejército de Wellington estaba acantonado en las afueras de la aldea de Waterloo, a ambos lados de la carretera de Bruselas y al abrigo de una pequeña colina que los protegería tanto de la observación como del fuego de artillería del enemigo. Era una posición relativamente fuerte; el duque se hallaba de un humor alegre cuando Judith, acompañada por Charlie, entró en uno de los edificios de una granja protegida por ambos flancos del ejército. En el hogar ardía un fuego, y el olor de la lana húmeda que se secaba lentamente llenaba el ambiente, a medida que los mojados habitantes de la casa se empujaban, tratando de estar cerca del calor.

-Resistiremos aquí donde estamos, si Blücher nos promete un cuerpo de apoyo -estaba diciendo el duque, ante una mesa cargada con las fuentes de la cena-. Ah, lady Carrington, su esposo dice que ha estado usted en el hospital de campaña en Quatre Bras -a modo de saludo, agitó hacia ella un hueso de chuleta-. Venga junto al fuego y séquese. Carrington está echando un vistazo al campo. Boney está al abrigo en la otra elevación.

Judith se dejó caer sobre un banco, junto a la mesa, sintiendo que la fatiga la inundaba, tanto que ni siquiera pudo reunir la energía suficiente para acercarse al fuego. Charlie murmuró unas excusas y salió otra vez a la lluvia, a reunirse con su regimiento. Alguien empujó hacia ella un jarro de peltre con vino, y Judith hundió la nariz en él soltando casi un gemido de agradecimiento. Igual que la noche anterior, su presencia allí tuvo una completa aceptación. Ahora, a ella esto no le resultaba tan asombroso pues ese día había visto a varias mujeres trabajando a su lado en el hospital, todas ellas esposas de soldados, acostumbradas a seguir al tambor, a soportar las mismas privaciones que el ejército, a esperar a sus hombres tras las líneas. Que la esposa de lord Carrington hubiese decidido hacer lo mismo era un poco más sorprendente, pero también lo era la posición del marqués en el ejército de Wellington, como táctico civil.

Marcus llegó unos minutos más tarde, sacudiendo el agua de su chaqueta, y arrojando su empapado sombrero de castor sobre un banco.

-Está lloviendo a cántaros-dijo-. Los caminos están empantanados, y los campos son un barrizal -al ver a su esposa, se acercó rápidamente a la mesa-. ¿Cómo estás?

-Chorreando -dijo ella, sonriendo fatigada-. Pero bastante bien. Y estaré mejor después de otro jarro de vino.

-Tómalo con calma -advirtió, levantando la botella y vertiendo el vino-. El agotamiento y el alcohol hacen una combinación endiablada. ¿Has comido?

-Todavía no -respondió ella-. Creo que estoy demasiado cansada.

-Debes comer. Luego te mostraré la habitación que he conseguido para ti; allí podrás secar esa ropa.

Judith jugueteó con una costilla de cordero fría y escuchó la conversación. Marcus se sentó a su lado sobre el banco y, cuando la cabeza de ella cayó sobre su hombro, la rodeó con un brazo para sostenerla. La ropa de ella se había oreado un poco en el ambiente cálido y húmedo de la abarrotada habitación, y ella, adormilada, bebía el vino mientras intentaba entender la conversación. Al parecer, todo dependía de los prusianos. ¿Podrían enviar un cuerpo de apoyo? Si no era así, el ejército de Wellington sería seriamente superado en número por los franceses, que se encontraban al otro lado de la colina. En ese ambiente, la tensión era

demasiado intensa para que Judith quisiera ir a acostarse, y negó con la cabeza cuando Marcus le propuso mostrarle la habitación que había encontrado en un chalet, al otro lado del patio de la granja. A las tres de la mañana, un empapado mensajero traspuso la puerta a los tumbos, llevando el mensaje que habían estado esperando. Al amanecer, dos cuerpos del ejército prusiano avanzarían desde Wavre y atacarían el flanco derecho de Napoleón.

-¡El doble de lo que esperábamos! -exclamó Peter Welby.

Marcus estudió un mapa con un compás. -Hay dieciséis kilómetros de Wavre a Waterloo; la marcha por las carreteras embarradas a causa de la tormenta será extremadamente lenta. Según mis cálculos, estarán aquí a mediodía.

-Si los franceses atacan antes, tendremos que aguantar la posición hasta que ellos lleguen -dijo el duque.

En el cuarto de cielo raso bajo había ahora una renovada confianza, y los hombres se levantaron de la mesa con la intención de aprovechar todas las horas de des canso que pudieran antes de que se produjera el ataque.

-Ven, Judith.

Marcus levantó la cabeza de ella apoyada en su hombro y se puso de pie, haciendo que también ella se pusiera de pie. Ella obedeció sin chistar, tambaleándose un poco mientras él la guiaba en la tormenta, cruzando el encharcado patio del establo, y trasponía el bajo dintel del pequeño chalet.

Había soldados dormidos en el suelo de tierra apisonada; Judith caminó con cuidado para no pisarlos, al tiempo que Marcus le hacía señas de que guardara silencio, poniéndose un dedo sobre los labios. Subieron una desvencijada escalera y entraron en un pequeño altillo, que olía a manzanas y a heno. Un jergón de paja cubierto con una manta estaba extendido sobre un catre de cuerdas. En ese momento, para Judith, ningún lujo podía haber sido superior a ése.

-¿Los franceses sabrán de la llegada de los prusianos? -preguntó, hundiéndose en el colchón.

Desde afuera llegó el violento estallido de otro trueno.

-Nosotros suponemos que no lo saben -Marcus se agachó para quitarle las botas-. Napoleón ordenó a Grouchy que persiguiera una falsa retirada prusiana hacia Lieja cuando, en realidad, Blücher estaba avanzando hacia nosotros. Yo pienso que lo hemos sorprendido -se sentó en el borde de la cama para quitarse las botas-. Espero que lo pillemos desprevenido... Tú no puedes dormir con esa ropa húmeda.

-Tú tampoco -replicó ella, incorporándose otra vez y manipulando con torpeza los botones de su chaqueta-. Tengo los dedos entumecidos.

-Déjame, yo lo haré.

Le apartó las manos y le desabotonó la chaqueta. Sus manos le rozaron los pechos cuando le quitaba la chaqueta por los hombros, y los pezones de Judith se endurecieron de inmediato, empujando la fina tela de su camisa. Lentamente, él apoyó las manos sobre esas suaves protuberancias. La lengua de Judith tocó sus labios, y ella permaneció de pie, inmóvil, sus ojos clavados en los de él. La lluvia azotaba las persianas cerradas de la pequeña ventana. Abajo, un soldado se removió y gimió en sueños, y la empuñadura de su espada rascó el suelo.

Con brusca urgencia, y en medio de un silencio total, Marcus la desnudó. Los ojos de Judith parecían echar llamas, pero su piel estaba fría cuando él pasó las manos sobre su desnudez.

-¡Métete bajo la manta! -le ordenó con voz ronca, empujándola hacia la cama.

Judith obedeció y se acurrucó bajo la áspera lana, contemplando a Marcus, que se quitaba la ropa. Abrió la manta para él, que se metió debajo, estrechándola contra sí, amoldando el cuerpo de ella al suyo. Pronto, surgió el calor allí donde la piel de ella tocaba la

de él; donde los cuerpos no estaban en contacto, continuó el frío. La mano de él se curvó sobre la cadera de ella, se aplastó sobre su muslo, guió la pierna de ella para que se cruzara sobre sus muslos, abriendo el cuerpo de ella.

Judith empezó a temblar, desplegándose ante la ardiente, inquisidora caricia, a la profunda exploración del caliente surco de su cuerpo. Sus muslos se deslizaron sobre la dureza muscular de los de él, y su lengua se hundió en el hueco de su hombro, saboreando la sal de su piel, antes de que sus bocas se encontraran. Sus lenguas lucharon, bailotearon, se lanzaron a una loca espiral de pasión que dejaba fuera todo, menos sus dos cuerpos unidos y su frenético deseo.

-Ámame -susurró Judith, con la boca contra la de él-. Ahora, tiene que ser ahora.

Marcus la puso debajo de él. Le separó los muslos, y luego se detuvo un instante ante el umbral de su cuerpo. Ella tenía los ojos cerrados, el semblante sumido en el goce pero, al mirar hacia ella, el lujurioso friso de sus párpados se alzó, revelándole esos grandes ojos castaño dorados de lince, desbordantes de pasión.

-Ámame -susurró otra vez.

Con un breve suspiro, él penetró en la húmeda ternura de su centro, y ella se estrechó a su alrededor. Se hundió más, sintiendo la elasticidad del cuerpo de ella, y se inclinó para rozarle las sienes húmedas, para tocarle los párpados, para recorrer con su lengua los deliciosos labios. La caricia le hizo sonreír, y se estiró para tocar el punto donde el cuerpo de él y el de ella se unían. Al sentir que surgía su placer, él contuvo el aliento. Encerró en sus manos las nalgas de la mujer y la alzó hacia él para que le saliera al encuentro cuando se hundió en el centro mismo de su ser. Dentro de ella, el capullo del deleite se abrió, floreció, y ella gritó dentro de la boca de él.

Marcus embistió otra vez, hasta lo más hondo de ella, sintiendo en su propia carne el rítmico latido del orgasmo de la mujer. Cuando se movió para retirarse, los brazos de ella lo estrecharon como para retenerlo dentro de ella, pero él resistió a la presión y abandonó su cuerpo un instante antes de que su propio cuerpo se derramase en ella.

Permanecieron enredados, mientras el ardor disminuía; Marcus sintió que el corazón de Judith aminoraba su ritmo a medida que ella se sumía en el sueño. La sostuvo abrazada, mientras se preguntaba por qué había retrocedido al final. Ahora, ella era su esposa. Podía concebir un hijo. Pero la verdad era que casi no la conocía, y no tenía muchos motivos para confiar en ella.

Marcus despertó lentamente, maravillado al cobrar conciencia de su cuerpo, que volvía a la vida al influjo de susurros y caricias. Oyó el quedo murmullo de satisfacción de Judith mientras despertaba bajo sus manos empeñosas y extendió, adormilado, sus dedos para entrelazarlos en los rizos que descansaban sobre su vientre, mientras ella se concentraba en su tarea. Después de la pasión extrema, ahora ella le hacía el amor con lánguido placer, reconociendo su cuerpo al saborear cada centímetro, explorando sus planos y sus concavidades, y él se entregó a esa invasión antes de llevar adelante la suya en su delicada, palpitante feminidad.

Tras los batientes cerrados de la ventana, el cielo cargado de lluvia alumbró la mañana del domingo 18 de junio de 1815. La tormenta había pasado; en la hiedra, un pájaro inició su insistente y empecinada canción.

Judith se estiró, plácida, bajo la áspera manta, gozando de la saciedad de su cuerpo, de su completa relajación. Se sentía tibia y seca; estaba convencida de que la vida no podía brindar alegría mayor que pasar el día en ese altillo, con Marcus, dedicados a la mutua exploración de sus cuerpos. Pero su esposo ya estaba apartando la manta.

-¿Tienes que hacerlo? -preguntó, con tierna e incitante sonrisa.

-Sí, tengo que hacerlo -se inclinó para besarla-. Pero tú te quedarás aquí y dormirás. Yo veré si puedo encontrar algo para desayunar -temblando en el húmedo frescor de la mañana,

recogió sus ropas e hizo una mueca-. Todavía está todo mojado. Quédate bajo la manta; yo pondré tus ropas a secar ante el fuego.

-No puedes colgar mi ropa delante de todos esos soldados -protestó Judith.

-Este no es tiempo ni lugar para semejantes escrúpulos -repuso él, temblando, mientras se abotonaba los pantalones-. Y ahora, quédate ahí que yo volveré pronto.

-Sí, señor -murmuró Judith, cubriéndose con la manta hasta la cabeza-. Sin ropa, no tengo muchas alternativas.

La risa del hombre quedó suspendida en el aire un minuto, luego la puerta se cerró, y ella oyó el sonido de sus botas en la escalera.

Ella volvió a dormir durante una hora más. La despertó un toque de corneta y el ruido de pisadas. Se incorporó con dificultad en la cama, abrió las persianas y miró hacia abajo, hacia el patio donde soldados y caballos chapoteaban decididos en los charcos. Sonó nuevamente la corneta; la apremiante llamada a formación le hizo bullir su sangre de temor y excitación al mismo tiempo.

Se oyó un portazo en la planta y en la escalera sonaron los pasos de Marcus. Luego, él entró con las ropas de ella y una cesta.

-Qué bien; estás despierta -dijo con vivacidad. Con aire distraído, puso la cesta en el suelo y dejó caer el bulto de ropas sobre la cama-. Al fin, tu ropa está seca. Aparte de eso no es mucho lo que puedo decir de ellas. En la cesta hay café, pan y mermelada. Ahora, voy a tener que dejarte.

-¿Qué sucede?

Ella se sentó en la cama y se envolvió con la manta.

-Los franceses están avanzando. Estamos... -el trueno del cañón retumbó en el aire; durante un segundo, se produjo un silencio fantasmagórico. Luego, el cañón volvió a tronar-. Hemos lanzado el ataque -dijo Marcus, con una mueca sombría-. No sé cuándo estaré de regreso. Deberás esperarme aquí.

-¿Dónde estarás?

-Con Wellington.

-¿En el campo de batalla?

El corazón de Judith dio un vuelco. Por alguna razón, no se había imaginado a Marcus en medio del combate.

-¿En qué otro sitio podría estar? -preguntó, cortante-. A medida que cambian las posiciones, las tácticas se modifican constantemente -se inclinó, la tomó de los hombros y la miró intensamente-. Regresaré por ti. Espérame aquí.

-No te vayas todavía -dijo ella, poniéndole una mano en el brazo.

La expresión del hombre se ablandó.

-No te asustes.

-No es eso... no se trata de mí... temo por ti -dijo ella, titubeando-. Quiero estar donde tú estés.

-No es posible, lince. Lo sabes.

Le rozó el contorno de la mandíbula con un dedo suave.

-Respóndeme una pregunta.

Judith no sabía por qué haría esa pregunta en ese momento; no se podía decir que era el momento ni el lugar apropiados para un tema tan serio. Pero, por cierta razón, después de la pasión de la noche y de la calidez de la relación esa mañana, sentía una necesidad desesperada de conocer la respuesta.

El esperaba.

-Anoche, cuando hicimos el amor, ¿por qué no has querido derramarte dentro de mí?

Lo miró de frente; necesitaba su respuesta. La noche anterior, cuando ella, instintivamente, había intentado retenerlo dentro de sí y él se había resistido, Judith se había sumido en la gloria del amor y sólo había sentido un fugaz sentimiento de pérdida. A la luz fría y clara del día, en cambio, comprendió que no estaba preparada para la maternidad; estaba el asunto Gracemere, que debía ser resuelto antes de poder concentrarse en otras responsabilidades. Además, debía conocer a su marido antes de que él pudiera ser el padre de su hijo. ¿Marcus sentiría lo mismo respecto de ella? ¿En relación con la situación de ambos? ¿O habría algo más?

Marcus no respondió de inmediato. Se quedó mirándola, escrutándola con sus ojos negros, como si quisiera mirarle el alma. Judith se estremeció, convencida de que estaba en el borde de un abismo donde acechaba algo oscuro y repelente.

Entonces, Marcus se volvió y fue hacia la puerta. Se detuvo, con la mano en el cerrojo y, sin volverse para mirarla, dijo:

-Responderé a esa pregunta con otra. Ayer, antes de hacer tan dramática aparición, ¿sabías acaso quién estaba en el comedor de la taberna cuando hiciste esa entrada tan espectacular?

Un silencio de estupefacción se hizo entre ambos; al ver que ella no respondía, él abrió la puerta sin ruido y se marchó.

El estaba convencido de que ella lo había engañado para empujarlo al matrimonio. Una fría náusea subió a la garganta de Judith. Era lógico que él no quisiera concebir hijos con una mujer capaz de un engaño tan calculado. Cuánto la odiaría. Sin embargo, ese odio y ese desdén no se extendían a su cuerpo. En lo que a Marcus concernía, ella era su esposa de nombre, pero su ramera en cuerpo y alma.

Sintió en su boca el sabor amargo de la bilis, y su cabeza empezó a palpitar. ¿Por qué no lo había negado? ¿Por qué no había volcado sobre él un torrente de violentas protestas de inocencia, de modo que él sintiera su furia por pensar semejante cosa? Pero Judith sabía por qué se había quedado en silencio. Porque, en esencia, él estaba en lo cierto. Marcus creía que ella se había casado con él por su fortuna y su posición, y ésa era la verdad. ¿Qué importancia tenía que ella no supiera quiénes estaban en el comedor cuando bajó? Con todo, se había aprovechado de la situación... del sentido del honor de Marcus. ¿Por qué no la iba a considerar una vividora, codiciosa y engañadora?

Temblorosa y asqueada, se puso su traje de montar, arrugado y manchado. El anillo que llevaba en el dedo atrapó un rayo de sol y el oro lanzó un brillo apagado. Una vez que ella y Sebastian hubiesen realizado sus planes, en cuanto Sebastian hubiese recuperado lo que era su derecho por nacimiento, su padre estuviese vengado y Gracemere derrotado, ella diría a Marcus que no los ataba ningún vínculo legal. Lo dejaría en libertad. Pero, hasta entonces, ella debía seguir adelante con la comedia. ¿Qué había de nuevo en eso?, pensó, con amargo cinismo. Toda su vida había sido una comedia.

Cuando salió, se quedó mirando alrededor, intentando decidir adonde iría. Los ruidos de la batalla -el entrechocar de aceros, el tronar del cañón, la descarga cerrada de los mosquetes- eran ensordecedores, aterradores. Los soldados corrían de un lado a otro, y empezaban a llegar los primeros heridos.

Judith corrió fuera del patio y, pasando detrás de un grupo de casas de granja, continuó hacia una pequeña colina. Cuando llegó a la cima, se quedó contemplando, con fascinado horror, la escena que se desplegaba ante sus ojos. Era un campo rodeado por hileras de setos. Dos ejércitos avanzaban y retrocedían en esas escasas hectáreas de terreno, con sus banderas flameando en el viento y sus cornetas aturdiendo. La infantería de Wellington cargaba contra las escuadras de soldados franceses. La caballería pasaba por encima de hombres y cañones, lanzas y espadas embestían y herían. Formaciones de infantería, de rodillas, apuntaban sus mosquetes; se oía un estruendo, y la línea de avance francesa quedaba diezmada.

Desde la distancia del puesto de observación de Judith, la escena parecía una especie de juego incomprensible, extraído de la imaginación retorcida de un dramaturgo demente. ¿Qué se sentiría estando en medio de esa refriega cuerpo a cuerpo, hombres enfrentando a hombres, todos con una sola intención: matar? Los cadáveres cubrían el campo, hombres y caballos caídos por todas partes; era imposible pensar que hubiese una dirección, alguna estrategia coherente en alguna de las partes. Sin embargo, la habría. Marcus se encontraba en alguna parte de ese caos criminal; era de suponer que para él aquello tendría algún sentido.

Volvió al patio a trabajar con los heridos, pero en las últimas horas de la tarde trepó de nuevo a la cima de la colina. El avance prusiano contra el flanco de Napoleón estaba comenzando a tener su efecto, aunque Judith no lo sabía. Aun así, pudo ver que los franceses estaban retrocediendo, o al menos daba la impresión de que estaban en desventaja. Tratando de ver más detalles de la refriega, pudo distinguir un cañoneo, concentrado en una pequeña loma, tras la cual se refugiaba una brigada de la Guardia de Infantería británica. A Judith le pareció que el cañoneo iba a hender la tierra con su violencia. De pronto, el fuego cesó. Se hizo un momento de silencio fantasmal. Luego, el humo de los cañones se esfumó, y Judith clavó la vista, fascinada, en una columna de granaderos franceses de la Guardia Imperial de Napoleón, que avanzaba hacia la loma. Un estruendoso grito de «*Vive l'Empereur*», se alzó hasta los cielos al tiempo que la columna se adelantaba, en mortífera formación.

Eran las seis en punto de la tarde.

De pronto, desde atrás de la pequeña colina, los guardias de infantería que habían estado resguardándose del cañoneo, se levantaron dando la impresión de que surgían de la tierra misma y dispararon una descarga tras otra contra los granaderos imperiales. El efecto fue como si el fuego en sí mismo fuese un ariete que empujara hacia atrás a la primera línea de la columna francesa. Los granaderos empezaron a caer como bolos, a un ritmo aterrador. Los que estaban a retaguardia comenzaron a disparar por encima de las cabezas de sus camaradas, y la formación se rompió, dispersándose en medio de la confusión. Con un grito casi primitivo que hizo erizar los finos pelos de la nuca de Judith, la brigada británica se lanzó hacia delante, blandiendo sus espadas. Bajo la mirada de Judith ocurrió lo impensable. La Guardia Imperial de Napoleón, su última esperanza, su herramienta para una victoria segura formada por veteranos con diez años de guerra e innumerables triunfos, rompió filas, dio media vuelta y huyó, perseguida por una brigada de vociferantes soldados.

Judith se volvió lentamente y bajó la colina, sin poder creer lo que había visto. Sin embargo, todo había acabado. Wellington y Blücher habían ganado la batalla de Waterloo. En el patio del establo reinaba una atmósfera de fatigado júbilo, mientras el sol se ponía y el ruido de los disparos se hacía esporádico. El tributo cobrado por la muerte era horrendo, y los heridos eran llevados en carretas de carga; pero Bonaparte había sido derrotado por última vez. Los prusianos perseguían al ejército francés, que huía, dejando que los diezmados británicos se reagruparan, recuperasen sus fuerzas e hicieran el recuento de sus bajas.

Cerca de la medianoche, Marcus entró a caballo en el patio del establo. Había acompañado a Wellington a su encuentro con Blücher después de la victoria. Los dos hombres se habían saludado con un beso, y Blücher había sintetizado los acontecimientos del día en su escaso francés:

-Quelle affaire!

Para Marcus, eran las palabras adecuadas. En cierto modo, los superlativos no serían capaces de captar la sensación de final que todos ellos sentían. El mundo, tal como ellos lo conocían, ahora podría recuperar la paz.

Buscó a su esposa en el patio iluminado con antorchas. Por fin, la vio inclinada sobre una camilla, en un rincón del patio. Como si hubiese percibido su llegada, se enderezó, se quitó el pelo de los ojos y se volvió hacia él. El corazón de Marcus dio un vuelco al verla. La amargura de su separación, la acritud de la sospecha, se desvanecieron; ahora sólo quería abrazarla.

-Estás a salvo -dijo ella, con voz trémula de alivio al verlo junto a ella.

Cuando él encontró la mirada de Judith, vio que había una sombra de pena en sus ojos, una interrogante aprensión que remitía a la desdichada situación de esa mañana.

Marcus sintió que lo invadía una sobrecogedora necesidad de besarla hasta borrar la tristeza de sus ojos, el temblor de su boca suave. De pronto, todo perdió importancia salvo el hecho de que ella estaba allí, para él.

-Sí -dijo, atrayéndola a sus brazos. Apoyó sus labios sobre los párpados de ella, sintiendo sobre la boca su rápido aleteo-. Sano y salvo, lince.

Los brazos de la mujer lo rodearon, ella apretó su cuerpo contra el de él, apoyando la cabeza en su pecho, oyendo el latido regular de su corazón. Cerró los ojos y, por un momento, se entregó a la seguridad de su abrazo, a la tibieza de su presencia, a la promesa de su pasión.

9

-Ese nuevo mayordomo tuyo está empecinado en negarme -Bernard Melville, tercer conde de Gracemere, entró en el boudoir de lady Barret sin ceremonias-. Espero que no sea porque el gotoso de sir Thomas está comenzando a sospechar.

-No. El está en Brook's, creo. Probablemente, roncando su copa de oporto -Agnes se estiró, lánguida, sobre la chaise longue donde había estado tomando una reparadora siesta vespertina -Hodgkins es muy escrupuloso con sus responsabilidades. El sabía que yo estaba descansando -le tendió la mano-. No esperaba que regresaras a la ciudad hasta la semana que viene.

El tomó la mano de ella y la llevó a sus labios. -No podía soportar un solo día más de separación, mi amor.

Agnes sonrió.

-Qué bonitas palabras, Bernard. ¿Debo creer en ellas?

-Oh, sí -dijo él, inclinándose sobre ella, apresándole las muñecas y sosteniéndolas a ambos lados de su cabeza-. Por supuesto, mi adorable Agnes, debes creer en ellas.

Sus ojos duros, tan claros que su azul era casi traslúcido, sostuvieron la mirada de ella, y la mujer se estremeció, esperando que él la besara, para sellar así la afirmación con una posesión feroz de su cuerpo.

Pero en cambio él rió, reconociendo la actitud de ella con la facilidad que le daba el largo tiempo de relación.

-Bueno, me necesitas, ¿no es así, mi amor? Es asombroso lo que puede hacer una ausencia.

Siguió inclinada sobre ella, provocándola con su promesa.

-Y tú eres cruel, Bernard -dijo ella, con voz queda-. ¿Por qué te complace provocar mi amor?

-¿Hablas de amor? No creo que ésa sea la palabra precisa -murmuró él acercando su cara a la de ella, pero aún sin tocarla-. Obsesión, necesidad, pero no amor. Esa es una emoción demasiado apacible para una mujer como tú.

-Y para ti -susurró ella.

-Obsesión, necesidad -respondió él con una sonrisa que no suavizaba en absoluto su boca cruel-. Nos alimentamos uno al otro.

-Bésame -rogó ella, retorciendo sus manos apresadas en las de él, impulsada por el ansia de tocarlo.

El dejó caer su peso sobre las manos de ella hasta hacerle doler las muñecas y, con mucha lentitud, bajó su boca hasta la de ella. Ella le mordió el labio con tanta fuerza que le hizo sangre, y él se echó atrás con un violento movimiento de su cabeza.

-¡Zorra!

-Como a ti te gusta -dijo ella, completamente fiel a la verdad.

El la abofeteó levemente en la cara con la mano abierta, y ella lanzó una exultante carcajada, luego alzó su mano libre hasta la cara de él para enjugar con un dedo la gota de sangre que salía del labio de Bernard. Ella sacó la lengua y lamió la mancha roja en la yema del dedo; sus ojos leonados echaban chispas.

-¿Quieres que te visite esta noche, milord?

En lugar de responder, él apretó con fuerza el mentón de la mujer y la besó, tratando de lastimar sus labios con los dientes. Un golpe en la puerta lo hizo erguirse. Se volvió y se alejó de ella, recogió un periódico de una mesa pequeña y hojeó sus páginas al azar, mientras un silencioso lacayo atizaba el fuego.

-¿Qué es eso que he oído de que Carrington se ha casado en Bruselas? -preguntó Gracemere, con indiferencia-. Es la comidilla de la ciudad. Una cualquiera, me imagino.

-Sí, yo todavía no la conozco. Nosotros llegamos ayer a la ciudad -dijo Agnes, en el mismo tono-. Letitia Moretón dice que ella es arrebatadora; además parece muy lista. Ha conquistado a las matronas de la sociedad allí donde ha ido. Sally Jersey está enloquecida con ella.

-Eso significa que no es otra Martha, ¿verdad?

El dejó el periódico sobre la mesa cuando el lacayo se marchó y se sentó, alisando con cuidado la raya de sus pantalones de ante.

-En absoluto -dijo Agnes-. Esta no se asemeja en nada a un ratoncillo, según tengo entendido. Pero nadie sabe nada acerca de ellos... tiene un hermano, también. Según Letitia, tan encantador como ella.

-¿De bolsillo abultado?

En los ojos claros había una expresión extasiada, una súbita ansia de depredador.

Agnes negó con la cabeza.

-No sé. Pero si él es el cuñado de Carrington... ¿por qué?

Las uñas manicuradas de Gracemere tamborilearon sobre el brazo tallado de su silla.

-Estoy buscando otro pardillo para desplumar. Los recién llegados a la ciudad suelen ser los más fáciles. Me pregunto si él jugará.

-¿Quién no? -dijo Agnes-. Veré qué es lo que puedo averiguar esta noche, en la casa de los Cavendish. Pero tengo otra idea para mejorar tu situación económica, mi amor.

Se sentó, adoptando de pronto un tono vivaz.

-Ah, ¿sí? -Gracemere arqueó las cejas-. Soy todo oídos, querida mía.

-Harriet, la hija de Letitia Moretón -anunció Agnes, recostándose de nuevo sobre una pila de almohadones con sonrisa complacida-. Tiene treinta mil libras. Resolvería tu situación durante un tiempo, me parece.

Gracemere frunció el entrecejo.

-Seguramente, esa muchacha habrá salido de la escuela hace poco tiempo.

-Tanto mejor -dijo Agnes-. Así no podrá resistir a las halagadoras atenciones de un hombre mayor y encantador. Tú podrás tenerla a tus pies antes de que tenga oportunidad de poner sus ojos en algún otro.

El conde se golpeteó los dientes, pensando.

-¿Y qué me dices con respecto a Letitia y al padre de la muchacha? Es difícil que les sepa bien la pretensión de un cazador de fortunas.

-Ellos no saben que eres un cazafortunas -señaló Agnes-. Y tienes el condado. Letitia se abalanzará sobre un conde para su hija, siempre que te comportes de manera circunspecta. Yo ya me he hecho muy amiga de la dama -rió desagradablemente-. Es una simplona, con sus aires de desmayo. Dice que es inválida, y que no puede vigilar a su hija tanto como debería. Entonces, ¿quién crees que se ofreció a ocupar su lugar?

Alzó con delicadeza las cejas, y Gracemere echó a reír. -Eres una intrigante consumada, querida mía. De modo que puedo esperar encontrar a esa dulce niña en tu compañía.

-Con frecuencia -afirmó Agnes, con otra sonrisa complacida.

-Entretanto, tráeme tus impresiones acerca del cuñado de Carrington. Bien podría desplumar a ese incauto mientras espero a que la heredera madure y caiga -dijo el hombre poniéndose de pie-. Yo no he sido invitado a la casa de los Cavendish; se supone que aún estoy en el campo, de modo que confiaré en tu aguda perspicacia, mi amor -se inclinó otra vez sobre ella, apoyó su mano en un pecho y sintió que el pezón se erguía en inmediata reacción-. *Adieu*, hasta pronto.

Agnes se movió sobre su canapé y apoyó una pierna en el suelo. El conde movió su mano hacia abajo apretando la fina seda de su *negligée* en la abierta hendidura del cuerpo de ella, sintiendo su calor.

-Hasta pronto -repitió, y se marchó.

Marcus entregó las riendas a su lacayo y se apeó de la calesa en Berkeley Square.

-Mira el corvejón izquierdo del caballo cuando lo lleves al establo, Henry. Me ha parecido que cojeaba cuando giramos en la última esquina.

-No se ha equivocado usted, patrón.

El mozo dio un tirón a su flequillo pajizo y luego se acercó al caballo.

Marcus subió la escalinata de la elegante mansión de doble fachada. La puerta principal se abrió en el preciso momento en que él llegaba al umbral.

-Buenas tardes, mi señor. Y la de hoy es hermosa, si me permite el atrevimiento.

La reverencia del mayordomo fue tan rimbombante como sus palabras.

-Buenas, Gregson. Sí, le permito -Marcus le entregó la fusta de conducir y el sombrero de castor de ala curva-. Traiga una botella de clarete del setenta y nueve a mi oficina, por favor.

Cruzó el vestíbulo con suelo de reluciente mármol y recorrió un estrecho pasillo que había detrás de la caja de la escalera hasta llegar a una pequeña habitación cuadrada en el fondo de la casa, donde un hombre joven estaba acomodando papeles sobre la maciza mesa de madera de cerezo que servía de escritorio.

-Buenas tardes, milord -saludó el empleado, haciendo una reverencia.

-Buenas, John. ¿Con qué va a entretenerme usted, ahora?

-Las cuentas, milord -respondió el secretario-. Y las facturas quincenales de lady Carrington. Me ha dicho que quería asentarlas usted mismo.

El joven dejó traslucir cierta confusión en su tono, pues, en general, él era el encargado de asentar todas las facturas que llegaban a la casa en los libros de contabilidad del marqués.

-Sí, así es -dijo Marcus, distraído, recogiendo una pulcra pila de facturas-. ¿Son éstas?

-Sí, milord. También hay algunas invitaciones a las que tal vez usted quiera darles un vistazo.

-No hay nada que pueda agradarme menos -dijo Marcus, hojeando las facturas que tenía en la mano-. Déselas a lady Carrington.

-Lo hice, milord. Pero ella dijo que no se sentía en condiciones de decidir por usted.

John se ruborizó y su incomodidad se expresó en el tironeo de la oreja derecha, mientras deseaba que no lo hubiesen puesto en la situación de tener que trasmitir la franca opinión de lady Carrington a su marido. Pero su señoría se limitó a encogerse de hombros.

-Muy bien. Las discutiré con ella.

Dejó las facturas sobre la mesa y recogió una pila de tarjetas en relieve, frunciendo la nariz en expresión de disgusto. La cantidad de fastidiosas invitaciones que llegaban a la casa de un hombre casado excedía, con mucho, a las que él recibía cuando era soltero. Todos sabían que a él no le atraían los acontecimientos sociales, y no podía comprender por qué,

esas matronas de sociedad, en su exceso de celo, reclamaban ahora su compañía imaginando que el matrimonio cambiaría los hábitos e intereses de toda su vida.

-Si eso es todo, milord, me pondré a trabajar en su discurso en la Cámara de los Lores, acerca de las leyes de cereales.

Marcus hizo una mueca.

-John, ¿no tienes algo más interesante de que hablar que no sea las leyes de cereales?

Su secretario se asombró.

-Pero no hay nada más importante en este momento, milord.

-Algo relacionado con el ejército o la marina... nuevas reformas en el Almirantazgo, ¿qué me dices de algo por el estilo?

-Haré algunas averiguaciones, milord.

Con expresión herida, John salió de la oficina.

Marcus sonrió. Por desgracia, los intereses políticos de John no coincidían con los de su empleador. Reanudó la tarea con los papeles que había sobre el escritorio, y levantó nuevamente la pila de facturas.

Entró Gregson con el clarete.

-¿Está en casa su señoría, Gregson?

-Sí, milord. Creo que está en la sala amarilla.

El mayordomo sacó el corcho, lo examinó con cuidado, vertió una pequeña cantidad de clarete en un catavinos de poca profundidad, lo olió y bebió con ceño crítico.

-¿Está bien?

-Sí, milord. Muy bueno -llenó una copa de cristal y la ofreció a su patrón-. ¿Es todo, señor?

-Por el momento, sí. Gracias, Gregson.

Marcus aspiró el perfume del vino y luego bebió, complacido. Se encaminó hasta las ventanas largas y estrechas que daban a un pequeño jardín encerrado entre murallas. Las hojas de un castaño caían profusamente sobre la hierba, a impulsos del vivo viento otoñal. Un jardinero recogía esa rica masa cobriza y la llevaba a una hoguera. De pronto, a Marcus le recordó el pelo de Judith brillando a la luz de la vela, esparcido sobre las almohadas blancas... el sedoso triángulo del mismo color en la unión de esos largos muslos pálidos...

De repente, volvió junto al escritorio, tomó nuevamente el montón de facturas, y las golpeó contra su mano. Por cierto, Judith no reparaba en costos cuando se trataba de sus gastos personales. Era hermosa y apasionada en la cama, y él pagaba bien por ello.

En el nombre de Dios, ¿por qué le molestaba eso? Él era un hombre generoso, siempre lo había sido. El dinero jamás había sido una preocupación para él... su fortuna era demasiado cuantiosa para que eso le preocupara. Sin embargo, cuando revisó las facturas de su esposa y vio la cantidad que ella había gastado en su guardarropa, sólo se le ocurrió pensar en lo diferente que sería para ella su vida hoy día después de tantos años de vivir a salto de mata, de usar vestidos gastados y joyas falsas, de vivir en alojamientos baratos... de fingir, en público, que tenía acceso a todas aquellas cosas que ahora estaban al alcance de su mano.

Una casa en Berkeley Square, una propiedad campestre en Berkshire, una posición social incuestionable... Seguramente, se felicitaría en cada momento de cada día por el éxito que había tenido su estratagema.

Marcus apresuró su copa de clarete y volvió a llenarla. Desde Waterloo, habían resbalado por la superficie de su relación. No habían vuelto a mencionar el encuentro en el comedor de la taberna. Y tampoco habían vuelto a hablar de las precauciones que él continuaba tomando contra la concepción cada vez que hacían el amor. En el aspecto social, obedecían las convenciones e iban cada uno por su lado. Eso no sucedía en las horas tranquilas de la noche, en la intimidad. En esos momentos, las necesidades de sus cuerpos

trascendían el sombrío reconocimiento de la naturaleza de su asociación; entonces, despertaban por las mañanas empapados en calidez y contento, talante que quedaba inmediatamente destruido con la plena recuperación de la memoria.

Ella nunca hablaba de su pasado, y él nunca le pedía que lo hiciera. En todo lo esencial, se comportaban como extraños, salvo en lo que se refería a la pasión. ¿Era suficiente? ¿Alguna vez lo sería? Pero, como sabiendo que no podía aspirar a más, era preferible que aprendiera a satisfacerse con lo que tenía.

Dejó su copa y salió de la oficina, llevando consigo la pila de facturas. La sala amarilla era un pequeño salón de la planta alta, en la parte trasera de la casa. Judith la había reclamado de inmediato para sí, huyendo de la pesada formalidad de los cuartos de recibir: la biblioteca, la sala principal y el comedor. Marcus abrió la puerta, y lo recibió un coro de agudas risas femeninas que se interrumpió bruscamente cuando las tres mujeres presentes en el salón vieron quién había entrado; por un instante, él se sintió un intruso en su propia casa.

-Caramba, Carrington, ¿has venido a beber un vaso de resolí con nosotras? -dijo Judith, enarcando las cejas con su habitual expresión de desafío.

-El día que te encuentre bebiendo resolí será el mismo que me lleven al manicomio -comentó él, inclinando la cabeza-. Les deseo buenas tardes, señoras. No quisiera entremeterme, Judith, pero me gustaría que vinieras a mi oficina cuando estés libre.

Judith se crispó de manera visible. Todavía no había logrado moderar los modales autocráticos de su marido. -Esta tarde tengo una cita -mintió ella-. Quizá podríamos discutir lo que fuese en otro momento.

-Lamentablemente, no podrá ser -repuso él-. Es una cuestión de cierta urgencia. Te esperaré dentro de... -echó un vistazo al reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea-.... dentro de una hora, ¿te parece bien?

Sin esperar su respuesta, él volvió a saludar a las invitadas de su esposa con un gesto y salió, cerrando la puerta con suavidad tras de sí.

Al parecer, Judith tenía un talento natural para hacer amigos, reflexionó Marcus; y el llamador de la puerta estaba sonando constantemente, chillidos y susurros femeninos llenaban todos los rincones de la casa, antes tan masculina. Y no sólo mujeres, Había cantidades de hombres ansiosos por convertirse en amantes de la marquesa de Carrington. Sin embargo, debía decir que Judith no había traspasado los límites de la corrección con sus cortejantes. Llevaba adelante sus coqueteos, hasta donde él podía ver, con la mano diestra de una experta. Y eso era lo que se podía esperar de una experta.

Él había llegado al vestíbulo cuando sonó el llamador. Se detuvo y esperó a que el mayordomo saludara al recién llegado.

-Buenas tardes, lady Devlin.

-Buenas tardes, Gregson. ¿Está su señoría en casa?

La visitante, nerviosa, acomodó la pluma de avestruz de su sombrero.

-En la sala amarilla, milady.

-Entonces, subiré directamente. No es necesario que me anuncie... Oh, Marcus... me has sorprendido.

Marcus echó a su cuñada una mirada un tanto perpleja. El semblante de Sally estaba pasando rápidamente del rosado a un blanco mortal; luego se sonrojó otra vez. Él sabía que ella solía sentirse incómoda en su presencia, pero tanta intensidad era algo fuera de lo común.

-Te ruego que me perdones, Sally -hizo una reverencia y se hizo a un lado para que pasara hacia la escalera-. Espero que todo esté bien en Grosvenor Square.

Resignado, suponía que ella le diría que uno de sus sobrinos tenía dolor de muelas o había pescado un enfriamiento.

Pero, para su sorpresa, Sally pareció asombrarse y, en lugar de precipitarse a una de sus minuciosas descripciones de las enfermedades infantiles, dijo:

-Sí... sí, gracias, Marcus. Es bondadoso de tu parte preguntarlo -su mano enguantada iba y venía por la balaustrada, como si quisiera lustrarla-. Estaba esperanzada en poder ver a Judith.

-La encontrarás en su sala de recibo.

Sally casi corrió escalera arriba sin decir una palabra de despedida. Marcus sacudió la cabeza, desentendiéndose. No tenía objeciones con respecto a la esposa de Jack, pero reconocía que era una gaznápira que no sabía sostener una conversación. Aun así, a Judith le agradaba. Y eso era interesante, porque él había notado que su esposa no soportaba a los tontos.

La entrada precipitada de su cuñada hizo que Judith saltara en su asiento.

-Sally... caramba, ¿qué te sucede?

-Oh, tengo que hablar contigo -Sally apretó las manos de Judith-. No sé a quién recurrir -entonces, vio a las otras dos mujeres que estaban en la sala-. Isobel, Cornelia... estoy a punto de volverme loca.

-Por Dios, Sally -Isobel Henley miró un plato de dulces y eligió un almendrado-. ¿Acaso alguno de los niños?

-Ojalá fuera tan sencillo como eso.

Sally se sentó en un sofá y paseó una mirada trágica por la habitación. Sus ojos azules, normalmente alegres, brillaban por las lágrimas. Abrió su bolso y se secó los ojos con un diminuto pañuelo de encaje.

-Ten, bebe un poco de té.

Siempre práctica, Judith había llenado una taza y se la alcanzaba a su cuñada. Sally bebió el té y se esforzó por recobrar la compostura. Dejó su taza sobre la mesa e hizo una profunda inspiración.

-He estado devanándome los sesos durante tres días; pensaba que podría estallarme la cabeza. Pero no sé qué hacer.

Sus dedos inquietos retorcían el pañuelo de encaje.

-Cuéntanos -Cornelia Forsythe se inclinó hacia ella y palmeó la mano de Sally con un gesto tranquilizador. Sus impertinentes cayeron en la taza y su vestido recibió varias gotas de té-. Oh, mi Dios -trató, en vano, de secar las manchas-. Estaba perfectamente limpio cuando salí de mi casa.

Judith contuvo una sonrisa. Cornelia era una mujer robusta y desordenada, incapaz de mantener en condiciones su vestido, sus posesiones, su pelo, su tiempo o sus relaciones. Sin embargo, era dueña de un rápido ingenio y un cerebro ágil.

-No sé cómo, a menos que ustedes puedan indicar me la manera, conseguir cuatro mil libras para mañana por la mañana.

-¿Cuatro mil? -Judith silbó, como había aprendido de Sebastian-. ¿Para qué?

-Jeremy -dijo Sally. Su hermano menor era un bribón empobrecido-. Tuve que prestarle cuatro mil libras; si no lo hubiera hecho habría ido preso por deudas; ahora debo recuperar mi dinero. Pero ¿qué podía hacer?

-¿Tu esposo? -sugirió Cornelia.

Sally miró a Judith.

-Jack podría haberlo ayudado, pero ya sabes qué piensa Marcus de Jeremy.

Judith asintió. Marcus no era tolerante en relación con los excesos de los jóvenes disipados que no tenían buena familia ni fortuna. Solía afirmar que una carrera en el ejército era la solución para esos tontos. O bien, la política. Judith estaba de acuerdo con él. La persecución indiscriminada y desordenada del placer era tan ajena a ella como a un ser de otro planeta. Sin embargo, decir eso no ayudaría a Sally en ese momento.

-Supongo que Marcus aconsejaría a Jack que dejara que Jeremy sufriera las consecuencias -dijo Judith.

Sally asintió.

-Y, a decir verdad, puedo entenderlo. Jeremy siempre querrá más.

-¿Cómo conseguiste las cuatro mil libras?

Isobel llevó de nuevo la conversación a su origen, mientras tomaba otro almendrado. Era una golosa inveterada, pero, para diversión de Judith, ni el detestable gusto de Isobel por el resolí podía endulzar su lengua.

-He empeñado los rubíes Devlin -dijo Sally, sin rodeos.

Isobel dejó caer su dulce sobre la alfombra.

-¿Qué has hecho?

Judith cerró los ojos un instante para poder absorber la enormidad de la revelación.

Con voz despojada de expresión, Sally siguió:

-No se me ocurrió otra cosa. Jeremy estaba desesperado. Pero Marcus los ha pedido, y Jack cree que los he enviado a limpiar.

-¿Por qué los ha pedido Marcus?-preguntó Judith.

Sally miró a su cuñada como si la respuesta fuese evidente.

-Porque son tuyos, Judith.

-¿Míos?

-Tú eres la marquesa de Carrington. Las joyas de los Devlin son tuyas, te pertenecen por matrimonio. Marcus sólo me las había prestado... pero nadie esperaba que él se casara, de modo que yo pensé...

Su voz se apagó poco a poco.

Se hizo un silencio durante el cual, sus tres compañeras reflexionaron sobre la situación.

-Qué lío -dijo al fin Cornelia-. Tendrías que haber mandado hacer una copia.

-Lo hice -dijo Sally-. Pero esa copia no engañaría a Carrington.

-No -admitió Judith, pensando en la agudeza visual e intelectual de su marido-. Tal vez podría decir que no me gustan los rubíes y que me parece bien que tú los conserves... Pero no, eso no servirá. De todos modos, Marcus querrá verlos.

Se puso de pie y caminó por la habitación, pensando. Había una manera de ayudar a Sally. Era arriesgada. Si Marcus la descubría, se destruiría la escasa armonía que había entre ellos. Pero ella podía hacerlo y, sin duda, si una tenía recursos para ayudar a una amiga, el honor la obligaba a hacerlo. Al menos, eso indicaba su código de honor.

-¿Cuándo debes devolverlas, Sally?

-Jack me dijo que mañana las devolvería a Marcus -Sally se retorció las manos-. Judith, me siento tan mal... como si hubiese robado algo que te pertenecía.

-¡Oh, no seas ridícula! -Judith desechó el comentario con un ademán-. Los rubíes me importan un bledo. Tu hermano necesitaba ayuda, y tú se la brindaste -para ella, eso era un imperativo absoluto-. Sólo hubiese querido que me lo dijeras antes. Se hará evidente si yo gano semejante suma en una noche. Hubiese preferido ganarla en un tiempo más largo. Llamará bastante la atención si paso toda la velada en la sala de juegos y si sólo juego por apuestas elevadas.

-¿Qué estás diciendo? Sé que eres aficionada al juego, pero...

-Oh, es un poco más que eso -dijo Judith-. En realidad, soy muy diestra con los naipes.

-Lo había notado -Cornelia observó a Judith con su impertinente-. A ti y a tu hermano.

-Nuestro padre nos lo enseñó -dijo Judith. Ni siquiera a estas amigas estaba dispuesta a dar más detalles sobre la historia de su vida-. Los dos hemos sido buenos discípulos, y yo lo disfruto.

-Pero, no entiendo bien... -dijo Sally, dubitativa.

-Si yo fuera a la reunión de juegos de naipes de la señora Dolby esta noche, es probable que pudiese ganar esa suma -explicó Judith sin dar más datos-. En un sitio así, no llamaría la atención.

-Pero no puedes ir a jugar a la calle Pickering, Judith.

Isobel estaba consternada. Las reuniones de juegos de naipes en casa de la viuda Dolby eran famosas por lo elevado de las apuestas y por lo dudoso de la concurrencia.

-¿Por qué no? Muchas mujeres lo hacen.

-Sí, y son consideras unas frescas.

-Sebastian me acompañará. Si voy con mi hermano, no habrá murmuraciones.

-¿Qué me dices de Carrington?

-No hay ningún motivo para que él se entere -dijo Judith-. Vendrá muy bien. Es probable que haya una mesa de macao -sonrió a Sally-. Anímate. Mañana podrás rescatar esos rubíes.

-¿Cómo puedes estar tan segura?

-Es la práctica -dijo Judith, con cierta acritud-. He tenido muchísima práctica.

Poco después todas se marcharon; Sally estaba un poco más alegre. La confianza de Judith era contagiosa, aunque era difícil confiar en semejante promesa de salvación.

Judith se quedó en medio del salón vacío con el entrecejo fruncido. Desde su matrimonio, había estado jugando sólo en sociedad, por apuestas modestas. El juego serio era un asunto bien diferente. ¿No estaría fuera de práctica? Cerró los ojos e imaginó una mesa de macao, viendo una mano de cartas. El viejo y conocido cosquilleo de excitación recorrió su espalda; ella sonrió para sus adentros. No, jamás perdería la habilidad.

Tendría que pedir a Sebastian que la acompañara. Era probable que él ya tuviese sus propios planes para esa noche; necesitaría contar con cierto tiempo para cambiarlos. No se le pasó por la cabeza que su hermano pudiera fallarle. Hubiese ido directamente a sus aposentos... pero no. Marcus estaba aguardándola. ¿Cuál sería la razón de su repentina llamado a su oficina? Durante un minuto, jugó con la idea de no acudir, pero luego la desechó. Las cosas ya estaban bastante inestables entre ellos como para empeorarlas deliberadamente.

Marcus mismo le abrió la puerta al oír su vivaz llamada a la puerta.

-Estaba preguntándome cuánto tiempo te retendrían tus amigas.

-Ellas habían reclamado mi compañía con anterioridad, señor -dijo ella-. Habría sido una grosería imperdonable pedirles que se fuesen antes de tiempo... aunque, al parecer, tú no compartes esa opinión. Dejaste bien en claro que ellas no debían prolongar su visita.

Marcus echó un vistazo al reloj y comentó con hosquedad:

-Quizá no fuera muy convincente. Te he esperado más de una hora.

Judith ladeó la cabeza y lo contempló con ojos entrecerrados.

-¿Qué otra cosa esperabas, Carrington?

Esa salida lo hizo reír, aún contra su voluntad.

-Ninguna otra cosa, lince.

Una fina hebra de pelo cobrizo escapaba de una hebilla suelta, en el moño que ella llevaba en la coronilla. No pudo resistirlo, y sin decisión consciente, quitó esa hebilla. Entonces, le pareció tonto detenerse ahí, y sus dedos se deslizaron por esa masa sedosa, quitando hebillas a medida que iba encontrándolas y deshaciendo el cuidadoso peinado.

Judith no protestó. Cada vez que él le ponía las manos encima era lo mismo. Se volvía impotente y lo único que podía hacer era responder. Cuando su pelo se volcó en torno de su rostro, él le pasó las manos en medio, tironeando de los enredados tirabuzones con expresión arrobada. Después, dio un paso atrás y contempló su obra.

-¿Para qué lo hiciste? -preguntó Judith.

-No lo sé -dijo él, sacudiendo la cabeza, asombrado-. No pude contenerme.

Le rodeó la cara con las manos y la besó; un lento y prolongado beso que, como siempre, los absorbió por completo.

Judith se apartó, un poco agitada, cuando él retiró las manos de su cara.

-Besas notablemente bien, marido mío -comentó, lanzando una risa fugaz.

-Y tú has tenido una vasta experiencia para poder comparar, desde luego.

-En cuanto a eso, a mí me corresponde saberlo y a ti descubrirlo.

-No estoy seguro de que éste sea el tiempo o el lugar para semejante descubrimiento. Postergaré el ejercicio hasta más tarde.

-¿Cuál es el motivo de tu urgente llamada? -preguntó Judith, cambiando de tema con la esperanza de dar tiempo a que su sangre caldeada se enfriase y a que sus rodillas recuperaran la fuerza.

-Ah -el hombre se apoyó contra el escritorio, cruzó en los tobillos sus largas piernas enfundadas en pantalones de color marrón claro y estiró su mano hacia atrás para tomar el fajo de facturas-. He estado examinando tus facturas quincenales; pienso... de verdad, pienso que será necesario que me expliques algunas de ellas.

-¿Que te las explique?

Ella lo miró con auténtica perplejidad; su excitación quedó tan sofocada como si se hubiese sumergido en una corriente de agua helada.

-Sí.

Él tendió los papeles y ella los recibió, observando la primera hoja, donde se veían las pulcras columnas de cifras de John. El total era, indudablemente, extravagante, pero no horrendo... sobre todo teniendo en cuenta los estándares de la sociedad londinense.

-¿Qué quieres que te explique? -hojeó las facturas-. A mí me parecen todas muy claras.

-¿Acostumbras a gastar siempre cuatrocientas guineas en un vestido? -preguntó él, tomando el fajo de las manos de ella y hojeándolo hasta encontrar el documento culpable-. Aquí está.

-Es mi vestido de presentación en la corte -dijo ella-. Lo hizo Margarethe.

-Y ésta... y ésta... -mostró dos más-. ¡Cincuenta guineas por un par de zapatos, Judith!

Judith dio un paso atrás.

-A ver si entiendo qué está sucediendo, Marcus. ¿Estás cuestionando mis gastos?

El aludido apretó los labios.

-Ésa sería una interpretación precisa de esta conversación.

-¿Y estás acusándome de derroche? -Judith sintió un leve zumbido en los oídos al digerir lo humillante de la situación: la estaba regañando como a una niña que hubiese gastado demasiado dinero de su asignación. Nadie había puesto en duda, jamás, sus gastos. Desde que tenía uso de razón, había estado manejando sus finanzas, además de las de un reducido hogar. Había escamoteado facturas, pagado el alquiler, garantizado que apareciera alguna clase de alimento sobre la mesa; y desde el momento de la muerte de su padre, había administrado los crecientes ahorros que sostendrían el plan para la caída de Gracemere.

-En una palabra, sí.

-Perdóname, pero, ¿cuánto crees que sería razonable que yo gastara en una quincena? -Su voz temblaba-. Te has olvidado de marcarme un límite.

-Eso fue un error de mi parte -admitió él-. Pagaré estas facturas; después daré instrucciones a mis banqueros para que establezcan una asignación quincenal para ti. Si gastas más, tendré que pedirte que sometas las cuentas a mi previa aprobación.

Marcus se puso de pie y tiró los papeles sobre el escritorio, indicando que la entrevista había concluido.

-Aunque estoy seguro de que sabrás poner freno a tus gastos cuando entiendas que el matrimonio no te ha abierto las puertas a un derroche ilimitado. Lamento si no lo habías comprendido antes.

Él mismo percibió la mordacidad en su tono, casi pudo ver la fea expresión de su boca; aun así, no pudo evitarlo.

Temerosa de lo que sería capaz de decir o hacer si se quedaba un minuto más en la misma habitación con Marcus, Judith dio media vuelta y se marchó, cerrando la puerta con exagerado cuidado. Le ardían las mejillas por la humillación. Él la había acusado de aprovecharse de su posición para satisfacer su avidez. ¿Qué clase de persona creería él que era ella? Sin embargo, conocía la respuesta: una tramposa intrigante, sin principios, incapaz de detenerse ante nada para lograr lo que ambicionaba.

Pero eso no era verdad. Tal vez, en la superficie, lo fuera. Ella no había puesto sobre la mesa las cartas de su matrimonio con completa honestidad. Y, sin embargo, no era la persona despreciable que él pensaba.

Tampoco estaba dispuesta a someterse a una magra asignación y a una mano que controlase las cuerdas de su bolso. Apretó los labios con expresión decidida. Lo que podía hacer por Sally también podía hacerlo por sí misma. Sencillamente, volvería a los viejos tiempos: pagaría sus gastos con lo que ganara en las mesas de juego. Y Marcus Devlin y su asignación quincenal podrían irse al infierno.

Media hora después, llevando a la rastra a un lacayo, fue andando hasta el alojamiento de su hermano en la calle Albemarle. Sebastian estaba a punto de salir a dar un paseo a caballo, a las cinco en punto, por Hyde Park, pero, con su acostumbrado buen talante, postergó la excursión e hizo pasar a su hermana.

-¿Jerez?

-Por favor.

La joven aceptó la copa que su hermano le ofrecía.

-Bueno, ¿qué puedo hacer por ti, Ju?

-Varias cosas.

Judith le explicó el problema de Sally y las cuatro mil libras.

Sebastian frunció el entrecejo.

-Es una ganancia endemoniada para una sola noche, Ju.

-Lo sé, pero ¿qué otra cosa se puede hacer? Si Marcus llegase a descubrir lo que ella ha hecho, no quiero imaginar cómo podría reaccionar. Puede que Jack sea un poco más comprensivo, pero seguirá los pasos de Marcus, como siempre lo ha hecho.

-Ese marido tuyo tiene un considerable poderío -comentó Sebastian.

-Sí -admitió Judith-. Es el hermano mayor de Jack, el tutor de Charlie... mi esposo... -agregó, con un matiz casi cruel.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó Sebastian, sin preámbulos.

Judith se lo contó, esforzándose por mantener su voz firme, pero la furia volvió a aparecer mientras relataba la mortificante entrevista. Se paseaba por la sala de Sebastian, y sus movimientos hacían susurrar los volantes bordados de su vestido de calle alrededor de sus tobillos.

-Es intolerable -concluyó, haciendo un ademán ampuloso con el brazo-. Marcus es intolerable, y la situación también lo es.

-¿Qué piensas hacer?

Sebastian conocía lo suficiente a su hermana para saber que jamás se sometería dócilmente a las pretensiones de su marido.

-Mantenerme por mis propios medios -respondió-. En las mesas de juego, igual que antes.

Sebastian emitió un suave silbido.

-Supongo que no podrías decirle a él, simplemente, que no sabías quién estaba en aquel comedor, en Quatre Bras, ¿verdad? Si tenemos en cuenta que eso es lo que ha causado el malentendido...

Judith negó con la cabeza.

-No serviría para nada. Él está decidido a creer las peores cosas de mí y, de cualquier modo, la verdad es bastante dudosa -miró a su hermano con expresión desvalida-. Supongamos que yo le dijera: «Yo no forcé deliberadamente una situación para obligarte al matrimonio, pero ésa era una oportunidad demasiado favorable, y una aventurera que necesitaba una buena posición para ir en pos de sus fines secretos no podía dejarla pasar. De cualquier modo, en realidad no estamos casados, pero yo no quería que tú lo supieras».

Miró a su hermano arqueando las cejas.

Sebastian hizo como que lo pensaba.

-No, me temo que eso no lo tomaría muy bien. De todos modos, tú sabes que puedes contar conmigo. El juego fuerte en la casa de Dolby no empieza hasta la madrugada. Si piensas ir a la casa de los Cavendish, yo te acompañaré desde allí. ¿Te parece bien?

-Perfecto. Marcus no pensaba aparecer por la casa de los Cavendish; no le llamará la atención que yo no regrese a casa hasta el amanecer. Siempre vamos por rumbos diferentes.

-Será conveniente que te valgas del «fondo Gracemere» -dijo Sebastian-. Para empezar, necesitarás hacer apuestas decentes; es obvio que tu esposo no te ayudará -fue hasta el dormitorio contiguo y volvió con un pequeño saco con monedas-. Ochocientas -lo dejó caer en la mano de su hermana y sonrió-. Si en una noche no transformas esto en cuatro mil, sabré que has perdido la mano.

Ella también sonrió, sopesando el saquillo en su mano.

-No tengas miedo. Bueno, hay otra cuestión en la que necesito tu ayuda -dejó su copa de jerez-. Ya que voy a declarar la guerra, quiero hacerlo como es debido. Quiero que compres un faetón de pescante alto y un par de caballos para mí. Marcus se ha manifestado con fervor en contra de las mujeres perdidas que conducen carruajes deportivos; por lo tanto, que yo lo haga confirmará muy bien la maravillosa opinión que tiene de mí.

Sebastian se rascó la nariz y volvió a llenar su vaso. Judith había perdido la serenidad; una vez que ella emprendía ese camino, como él bien sabía por experiencia, no era mucho lo que podría hacer para volverla al camino recto. Seguiría así hasta que se le acabara el impulso.

-¿Te parece prudente una provocación tan descarada? -preguntó, pero sin muchas esperanzas de éxito.

-Me importa un bledo -le respondió su hermana-. El piensa que yo soy una mujerzuela intrigante, tramposa, sin moral ni principios. Y eso es lo que seré.

Sebastian suspiró.

-¿Cuánto quieres que gaste en el tronco de caballos?

-No más de cuatrocientas... a menos que sea un crimen dejarlos pasar, claro.

-Grantham está endeudado hasta las orejas... es probable que pueda comprarle su par de bayos por esa suma.

-Magnífico. Págale con dinero del «fondo»; yo lo repondré en cuanto lo haya ganado.

Se estiró y le dio un beso.

-Ahora te dejaré para que puedas ir a Hyde Park.

-Ju.

-¿Qué?

-Gracemere está en la ciudad.

-Ah. ¿Lo has visto?

-No, pero Welby estuvo conversando esta mañana con él, en Whites.

-Ah -repitió Judith, sintiendo que un estremecimiento de anticipación le subía por su espalda-. Entonces, pronto empezaremos, Sebastian.

-Sí-afirmó él-. Pronto empezaremos.

Judith se quedó inmóvil un instante sobre el pavimento, mirando sin ver la estrecha calleja. El lacayo la aguardaba, paciente. Una súbita ráfaga de viento hizo volar un puñado de hojas caídas y las hizo arremolinarse en torno de ella. Distraída, extendió una mano y agarró una. Estaba seca y quebradiza, y se deshizo en polvo cuando su mano la estrujó. Cuando estuviese acabada la partida contra Gracemere, no habría necesidad de continuar esa comedia ilegal del matrimonio. Marcus quedaría libre de ella. Pero antes ella le daría una lección.

10

Marcus podía oír la voz de Judith a través de la puerta que comunicaba ambos dormitorios; estaba hablando con Millie, su doncella, mientras ésta la vestía para la noche. La desagradable escena de esa tarde le había dejado un agrio sabor en la boca. Si bien tenía perfecto derecho de sujetar con mano firme los cordones del bolso de su esposa, no lograba librarse de la sensación de que estaba comportándose de un modo ajeno a él. ¿Qué diferencia hacía lo que ella gastara? Haría falta más de una vida de despilfarro para acabar con su fortuna. Pero la desilusión había amargado su acostumbrada generosidad. Esto no tenía nada que ver con la forma de gastar de Judith. Lo que él quería era castigarla. Era tan sencillo como eso. Y tan desagradable.

Pinchó con cuidado un alfiler de diamante entre los níveos pliegues de su corbata.

-No es necesario que me ayude, Cheveley.

-No, milord -el valet, que estaba junto al ropero, ordenando el guardarropa de su señoría con amoroso cuidado, giró hacia él-. Como usted diga, milord -dijo, inexpresivo.

-Lo digo -confirmó Marcus, mientras una sonrisa tironeaba de las comisuras de su boca. La sensible dignidad de Cheveley siempre sufría graves afrentas al menor atisbo de que su patrón era capaz de componérselas sin él-. Le vendrá bien un chocolate caliente y meterse en cama temprano para aliviar esa tos, hombre.

Las flacas mejillas de Cheveley se sonrojaron, y su rigidez quedó disipada ante esa muestra de solicitud. Su señoría era un patrón considerado y justo; no tardaba en notar signos de descontento o de mala salud, ni en actuar en consecuencia.

-Es muy bondadoso de su parte, milord. Aunque, en un día o dos, estaré perfectamente bien.

-Sí, estoy seguro de eso. De todos modos, no quiero que corra ningún riesgo con ese pecho débil. Ahora, deje eso y métase en la cama.

Aguardó a que el valet hubiese salido de la habitación y luego abrió la puerta que daba al apartamento de su esposa. Judith estaba sentada ante el tocador, contemplándose con aire crítico en el espejo, mientras Millie entrelazaba una cinta de terciopelo dorado en sus bucles.

-Buenas noches, milord.

Por guardar las formas, Judith le dirigió la sombra de una sonrisa en el espejo, pero no se volvió para saludarlo.

-Buenas noches, Judith.

Marcus se sentó sobre una silla tapizada de terciopelo que había junto al crepitante fuego del hogar. Millie concentró su atención en la fila de botones diminutos de las ajustadas mangas de un vestido de crespón verde claro. Aquél era un tono que armonizaba a la perfección con el vibrante colorido de su esposa, reflexionó Marcus, y el delgado cordón de seda que llevaba en la cintura subrayaba su esbeltez.

-¿Querías hablar conmigo? -preguntó Judith, después de unos minutos, pensando qué lo habría llevado a su dormitorio con esa actitud conyugal.

En ese momento, no estaban, precisamente, en los mejores términos.

-Nada en particular -respondió él, agregando, sin la debida consideración-. Ese vestido es una delicia.

La expresión de Judith fue de completo escepticismo. Parpadeó, y despidió a su doncella.

-Gracias, Millie; ya está bien. Puedes marcharte.

La muchacha hizo una reverencia y se marchó. Judith giró en su taburete para observar a su esposo. Estaba vestido del mismo modo impecable que siempre, con pantalones a la rodilla de satén negro, chaleco blanco y, como únicas joyas, el alfiler de diamante en su corbata y el pesado anillo de oro de sello, que ya había recobrado. Su pelo negro estaba cepillado a la Brutus y había en sus ojos negros una expresión hosca, aunque no parecía estar dirigida a ella.

-¿Te he oído bien? -quiso saber ella, alzando las cejas-. Apruebas mi vestido. Qué afortunado, pues me atrevería a decir que lo verás en muchas ocasiones en los años próximos. Lo usaré hasta que se me caiga del cuerpo hecho harapos. Eso es lo que pretendes, ¿no?

-No seas tonta -dijo Marcus. Se había acercado con la vaga intención de hacer las paces, pero, al parecer, aquélla era una esperanza vana-. Sabes muy bien que no fue eso lo que he querido decir esta tarde. Tu asignación será generosa.

Judith giró otra vez hacia el espejo.

-Tu bondad me abruma, milord.

Mientras procuraba calmarse, se mojó un dedo con saliva y humedeció el delicado arco de sus cejas. Si volvía a perder el control, causaría estragos en su equilibrio; necesitaba mantener la cabeza fría para poder ganar y ayudar a Sally.

Marcus suspiró e intentó otra táctica.

-Se me ocurrió que podría acompañarte a la casa de los Cavendish esta noche.

Judith sabía cuánto odiaba él esos encuentros sociales; él estaba seguro de que ella entendería el sacrificio que hacía como ofrenda de paz.

Lo que no había esperado era que ella se sorprendiese. No había esperado ver ese relámpago de asombro en sus ojos. Casi al instante, fue reemplazado por algo que parecía ser cálculo.

-Qué galante, milord. Pero no es necesario -rió con liviandad y siguió estudiando críticamente su imagen en el espejo-. Sería la forma más segura de arruinarme la velada... quizá sea ésa tu intención.

-Te pido que me disculpes, señora mía -él se puso de pie, los labios apretados-. No tenía intenciones de arruinarte la velada. Perdóname.

Judith cedió un poco y se volvió a medias en el taburete.

-Sólo quise decir que no podría pasarlo bien pensando lo aburrido que te sentirías.

Giró otra vez hacia el tocador y se puso a arreglar un cuenco con hebillas para el pelo.

-Ninguno de tus amigos estará allí, y los míos no te entretienen.

Ella no deseaba que la acompañase: eso era todo. Marcus hizo una inclinación de cabeza, y dijo con tono frío:

-Como gustes. Estoy seguro de que sabes qué es lo mejor.

Regresó a su propio dormitorio, sin echar una mirada atrás.

«Oh, Señor», pensó Judith, desdichada. Ni siquiera un matrimonio forzado tenía por qué sobrellevarse en ese clima de páramo helado. Sencillamente, Marcus y ella eran las personas equivocadas para estar encadenadas por ese vínculo. Cuanto antes ella lo dejara librado a su albedrío, mejor.

Habían pasado las dos cuando un coche de alquiler se detuvo ante el número 6 de la calle Pickering. Sebastian se apeó y ayudó a su hermana a hacer lo mismo. Judith alisó su capa de tafetán dorada y se acomodó el cuello de muselina abullonado, mientras alzaba la vista, observando la casa alta y estrecha. De modo que éste era el equivalente londinense de

los garitos más elegantes... Ella había frecuentado lugares semejantes en casi todas las capitales de Europa, y sentía viva curiosidad de saber qué ofrecía Londres en ese aspecto.

Un lacayo de librea los hizo pasar, recibió sus capas y los acompañó por una estrecha escalera hasta un vestíbulo cuadrado en lo más alto. Tres salones brillantemente iluminados se abrían hacia ese vestíbulo; todos ellos estaban abarrotados de hombres y mujeres con trajes de gala, mientras algunos lacayos iban y venían con bandejas cargadas de copas. Por encima del discreto nivel de las conversación, era posible oír a los encargados de anunciar los resultados de las apuestas en las mesas donde se jugaba a los dados.

Judith miró a su hermano y él le sonrió, demostrando un entendimiento instantáneo. Estaban como en su hogar.

-Bueno, señor Davenport, estoy encantada de que haya podido honrarnos. Y usted, lady Carrington...

Amelia Dolby se acercó a ellos como flotando desde la mesa del quince. Judith calculó que la mujer tendría unos sesenta años, a pesar del pesado maquillaje, el peinado, absurdamente juvenil, y el vestido semitransparente. De rasgos toscos y ojos penetrantes, dirigió a Judith la sonrisa de piraña de quien da la bienvenida a una víctima. Judith había recibido muchas sonrisas como ésa en su vida, y respondió con su propia versión, más suave. Durante las horas siguientes, su rostro sería una máscara que no revelaría nada.

-¿Qué juego prefiere, lady Carrington? -quiso saber Amelia Dolby-. ¿Los dados, tal vez?

Judith negó con la cabeza. Ella y Sebastian sólo jugaban a los dados por placer; no se podía aplicar ninguna destreza para compensar el factor suerte. Sólo un tonto apostaría seriamente en un juego de puro azar.

-Estoy indecisa. ¿A qué jugarás tú, Sebastian?

-Me gustaría probar en la mesa de quince -dijo él, indiferente, mientras colocaba protectores de terciopelo negro en sus puños rizados, para que no cayeran sobre sus manos.

-Entonces, jugaré al macao. Ellos jamás jugaban en la misma mesa; si lo hicieran, perdería sentido la ejercitación.

Amelia Dolby acompañó a Judith a la mesa de macao y la presentó a los demás jugadores. Judith conocía de vista a varios de ellos. Todos eran tahúres endurecidos; aceptaron a Judith en mitad de su partida con la certeza de que ella también sería esclava de los naipes y los dados. Deducían que no habría estado allí de no poder hacer altas apuestas; eso era lo único que les importaba.

Tres horas más tarde, ella había ganado casi cinco mil guineas. Bastaría para recuperar los rubíes Devlin y para comprarse su faetón y su tronco. Todo había sido muy satisfactorio y estimulante. Era asombroso lo vivificada que se sentía; se preguntó por qué había demorado tanto en volver al juego en serio. Por supuesto, se trataba de un vano sentido del deber hacia Marcus. Había creído que el juego lo perturbaría. En realidad, era para reírse, teniendo en cuenta las circunstancias. Después de todo a él lo perturbaba todo lo que ella hacía. Excepto en la cama...

Ahogó ese pensamiento y, recogiendo sus ganancias, se disculpó y abandonó la mesa de macao.

Sebastian todavía estaba atrapado en la mesa del quince, donde reinaba el silencio y la mayoría de sus compañeros de juego ocultaban tras unas máscaras cualquier reacción emocional a las manos de naipes. Judith comprendió que no podía esperar que él se marchara todavía y comenzó a pasearse por los salones, ya relajada, ahora que había logrado su cometido, y dispuesta a jugar sólo por placer, si se desocupaba un lugar en alguna mesa.

-Lady Carrington... -una voz de mujer desde una mesa de faraón, la detuvo en su paseo-. ¿Le gustaría jugar con nosotros?

-Si hay un lugar -Judith se acercó a la mesa sonriendo. No recordaba a la mujer-. Tiene usted una ventaja sobre mí, señora.

-Oh, permítame que haga las presentaciones -Amelia apareció junto a ella-. Lady Barret... lady Carrington.

-He llegado a la ciudad el otro día -dijo Agnes Barret -. Una indisposición de mi esposo ha demorado nuestro regreso desde el campo -indicó con un gesto la silla que había junto a ella-. Por favor, le ruego... en la casa de los Cavendish yo esperaba que fuésemos presentadas -siguió diciendo, mientras Judith se sentaba-. Pero estaba usted tan rodeada de admiradores, mi querida, que ni siquiera pude acercarme.

Le tendió la mano, riendo.

-Me halaga, señora -dijo Judith, con aire modesto, aceptando la mano.

Sin soltarle la mano, lady Barret observó a Judith con una intensidad que excluía al resto de los presentes. Judith sintió que se le erizaba la piel y el pelo. El rumor de voces y los gritos de los crupiés se confundieron en un runrún de fondo; el resplandor de los candelabros se apagó, se volvió tenue.

Fue como si hubiese sido víctima de una especie de hechicería. Entonces, lady Barret sonrió y le soltó la mano.

-De modo que es usted una jugadora, lady Carrington. ¿Comparte su hermano esa pasión?

Judith se esforzó por responder con naturalidad, tratando de comprender qué le sucedía. ¿Qué clase de fantasía absurda se habría apoderado de ella?

-Está en la mesa del quince -dijo, dejando sus monedas alrededor de los naipes elegidos.

El faraón era, en esencia, un juego de suerte; en general, si ésta no la acompañaba, Judith se pasaba a otro juego. Pero le era imposible concentrarse y, antes de percatarse de ello, perdió más de lo que pensaba arriesgar. Enfadada consigo misma, presentó excusas y se puso de pie.

-Oh, su fortuna cambiará, lady Carrington, estoy segura -le dijo su vecina, apoyándole una mano en el brazo.

-No, porque tengo al diablo espiando sobre mi hombro -replicó Judith, citando el dicho preferido de su padre cuando los naipes no lo favorecían.

Por los ojos leonados de lady Barret pasó un relámpago, palideció, y los toques de rojo en sus pómulos se destacaron, en consecuencia.

-Hacía mucho tiempo que no oía eso.

Judith se alzó de hombros.

-¿Es poco usual? Yo pensé que era una expresión común... Oh, Sebastian -aliviada, se volvió para saludar a su hermano-. No creo que conozcas a lady Barret.

Vio cómo su hermano sonreía y se inclinaba sobre la mano de la dama. ¿Habría sentido él también ese aura extraña, perturbadora? Sin embargo, Agnes Barret no parecía haber afectado a Sebastian. Más aún, ejercía su acostumbrado, poderoso encanto con risueña despreocupación. La dama reaccionó con un brillo en los ojos y una breve risa coqueta.

-Es tarde, Sebastian -dijo Judith de repente-. Si nos perdona, señora...

Su hermano la miró con perspicacia, luego se despidió de manera bastante más cortés. Pero, cuando estuvieron fuera del alcance de oídos extraños, comentó:

-Fue un tanto precipitada la partida, Ju.

-Estaba empezando a dolerme la cabeza -dijo ella, a modo de excusa. Toda su euforia de hacía unos instantes se había esfumado; lo único que anhelaba era salir de esos salones caldeados, demasiado cargados con los pegajosos perfumes de las mujeres y el calor de los enormes candelabros-. Además, mi suerte se había dado vuelta y no estaba midiendo mis pérdidas.

Esa desconsolada confesión mereció una expresión desaprobadora de su hermano.

-Tendrías que haberte concentrado -la regañó-. Tú conoces las reglas.

-Sí, pero no podía pensar con claridad -dudó si debía contarle la extraña sensación que le había causado lady Barret; luego decidió que no lo haría. Sonaría como un delirio si atribuía su torpeza en el juego a una peculiar reacción ante otra persona-. Al menos he recuperado los rubíes. Y me ha quedado suficiente para los caballos.

Miró por encima del hombro. Lady Barret había dejado la mesa y hablaba con su anfitriona. Era una mujer arrebatadora, alta y esbelta, vestida con abrumadora elegancia, con un vestido verde esmeralda de muselina de algodón, de profundo escote y un ancho volante en el ruedo. En su juventud, habrá sido muy bella, pensó Judith, con su espesa cabellera caoba, sus altos pómulos y su boca bien cincelada. El color de su vestido era uno de los preferidos de Judith. Tomó nota, para sus adentros, de no volver a usar jamás ese color y al instante se reprochó por tan infantiles caprichos.

Estaba amaneciendo cuando el portero nocturno franqueó la entrada de la casa Devlin a Judith. Con paso leve, ella subió la escalera hasta su habitación. Como sabía que regresaría tarde, había dicho a Millie que no la esperase; el fuego estaba casi extinguido y las velas chisporroteando. Se quitó la ropa y permaneció un minuto ante la ventana, contemplando la explosión rosada en el cielo.

-¿Dónde diablos has estado?

Al oír esa voz furiosa, Judith se volvió en redondo. Marcus estaba apoyado en el marco de la puerta de intercomunicación, tan desnudo como ella, y vio que su cuerpo parecía vibrar con la tensión de una cuerda de violín recién pulsada.

-En la casa de los Cavendish.

-Yo estuve allí hace cuatro horas; pensaba acompañarte de regreso a casa. Y tú no estabas, señora esposa.

Durante las últimas tres horas, él había permanecido acostado, despierto, con el oído atento para detectar la llegada de ella, imaginándose una diversidad de escenas, desde un asalto en la calle hasta una cita ilícita. Todo lo que sabía de ella se prestaba para las peores ideas posibles; en poco tiempo se sintió incapaz de hallar ninguna explicación sensata.

Judith trató de pensar rápido, consciente de su fatiga mental después de tantas horas en la calle Pickering. Se encogió de hombros y preguntó, con voz fría:

-¿Me espiabas, señor?

Él había ido a la casa de los Cavendish con la mejor de las intenciones, decidido a limar sus diferencias del único modo que conocía: con la insistencia de un amante seductor. Pero, al oír esa fría e irónica pregunta, todas sus buenas intenciones se esfumaron.

-Da la impresión de que tengo motivos. Cuando veo que mi esposa no está donde se supone que debería estar y desaparece, Dios sabe dónde, durante buena parte de la noche, no tiene por qué extrañarte que sienta la necesidad de vigilarte.

De repente, Judith cambió de táctica. Lo último que deseaba era que Marcus decidiera seguir sus pasos en público. Si así lo hiciera, sus planes de juego se irían al infierno. Por eso, le dirigió una sonrisa conciliadora y dijo, con un tono razonable y tranquilo:

-Yo estaba con Sebastian, Marcus. No habíamos tenido ocasión de tener una buena conversación desde hacía tiempo.

Marcus sabía qué unidos estaban ellos, qué estrecho era el vínculo entre ambos. La miró fijamente, frunciendo el entrecejo, y eso lo distrajo. Cuanto más intensamente la observaba, más consciente era de la desnudez de Judith. Sintió que su cuerpo empezaba a agitarse, a endurecerse. Los ojos de Judith, sin errar, bajaron la vista y entonces ella se acercó a él, tendiéndole las manos.

-Pero, ya que ninguno de nosotros está dormido en este amanecer, se me han ocurrido varias maneras de pasarlo bien.

El le tomó las manos, las apretó y le examinó el rostro diciéndose que ella le había dado una explicación perfectamente plausible de su ausencia.

-A mí también -la condujo hasta la cama y se echó de espaldas, arrastrándola consigo-. ¿Has estado en el alojamiento de tu hermano?

Judith se paralizó bajo esa mano que la acariciaba.

-Teníamos mucho de que hablar.

Judith rodó sobre su costado y le besó las tetillas, haciendo erguirse los duros capullos con su lengua, mientras su mano vagaba por el cuerpo de él.

Marcus le atrapó la mano en mitad de la caricia.

-Me parece que no has respondido a mi pregunta, Judith.

Por todos los diablos del infierno. Finalmente, la obligaría a mentir.

-Por supuesto.

¿Estaría mintiendo ella? ¿Qué motivo tenía él para creerle? El acicate perverso de la desilusión lo empujó por el camino de destrucción.

-¿Por qué será que tengo la sensación de que no eres del todo sincera?

Con una mano seguía sujetando las de ella y con la otra prodigaba largas y lentas caricias.

-No tengo idea.

La voz de ella sonó ahogada porque tenía la boca pegada a la piel de él. Aún podía usar sus labios y su lengua; sin embargo no lograba crear la distracción que deseaba.

-Mi querida esposa, si me mientes, descubrirás que mi paciencia y mi tolerancia tienen ciertos límites. Eres mi esposa y, en consecuencia, la custodia de mi honor. El honor y las mentiras no son buenos compañeros de lecho.

-¡Maldita sea, Marcus! -Judith se incorporó y lo miró con expresión furiosa-. Deja de amenazarme. ¿Por qué habría de mentirte?

-No lo sé -respondió él-. Y, del mismo modo, ¿por qué no habrías de hacerlo?

Marcus se alzó, se apoyó en las almohadas y la contempló con ojos entrecerrados, a la luz difusa y gris del amanecer. Podía percibir el dolor de ella del mismo modo que sentía el suyo propio; se esforzó por encontrar las palabras que permitieran tomar distancia de este embrollo, de salvar algo de esa noche.

-Judith, yo no puedo permitir que andes por ahí tras propósitos secretos, a cualquier hora de la noche, con tu hermano o sin él. Tal vez estuvieras acostumbrada a hacerlo, pero ahora tu posición es diferente. La marquesa de Carrington, mi esposa, tiene que estar por encima de todo reproche... sea lo que sea lo que haya hecho Judith Davenport. Eso lo sabes muy bien.

-¿Y por qué supones que yo estaba haciendo algo que pudiera ser reprochable? -replicó-. Ya te he dicho que estaba con mi hermano. ¿Por qué no te basta?

-Olvidas que yo sé a qué os dedicabais tú y tu hermano. A desplumar incautos por medio del juego sucio...

-Ya no -interrumpió ella, acalorada-. Ya no tienes ningún justificativo para semejante acusación.

-Espero que no -dijo él-. Te diré algo, Judith -se acercó, la tomó del mentón, y sus ojos y su voz se tornaron duros como el hierro-. Si alguna vez descubro que tú y tu hermano actuáis otra vez en vuestro pequeño dúo, cuando haya acabado contigo, desearás que tus padres jamás se hubieran conocido. ¿Me he explicado con claridad?

Judith liberó su cabeza con una sacudida, y replicó, con tono helado:

-Sería imposible interpretar erróneamente semejante afirmación, señor.

-He procurado ser muy claro.

-Puedes estar tranquilo; has sido muy claro.

De todos modos, volverían a hacerlo sólo una vez más.

Cuando eso estuviera hecho, ella dejaría a Marcus para que pudiera hallar la esposa que quería: una mujer de honor, de principios; sumisa y obediente; el epítome de la virtud. Y le desearía que fuera feliz con ella, pensó con furia.

-No creo que tengamos nada más de que hablar -declaró Judith-. Le deseo buenas noches, milord. Marcus se levantó de la cama.

-Buenas noches, señora.

La puerta se cerró. Judith se acurrucó en la cama, tratando de deshacer el nudo que tenía en la garganta, sintiendo que las lágrimas le escocían en los ojos. Se sentía desdichada y decepcionada. Su cuerpo gritaba por un final diferente para esa noche, añorando lo que había sido prometido y luego negado, dejándola devastada. Con los ojos irritados, permaneció con la vista clavada en la luz pálida de las primeras horas del día, con los miembros doloridos, su mente clara como una campana, su cuerpo palpitando la falta de satisfacción.

De repente, la puerta que comunicaba los dormitorios se abrió completamente y luego se cerró de un golpe. Marcus estaba de pie a los pies de la cama, y ella pudo captar la fuerza de su emoción con tanta claridad como podía ver la fuerza de su cuerpo erguido.

-Maldición, Judith. ¡No sé qué hacer contigo! -su voz era una especie de susurro furioso; su violenta frustración estaba acentuada por la represión-. Te deseo más de lo que he deseado a cualquier otra mujer; sin embargo, a veces me enloqueces tanto que no puedo discernir entre la necesidad de amarte y la de someterte.

Se acercó al costado de la cama y se quedó allí, mirándola.

En silencio, Judith apartó la manta y le ofreció su cuerpo, opalescente a la luz del amanecer. Marcus se acostó en la cama junto a ella. La acercó a él, y con mano dura tocó ese cuerpo, adueñándose de su extensión, desde la cintura hasta el tobillo, todas sus concavidades, todas sus curvas. Judith sintió que su piel renacía a la vida bajo esa ruda caricia y la humedad surgía entre sus piernas. Los dedos de él se hundieron en ella con honda, íntima insistencia, y su voz le exigió que le dijera qué era lo que le daba placer, que se abriera por completo a él, que le revelara los sitios y las caricias que más placer le producían.

Él la marcó con su lengua y con su mano, quemándola con la marca del amante que la conocía, que conocía sus puntos vulnerables, su salvaje y apasionado deseo. Por fin, se arrodilló entre los muslos abiertos de ella, y su cuerpo se delineaba en la luz que entraba por la ventana. Levantó las piernas de ella sobre sus hombros, deslizó las manos bajo las nalgas de su mujer, y la alzó para que saliera al encuentro de la lenta embestida de su penetración, que pareció alcanzar el centro mismo de ella, llenarla de una dulce angustia, hasta que casi no podía soportar y de la que, al mismo tiempo, no podía sustraerse.

En los ojos de ella, que sostenían la mirada de él, aparecieron las lágrimas. Pero eran lágrimas de alegría al sentir que se renovaba el asalto a sus sentidos, esta vez en la gloria compartida de una especie de tornado, de una espiral ascendente que arrastraba a ambos hacia un vacío donde el mundo perdía su gobierno, donde nada importaba, salvo la capacidad de estar juntos en ese camino, de formar parte uno del otro, ella en él, él en ella.

Después, él la retuvo en su abrazo, con la cabeza de ella sobre su hombro, su cuerpo relajado contra el suyo, deslizándose hacia el sueño. Y Marcus se sintió colmado de una gran ternura y de un diminuto brote de esperanza que empujaba para abrirse paso en el árido suelo de la desilusión. No cabía duda de que la pasión tenía algún valor. No era posible que fuera una mentira absoluta. Ah, si él pudiera mirar con nuevos ojos... abrirse paso más allá de sus preconceptos... ver a una nueva Judith...

11

Bernard Melville, tercer conde de Gracemere. Judith miró hacia el otro extremo del salón de baile y vio al hombre que había arruinado a su padre, al hombre que había echado a George Devereux y a sus hijos de Inglaterra, el que había empujado, en última instancia, a George Davenport a la muerte. La lenta quemazón de la rabia fue seguida por el mismo cosquilleo de excitación que ella sentía ante las mesas de juego, cuando sabía que tenía enganchados a sus compañeros de juego.

-Charlie, ¿conoces al conde de Gracemere?

-Claro que sí. ¿Acaso alguien no lo conoce? -su compañero ejecutó un fluido giro-. Bailas maravillosamente, Judith.

-Me temo que ninguna mujer baila mejor que su compañero -comentó Judith, riendo-. Por fortuna para mí, tú tienes un talento natural.

Charlie se sonrojó.

-Es una pena que eso no sea un rasgo de familia -agregó Judith, pensativa.

-¿A qué te refieres?

-Bueno, tu primo no es un asiduo de la pista de baile.

-No, nunca lo ha sido -admitió Charlie-. De hecho, es un pesado; creo que no le interesa nada que no sean sus libros de historia y la política militar.

La voz del joven era amarga.

-¿Estáis peleados Marcus y tú? -preguntó Judith.

Por alguna razón, las frecuentes visitas de Charlie a la casa de los Devlin habían cesado en las últimas dos semanas. Judith lo observó y advirtió su expresión un tanto crispada, su mirada huidiza.

-Él es demasiado estricto, Judith. Tiene ideas muy anticuadas... me da la impresión de que no comprende que un hombre tiene que divertirse de algún modo.

-Eso no es del todo cierto -trató de conciliar Judith-. Él se divierte mucho con los deportes y los caballos, y tiene un montón de amigos que no lo consideran un pesado.

-Lo siento -repuso Charlie, incómodo-. He hablado de más. Él es tu marido...

-Sí, pero eso no significa que yo sea ciega a sus defectos -dijo Judith, con una sonrisa bastante amarga-. Él no es una persona muy tolerante con lo que considera defectos; te lo aseguro. ¿Lo has hecho enfadar de algún modo?

Charlie negó con la cabeza y trató de reír.

-Oh, no es nada. Todo se solucionará pronto... ¿Quieres continuar bailando o prefieres que te traiga una copa de champaña?

Era claro que Charlie no se sentía bien con ese tema; Judith no continuó.

-No, gracias -respondió-. Pero me gustaría que me presentaras a Gracemere.

-Por supuesto, si tú lo quieres. Desde luego, no formo parte de su círculo, no lo conozco bien, pero puedo hacer las presentaciones.

Judith echó una rápida mirada por el salón, en busca de Sebastian. Lo vio bailando con Harriet Moretón. Se dio cuenta con sorpresa de que su hermano bailaba a menudo con Harriet Moretón, aunque las muchachas de diecisiete años tímidas, suaves y bonitas no eran las que

solían atraerlo más. Clavó la vista en su hermano hasta que él separó la suya de su compañera. Sebastian sabía que su hermana se ingeniaría para que esa noche la presentaran a su enemigo, y como él irrumpiría en esa presentación aparentando la mayor naturalidad, estaba esperando a que Judith le hiciera una señal.

-El campo es un lugar condenadamente tedioso en esta época del año -estaba diciendo el conde de Gracemere al grupo de personas que lo rodeaban, cuando Judith y Charlie se acercaron-. Barro... sólo barro, hasta donde alcanza la vista.

-No entiendo por qué no ha regresado antes a la ciudad, Gracemere -dijo uno de los del grupo.

-Oh, he tenido mis razones -sostuvo el conde, con leve sonrisa. Al caer su mirada sobre Charlie y su acompañante, su sonrisa se ensanchó-. Ah, Fenwick, confío en que va usted a presentarme a su encantadora acompañante. Lady Carrington, ¿no es así? He estado toda la noche esperando una presentación.

Se inclinó y llevó la mano de la dama a sus labios.

-Milord.

Judith miró al hombre que había ocupado sus pensamientos de manera obsesiva, en el sueño y en la vigilia, durante casi dos años, desde el momento en que ella y su hermano leyeron la carta donde les informaban de la muerte de su padre y habían llegado a comprender, al fin, que la caída en desgracia y el exilio de él no habían sido el resultado de su pasión incontenible por el juego.

Bernard Melville tenía ojos muy claros: ojos de pescado, pensó Judith, con cierta repugnancia. Y esos ojos parecían penetrar hasta el alma.

Retiró su mano y contuvo las ganas de limpiarla en su falda. Se sintió contaminada, incluso a través de su guante de satén. Ese sujeto tenía una boca cruel y una nariz de aguda punta bajo esos ojos de pescado. ¿Cómo haría ella para disimular su odio y su repugnancia para poder seducirlo?

Por supuesto que lo haría. Ella era una experta en ocultar sus sentimientos... gracias al conde de Gracemere. Desplegó su abanico y le sonrió sobre el borde.

-Ha regresado usted del campo. ¿De dónde, señor?

-Oh, tengo una propiedad en Yorkshire -respondió él-. Es un lugar tétrico, pero de vez en cuando debo ir a inspeccionarlo.

Cranshaw. La propiedad que él le había ganado a su padre. Una caliente, roja oleada de rabia inundó a Judith, y la obligó a bajar repentinamente los ojos.

-No conozco Yorkshire, señor.

-Tengo entendido que ha pasado usted la mayor parte de su vida en el extranjero, señora.

-Me halaga que usted conozca tanto acerca de mí, señor.

Rió, con esa risa de coqueta que había perfeccionado.

-Mi querida lady Carrington, debe saber que la novedad de su matrimonio nos ha animado este aburrido verano nuestro.

-Me hace usted un cumplido exagerado, lord Gracemere. No tenía idea de que mi matrimonio había rivalizado con Waterloo como suceso fundamental -dijo con galanura.

Se dio cuenta de que había sido un error, pero no pudo contenerse.

Una risa de aprobación recorrió el grupo, y los ojos de Gracemere se apagaron y apareció un sonrojo en sus mejillas. Luego, él también se unió a las risas.

-Tiene usted razón en subrayar mi tontería, señora. Fue un cumplido inoportuno. Perdóneme; sucede que su belleza me ha obnubilado el juicio.

-Bueno, señor, éste es de verdad un cumplido irresistible -dijo, dándole un ligero golpecillo en la muñeca con el abanico-. Y un admirable modo de recuperarse.

Él volvió a hacer una reverencia.

-¿Es demasiado atrevimiento esperar que me haga el honor de acompañarme en esta danza?

-La había prometido a mi hermano, señor, pero estoy segura de que él no reclamará su prioridad -se volvió hacia Sebastian, que se había acercado como por casualidad-. ¿Me dejarás libre, Sebastian?

-El derecho de un hermano ocupa un lugar muy inferior, querida mía -repuso él, alegre.

-¿Conoce usted a mi hermano, lord Gracemere?

-No lo creo -respondió Gracemere-. Pero la semejanza es notable.

-Sí, así dicen -Sebastian se inclinó-. Sebastian Davenport, a su servicio.

-Encantado -el conde retribuyó la reverencia, mientras sus ojos escrutaban al joven con intención calculadora, y éste conservaba una sonrisa un tanto fatua. Agnes lo había visto en la casa de Dolby, de modo que debía de ser un jugador. Faltaba comprobar si era bueno-. Tiene que venir a una de mis reuniones de juego -dijo, con aire condescendiente-. Si le agrada ese entretenimiento.

Sebastian le aseguró que así era, y agregó un murmullo referido al honor que para él sería ir a su casa. Entonces, Judith puso su mano sobre el brazo del conde, y Bernard Melville la guió hasta la pista.

-De modo que no siguió usted a todo el mundo a Bruselas para la gran batalla, ¿no es cierto, señor?

-¡ Ay de mí! No, tengo una vergonzosa, o tal vez debería decir desvergonzada, falta de interés en las cuestiones militares.

-¿Aun cuando esas cuestiones tengan que ver con Napoleón? Eso sí que es vergonzoso.

Judith rió, y lo miró por entre las pestañas.

-Soy una causa perdida, señora -sonrió-. Su esposo, por el contrario, es famoso por su conocimiento en la materia.

Y esa experiencia lo había llevado al campo de batalla, pensó Judith, recordando la agonía que ella había sufrido ese día. En el presente, parecía muy remoto, muy distante de esta resplandeciente ronda de placeres. Era comprensible que Marcus despreciara frecuentemente las prioridades de la sociedad. Inclinó la cabeza, en silenciosa aceptación del comentario del conde.

-Sí -continuó él, pensativo-, su esposo hace que todos nosotros parezcamos insignificantes. Es bien sabido que no mira con simpatía nuestros sencillos placeres.

Judith percibió un matiz subyacente en el comentario de su compañero; se le ocurrió que a Bernard Melville no le agradaba Marcus Devlin.

-Cada uno tiene sus gustos -dijo, tratando de sonar neutral.

La mirada del conde se hizo más penetrante.

-Me parece que usted, en cambio, no comparte el desdén de Carrington por nuestras superficiales diversiones, señora -hizo un ampuloso gesto que abarcaba el salón de baile.

Si tú supieras, mi señor Gracemere, qué llenas de propósito son mis superficiales diversiones... pensó Judith. Pero sonrió e hizo un gesto de asentimiento agitando las pestañas y mirando con íntima repugnancia el tiburón de interés que nadaba bajo la chata superficie de sus ojos claros.

Marcus subía la escalera en el preciso momento en que la anfitriona estaba por abandonar su puesto en la cabecera, suponiendo que ya era demasiado tarde para esperar más invitados. Lisonjeada y asombrada, lady Gray lo saludó y le informó que la última vez que había visto a lady Carrington había sido en el salón de baile.

Marcus se dirigió al salón de baile. Durante unos minutos, no pudo divisarla entre la concurrencia. Y entonces la vio.

Sin quererlo él, sus manos se crisparon al verla girar con gracia en el círculo que formaban los brazos de Bernard Melville, mientras miraba a su compañero con ojos risueños, su mano posada en el brazo de él.

¿Qué demonios estaría haciendo ella con Gracemere? Pero ésa era una pregunta fútil. Era inevitable que lo conociera en algún momento. Habría sido mucho pretender que Gracemere se quedara en el campo toda la temporada. Era de suponer que él necesitaría otra paloma para componer su fortuna en las mesas de juego.

La danza terminó, y él vio al conde escoltando a su compañera fuera de la pista de baile. Judith sonreía de un modo que hacía rechinar los dientes de su marido. En Bruselas, había contemplado divertido sus coqueteos -incluso con un punto de admiración- y no le había inquietado la liviana coquetería que la había hecho tan popular en Londres. Sin embargo, con Gracemere era un asunto diferente. Vio que el conde guiaba a Judith hacia las puertas abiertas de la terraza, y se debatió contra la vieja ira, que casi no había disminuido con los años. Marcus se abrió paso a través del abarrotado salón de baile, retribuyendo saludos con fugaces sonrisas, y salió a la terraza. No había razón alguna para que Judith y su compañero no salieran. Era una noche tibia y había muchas personas en la terraza. Aun así, esa rabia -pura y brillante- que ya tenía años ardió en su alma; tuvo que luchar consigo mismo para que aquélla no se revelase en su rostro y en su voz cuando se encaminó hacia donde ellos estaban, apoyados en el parapeto, en apariencia, contemplando la luna.

-Buenas noches, querida mía.

-¡Marcus! ¿Qué te trae por aquí?

El suave saludo hizo volverse a Judith; durante un instante, él habría jurado que veía una chispa de placer en sus ojos. Pero, si había estado alguna vez allí, había desaparecido en un tris, reemplazada por esa expresión ofendida, que poco después desapareció también, quedando en su lugar un semblante tranquilo e imperturbable como el de una muñeca. Marcus conocía esa expresión. Tanto Sebastian como su hermana la utilizaban en las mesas de juego; él sintió que le corría un escalofrío por la espalda.

-Lord Gracemere y yo sólo estábamos identificando las constelaciones -dijo Judith.

-Tengo la impresión de que su esposa es una versada astrónoma, Carrington.

-Mi esposa es versada en muchas cosas.

La tensión en el aire era tan sofocante como una manta; Judith, de modo instintivo, adoptó una actitud para apartarla. Se echó a reír.

-Pero me temo que es un conjunto irregular. Lamentablemente, mi educación formal fue bastante descuidada.

-El crecer en el continente quizá fuera una educación en sí misma -observó Gracemere, ofreciendo su caja de rapé a Carrington, que la rechazó con una sonrisa cortés e inexpresiva.

-Hablo cinco idiomas -dijo Judith-. Y mis matemáticas son bastante sólidas... al menos en algunas cuestiones -lanzó a Marcus una maliciosa mirada conspirativa, mientras agregaba-: Sé contar muy bien, ¿no es así, milord?

-De manera impecable -admitió él, incapaz de resistirse a esa invitación a la complicidad. Como esas invitaciones eran muy raras, él sintió que parte de la tensión se disipaba y que se extinguía la lenta quemazón del recuerdo de esa ira. Judith no tenía nada que ver con el pasado y, en ese momento, sólo tenía ojos para él; no había ambivalencia que opacase su brillo-. Me pregunto si podré persuadirte de que bailes con tu marido, ¿quieres, señora?

Judith ladeó la cabeza mientras pensaba.

-Bueno, por cierto esto es bastante insólito, y no quisiera que se diga que vivimos demasiado pegados.

-El cielo no lo permita. Si piensas que podría existir el más leve peligro de ello, inmediatamente brillaré por mi ausencia.

Gracemere, que escuchaba el diálogo, sintió que ambos habían olvidado por completo su presencia.

-Les pido que me excusen -dijo y, tras hacer una reverencia, se alejó.

Marcus extendió su mano.

-Un baile, señora esposa.

-Si insistes -puso su mano en la de él-. Pero no me imagino por qué quieres torturarte de esta manera. Ambos sabemos que la danza te aburre a morir.

-Es posible -dijo él, mientras ocupaban sus lugares en la pista-. Pero aún no me he aburrido de tu compañía.

-No, sólo te ha enloquecido -replicó ella, con sonrisa altiva.

-Y divertido y excitado y complacido -respondió él, con una sonrisa suave que se contradecía con sus palabras y con el resplandor sensual de sus ojos.

Avanzaron en el grupo de bailarines, y los movimientos de la danza los separaron. Cuando volvieron a encontrarse, él comentó:

-Como sea, tú te has divertido en esta velada.

-¿Acaso es eso un crimen?

Judith arqueó las cejas en un gesto claramente desafiante.

Marcus negó con la cabeza.

-Envaina tu espada, lince. No quiero pelear contigo esta noche.

-¿No? -dijo, con tono cargado de desilusión-. Es que lo hacemos tan bien...

La danza los apartó otra vez, hasta que él pudo responderle. Cuando ella volvió a él, estaba preocupada, con la mirada fija en algo que estaba más allá del hombro de él.

-Al parecer, mis modestos esfuerzos en la conversación no te entretienen, señora -dijo, arrastrando las palabras, al ver que ella no respondía a su segunda observación en dos minutos.

-Te pido perdón.

Pero siguió mirando por encima del hombro de él, mordiéndose el labio y, cada vez que la tocaba, Marcus sentía la tensión en su cuerpo ligero y flexible.

-¿Qué sucede, Judith?

Ella negó con la cabeza.

-Nada... aunque, ¿conoces a lady Barret?

-Agnes Barret, claro que sí. Es la esposa de sir Thomas Barret. Ha estado en el candelero durante muchos años... anterior viuda de cierto conde italiano, creo. Después, el verano pasado, se casó con Barret -se encogió de hombros-. Barret es un vejestorio impedido por la gota pero bastante bien provisto; me atrevería a decir que le ha brindado un puerto en la tormenta. Aunque ella es una mujer sumamente atractiva; estoy seguro de que podría haber encontrado algo mejor.

-Sí, lo es -admitió Judith, abstraída. Y entonces, salió de su abstracción-. ¿Has venido a comprobar que yo estaba donde debía estar?

-No me provoques, Judith.

-No pretendía provocarte -protestó, fingiendo inocencia-. Pero es natural que, si haces algo que no está en tu naturaleza, yo trate de encontrar una razón,

-He venido a buscarte -dijo él.

-A vigilarme -lo contradijo ella, con un cabeceo triunfal.

-No pongas en mi boca palabras que yo no dije -insistió él-. He venido a buscarte.

-Estoy segura de que es lo mismo. Querías cerciorarte de que yo no estuviese haciendo algo impropio.

-Bueno, por cierto, lo pensarás dos veces si te ataca el impulso de hacer travesuras -dijo él-. Puesto que no sabes si me haré presente o no.

Judith se quedó en silencio unos instantes y de pronto se echó a reír.

-Sin duda, estamos riñendo -comentó, con satisfacción-. Yo sabía que no podía demorarse.

-¡Avispa!

-¿Vamos a casa?

-Una idea admirable.

La condujo a través del salón, apoyándole una mano en la parte baja de la espalda.

-Buenas noches, lady Carrington, Marcus... Permítanme ofrecerles mis felicitaciones. Lo habría hecho antes, de no haber sido que Barret tuvo que quedarse algún tiempo en el campo con un poco de gota; hemos llegado a la ciudad en estos días.

Lady Barret se había materializado en su camino y extendía una mano a Judith al tiempo que sonreía a Marcus.

-Esta condenada guerra -murmuró-. Ha causado estragos en la vida social. Todos han desaparecido, se han ido a Bruselas.

-No todos -corrigió Marcus, retirando su mano de la cintura de Judith y llevando la de lady Barret a sus labios.

-Bueno, ahora que el ogro ha sido confinado en aquella isla, es de esperar que la vida pueda retomar su cauce normal.

Lady Barret se dejó sacudir por un delicado estremecimiento.

-La guerra ha durado quince años -señaló Judith, para nadie en particular-. Difícilmente sea la paz una condición normal.

La sonrisa de Agnes se congeló, y sus ojos se contrajeron, convirtiéndose en meros alfileres, en ese rostro, súbitamente afilado. Rió con una risa áspera, que sonaba como vidrio roto.

-Cuánta verdad, mi querida lady Carrington. Tiene usted un raciocinio muy agudo.

Judith sintió otra vez esa extraña aura, y la inconmovible convicción de que era peligroso cruzarse con una mujer como Agnes Barret. Obligó a sus labios a esbozar una sonrisa.

-No quise ser descortés, señora. Pero el mundo ha estado en guerra durante buena parte de mi vida; quizá por eso lo vea desde una perspectiva diferente.

Ante esa mención a la diferencia de edades entre ambas, Agnes entrecerró los ojos.

-Espero poder visitarla, lady Carrington -dijo, con frialdad, al tiempo que Marcus se llevaba a su esposa.

-Será un honor para mí -dijo Judith, distante.

Ya en la puerta, Judith se detuvo y miró por encima del hombro. Agnes Barret estaba enzarzada en animada conversación con Bernard Melville. A ella le recordaron un par de cobras que se tocaban las lenguas. Le recorrió el cuerpo una sacudida de repulsión.

-¿Qué te inquieta, Judith? -preguntó Marcus, con voz queda-. Estás tensa como un muelle apretado. Y has sido imperdonablemente grosera.

-Ya lo sé. Es que esa mujer tiene algo -se encogió de hombros-, No tiene importancia. Estoy dejándome llevar por las fantasías.

Avanzó hacia la escalinata.

-Oh, Judith, ¿te marchas? -Charlie apareció en el rellano desde las sombras del vano de una puerta; Judith pensó que tal vez hubiese estado esperándolos. El joven la saludó con una inclinación de cabeza y se dirigió a su primo, pero sin mirarlo-. Marcus... ¿podrías dedicarme unos minutos, mañana...? Sólo algunos minutos.

-Siempre estoy disponible para ti, Charlie -dijo Marcus, sereno-. ¿Te vendría bien alrededor del mediodía?

-Sí... sí, esa hora me viene bien -dos intensas manchas de color ardieron en sus mejillas-. Hasta entonces... eh... Judith, buenas noches.

Con un cabeceo brusco, le dio un beso en la mejilla y luego giró sobre sí y desapareció de prisa en el salón.

-Maldito joven tonto -comentó Marcus, sin acalorarse.

-¿Por qué, qué ha sucedido?

-Está de nuevo acosado por los acreedores. Está metido hasta las orejas en deudas de juego; querrá que le adelante el dinero para saldarlas. Claro que él no sabe que yo lo sé.

-¿Y tú cómo lo sabes?

El la miró con cierta sorpresa.

-Charlie es mi pupilo, Judith. No suceden muchas cosas en su vida que yo no sepa. Soy responsable de él.

-Y tú te tomas muy en serio tus responsabilidades -reflexionó ella.

Tal vez Marcus fuese un guardián severo, pero también era cariñoso.

-Sí, así es -confirmó él-. No lo olvides nunca, señora esposa.

-Autócrata -dijo ella por encima del hombro, aunque se sentía mucho mejor predispuesta a entrar de nuevo en la lucha con cierta seriedad.

Ya era casi el amanecer cuando Marcus se fue a su propia cama, pensando que, si seguían consumiendo el cirio por las dos puntas, necesitarían pronto una tregua reparadora en el campo antes de que la temporada hubiese llegado a la mitad.

Se despertó cuando Cheveley corrió las cortinas, dejando al descubierto una mañana de sol radiante. Marcus apartó las mantas, se levantó y se desperezó.

-Mi bata, Cheveley.

El valet le alcanzó su bata de brocado y lo ayudó a ponérsela. Mientras se ceñía el cordel en la cintura, Marcus fue hasta los aposentos de su esposa.

-Buenos días, lince.

Judith estaba sentada en la cama, con su pelo cobrizo volcado sobre la pila de blancas almohadas. Sobre la mesilla de noche había una bandeja con chocolate caliente y bizcochos dulces, y ella tenía sobre las rodillas una nube de papeles escritos a mano.

-Buenos días, Marcus.

Le sonrió encima del borde de su taza de chocolate, pensando en lo grato que era estar en paz con su marido.

-Al parecer, tienes una hueste de admiradores -se inclinó para besarle la punta de la nariz, y tomó un puñado de *billets-doux*, para dejarlos caer sobre la cama como una lluvia-. Y un ramo.

El ramito de violetas en un servilletero de plata batida descansaba junto a la jarra de chocolate, sobre la mesa. Marcus echó un vistazo a la tarjeta y el rostro se le ensombreció.

-Gracemere. Le causaste una fuerte impresión anoche.

Judith inclinó la cabeza en vaga señal de asentimiento.

-Como sea, escribe tarjetas muy bonitas. Y las violetas son muy delicadas.

-No me parece correcto que recibas esa clase de regalos, Judith.

Judith se abandonó sobre las almohadas, recordando por primera vez la extraña tensión que había presenciado entre los dos hombres.

-¿En general, o de Gracemere en particular?

Él se alzó de hombros.

-¿Acaso importa?

-Yo pienso que sí. Es perfectamente normal que una mujer reciba esta clase de atenciones.

Marcus no dijo nada, pero se volvió, fue hasta la ventana y miró hacia la plaza. Un grupo de niños, bajo la mirada de su niñera, jugaban a la pelota en el jardín cercado que había en el centro.

-Gracemere no te cae bien, ¿verdad?

Judith había pensado que era preferible abrir el tema cuanto antes.

-No, Judith, no me agrada. Y tienes que entender que no quiero tener a ese individuo bajo mi techo, en ninguna circunstancia.

-¿Puedo preguntar por qué?

Inquietos, los dedos de Judith plegaban el cobertor mientras ella trataba de desenredar ese inesperado embrollo.

-Puedes preguntar, pero yo no puedo darte una respuesta. El asunto es muy sencillo: no puedes contar a Gracemere entre tus amigos.

Marcus lo dijo en voz llana, casi sin expresión, mientras seguía contemplando a los niños del parque. Pero no los veía. Estaba viendo a Martha, tal como había estado aquella mañana, diez años atrás. Apretó los puños y casi pudo volver a sentir el frío cabo de plata de su fusta de montar encerrada en su mano.

Judith clavó la vista, con el entrecejo fruncido, en la espalda de su marido.

-Oh, no, milord, esto no es tan sencillo -dijo, conteniendo su enojo-. No puedes ordenar algo semejante sin dar una razón.

Marcus se volvió.

-Puedo, Judith, y lo he hecho -afirmó, sin ambages-. Y espero que tú obedezcas -hizo un gesto hacia la pila de correspondencia que había sobre la cama y suavizó su tono-. Tienes tantos amigos... uno no puede representar una diferencia.

Judith pensó rápidamente. Era una complicación inesperada, pero era vital que Gracemere no se convirtiese en la manzana de la discordia entre ella y Marcus. Si ella arrojaba el guante, no tenía dudas de que Marcus lo recogería; era imposible saber hasta dónde sería capaz de llegar para mantenerla alejada de su presa. No... en lugar de desafiarlo, tendría que adormecer su atención, distraerlo. Tendría que frecuentar a Gracemere lejos del alcance de la vista y el oído de su esposo.

-Te hago una sugerencia -dijo ella, con voz apacible, como si la conversación anterior no se hubiera producido.

Este súbito cambio de tono puso en guardia a Marcus, que enarcó levemente las cejas pero no dijo nada.

-Supongamos que me pidieras un favor -continuó diciendo Judith de un modo coloquial, jugueteando distraída con un tirabuzón cobrizo que pendía sobre su hombro-. Supongamos que me dices: Para complacerme, mi querida esposa, ¿te importaría mucho evitar a Gracemere como si fuera una plaga?

Alzó una ceja delicadamente, con expresión interrogativa, sin dejar de observar el semblante de su marido, la tensa línea de su boca.

A los ojos de Marcus asomó la sorpresa, seguida de inmediato por la comprensión, y entonces su boca se curvó en una lenta sonrisa.

-Punto ganado, señora esposa -dijo con suavidad-. Sin embargo, pienso que podría mejorar tu sugerencia.

La dejó para ir a sus propias habitaciones, para volver un minuto después con un voluminoso paquete.

Se acercó a la cama, donde ella estaba apoyada en las almohadas, casi sin poder contener su curiosidad.

-¿Qué es?

-Un regalo -respondió él con una sonrisa, depositando con cuidado el paquete sobre la cama-. Estaba esperando un momento apropiado para dártelo. Y pienso que es éste.

-¡Es un soborno! -dijo Judith, echándose a reír y tirando, ansiosa, del cordel-. ¡Desvergonzado! Quieres comprar mi sumisión.

Marcus rió entre dientes, fascinado por la alegre excitación de su mujer: como una niña en la mañana de Navidad, pensó. Se le ocurrió que en su niñez pobre y desordenada no habrían abundado los regalos. Fue una idea que provocó en él un ramalazo de ternura poco familiar, y se solazó con el deleite de ella.

-Oh, Marcus, es hermoso -suspiró Judith, desgarrando el envoltorio y dejando a la vista una placa de mármol macizo con un diseño de damero.

Los cuadrados negros eran casi de color índigo, los blancos, de un tono marfil casi transparente. Con ademanes casi reverentes, ella abrió la caja que contenía las piezas de ajedrez, que eran pesadas figuras de mármol, bellamente esculpidas. Con los ojos brillantes, apoyó el tablero sobre sus rodillas y dispuso las piezas.

-No es un soborno -dijo Marcus, con voz queda, contemplándola-. Es un regalo sin condiciones.

Ella alzó la vista hacia él y sonrió.

-Gracias.

-Y ahora -dijo Marcus, inclinándose sobre ella y sosteniendo su mentón con el dedo índice- ¿podrías hacerme tú aquel favor?

-Sólo tenías que pedirlo -respondió ella, con fingida indignación.

Judith cayó de espaldas sobre la cama bajo la presión del cuerpo de él, mientras las piezas de ajedrez se perdían entre los pliegues del cobertor y la boca de Marcus se posaba sobre la suya. Judith manoteó el lazo de la bata de él y empujó con sus manos la tela buscando la piel, al tiempo que acallaba su conciencia con el pensamiento de que, después de todo, Marcus se beneficiaría con su plan de vencer a Gracemere.

12

-Y bien, ¿qué piensas, Judith? ¿Podrás hacerlo?

Cornelia se inclinó adelante, ansiosa, y la silla de patas ahusadas se balanceó peligrosamente debajo de ella. Se aferró a una mesa y ésta se tambaleó.

Automáticamente, Judith apoyó una mano para equilibrar la mesa.

-¿Estás pidiéndome que te enseñe a ser una fullera?

En su voz burbujeaba la risa, imaginando la placentera perspectiva; paseó la vista por sus tres amigas, que estaban en el salón.

-Es una idea maravillosa -dijo Isobel, sorbiendo resolí-. Todas tenemos dificultades de dinero. Sally, a causa de Jeremy; Cornelia tiene que suplementar la pensión de viudez de su madre con sus propios recursos; en cuanto a mí... -su boca se endureció, y una sombra de disgusto cruzó por su semblante-. Henley me entrega el dinero como si estuviese haciéndome un inmenso favor; además, para que me lo dé tengo que habérselo pedido con mucha delicadeza por lo menos tres veces. Demoro todo lo posible los pedidos, pues me resulta sobremanera humillante.

-Yo podría enseñarte algunas cosas -reflexionó Judith-. Las técnicas con los naipes... estrategias para apostar... cosas así. Pero tienes que tener temple y cierto talento natural para tener verdadero éxito.

-No creo tener menos talento que Jeremy -dijo Sally con una risilla de resignación-. Él juega siempre al azar; ¿cómo puede uno ganar siempre con los dados?

-No se puede -confirmó Judith-. Al menos, no puedes confiar en ello. El macao, el séptimo, el quince, el loo ilimitado y el whist, aunque las apuestas no suelen ser tan altas para ser realmente satisfactorias, son los únicos juegos en los que se puede jugar para ganar y no para entretenerse.

-No sé si tendré valor suficiente para jugar en los garitos -siguió diciendo Sally, pensativa-. Si Jack llegara a descubrirlo... -se echó a temblar-. Me enviaría al campo con los niños, por tiempo indefinido -miró a su cuñada por encima del borde de su copa de jerez-. Y Marcus diría que era la única decisión sensata.

-Y Jack siempre hace lo que su hermano mayor dice -agregó Judith, con tono seco-. Marcus ejerce ese efecto sobre sus seres más cercanos y queridos.

-¿Qué sucedió cuando él te dio los rubíes? Me había olvidado de preguntarte. Sentí tanto alivio cuando los entregué a Jack que creí que nunca más querría volver a verlos.

Judith rió entre dientes.

-Bueno; manifesté el correspondiente estupor y deleite ante una herencia tan magnífica, y después dije a Marcus que, en realidad, te irían mejor a ti que a mí, de modo que tal vez vuelvan a ti.

-¡Bromeas, Judith! -exclamó Sally, con los ojos agrandados, mientras las otras se reían.

-De verdad; lo hice -insistió Judith, también riendo-. Me pareció una jugarreta deliciosa. Sin embargo -añadió-, a él no le pareció bien. Dijo que no era lo correcto o algo así -concluyó, alzando los hombros.

-No es necesario jugar en los garitos para ganar dinero, ¿no? -dijo Isobel, volviendo al tema principal.

-No -admitió Judith-. Es posible arreglárselas muy bien en las mesas de altas apuestas, en bailes y veladas. Aun así, considero injusto que las mujeres no podamos ir a White o a Waiter -protestó-. ¿Sabían ustedes que las apuestas en Nonesuch nunca bajan de cincuenta guineas? -dijo, con un tono de añoranza.

-Bueno, ¿nos enseñarás? -preguntó Cornelia.

-Sí -dijo Judith-. Con el mayor placer. Tendremos una escuela de fulleras -volvió a llenar los vasos-. Amigas mías, un brindis: por las mujeres con medios independientes.

La puerta se abrió en el preciso momento en que todas reían, encantadas.

-Oh, Judith, te ruego que me perdones -Charlie se asomó en el vano de la puerta-. Estoy interrumpiendo.

Judith vio su expresión de perro apaleado, la palidez en su boca; de inmediato alzó la mano en ademán de invitación.

-No, claro que no, Charlie. Pasa. Conoces a todas, ¿no es cierto?

-¿Cómo estás, Charlie? -saludó Sally, con sonrisa maternal, señalando con una palmada el sitio en el sofá junto a ella.

El se desplomó suspirando y dejó vagar la mirada a lo lejos. Judith le sirvió una copa de jerez.

-Vienes de la oficina de Marcus -afirmó ella.

Charlie aceptó el vaso y apuró su contenido en un solo trago.

-Me siento como si me hubiesen desollado.

Sally se encogió y lanzó a Judith una mirada comprensiva. Ésta, a su vez, arqueó las cejas.

-Ayer, él me dijo que estabas endeudado.

-Yo tenía un dato seguro en Newmarket...-empezó a decir Charlie, con acento quejumbroso.

-Y por supuesto, no lo era -concluyó Judith por él.

Era una historia conocida.

Charlie negó con la cabeza.

-El maldito rocín salió último. Yo no podía creerlo, Judith.

-Se sabe que los caballos no son de fiar cuando uno depende de ellos. ¿Debo suponer que necesitabas el dinero? -Judith se respaldó en su sillón y bebió su jerez.

Nunca había podido comprender cómo era posible que alguien apostara su cena del día siguiente a un caballo sobre el que no tenía control.

El joven asintió.

-Jugué hasta mi camisa. Había tenido una racha de mala suerte en las mesas y estaba convencido de que Merry Dancer me ayudaría a salir del paso.

Se inclinó sobre sus rodillas y se retorció las manos, tirándose de los dedos y haciendo sonar las articulaciones.

Judith se puso ceñuda. Sabía que Charlie recibiría una herencia principesca cuando llegara a la edad legal.

-Estoy segura de que Marcus no te habrá negado un adelanto para cubrir tus deudas de honor.

Era un pensamiento inconcebible.

Melancólico, Charlie siguió con la vista clavada en la alfombra.

-Después de haberme reducido a la condición de un gusano, me dijo que me daría el adelanto, descontándolo de la asignación de la próxima quincena. Y en ese período, tendré que ingeniármelas para pasarla con casi nada, pero al menos no me veré obligado a renunciar

a mis clubes -rió con amargura-. Bonito consuelo. Casi no podré comer con lo que quedará. Pero, cuando le dije eso, él me respondió que podría ir a Berkshire y tratar de ser útil en la propiedad; de ese modo, podría componérmelas sin gastar.

-Se me está ocurriendo que esposas y pupilos tenemos mucho en común -reflexionó Judith, con el mentón apoyado en la mano y el codo sobre el brazo de su sillón.

-¿Cómo es eso?

-Ambos vivimos sometidos a otra persona -explicó, con rabia.

-Pero, para el protegido varón, al menos hay un final de la sentencia -señaló Cornelia.

-Cuando las oigo hablar de esa forma, nunca sé si están bromeando o no -dijo Charlie, suspirando.

Judith sonrió.

-Entonces tendrás que adivinar.

Charlie se puso de pie de un salto y empezó a pasearse por el salón.

-Por el amor de Dios, un hombre necesita jugar.

-Sí; pero ¿tiene que jugar tan mal como lo haces tú? -preguntó Judith, con brutal franqueza-. Quizá deberías acudir a nuestra escuela.

El pesar luchó con la curiosidad, y ésta última ganó.

-¿Qué escuela?

Judith se lo explicó, al tiempo que observaba la expresión de Charlie con mal disimulada jocosidad.

-Buen Dios -dijo el muchacho-. No puede ser que hables en serio. Qué idea escandalosa.

-Pues mira; es en serio -declaró Isobel, poniéndose de pie-. Muy en serio. Tenemos la firme intención de ganar cierto grado de independencia económica -se quitó los guantes de encaje-. Debo marcharme, Judith. Ha sido una mañana muy vivificante. ¿Quieres que te lleve hasta la calle Mount, Cornelia?

Se encaminó hacia la puerta, en medio de un revoloteo de fina muselina.

-Gracias -dijo Cornelia. Al ponerse de pie, tropezó con su propio chal y se cayó sentada con ruido sordo-. Oh, caramba.

Gregson anunció la llegada de Sebastian en el preciso momento en que Judith e Isobel se inclinaban para ayudar a Cornelia.

-Sebastian, no esperaba tu visita.

Al ver entrar a su hermano, Judith se enderezó.

-Bien, yo pensé que podrías esperarme -dijo él-, teniendo en cuenta que me has encargado que cumpla una tarea para ti.

-¡Oh, Sebastian, ya los tienes! -lo besó con entusiasmo-. No pensé que podrías hacerlo tan rápido.

-Ya lo creo que los tengo -era evidente que estaba complacido consigo mismo-. Pero lo he hecho en el momento justo. Steffington y Broughton estaban detrás de ellos.

-Estuviste muy astuto, mi amor -dijo su hermana-. ¿Dónde están?

-De momento, los he puesto con los míos; no sabía bien cómo ni cuándo querías sorprender a Carrington.

Judith apretó los labios.

-Sí -dijo-. Eso tendré que pensarlo bien.

-¿Qué pasa, Judith? -dijo Sally, anudando las cintas de su sombrero de paja.

-Bueno, es que estoy por conducir un faetón de pescante alto y un par de caballos -anunció Judith-. Sebastian los ha conseguido.

-Eso es algo muy atrevido -dijo Cornelia, irguiéndose de nuevo sobre sus pies-. Quiero ser la primera persona que te acompañe cuando conduzcas.

-Será un placer para mí -respondió Judith, aunque se reservó para sí las inquietantes imágenes de Cornelia viajando en un faetón de pescante alto.

Acompañó a sus amigas hasta el vestíbulo.

Sebastian se sirvió una copa de jerez, mientras un Charlie todavía escandalizado lo obsequiaba con el relato de la escuela de tahúres. Aquél pensó que el empeño filantrópico y educativo de su hermana le haría un flaco favor en aquellos días en que tan bien le iba con tantas palomas incautas en las mesas de juego. Pero, en el presente, el filo de la desesperada necesidad estaba embotado, tanto para él como para ella. Y, no bien Bernard Melville, tercer conde de Gracemere, hubiese sido obligado a devolver lo que había robado, la necesidad habría desaparecido para siempre. Sus largos dedos se curvaron en torno del delicado pie de la copa, pero aflojó la presión, dejando que esa puerta mental se cerrara sobre las turbulentas emociones que podrían desordenar el pensamiento frío que necesitaba.

Judith, con su imaginación colmada por un par de caballos, chocó con su marido cuando subía de prisa la escalera.

-Estás un tanto distraída -comentó él, sujetándose a la baranda-. ¿Qué tienes en la cabeza?

Judith se encolerizó al notar que sus mejillas se caldeaban con un rubor de culpa.

-Oh, nada -dijo, airosa-. Tengo prisa porque voy a salir a cabalgar con Sebastian. Es un día muy hermoso.

La última vez que Marcus había mirado por la ventana, estaba gris y nublado; alzó las cejas.

-Claro, en esta época del año, el clima es muy variable -dijo él.

Judith se mordió el labio, y su marido entornó los ojos.

-Lince, ¿qué nueva travesura estás pergeñando?

-¿Travesura? ¿A qué te refieres?

-Puedo leerlo en tus ojos. Estás tramando algo.

-Por supuesto que no -cambió de tema de repente, y con buenos motivos-. ¿Por qué tienes que mostrarte tan desagradable con Charlie? Él no es diferente de la mayoría de los jóvenes de su posición.

El semblante de su marido se cerró.

-Como tú sabes tan bien, señora. Semejante ingenuidad tiene sus ventajas.

Ese dardo tan bien lanzado cortó el aliento de Judith. Mientras tanto, Marcus continuaba diciendo, con tono cortante:

-La manera en que manejo a Charlie es asunto mío; no tiene nada que ver contigo. Él es mi protegido desde que era poco más que un niño de brazos; en general, nos hemos llevado notablemente bien.

-Sí, sé que es así -pese al desaire, Judith insistió-. Y él te tiene mucho cariño y respeto. Pero es joven...

-Si no lo fuera, yo no tendría por qué sujetarle las riendas, Judith, y nosotros no tendríamos esta discusión -sacó su reloj del bolsillo del chaleco-. Y te repito, no es asunto tuyo. Tengo una cita. Debo pedirte que me disculpes.

Mientras se hacía a un lado para dejarlo pasar por la escalera, Judith pensó que discusión no era la palabra exacta. Él la había puesto en su lugar de manera muy eficaz, cuando lo único que ella quería era ofrecerle un enfoque del punto de vista de Charlie con respecto a la situación. Pero Marcus Devlin no había tenido juventud y tal vez no se podía esperar que comprendiera los vericuetos de esa etapa. Su padre había muerto cuando él era un niño y, desde entonces, su madre había sido casi una inválida. En cierto modo, Marcus había

saltado directamente a la edad adulta, con la inmensa responsabilidad de un antiguo título nobiliario y una enorme propiedad. Hasta donde ella sabía, había asumido toda la carga sin parpadear.

Con todo, ella y Sebastian tampoco habían tenido la posibilidad de vivir su infancia. Resuelta, Judith hizo a un lado sus sombrías reflexiones y regresó a la sala.

13

El ambiente de la sala de estar del alojamiento de Sebastian, en la callé Albemarle, era relajado y de buen talante. Los seis hombres sentados en torno de la mesa de juego estaban arrellanados en sus sillas, con sendas copas de clarete ante ellos; de todos ellos emanaba la satisfacción característica de los que acaban de tener una buena cena.

Sebastian era un anfitrión atento, y ninguno de sus invitados se percataba de que su mente sólo estaba concentrada en uno de ellos: Bernard Melville, conde de Gracemere.

Gracemere había aceptado sin titubear la invitación a cenar y a jugar al macao; en ese momento, cuando ya se había concretado el acercamiento inicial, Sebastian confiaba en que su estrategia retendría a ese truhán endurecido.

No era difícil jugar a perder contra él. El conde era un jugador muy experto, y para Sebastian era sencillo fingir que perdía de manera convincente. Gracemere retenía la banca. De vez en cuando, su mirada trasponía la mesa y se concentraba en su anfitrión, que estaba desparramado en su silla de brazos, relajado y despreocupado, en apariencia indiferente al hecho de que sus pérdidas fuesen más elevadas que las de cualquier otro del grupo.

-Esta noche, su suerte lo ha abandonado, Davenport -comentó uno de sus invitados.

Sebastian se alzó de hombros, levantó su copa y bebió un gran trago.

-La suerte viene y va, mi querido amigo. ¿Qué opina del clarete?

-Excelente. ¿Quién es su proveedor de vinos?

-Harpers, de la calle Gracechurch -empujó algunas monedas sobre la mesa-. Yo pido.

Depositó su juego sobre la mesa y sacudió la cabeza, como resignado, cuando el conde mostró sus veinte puntos, uno más que sus diecinueve. Gracemere se pasó la lengua por los labios mientras anotaba la nueva pérdida en un papel que tenía a su lado.

Como serpientes venenosas, la rabia y el odio se retorcieron en las entrañas de Sebastian. ¿Con cuánta frecuencia Gracemere habría tenido ese aspecto mientras jugaba con George Devereux, que apostaba su herencia y su fortuna? ¿En qué momento habría decidido recurrir a los naipes marcados? Gracemere era un buen jugador, pero no tanto como lo había sido el padre de Sebastian. ¿Cuándo habría llegado a la conclusión de que no podría ganar con juego limpio?

Judith y Sebastian habían rememorado esa última partida, tratando de imaginársela. El momento en que su padre perdía la mano final, convencido de que Gracemere había usado naipes marcados. El momento en que estaba a punto de dejar en descubierto la trampa de su oponente y, de ese modo, recuperar lo perdido. Y el espantoso instante en que Gracemere había recogido las cartas y, casualmente, «descubierto» un naipe marcado en la mano de Devereux. ¿Qué había sucedido entonces? La carta póstuma de su padre no lo decía. Sencillamente, les daba una explicación completa de la vida que deberían llevar sus hijos... explicación que sobrepasaba el conocimiento previo de que las imposibles deudas de juego habían impulsado a su padre al exilio. Esa carta había sido el modo de exculparse de George Devereux, pero no había ido más allá de los hechos desnudos que constituían la acusación de Gracemere, la prueba aparentemente abrumadora hecha pública, su propia inocencia y su convicción de que el conde había hecho trampas.

El escándalo que siguió, había obligado a George Devereux a exiliarse, en desgracia, desheredado por su familia, a renunciar al apellido para él y para sus hijos, por el deshonor

que eso implicaría para su familia de origen. Había impulsado a su joven esposa y madre de sus hijos a buscar una muerte solitaria en un aislado convento en Francia. Y, por último, años después, ese amargo legado de desilusión y depresión había llevado a George a seguir los pasos de su esposa, quitándose la vida.

Y sus hijos habrían de vengarlo.

La fuerza de esa convicción hizo volver bruscamente a Sebastian a recordar cuál sería su parte. Y meditar, sumido en su sombría ira no se condecía con esa parte.

-Creo que ya he soportado suficientes pérdidas por una noche -dijo, bostezando y echando su silla atrás-. Gracemere, tendré mi desquite la próxima vez...

El conde recogió sus naipes y sonrió.

-Será un placer para mí, Davenport.

-¿Ha jugado usted a menudo con Gracemere? -preguntó el vizconde Middleton, cuando estaban en el estrecho pasillo con Sebastian, tras la partida del conde.

Parecía un tanto molesto.

-No, tengo entendido que acaba de regresar a la ciudad -Sebastian llevó a su amigo de vuelta a la sala, tentándolo con un coñac particularmente fino-. ¿Y tú, Harry? ¿Hasta qué punto conoces su juego?

-Demasiado.

Harry se dedicó a su coñac. Era un joven apuesto, de contextura delgada; tenía un temperamento siempre alegre que, a juicio de Sebastian, tenía su origen en la seguridad de una fortuna sólida y la confianza en una igualmente sólida posición social. Y ese juicio no lo volvía menos agradable.

-No quisiera hablar de más, mi querido amigo -continuó Harry-. Pero, bueno, los hechos dicen que puede ser malo jugar con ese hombre.

Volvió a observar su coñac e hizo girar la copa con el líquido dorado. A continuación, dirigió a Sebastian una mirada de soslayo que pretendía ser sagaz.

-La cosa es que tú eres nuevo en la ciudad, Sebastian... bueno, simplemente, quería ofrecerte una palabra de advertencia, ¿entiendes?... no pretendía entremeterme.

Sebastian movió la cabeza.

-¿Estás tratando de advertirme, Harry? Harry bebió su coñac.

-Gracemere es un truhán que necesita vaciar bolsillos. Tú no serías el primer desplumado...

Se interrumpió, y lanzó una serie de torpes toses. No se trataba de insinuar que el amigo de uno podía ser estafado.

-No te aflijas, Harry-dijo Sebastian-. No he nacido ayer.

-No... no, no quise decir semejante cosa. Sólo pensé que, si no estabas al tanto... tal vez podría ser que... tú sabes...

-Sí, lo sé, y aprecio la advertencia. Sebastian rodeó amistosamente a Harry con un brazo.

-Entonces, ¿tendrás cuidado? -insistió Harry, empecinado, obedeciendo a un deber de amistad-. Una palabra para que aproveche el prudente.

-El prudente ha recogido la palabra -aseguró Sebastian, con una sonrisa-. No soy tan inocente como podría creerme Gracemere. Recuérdalo, Harry.

Harry frunció el entrecejo, tratando de absorber ese último comentario, pero, como era demasiado para su cerebro entorpecido, pronto se marchó a su casa.

Sebastian también fue a acostarse y dejó que su mente vagase entre cuestiones más agradables. Un par de tímidos ojos azules, una nariz respingada y una boca suave que flotaban en el aire, sobre su almohada, como sucedía casi todas las noches últimamente... desde que

había conocido a Harriet Moretón. Sonrió en la oscuridad. Si alguien le hubiese preguntado antes, habría dicho que una ingenua en su primera temporada no habría sido capaz de retener su atención ni cinco minutos. Pero Harriet era diferente. No sabía por qué, pero así era. Era suave y dócil, y él quería mantenerla a salvo, intacta y...

¡Por todos los diablos del infierno! Rió quedamente. ¿Qué diría Ju si pudiese oírlo? Tendría que pedirle que visitara a la madre de Harriet. De ese modo, estamparía un sello a su hasta entonces inadvertida pretensión de la señorita Moretón.

-Bueno, he encontrado a mi palomo, listo para ser desplumado -afirmó Gracemere, tras vaciar su copa de oporto con una sonrisa de satisfacción-. Esta noche, le he ganado setecientas guineas -se aflojó la corbata-. Y, al parecer, eso no lo perturbó en absoluto.

-¿De dónde habrán salido esos dos? -Agnes se estiró sobre el cobertor de la cama con baldaquín, mirando con avidez al conde mientras éste se desnudaba, con los ojos entrecerrados, en anticipación-. Nadie lo sabe, pero, claro, ¿quién podría cuestionar los antecedentes, cuando a Marcus Devlin se le ha ocurrido casarse? Un Carrington difícilmente haría una unión inconveniente.

-Oh, ya sabes cómo son estas híbridas familias continentales. Siempre son ricas y salpicadas de antiguas baronías y cosas por el estilo.

Arrojó su camisa.

-Lo principal es que el inocente sirva a tus propósitos.

Agnes tomó una tijera de la mesa de noche y se recortó una uña rota.

-Nuestros propósitos -corrigió el conde con suavidad-. Tengo la intención de cultivar la relación con lady Carrington -se quitó los pantalones hasta la rodilla y los pateó hacia un rincón-. Por cierto, eso irritará a Marcus.

-¿No le has causado ya suficiente irritación?

La carcajada de Bernard era tan carente de alegría como su sonrisa.

-Todavía tengo que igualar unos tantos, mi querida. Uno de estos días, su orgullo se arrastrará por el polvo.

Su boca formó una mueca cruel.

-Cuéntame qué pasó aquella mañana, cuando él te descubrió en esa posada con Martha.

Ella se preguntó si esa vez se lo diría pero, como siempre, el semblante del conde pareció cerrarse, despojado de toda expresión.

-Eso queda entre Carrington y yo.

Puso una rodilla sobre la cama.

Agnes le pasó una mano por el muslo. Aceptaba que, a pesar de todo lo que había entre ellos, de todo lo que compartían y de tantos años que lo habían compartido, aquella mañana en la posada era un incidente del que Bernard jamás hablaría. Había desaparecido de la circulación durante un mes después de aquel suceso, y cuando había regresado a la sociedad ella percibió un nuevo repliegue en su lobreguez, y ese repliegue seguía existiendo en su alma.

-¿De modo que piensas pasarlo bien con la coqueta Judith? -paseó sus dedos, como si caminara, por la ingle del hombre-. Me dio la impresión de que disfrutabas bailando con ella la otra noche.

La boca del conde se curvó en el fantasma de una sonrisa, al tiempo que apoyaba la otra rodilla sobre la cama.

-Quiero ver por el suelo el condenado orgullo de Marcus Devlin, pisoteado en el polvo, mi querida. Y Judith me ayudará a lograrlo. Desde luego, si tú no tienes objeciones -agregó, alzando una ceja con expresión irónica.

Agnes rió y le tocó la boca con la yema de un dedo.

-Oh, ¿piensas seducirla, mi amor? No tengo objeciones. Al contrario, disfrutaré cada minuto de la situación. -Volvió a lanzar una risa ronca, palpitante de goce y deseo-. Ven aquí, mi amor, he estado esperándote durante años.

Por un momento, él ignoró el ruego y contempló su rostro, con un brillo tan cruel en los ojos como había en los de ella. Él sabía cuánto se excitaba ella con la perspectiva de provocar serios daños. Eso les prometía una noche prolongada y excitante. Cayó sobre la cama, moviendo su boca junto a la de ella.

-Sin embargo, debes tener cuidado de que tu seducción de la esposa de Carrington no ponga en peligro tus posibilidades con la pequeña de los Moretón -murmuró lady Barret, con la boca pegada a los labios de él, acariciándole la espalda-. No se puede despreciar una fortuna de treinta mil libras, mi amor.

-No -admitió él-. Sobre todo, teniendo en cuenta que ambos tenemos gustos muy caros -le pasó la lengua por los labios-. Gustos caros, y tan semejantes, dulce mía.

Judith levantó el delicado peón de mármol blanco y lo acarició un segundo antes de moverlo a reina cuatro. Al ver la perplejidad de Marcus, le lanzó una sonrisa maliciosa. Su apertura no era la acostumbrada. Ella abrazó sus rodillas levantadas y sintió el calor del fuego en la mejilla derecha.

-¿Qué demonios significa eso? -preguntó Marcus.

-Si tú haces la correspondiente respuesta, se convierte en el gambito de reina -respondió ella-. No es muy común, pero puede dar lugar a una partida interesante.

-¿Y si no la hago?

-Bueno, en realidad, no tienes más remedio. Es el único movimiento lógico de las negras. Con lo que viene después comienza la diversión.

Marcus estiró sus piernas ante sí y se apoyó en un taburete. Ambos estaban sentados en el suelo, y Marcus sólo llevaba una camisa y unos pantalones; su chaqueta, su corbata, calcetines y zapatos estaban esparcidos por la habitación.

-En media hora, tendrás mi camisa y mis pantalones -profetizó con resignación.

Judith se echó a reír:

-Qué perspectiva tentadora.

-Ya que tú sólo has perdido tu cinta del pelo y tus zapatos en las dos últimas horas, no puedo menos que sentir que las posturas son un tanto desiguales.

-Bueno, ¿qué te parece si te doy la ventaja de un caballo?

Retiró su caballo de reina del tablero.

-¡Mi orgullo! -gimió él-. Eres endemoniadamente buena en este juego, Judith.

-Pero las posturas son divertidas -dijo ella, sonriendo otra vez.

-Lo serían si yo no fuera el único que se desnuda -él movió su peón reina cuatro-. Ya está. ¿Y ahora, qué?

-Juguemos al séptimo, mejor. Tal vez, dos horas de ajedrez sean suficientes -levantó una pieza y la sostuvo contra la luz. El claro mármol resplandeció, translúcido y vivo, con sutiles vetas de color en sus profundidades-. Son exquisitas. No sé cómo agradecértelo.

-Bueno, podrías perder algunas piezas y, en consecuencia, algunas prendas de vestir -sugirió él.

-Me resulta duro perder al ajedrez. Juguemos al séptimo.

-A ver, espera un minuto. ¿Estás diciéndome que has perdido deliberadamente algunas manos para no herir mi orgullo masculino?

-Cuando es necesario... -dijo, acompañando sus palabras con una sonrisa descarada.

-¿Qué puede hacer un hombre con semejante esposa?

Marcus se inclinó hacia delante, la aferró por los brazos y, levantándola por encima del tablero, la sentó sobre sus muslos.

-Jugar al séptimo con ella -Judith recorrió los labios de él con su pulgar-. De lo contrario, jamás me quitaré la ropa.

Durante un minuto, él no dijo nada y se quedó contemplando el rostro de ella, vuelto hacia él, la boca sonriente, los fuegos contenidos que ardían en esos ojos castaño dorados.

-Yo no soy tan buena en el séptimo como en el ajedrez -confesó ella-. Y tú eres hábil con los naipes.

-De todos modos, señora esposa, dudo que posea una experiencia como la tuya.

-Quizá no -dijo ella-. Pero la necesidad es la madre de la experiencia.

En sus ojos apareció una sombra.

-Cuéntame de tu padre.

El pedido surgió sin decisión consciente, como consecuencia del modo en que venía desarrollándose la noche.

Pocas veces Judith pasaba la velada en su casa, pero después de la cena, él la había encontrado en la biblioteca, examinando los anaqueles en busca de un libro para leer. Le había dicho que estaba cansada y que no tenía ganas de ir a la fiesta en casa de los Denholms; a partir de ese momento, las cosas se habían ido sucediendo. Y en ese momento, había algo en la intimidad brindada por la luz del fuego, algo en el placer sensual que les proporcionaba ese clima y que se daban uno al otro, que hizo parecer natural e inevitable la alusión, por parte de él, a temas que por lo general se mantenían cerrados.

Judith permaneció apoyada en el pecho de él, jugueteando distraída con un tirabuzón sobre su hombro, enroscándolo entre el pulgar y el índice.

-Él era, simplemente, un fullero que lo perdió todo, incluso sus tierras, la propiedad familiar... todo.

-Cuéntame de él... de ti y de Sebastian.

Ella se irguió sobre los muslos de él hasta quedar sentada, derecha, extendiendo su mirada más allá del tablero, hacia el fuego.

-Él nos llevó consigo cuando se marchó del país. Nuestra madre no pudo soportar la desgracia. Se marchó a un convento en los Alpes y murió allí. Nuestro padre sospechaba que ella se había quitado la vida. Cuando nos marchamos de Inglaterra, nosotros éramos casi unas criaturas de pecho. Sebastian iba a cumplir tres años, y yo tenía dos. Viajamos con una serie de niñeras itinerantes hasta que tuvimos edad suficiente para arreglarnos nosotros mismos: Viena, Roma, Praga, París, Bruselas y todas las ciudades en el camino. Nuestro padre jugaba; nosotros aprendíamos a tratar con terratenientes, administradores y comerciantes. Después, también aprendimos a jugar en las mesas. Nuestro padre enfermaba con frecuencia.

Judith se interrumpió y se quedó contemplando las llamas. Con gesto distraído, levantó el rey de mármol negro. Su negrura llegaba hasta lo más hondo. Ella lo acarició.

-¿De qué modo estaba enfermo? -preguntó Marcus con voz suave, sintiendo en sus muslos cómo pasaba la corriente del recuerdo por el cuerpo de ella.

-Talante sombrío, abismos de insondable desesperación -respondió ella-. Cuando eso sucedía, él no podía levantarse de su cama. Sebastian y yo teníamos que arreglarnos como pudiéramos... y ayudar a nuestro padre.

Marcus le acarició la espalda mientras buscaba las palabras adecuadas, pero, de golpe, ella se echó a reír.

-Suena espantoso, y a menudo lo era, pero también era excitante. Jamás fuimos a la escuela. Leíamos lo que se nos antojaba. Nadie nos decía qué hacer, qué comer, cuándo ir a acostarnos. Hacíamos exactamente lo que queríamos, dentro de los límites de la necesidad.

-Una educación de cierta riqueza -comentó Marcus, atrayéndola otra vez hacia su pecho-. Nada ortodoxa, pero rica. Una educación que Jean-Jacques Rousseau hubiese aplaudido.

-Sí, me atrevería a afirmar que así sería. Nosotros leímos Émile en París, hace unos años.

Ella se quedó mirando el fuego durante un rato. Difícilmente, Marcus aceptaría semejante educación para sus hijos. Aunque él estaba decidido a no tener hijos propios... al menos los que pudieran concebir en esta unión.

-Y bien -dijo ella-. ¿Séptimo?

-No -dijo él-. Ya no estoy preparado para jugar por tu desnudez. Tengo una manera mucho más eficaz de conseguirla.

-Ah -dijo Judith, echándose de espaldas-. Bien, tal vez la rapidez esté convirtiéndose en algo esencial, milord.

-Sí, creo que sí.

14

Lady Letitia Moretón consideraba que ella era una persona prácticamente inválida; yacía recostada en una chaise longue, entre pilas de almohadones, oliendo sales y plumas quemadas. Era una mujer hermosa, aunque sus facciones estaban un tanto desvaídas por la indulgencia que tenía consigo misma; su voz era un hilillo plañidero, matizado a veces por un tono chillón.

-¿Así que su hermano ha vuelto hace poco del continente, lady Carrington?

-Sí, señora; de Bruselas -respondió Judith, cumpliendo con su deber de hermana en la sala de lady Moretón-. Después de mi matrimonio, él ha decidido instalarse en Londres.

Lady Moretón jugueteó con los flecos de seda de su chal mientras sus ojos se posaban en Sebastian y Harriet. Ellos estaban sentados sobre un sofá, mirando las ilustraciones de un libro; el pelo castaño claro de Harriet contrastaba con la cabeza cobriza de Sebastian.

-No conozco a su familia, lady Carrington -señaló la dama.

En otras palabras, ¿qué valor tiene su hermano?, fue lo que Judith interpretó sin dificultades, a partir del comentario de lady Moretón. Cualquier mujer con hijas en edad casadera aceptaría con entusiasmo en su recepción a un joven caballero con título y fortuna, con tanto fervor como despediría a aquellos que no contaran con tales atributos. En estas circunstancias, como Harriet era la única hija y heredera de una considerable fortuna, su madre también estaba prevenida contra los cazadores de fortunas.

-Mi hermano y yo hemos vivido en el extranjero con nuestro padre hasta su muerte -dijo Judith, sin alterarse-. Hemos pasado buena parte de nuestra vida en Francia.

-Ah, ya entiendo. Un castillo familiar...

La voz de lady Moretón se elevó con delicadeza, imprimiendo a la afirmación una inflexión interrogante.

Judith sonrió e inclinó la cabeza, como dando su acuerdo, reprimiendo las imágenes de una serie interminable de lúgubres casas de alojamiento que habían constituido el castillo familiar.

En la sonrisa con que respondió lady Moretón había algo más que un indicio de cálculo, y la mirada que vertió sobre su hija y Sebastian estaba teñida de complacencia. Cualquier familia con la que hubiese aceptado aliarse el marqués de Carrington sería bastante aceptable para los Moretón.

-Espero que usted y su hermano nos honren cenando con nosotros, una de estas noches -dijo-. Y también lord Carrington, por supuesto, si es que puede atraerle algo tan ordinario como una cena en familia.

-Estaremos encantados -respondió Judith, formal.

Su conversación fue interrumpida por la llegada de otra visita. Agnes Barret entró como una exhalación en la sala, con palabras de saludo brotando de sus labios y sus manos extendidas hacia toda la concurrencia en general. Se inclinó y besó a lady Moretón con la familiaridad de una amiga íntima, abrazó a la ruborosa Harriet, estrechó la mano de Judith con cierto grado de formalidad, y luego dedicó una amistosa sonrisa a Sebastian, que besó su mano y le dirigió un rutilante cumplido con respecto a su vestido. Su redingote de satén verde con un pequeño volante de tul quedaba destacado por un sombrero de seda verde oscuro, con una pluma de color bronce. Por cierto, el efecto era asombroso. Judith tuvo la honestidad de

reconocer que, si no se hubiese sentido del todo satisfecha con su propio vestido de viaje de austero corte, de velarte turquesa, bordeado de trencilla plateada, podría haber sentido un atisbo de envidia.

-Gracemere me ha seguido, Letitia. Yo sabía que tú estarías contenta de recibirlo -Agnes ocupó una silla baja, junto a la chaise longue de su amiga-. Está muy encariñado con Harriet; no pude convencerlo de que ella no había pescado un enfriamiento la otra tarde, cuando paseamos por el parque. El viento era especialmente vivo, y a él se le antojó que ella estaba demasiado desabrigada para semejante clima. Claro que yo se lo expliqué: ninguna damisela que se respetara usaría algo más grueso que un chal... ¡ah, la tonta vanidad de la juventud! -su risa tintineó suavemente, y dio unas palmadas a la mano de Harriet-. Pero es una chica encantadora.

-Estoy segura de que lord Gracemere es todo condescendencia, Agnes -dijo Letitia, acercando una pluma quemada a su nariz.

-Lord Gracemere, milady.

EÍ conde entró en la sala antes de que el mayordomo hubiese terminado de anunciarlo.

-Lady Moretón... y señorita Moretón. Espero que no haya contraído un enfriamiento -hizo una reverencia-. Estaba seguro de que me regañaría usted duramente por exponer a su hija a un viento tan fuerte.

-Harriet no ha sufrido daño alguno, lord Gracemere -dijo su señoría-. Pero es bondadoso de su parte interesarse por ella.

-Oh, Gracemere tiene predilección por Harriet -reiteró Agnes.

Cuando ella sonrió a Bernard, Judith captó, con un estremecimiento, la cualidad posesiva de esa sonrisa. El conde alzó las cejas en medida infinitesimal, transmitiéndole un mundo de comunicaciones privadas. De inmediato, Judith se dio cuenta de que Agnes Barret y Bernard Melville eran amantes. Y, si era así, ¿por qué Agnes estaba facilitando el contacto de Gracemere con Harriet?

-Davenport, he visto que ha adquirido usted un par de caballos Grantham -la observación de Gracemere cambió el tema de conversación y las reflexiones de Judith-. Nos ha ganado de mano a todos nosotros, hombre de suerte.

-Oh, son de mi hermana -dijo Sebastian-. Lo que sucede es que yo tenía el encargo de conseguirlos para ella.

-¡Por Dios, lady Carrington! ¿Usted guiará un faetón de pescante alto?

La sorpresa del conde parecía genuina.

-Como esta mañana -dijo Judith-. El fabricante de coches entregó el faetón ayer por la tarde; por lo tanto esta mañana fue mi primera salida de prueba.

-¿Y qué le parecieron?

-Espléndidos. Esos bayos son magníficos trotadores.

-Será usted la envidia del club Four Horse, señora -dijo Gracemere-. Conozco tres hombres, por lo menos, que tenían puestos sus ojos en esos animales desde que Grantham los exhibió en la ciudad.

-Es usted muy audaz, lady Carrington -dijo Agnes-. Aunque le confieso que me sorprende que Carrington apoye el uso de un vehículo tan fuera de lo común. Siempre lo he considerado más bien convencional.

Judith se contentó con esbozar una leve sonrisa. Su convencional esposo no había visto aún a su esposa sobre el asiento del conductor de su poco convencional carruaje. Fue caminando hasta la ventana que daba a la calle, donde los mozos de los Moretón se dedicaban a hacer caminar a los caballos para que no se enfriasen. Un niño pequeño estaba en cuclillas junto a la perrera, buscando sobras de cualquier cosa que pudiera ser comestible o útil. Sus codos asomaban por las mangas harapientas de su chaqueta roñosa mientras él revolvía los restos de una calle de ricos.

-Espero que me lleve usted a dar una vuelta por el parque -dijo Gracemere, junto al hombro de Judith-. Seguramente, maneja usted la fusta con mucha destreza, señora.

-He sido bien enseñada, señor -repuso ella, obligándose a dedicarle una cálida sonrisa y mirándolo por encima del hombro-. Estaré encantada de demostrarle mi habilidad.

-El placer será todo mío -aseguró él, haciendo una reverencia y sonriendo-. Sin embargo, me pregunto qué sentirá Carrington al saber que usted lleva semejante pasajero. Él y yo estamos... -hizo una pausa, como buscando la palabra justa- Enemistados, pienso que se podría decir -miró a Judith con aire candoroso-. No sé si su marido le habrá dicho algo.

Esperó la respuesta con ojos graves, expresión preocupada.

Ese abordaje tan directo sobresaltó a Judith, pero se apresuró a aprovechar la oportunidad que se le ofrecía.

-Él me ha prohibido que lo recibiera -dijo ella, con creíble expresión de pesar, y dedicándole una trémula sonrisa-. Pero, como no me ha dicho por qué, no me siento inclinada a obedecerlo.

Esta última frase fue dicha con un impulso de coraje; él le sonrió.

-Se debe a antiguas heridas -dijo él-. Los viejos resentimientos tardan en morir, lady Carrington... aunque, debo decirle, yo habría pensado que, en las presentes circunstancias, podríamos enterrar el pasado.

-Lo que usted dice es un acertijo para mí.

Ella jugueteó nerviosamente con el cierre de su bolso, intentando disimular la aguda atención que prestaba a las palabras de él.

Gracemere alzó los hombros.

-Una cuestión de amor y celos -dijo-. Un tema para la literatura romántica y el melodrama gótico -le dirigió una sonrisa tan triste y melancólica que, si Judith no hubiese conocido su verdadero carácter, le habría creído sin lugar a dudas-. Mi esposa... mi difunta esposa... estaba prometida a Carrington antes de darme a mí su corazón. Su esposo nunca pudo perdonarme por habérsela quitado.

-Martha -susurró Judith.

Fuera lo que fuese lo que ella había estado esperando, no había sido eso.

-La misma. ¿Le ha hablado él de ella? -dijo el conde, tratando de ocultar su sorpresa.

Judith asintió.

-Una vez. Pero su nombre de usted no fue mencionado.

-Quizá no sea extraño. Me temo que el orgullo de su esposo ha quedado muy dañado, señora. Un hombre como Carrington puede aceptar casi cualquier cosa, menos una herida a su orgullo.

Judith sospechó que probablemente aquello fuera verdad, aunque su espíritu se rebeló ante la idea de estar de acuerdo con Bernard Melville, que hablaba de su esposo con un tono tan condescendiente.

-Me ha resultado usted muy esclarecedor, señor -dijo ella, con voz queda-. Pero no veo por qué, a pesar de eso, no podríamos ser amigos.

Con esfuerzo, tocó la mano de él en gesto cómplice, y él puso la suya sobre la de ella.

-Esperaba que usted dijera eso.

Judith sintió que se le erizaba la piel, pero le dirigió una sonrisa radiante y luego se volvió hacia la habitación.

-Tengo que despedirme, lady Moretón. No debería dejar esperando a mis caballos más de media hora. Sebastian, ¿me acompañas?

Sebastian estaba enzarzado en una conversación con Harriet y lady Barret; este brusco pedido lo hizo levantar la vista con expresión de desagrado y sorpresa, a la vez. Entonces, encontró la mirada de su hermana y se levantó de inmediato.

-Desde luego que sí. Si quieres llevar a esas bestias al parque por primera vez, siendo tan nuevas, será conveniente que yo te acompañe.

-Dudo de que se desboquen conmigo -replicó ella, con voz clara-. Sé que tengo tanta habilidad como tú, mi querido hermano.

-Oh, estoy segura que no.

Esta sorprendente réplica era de Harriet, que se ruborizó intensamente al tomar conciencia de lo que había dicho.

Judith no pudo contener la risa.

-No confundas fuerza con habilidad, Harriet. Mi hermano tiene más fuerza que yo en sus manos, por cierto, pero el control no depende de la fuerza.

-Por cierto que no, lady Carrington -coincidió Agnes. Y agregó, con expresión perspicaz-: Del mismo modo, la destreza con los naipes no podría compensar una endemoniada mala suerte que se ensañara con uno. ¿No ha hecho usted una observación por el estilo, la otra noche?

En la calle Pickering, recordó Judith. Se encogió de hombros con gesto despreocupado.

-Era una expresión que solía oír a menudo, cuando era pequeña. ¿Recuerdas, Sebastian?

-Por supuesto que sí.

Se volvió para despedirse de Harriet, y no notó el brillo de interés en los ojos leonados de lady Barret.

Gracemere tomó la mano de Judith.

-Hasta que volvamos a vernos.

-Espero con mucha ilusión que ello suceda, señor.

La sonrisa de Judith era de desafío e invitación, como la de una niña preparada para un gran acto de rebeldía; el labio de Gracemere se curvó. Qué pequeña, tonta e ingenua era ella. Pronto se cocería un hirviente brebaje en Berkeley Square.

Cuando salió a la calle, al aire fresco y vivido de la mañana, Judith exhaló un suspiro de alivio.

-¿Qué sucede, Ju? -preguntó Sebastian, sin rodeos.

-Te lo diré en un minuto.

Palpó su bolso en busca de una moneda, sacó una de seis peniques y caminó hacia el niño que estaba en la alcantarilla. Este alzó la vista con ojos asustados cuando ella se acercó a él. Su nariz chorreaba y, a juzgar por las costras que cubrían su carita, eso venía sucediendo desde hacía días. El niño se encogió y levantó la mano, como para protegerse de un golpe.

-No temas -dijo ella, con dulzura-. No te haré daño. Ten.

Le ofreció la moneda. El pequeño fijó la vista en la moneda que chispeaba en la mano de la mujer. Luego, se apoderó de ella con una mano que parecía una pequeña garra y salió corriendo como si lo persiguieran todos los bedeles de Londres al grito de: «¡Al ladrón!».

-Pobre bribonzuelo -dijo Sebastian, cuando ella volvió junto al coche-. Me pregunto adonde llegará hasta que uno más grande y fuerte que él se la quite.

Ayudó a su hermana a subir al altísimo asiento del conductor, bastante por encima de los caballos.

Judith se encogió de hombros con expresión triste.

-Lo más probable es que cualquier día de éstos robe una hogaza de pan y lo cuelguen en Newgate. Somos capaces de derrotar a Napoleón con gran ruido y furia y a un enorme costo en dinero y vidas. Pero no podemos asegurar que un pequeño tenga suficiente para comer. Ni

cambiar un sistema penal que ahorca a ese mismo niño por robar el pan que podría impedir que muriera de inanición. Al menos, Bonaparte ha tratado de aportar algún progreso en los códigos penales de su imperio.

Sebastian estaba habituado a los ocasionales discursos de su hermana contra las injusticias del mundo, pero no discutía con ella.

-Dime, ¿qué sucedía entre tú y Gracemere?

-Es un embrollo endiablado.

Judith tomó las riendas y dijo al mozo que soltara a los animales. Hizo restallar el látigo, y los bayos echaron a andar por la calle a buen trote.

Ella esperó hasta que hubiesen girado por Stanhope Gate y entrado en Hyde Park; sólo entonces contó a su hermano lo que había sabido de boca de Gracemere. Sebastian la escuchó en silencio, y movió la cabeza, incrédulo, cuando empezó a darse cuenta de las ramificaciones que tenía el tema.

-¿Acaso Carrington te contó acerca de su compromiso roto?

-Sí, antes de que nos casáramos. Pero no me había dicho quién era el cazafortunas, y yo no se lo pregunté. Cielos, ¿por qué iba a preocuparme por eso?

-¡Vaya con las malditas coincidencias! -musitó Sebastian-. Es como si Gracemere estuviese enganchado en cada hilo de nuestras vidas.

-Me gustaría clavarle un cuchillo en las costillas -dijo Judith, en un tono bajo y feroz, dejando caer sus manos; los caballos, dejados a su arbitrio, se lanzaron hacia delante.

Sebastian la observó con ojo crítico mientras ella recuperaba el control.

-Trata de contenerte -le dijo-. Estoy seguro de que podremos resolver esto sin tener que matar a nadie. Gracemere se merece algo mucho peor.

Judith dibujó una sonrisa sombría.

-De todos modos ya he decidido cuál será mi estrategia. Atraeré a Gracemere a una trampa para que desafíe a Marcus. Él piensa que yo soy una imbécil a quien no le gusta que su marido le dé órdenes; estoy segura de que él se relame con la idea de tener una aventura con la esposa del hombre a quien le quitara a la mujer en otra época.

-Estás jugando con fuego, muchacha -advirtió Sebastian.

-Tendré cuidado -afirmó ella con tranquila confianza, devolviendo el saludo de un grupo de oficiales que estaban al costado del camino.

El atrevido carruaje y su conductora estaban atrayendo una considerable atención. Judith se sintió muy satisfecha por la atención que despertaba, atención que no pasó desapercibida a Sebastian.

-Te apuesto a que en el término de una semana tu faetón hará furor -dijo, divertido-. Cualquier mujer que se considere una fusta competente querrá tener el suyo.

-A Marcus, por supuesto, eso le importará un comino -reflexionó ella.

-Bueno; quizás ha llegado el momento de que lo convenzas de lo contrario.

Sebastian señaló con un ademán hacia el sendero de peatones, donde se veía a Marcus conversando con dos amigos.

-Ah -dijo Judith.

15

Peter Welby fue el primero en verlos.

-Maldición, Carrington, ¿no es lady Carrington?

-No cabe duda de que puede manejar las riendas -comentó Francis Tallent, admirado-. No creo haber visto a una dama conduciendo un coche como ése. Ni manejando un tándem, por añadidura.

Marcus observó el vehículo que se aproximaba a trote rápido y vio a Judith muy a sus anchas en su precario sitio, la fusta empuñada en un ángulo impecable. Su hermano daba la impresión de estar muy tranquilo con ella, pero, ¿cómo diablos permitía Sebastian que su hermana se comportase de ese modo en público? Que una mujer guiara un vehículo deportivo era el colmo de la vulgaridad. Aunque, pensándolo bien, tal vez los Davenport no lo comprendieran, teniendo en cuenta su educación tan poco formal y carente de límites. Marcus se esforzó por otorgarles el beneficio de la duda.

-Está conduciendo los bayos de Grantham -comentó Welby-. No tenía idea de que él los había puesto en venta.

-Es evidente que Davenport tiene un oído muy fino -replicó Marcus, como al pasar.

Se acercó al borde del sendero al tiempo que Judith tiraba de las riendas.

-Eres muy listo, Sebastian. Medio Londres estaba esperando enterarse del momento en que Grantham vendería.

Sebastian se echó a reír.

-Son hermosos, ¿eh?

-Mucho -Marcus se acercó al costado del faetón y habló con voz queda-. No sé qué crees que estás haciendo, Judith. Devuelve las riendas a tu hermano y baja de ahí.

Hermano y hermana le sonreían con un brillo malicioso en sus ojos tan similares.

-Las riendas no son de Sebastian, Marcus, son mías. El ha conseguido el coche y los caballos para mí -dijo Judith-. Lo he invitado a dar una vuelta por el parque.

Durante un instante, Marcus se quedó sin habla.

-Déjame tu sitio, Davenport -exigió secamente, apoyando una mano en el peldaño.

-Con mucho gusto -repuso Sebastian, con sonrisa cortés.

Saltó al suelo y, al pasar, apoyó una mano en el brazo de su cuñado. Marcus se volvió para mirarlo a los ojos: ese brillo travieso aún seguía allí.

-Es mejor que no te enfrentes cara a cara con ella -murmuró Sebastian.

-Cuando quiera tu consejo te lo pediré -dijo su cuñado con un feroz susurro.

Sebastian, sin ofenderse en absoluto, se limitó a inclinar la cabeza en señal de reconocimiento.

Marcus trepó al vehículo junto a su esposa.

-Dame las riendas.

-Pero si yo soy perfectamente capaz de manejarlas; ya lo has visto -respondió Judith con una sonrisa inocente.

-Dámelas.

Judith alzó los hombros y se las entregó, junto con el látigo.

-Si tú quieres probarlos, te invito.

Marcus hizo rechinar los dientes, pero tuvo que ocultar su furia lo mejor que pudo a la vista de sus amigos, que aún estaban en el sendero de peatones, que corría a un lado del de carruajes. Hizo restallar el látigo, y el líder se precipitó adelante.

-No es aconsejable llevar un par de caballos ariscos cuando uno está disgustado -comentó Judith, con tono solícito, mientras Marcus conducía el faetón trasponiendo los portones del parque-. ¿No crees que has rozado un poco esa puerta?

-¡Contén tu lengua!

Judith se alzó de hombros y se respaldó en el asiento, observando con ojo crítico la forma en que su esposo manejaba las riendas. Pese a su furia, mantenía un perfecto control de los caballos; ella llegó a la conclusión de que no hacía falta que le indicara nada.

El faetón giró en Berkeley Square y se detuvo ante la casa.

-Tendrás que apearte sin ayuda -masculló Marcus.

Judith inclinó la cabeza a un lado y entrecerró los ojos.

-Si tienes la intención de usar mis caballos sin mi presencia, sería requisito de cortesía que me pidieras permiso.

Marcus hizo una inhalación brusca y tensó la mandíbula. Con la vista hacia delante, dijo, casi sin expresión:

-Tú te meterás en la casa, irás a mi oficina y me esperarás. Yo me reuniré allí contigo en breve.

Judith se apeó del inestable vehículo con considerable gracia y subió la escalinata de la casa.

Marcus esperó a que ella fuese admitida y, luego hizo girar al vehículo hacia el establo, en la parte de atrás de la casa; allí dejó coche y caballos. Se dio cuenta de que Judith le había demostrado, una vez más, que ella vivía de acuerdo con sus propias reglas. Pero era su esposa, y si ella no entendía que su dudoso pasado y su linaje ignoto hacían más imperioso aun que se condujera en forma impecable, él tendría que demostrarle ese hecho de una vez por todas.

Al llegar al vestíbulo, Judith se detuvo. No tenía intenciones de obedecer a Marcus yendo, sumisa, a la oficina, como una escolar traviesa.

-Gregson, tengo dolor de cabeza. Voy a ir a mi dormitorio a descansar. Por favor, envíeme a Millie... y me gustaría beber una copa de madeira.

-Sí, milady-el mayordomo se inclinó-. Se lo haré llegar de inmediato.

-Gracias.

Judith subió la escalera corriendo y se dirigió a sus aposentos, donde el sol de la mañana entraba a raudales por las ventanas, borroneando el resplandor del fuego. Fue hasta la ventana y miró hacia la plaza, dándose golpecitos en los dientes con una uña. No aguardaba con impaciencia los próximos minutos. Ya era hora de que Marcus se diese por enterado de algunas cosas con respecto a la esposa que se había agenciado.

Millie la ayudó a desvestirse y a ponerse un peinador de color junquillo, con abundantes adornos de encaje que la favorecía mucho. Sirvió a Judith una copa de madeira y se acercó, solícita, con un paño empapado en vinagre y sales aromáticas para aliviar el supuesto dolor de cabeza.

-No, ya no necesito nada más, Millie. Descansaré tranquila, junto al fuego; pronto se me pasará.

Después de que Millie saludó con una reverencia y se marchó, Judith se sentó en una silla baja, frente al tablero de ajedrez, junto al fuego. Mientras sorbía su vino, fue reconstruyendo una partida que había jugado con Sebastian varios días antes. La

concentración que requería recordar los movimientos le despejaban el cerebro del torbellino emocional, y evitaban que mirara el reloj, aguardando a su marido.

Captó el momento exacto en que él entró en la casa. Pese a estar convencida de que él no tenía derecho ni motivos de queja, su corazón se aceleró y trató de refrescarse las manos apretando el terso mármol de un par de peones. Oyó su paso en el corredor, fuera del cuarto, y se apresuró a inclinar la cabeza sobre el tablero, fingiendo estar completamente absorbida cuando la puerta se abrió a sus espaldas.

Para su desgracia, Marcus quedó impresionado por lo deseable que se veía su mujer. Los tirabuzones cobrizos se derramaban desde su cabeza inclinada, dejando al descubierto la esbelta columna de su cuello. Su mirada recorrió el cuerpo de ella, ataviado con el tenue peinador, que le daba un aire casi insustancial. Un pie descalzo asomaba por debajo del ruedo; se dio cuenta, con una contracción en su vientre, de que ella estaba desnuda debajo de la delicada prenda.

Durante un segundo, permaneció ante la puerta abierta, esperando a que ella reconociera su presencia. Al ver que no lo hacía, cerró la puerta con un portazo.

Judith levantó la vista.

-Ah, estás ahí, milord. ¿Qué te parecieron mis caballos?

Volvió a concentrar su atención en el tablero.

Marcus, a quien Gregson había informado que la señora se había retirado a su dormitorio con dolor de cabeza, había resuelto ignorar su desobediencia con respecto al encuentro de la oficina y no dejarse desviar del tema principal. También había decidido no perder la calma, pero, ante una provocación tan evidente, todas sus buenas resoluciones se volaron por la ventana. Se encaminó hacia el hogar.

-¡No admitiré que mi esposa se comporte como una vulgar marimacho!

Ella volvió a levantar la vista y apartó un mechón de la frente, donde un leve ceño interrumpía la lisa extensión.

-No hay nada de vulgar en conducir una misma en el parque, Marcus.

-¡Maldita seas, Judith! No finjas inocencia conmigo. Tú sabes muy bien que conducir un faetón de pescante alto es una conducta absolutamente desvergonzada y liviana. Tú eres la marquesa de Carrington, y es hora de que aprendas a comportarte apropiadamente.

Judith sacudió la cabeza; su boca adquirió un sesgo empecinado.

-Eres tan chapado a la antigua, Marcus... Sé que es un coche poco común para una mujer, pero poco común no necesariamente significa que sea malo... vulgar... desvergonzado... ligero.

-En lo que a ti respecta, sí lo es -le espetó él.

-¿Ah, sí? ¿Podría saber por qué?

-Porque una persona de orígenes tan dudosos como los tuyos, mi obtusa esposa, no puede salirse con la suya en cosas que otra de familia y orígenes intachables podría permitirse. Y, como esposa mía, tienes el deber de respaldar el honor de mi familia.

Judith palideció. ¿Cómo pudo haber pensado que ésta sería una sencilla confrontación, relacionada con un asunto simple?

-Mi familia y mi «dudoso» origen no tienen nada que ver con esto. Aquí, nadie sabe nada acerca de mí, ni bueno ni malo, y soy perfectamente capaz de tener mi propio estilo sin dañar el honor de tu familia. Te lo digo sin ambages, Carrington: conduciré lo que me plazca conducir.

Sin aliento, hizo una pausa para rearmarse.

-Señora, has olvidado un hecho esencial -su voz había adquirido un tono peligrosamente calmo-. Tú eres mi esposa y me debes obediencia. Has pronunciado un solemne voto en ese sentido, según recuerdo.

Que no valdría un ardite en un tribunal.

-Tengo todo el derecho a gozar de mi libertad. No se puede esperar de mí que obedezca órdenes irrazonables que violenten mi derecho a hacer mis propias elecciones.

-No cuentas con semejante derecho. Es obvio que no comprendes la naturaleza del matrimonio -dijo él, con el rostro blanco, la voz fría y monocorde-. Tendrías que haber pensado en sus aspectos desagradables antes de tomar la decisión de convertirte en mi esposa.

-Pero yo no he decidido convertirme en tu esposa -replicó Judith.

-¿No lo has hecho?

Los ojos de Marcus la perforaban.

A Judith se le secaron los labios; deseó con todo su corazón no haber empezado aquello.

-Esto no tiene nada que ver con el matrimonio -dijo, desesperada-. En realidad, no. Se trata de algo mucho más simple. Quiero que confíes en mí. Mi juicio me ha servido bien hasta ahora, y lo que yo decida conducir no es asunto tuyo. Mi hermano sólo ha sido mi agente...

-Debo recordar expresarle mi gratitud -la cáustica interrupción fue pronunciada en el mismo tono frío e inexpresivo-. En cuanto a ti, señora, si tu hermano no quiere esos caballos, a primera hora de mañana yo los enviaré a la subasta de Tattersalls.

Se volvió, como si la discusión hubiese acabado.

-¡No! No toleraré semejante cosa.

-Mi querida esposa, no tienes otro remedio.

-Desde luego que sí. Sencillamente, guardaré los caballos en el establo de mi hermano y los usaré cada vez que me plazca.

El guante había sido lanzado. Alrededor de la boca de Marcus se formó un círculo blanco, y avanzó hacia ella.

-Por Dios, señora; tendré que enseñarte que he hablado en serio.

-¡Tú me pones una mano encima, Carrington, y que Dios me ampare, porque te mataré!

Judith se puso de pie de un salto. Sus rodillas empujaron el borde de la mesa baja, y ésta cayó. Las piezas de ajedrez rodaron por el suelo y el macizo tablero de mármol golpeó los pies de Marcus. Él aulló de dolor, y saltó sobre un pie y el otro.

-Oh, mira qué me has hecho hacer -dijo Judith, pasando de la cólera a la consternación-. ¡No quería hacerte daño!

-No, sólo querías matarme -musitó Marcus, mientras se frotaba el pie izquierdo-. Decídete, mujer.

-Tú sabes que no haría tal cosa -dijo ella, retorciéndose las manos-. Oh, ¿te duele mucho?

-Terriblemente.

Él apoyó el pie con agilidad en la alfombra y se dedicó al derecho.

-Lo siento mucho -se disculpó Judith, arrepentida-. Es que me has hecho enfadar mucho. No lo hice adrede.

-Sólo Dios sabe el dolor que me habrías causado si lo hubieras hecho de intento.

Marcus bajó su pie derecho y se irguió. De repente, entrecerró los ojos. En la agitación del momento, la bata de seda de Judith se había abierto en el cuello y había dejado al descubierto la suave y clara protuberancia de sus pechos, que subían y bajaban muy rápido al ritmo de las turbulentas emociones de la última media hora. Los dorados ojos de Judith expresaban ansiedad y restos de enfado; sus labios estaban entreabiertos por la congoja.

-Creo -dijo Marcus con claridad- que es mejor que te tiendas de espalda para continuar esta acalorada discusión; así me sentiré más seguro.

Pasó por encima de la mesa caída y tomando a Judith por debajo de los brazos, la levantó por encima de los escombros.

-¿Qué demonios estás haciendo?

Judith sacudió las piernas, sin embargo Marcus la sujetó sin demasiado esfuerzo.

-¿Qué crees que estoy haciendo?

La depositó en el suelo y sus manos se deslizaron hasta la cintura de ella, los ojos todavía entornados, con una luz salvaje en el fondo de sus profundidades de ébano.

-¡No! -Judith ladeó la cabeza en el preciso momento en que él estaba por posar su boca sobre la de ella-. No permitiré que me hagas el amor cuando estamos discutiendo.

Los labios de Marcus, habiendo errado a la boca de la mujer, encontraron un sitio suave detrás de la oreja. Sin dar respiro a Judith, él empezó a juguetear en su oreja con la lengua; ella se retorció cuando la sintió, caliente, hurgando en esa zona tan sensible.

-No te he pedido permiso -respondió él, directamente en su oído.

-¡Maldito seas, Marcus, no! ¡Tú no quieres nada de eso!

Lo empujó con las manos, girando y retorciéndose en su apretón.

-Seré yo quien juzgue eso -dijo Marcus.

Inexorable, la empujó hacia atrás hasta que ella sintió el borde de la cama detrás de sus rodillas. Judith agitó locamente los brazos y cayó de espaldas sobre la cama, retorciendo su cuerpo contra el de él, lanzando una andanada de maldiciones en todos los idiomas que conocía.

Marcus enganchó un dedo en la fina banda de seda que rodeaba la cintura de ella y la aflojó. Le sujetó los brazos y los alzó por encima de la cabeza , mientras miraba el rostro acalorado de su mujer, leyendo en sus ojos la inocultable excitación que se debatía con su decisión de no ceder ante él.

Enlazó las muñecas de ella con el cinturón. Judith estiró el cuello hacia el costado, jadeando con una mezcla de excitación y cólera, mientras él ataba la cinta a la columna de madera de cerezo tallada detrás de su cabeza.

-Ahora -dijo él, alegre-, puedes combatirme con tu lengua, mi lince, pero nada más. De todos modos, estoy dispuesto a apostar veinte guineas a que puedo derrotarte muy bien con esas armas.

De repente, Judith cesó de forcejear.

-¿Veinte guineas?

En respuesta, él apartó los lados de su peinador. Inclinó la cabeza y le pasó la lengua entre los pechos y en el vientre.

-¿O prefieres que apostemos cincuenta? -sugirió él.

Le separó los muslos y los sujetó con sus manos. Exhaló su aliento fresco y tibio a la vez sobre la parte más sensible y secreta de su cuerpo.

Judith perdió todo interés en el conflicto.

-No soy tan tonta como para desafiarte en inferioridad de condiciones -logró articular, hasta que todo discurso coherente quedó olvidado bajo la boca de él, que la desarmaba con las ardientes y dulces caricias de su lengua.

Marcus pensó distraídamente que quizá debía de haber hecho caso a su cuñado; mientras tanto alimentaba el deseo que crecía dentro de ella. El enfrentamiento directo era una táctica burda y extenuante, condenada al fracaso. Derrotarla por medio del deleite era una estrategia infinitamente más sutil para dominarla.

Los gemidos de placer de Judith iban in crescendo, sus muslos se tensaban a medida que la espiral iba apretándose cada vez más dentro de su vientre, hasta que su cuerpo se tensó como la cuerda de un arco y, con un trémulo grito, cayó de espaldas sobre la cama, y su respiración se tornó rápida y superficial.

Marcus subió por su cuerpo, depositó un ligero beso en su boca, rozó sus párpados cerrados con los labios; ella abrió los ojos y le dedicó una sonrisa embriagada.

-Haces milagros, señor.

-Ése es uno de mis menores talentos -dijo él, con sonrisa petulante, sosteniéndose sobre ella apoyado en un codo, mientras trabajaba con una sola mano con la cintura de sus pantalones, bajándolos por sus caderas. Estiró la mano por encima de ella y soltó la cinta de seda que sujetaba sus muñecas-. Pienso que ya estás lo bastante domada para que pueda devolverte el uso de tus manos. Podrías necesitarlas para la próxima etapa.

-Puede ser -coincidió Judith. Bajó las manos y las deslizó en torno de él, aferrando sus nalgas, al tiempo que él la penetraba-. Ah, qué sensación maravillosa.

Marcus respondió con un suspiro y se movió suavemente dentro del terso y tibio temblor de su cuerpo.

-A veces -murmuró él-, creo que has sido hecha para contenerme, así como yo he sido hecho para llenarte.

-¿Sólo a veces lo crees?

Ella se rió de él con un chisporroteo de euforia en los ojos, mientras se cerraba en torno de él, gozando con la sensación de tenerlo, con la luz de sus ojos, con el hondo conocimiento del placer que cada uno hallaba en el otro. Alzó las caderas para salirle al encuentro.

-Ah, Judith, no te muevas otra vez a menos que estés preparada para ir junto conmigo.

-Estoy lista -dijo, sin aliento.

Ella tocó un instante los labios de él y luego, con maliciosa intención, bajó su mano hacia el vientre de él. Los músculos saltaban en su palma y él se vio impulsado hacia su cuerpo. Los gritos de ambos se confundieron, evocando una primitiva exaltación, y el cuerpo de él cayó pesadamente sobre ella, una piel húmeda de sudor resbaló sobre otra piel resbaladiza por el sudor.

Quedaron tendidos largo rato, en hondo silencio de saciedad, hasta que Judith se movió debajo de Marcus. Sus piernas aún lo rodeaban, sus brazos extendidos, tal como habían caído en el momento posterior a esa explosión orgásmica.

-¿Te aplastaba? -murmuró Marcus, y se apartó rodando.

Se apoyó en un codo y la miró, sonriendo al ver el lascivo abandono de su cuerpo.

-De la manera más placentera.

Ella abrió los ojos lánguidamente.

-Muy bien -dijo él, recorriendo con un dedo la parte baja de sus pechos -; volvamos a la fastidiosa cuestión de los faetones de pescante alto...

Judith lo empujó, se sentó sobre la cama con las piernas cruzadas y lo miró.

-Ahora, escúchame, Marcus Devlin -dijo ella con calma-. Eres un viejo conservador... No, no me interrumpas. Desde que nos hemos casado, ¿acaso te he causado yo algún embarazo?

-Nunca, que yo sepa -admitió él-. Y más te vale que no lo hagas.

Judith le palmeó la rodilla.

-No lo haré. Iniciaré una nueva moda. No pienso correr en Epsom, ni precipitarme por la carretera de postas de Londres a Brighton a todo galope. Simplemente, pienso hacer algo diferente... quizás un tanto atrevido. Pero ya verás... Te apuesto cualquier cosa a que, en una semana, habrá muchos que llevarán faetones altos. Y-agregó- verás que ninguno de ellos exhibe nada parecido a mi estilo y experiencia.

-Moza presumida -dijo él.

-Tú espera y verás -respondió ella, con firmeza.

Marcus no replicó de inmediato porque sus pensamientos habían tomado un nuevo rumbo.

-¿Cómo aprendiste a conducir tan bien, Judith?

-Bueno... -dijo ella, imprecisa- me enseñó un amigo, hace dos años.

-¿Un amigo?

-Sí, en Viena. él manejaba un tronco de magníficos tordos y tuvo la gentileza de enseñarme.

-¿A cambio de qué?

-De mi compañía, claro -dijo ella, como si fuera algo obvio.

-En otras palabras, fue otro de tus flirts.

-Supongo que así lo llamarías tú. Era un flirt perfectamente respetable, sin embargo. Un conde austriaco de cierta fortuna.

-De la cual, tú y tu hermano lo aliviaron, deduzco.

-Algunos miles -confirmó ella, con alegre despreocupación-. Él podía permitírselo; en compensación, disfrutaba de mi compañía.

-Y después te preguntas por qué a veces cuestiono tu juicio.

Judith se mordió el labio con fuerza.

-Esto es diferente. ¿Por qué siempre tienes que arrojarme mi pasado a la cara?

Ella volvió la cabeza, parpadeando para librarse de las lágrimas.

¿Por qué lo haría? Marcus contempló el perfil de ella y vio el brillo de una lágrima sobre su mejilla. Tal vez no era justo con ella. Fuera cual fuese el futuro de su matrimonio no podía sino enorgullecerse de su bella, elegante e inteligente esposa. Quizá fuese hora de sepultar el pasado.

Carrington se inclinó hacia delante y enjugó la lágrima con un dedo.

-Si eres capaz de convencerme de que puedes manejar a un par de briosos animales puestos entre las varas de un vehículo como ése en cualquier contingencia, entonces puedes conservar tu faetón.

Ella tragó sus lágrimas y saltó de la cama.

-Pondremos las cosas a prueba ya mismo -se inclinó sobre él, juguetona, y tiró del cobertor-. Vamos, perezoso, levántate. Iremos a Richmond en tu carrocín y tus tordos; yo te demostraré que puedo manejarlos. Te aseguro que te demostraré que puedo conducir con un error de dos centímetros.

-Sí, me lo imagino -se levantó, y dijo pensativo-: De paso, creo que me debes veinte guineas.

-Es cierto, señor; creo que sí -repuso Judith, con tono melifluo.

16

-No sé qué hacer ahora.

Charlie levantó la vista de los naipes que tenía en la mano, con expresión perpleja.

Sebastian, de pie detrás de Charlie, junto a la mesa, miró las cartas del joven y sonrió, sintiendo cómo aumentaba la impaciencia de su hermana. Judith era una buena profesora, pero no tenía mucha paciencia. Ella alzó la vista y captó la mirada de Sebastian. Hizo una profunda inspiración y se esforzó por mantener la calma.

-¿No necesitarás otra carta, Charlie?

-No sé con exactitud -se puso ceñudo. Debía aprender la manera de reducir el factor suerte en el macao-. Tengo dieciocho puntos.

-En ese caso, no debes buscar nada más alto que un tres -le explicó ella con cuidado-. Eso significa que hay doce naipes posibles.

-Diez -dijo Charlie-. Ya tengo un as y un dos.

-Estás llegando -aprobó Sebastian.

Metió las manos en los bolsillos de sus pantalones de ante y observó, divertido, la lección.

-Muy bien -dijo Judith, haciendo un gesto hacia las torpes manos que descansaban sobre la mesa-. Hemos tenido cinco vueltas, dos manos han cerrado, aún quedan tres. ¿Qué te dice eso con respecto a las tres que quedan?

Charlie arrugó el entrecejo.

-¿Que están compuestas, sobre todo, de naipes bajos?

-Exacto -dijo ella-. En consecuencia, tus posibilidades de obtener una de las diez cartas bajas que no tienes, son...?

-Escasas -dijo él, con una sonrisa, contento de haber comprendido-. Entonces, me quedo como estoy.

-Es sencillo, ¿verdad?

-Supongo que sí. ¿Qué naipe me habrían dado si yo hubiese pedido?

Judith sacó una carta de la mermada baraja que tenía frente a ella y lo deslizó hacia él. Charlie la volvió: era un tres.

-Jamás he dicho que esto fuese una ciencia exacta.

La expresión desconsolada del muchacho hizo sonreír a Judith.

-Siempre había creído que la diversión de los juegos de naipes era el riesgo.

-Es así, pero ¿acaso no te satisface superar la pura suerte?

Charlie pareció confundido.

-Sí, pero no es tan emocionante como cuando la suerte me sonríe y gozo de una racha de ganancias.

Sebastian estalló en carcajadas, y su hermana alzó las manos, con gesto de frustración.

-Bueno, al menos Marcus no te ha enviado a Berkshire -dijo ella, recogiendo los naipes.

-No -dijo el joven-. De hecho, ha sido extremadamente decente con respecto a mi situación en este momento. Yo quería ir a Repton a cazar con Giles Fotheringham; Marcus

comentó que yo necesitaría un segundo perro de caza. Me acompañó a Tattersalls y me ayudó a elegir un animal magnífico -sonrió-. Desde luego, dijo que si él no me hubiese aconsejado yo me habría dejado seducir por un jamelgo exhibicionista y sin valor, pero así es Marcus.

A Judith la hizo reír la acertada imitación que Charlie hacía de su primo cuando demostraba su invariable aspereza, y se puso a dar cartas nuevamente.

-Debo amarte y abandonarte -dijo Sebastian, inclinándose para besar a su hermana-. ¿Irás a la recepción en la casa Hartley esta noche?

-Sí; los demás integrantes de la escuela de fulleros probarán sus alas por primera vez. Cornelia e Isobel jugarán al macao en mesas diferentes, por supuesto, y Sally está decidida a probar su suerte en el quince.

-¿Cómo van?

Judith rió.

-En general, bastante bien. Cornelia es la que tiene más dificultad. Es raro, porque es muy inteligente en muchos otros campos. Toca espléndidamente el pianoforte y compone su propia música, ¿sabes? Y lee en latín y en griego.

-Muy culta -coincidió Sebastian-. Y completamente torpe con las manos.

-Oh, eso es poco generoso -dijo Judith, aunque no pudo contener una sonrisa-. Como sea, estoy impaciente por ver cómo les va. Están absolutamente decididas a tener éxito.

-Que el Cielo proteja a los esposos de Londres -bromeó Sebastian-. ¿Cómo se asegurarán la lealtad de sus esposas, si no pueden asegurar su dependencia?

Judith hizo una mueca.

-Ésa podría ser una observación intrigante, Sebastian, aunque tiene una desagradable apariencia de verdad. Si hubieras oído la descripción que hizo Isobel de su humillante actuación...

Recordó la presencia de Charlie y se interrumpió de golpe. No eran detalles para tiernos oídos.

Sebastian asintió, indicando que había comprendido de inmediato.

-La retiro... Debo irme. He prometido acompañar a Harriet y a su madre al Jardín Botánico.

Compuso una cara cómica.

-¿Para qué? Estoy segura de que Harriet preferiría ir a ver a los leones en el Exchange.

-Bueno, cerciórate de tener una buena provisión de sales por si lady Moretón fuese abrumada por la excitación provocada por las orquídeas.

-Eres una desvergonzada, irrespetuosa -afirmó Sebastian.

-Sí, yo también lo he notado -dijo Carrington, llegando desde la puerta-. ¿Cómo estás, Sebastian?

Tiró su fusta de montar sobre el sofá y se quitó los guantes.

-Muy bien, gracias -respondió Sebastian, sonriendo a su cuñado y tomando su sombrero de la mesa-. Quizá tú consigas curar a mi hermana de su peligrosa lengua.

-Bueno, lo he intentado, Sebastian, lo he intentado. Es una causa perdida.

-Me imagino que sí. Eso es una pena.

-¿Podríais dejar de hablar de mí como si yo no estuviese presente? -exclamó Judith, manifestando una indignación que era risueña sólo a medias.

-Me marchaba -dijo Sebastian; sopló un beso en el aire para su hermana y fue hacia la puerta.

-Oh, hay algo que quiero conversar contigo, Sebastian -dijo Marcus-. Pero ya veo que tienes prisa.

-Las orquídeas lo esperan -murmuró Judith, cuando la puerta se cerró tras su hermano.

-¿Qué?

-Orquídeas. Se marchó para acompañar a lady Moretón.

-Buen Dios, ¿por qué?

-Porque la pretende como madre política.

-Diablos del infierno -dijo Marcus-. Por supuesto, la hija es una importante heredera.

-¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?-preguntó Judith, crispada.

-Bueno, que todos los hombres jóvenes que no tienen dónde caerse muertos están a la búsqueda de herederas -respondió Marcus, sin alterarse-. ¿A qué juegas, Charlie?

Se dirigió hasta la mesa de juego.

Charlie no respondió enseguida. Al ver la cara de Judith se preguntó por qué Marcus no notaba la reacción que estaban provocando sus palabras.

Judith dijo, rígida:

-Tú no conoces nada de las circunstancias de Sebastian.

-No, pero supongo que se mantiene con lo que saca de las mesas de juego. Dudo de que a los Moretón les caiga bien su pretensión.

Marcus se volvió para tomar el botellón de jerez de una mesa de pie.

-Bueno, confío en que te llevarás una sorpresa.

-Me haría muy feliz creer eso, pero tienes que enfrentar los hechos, Judith -se sirvió una copa de jerez, indiferente al efecto que producía en su esposa-. Las personas como los Moretón mirarían con buenos ojos a un pretendiente pobre sólo a condición de que les aportase un título importante.

-Entiendo -dijo Judith, en tono helado, y cerró con firmeza los labios.

Se dio prisa a terminar de dar las cartas.

-¿A qué jugáis? -volvió a preguntar Marcus, bebiendo su vino.

-Macao -respondió Charlie, deseoso de cambiar de tema. Judith estaba adoptando una actitud muy peligrosa; él pudo percibir el leve temblor en sus largos dedos blancos-. Como ves, no soy muy bueno para jugar. .. -empezó a decir.

-No, eres abominable -interrumpió Marcus-. Un niño de pecho podría ganarte... precisamente por esa causa estás en problemas -agregó-. Yo hubiera pensado que hallarías un modo mejor de divertirte.

-Cuando haya aprendido a ganar, no tendré más deudas -explicó Charlie, ansioso-. Para eso Judith me enseña.

-¿Qué hace ella? -exclamó Marcus, evaporada su alegre indiferencia. Sebastian también había estado en el salón; el recuerdo de otra mesa de macao en un baile, en Bruselas, llenó su mente y desalojó todo pensamiento racional. ¿Cómo había podido imaginar, que sería posible enterrar el pasado-. ¿Y cómo te enseña a ganar?

Además del insulto a Sebastian, del que Marcus no parecía tener la menor conciencia, esto era demasiado. Judith entendía muy bien a qué se refería; eso cortó los últimos hilos de control que reprimían su volcánico temperamento.

-Bueno, yo conozco una pequeña treta -declaró ella, encendidos sus ojos felinos-. Es preciso hacer una muesca en la esquina derecha de las sotas... si se hace bien, es casi imposible detectarlo; después, está...

La provocación llegó a destino. Marcus explotó y su rostro se puso lívido.

-¡Ya está bien!

Charlie farfulló algo incoherente, se levantó de un salto y salió de prisa del salón, cerrando la puerta tras él.

-No toleraré que te entremetas en mis asuntos familiares -afirmó Marcus-. Ya te había dicho que Charlie es asunto mío; no toleraré que resulte influido por tu dudosa ética, tus puntos de vista, tus prácticas...

-¡Cómo te atreves! -Judith lo interrumpió violentamente, poniéndose de pie-. ¿Cómo te atreves a imaginar que yo sería capaz de enseñar a Charlie a hacer trampas?

-Por lo que sé de ti, es muy fácil -replicó Marcus-. Te olvidas que yo conozco bien tus métodos para ganar,

Judith estaba ahora tan pálida como había estado unos minutos antes sonrojada.

-Eres injusto -afirmó-. Primero, acusas a mi hermano de cazafortunas; luego a mí de la más aviesa inescrupulosidad. Ojalá Dios no hubiese permitido que nos conociéramos.

Lo dijo antes de haber tenido tiempo de controlarse; sin embargo ahí estaban las palabras, pesando como piedras en el ambiente entre los dos.

Por un momento, Marcus se quedó en silencio; el único sonido que se oía en la habitación era el crujir y el sisear del fuego en el hogar. Luego dijo:

-¿Hablas en serio?

Sus ojos estaban fijos en el rostro de ella con intensidad casi dolorosa.

-¿Acaso tú no?

Ahora, la voz de Judith era baja, el fuego se había extinguido en sus ojos y, por alguna razón, ella lloraba por dentro. Pero su semblante no revelaba la menor emoción.

-A veces... cuando... a veces -dijo él, lentamente.

Cuando le hacía el amor y recordaba sus trampas, el uso que había hecho de su belleza y de su pasión... en esos momentos él deseaba no haberla conocido. Esa noción no estaba nunca muy lejos de la superficie, por mucho que intentara sepultarla.

Él dejó el cuarto y cerró la puerta sin hacer ruido.

Judith se quedó en el medio de la habitación; las lágrimas corrían silenciosas por sus mejillas. Si jamás se hubiesen conocido, ella no habría sufrido esta herida. Pero si jamás se hubiesen conocido, ella se habría perdido...

Sacó un pañuelo y se sonó la nariz. Pronto estaría libre para dejarlo. Pronto él estaría libre de una esposa tramposa e intrigante. ¿Entonces, por qué la hacía tan desdichada esa idea?

17

Bernard Melville estaba perplejo. Iba perdiendo con Sebastian Davenport y no podía entender qué sucedía. Su oponente jugaba con su habitual despreocupación, echado hacia atrás en su silla, sus piernas extendidas bajo la mesa, una copa de coñac junto a su codo. Se reía y bromeaba con los que se detenían junto a la mesa para observar el juego; casi nunca parecía alterado por su descarte; sin embargo los puntos se sumaban con ímpetu despiadado.

Bernard había perdido la primera mano, ganado la segunda por un pelo y, en la tercera, era indudable que perdía. Los naipes iban pasando en forma pareja, aunque Davenport había reído alborozado, al ver su mano, contar treinta puntos y declarar repique. El conde no dudaba que sus cartas eran buenas para darle ventaja en caso de que jugara con cualquiera menos habilidoso que él. Y Sebastian Davenport era un jugador de naipes inexperto... ¿no era así?

Sebastian observó a su oponente. Gracemere no era consciente de la observación que él realizaba por debajo de los párpados entornados, aunque Sebastian podía deducir con bastante certeza qué podría estar pensando el conde. Él se preguntaba si debería lanzar una advertencia con respecto a que ambos sabían que él debería haberse abstenido. Perdería la mano, pero tendría mayor puntuación, y podría ganar sin dificultad el juego en la próxima mano, tras lo cual ganaría por un estrecho margen. Sus dedos tocaban apenas las cartas y una expresión ceñuda crispaba su frente. Levantó su copa de coñac y bebió.

Gracemere observaba esa representación de duda con una sonrisa imperceptible. Pese a su éxito presente, el individuo era transparente. Cuando Sebastian, con un gesto casi desafiante de decisión, arrojó su único corazón, esa sonrisa interna estuvo a punto de salir a la superficie. Eso estaba más en carácter. Descuidado, inexperto... indudablemente, con cerebro de pajarillo. Gracemere jugó como para ganar esa mano.

-Ah, ya sabía que debería haberme quedado con el corazón -se lamentó Sebastian-. Pero no pude recordar qué había salido antes.

-Yo sé cómo es eso -dijo Gracemere, con serena confianza, mientras daba cartas.

Perdió tan rápido la mano siguiente que sólo atinó a atribuírselo a la baja de los naipes.

-Creo que esta mano es suya, Davenport.

Sebastian sonrió vagamente mientras comenzaba a contar los puntos.

-No por mucho, pero es un cambio, Gracemere.

-Debe concederme una revancha.

El conde recogió los naipes.

Sebastian bostezó.

-Esta noche tendrá que perdonarme. Tres partidas es todo lo que puedo permitirme en una sola sesión... demasiada concentración -se echó a reír, como si riera de sí mismo-. Pienso que probaré con una ronda en la de azar. Veré qué tal se comportan los dados conmigo. Tengo una sensación de que la suerte está conmigo esta noche.

-Como prefiera -dijo Gracemere, conteniendo con esfuerzo su desdén-. Pero insisto en que hagamos pronto una partida de revancha.

-Con todo gusto... con todo gusto... no me la perdería por nada del mundo.

Sebastian se puso de pie, divisó a un amigo al otro lado del salón y se encaminó hacia allí. Gracemere lo vio abrirse paso entre las mesas, lo vio dar alguno que otro paso titubeante,

una prueba del coñac que había estado trasegando con tanta liberalidad. Él jugaba con la imprevisión de un hombre rico.

Gracemere sonrió. Esquilar a un tonto tan descuidado sería más fácil que quitarle un dulce a un niño. Y, en cuanto a la hermana... caería en sus manos como una ciruela madura, con el cuento del orgullo y los celos del marido. En realidad, a inocentes así no había que dejarlos andar sueltos por el mundo. Con todo, los planes que tenía respecto de ella resultarían sobremanera entretenidos, tanto para él como para Agnes, que se había declarado una participante dispuesta. Y él, al fin, humillaría a Marcus Devlin.

Durante unos momentos, todo le que lo rodeaba se esfumó en una niebla; él ya no veía ni oía a los jugadores en las mesas, el suave palmetazo de los naipes, el ajetreo eficiente de los camareros que reemplazaban botellas de borgoña y llenaban botellones de oporto y de coñac. La llama del candelabro de brazos que iluminaba la mesa de séptimo se borroneó ante sus ojos. Ahora sólo veía ese cuarto sobre el establo, aquel amanecer de tanto tiempo atrás, y volvía a contemplar los impiadosos ojos de ébano. La imagen era tan vivida que casi podía sentir el terror que había experimentado cuando al fin llegó a entender qué le haría Marcus.

Gracemere sacudió la cabeza para despejar la visión y abrió lentamente los puños, masajeándose distraído los ateridos dedos. Judith lo ayudaría a borrar los recuerdos y la abrasadora herida de aquella intolerable humillación.

No bien salió del salón de juegos, el paso de Sebastian se hizo firme, sus ojos se enfocaron, sus hombros se enderezaron. Esos pequeños reajustes fueron hechos con tal discreción que casi no podían ser notados por nadie que no estuviese observándolo atentamente. Sólo Judith podría haberlos visto.

-Todavía jugando con Gracemere, por lo que veo -observó el vizconde Middleton, cuando Sebastian se reunió con él en el salón de azar.

-Sí; esta noche la suerte estaba conmigo -dijo Sebastian, mirando caer los dados, oyendo al crupier recitar las apuestas, calculando cuánto estaba dispuesto a perder en pos de guardar las apariencias.

Debía dar la impresión de ser un jugador adicto a quien, de todos modos, sus pérdidas dejaban imperturbable; si elegía jugar sólo juegos de habilidad, pronto sería advertido.

-Bueno, supongo que es asunto tuyo -observó Harry, con un tono no demasiado aprobador. Arrojó algunas monedas sobre el paño verde de la mesa, bajo la brillante luz de un enorme candelabro-. Pero no te olvides de lo que te he dicho.

-No me he olvidado -lo tranquilizó Sebastian, e hizo su propia apuesta-. Y si yo te digo que no te preocupes por mí, Harry, puedes estar seguro de que lo digo en serio.

Él se dio cuenta de que hubiese querido decir algo más, retribuir la bondad de su amigo con cierto grado de confianza. La amistad era una cosa peligrosa. Hasta entonces, él sólo había contado con un amigo: su hermana, y ambos habían estado conformes con esa situación. Pero a medida que el mundo de ambos se expandía, iba haciéndose más difícil relacionarse. Y él se mentiría a sí mismo si dijera que no disfrutaba de estas nuevas relaciones.

Poco después se marchó de Watier y se dirigió a la velada en la casa de los Hartley; allí esperaba encontrar a Harriet, aunque ya era más de medianoche.

Encontró en cambio a Judith en una mesa de macao. Un momento antes se había enterado de que la madre de Harriet se había marchado con ésta a su casa una hora antes. Como al acaso, se paseó alrededor de la mesa para verla jugar. Judith le dedicó una sonrisa fugaz y luego volvió a concentrar toda su atención en los naipes. Sabía que su hermano la observaba con la mirada de un crítico. Después, él le diría si había cometido algún error, y podría detallar cada uno de ellos, en cada mano que había jugado, gracias a su infalible memoria. Ése era un servicio que se prestaban uno al otro, si bien Judith era la primera en reconocer que Sebastian era mejor que ella con los naipes.

Tras unos minutos de observación, él hizo a su hermana un breve y serio gesto de asentimiento, por medio del cual le decía que estaba jugando bien; luego se alejó,

deteniéndose junto a las mesas donde jugaban los discípulos de Judith. Sally levantó la vista cuando él se detuvo junto a ella y le sonrió con el semblante de quien se asombra de su propio éxito. Sebastian vio que ella tenía una considerable pila de monedas junto a ella. Se quedó observándola un minuto y, al ver que jugaba una carta perdedora, le dijo en voz baja:

-Déjalo pronto. Estás perdiendo la concentración. Sally se sonrojó y pareció desconcertada, pero luego se mordió el labio y asintió. Un instante después, cedía su puesto a uno de los espectadores.

-Gracias, Sebastian.

Él movió la cabeza.

-Por nada. Es una lección tan importante como cualquier otra: detenerte en cuanto tu juego empieza a marchar mal.

No era mucho lo que podía aconsejar a Cornelia, cuyo juego era completamente errático. En ocasiones, lindaba con lo brillante, luego se olvidaba de todo y jugaba como una aficionada cualquiera. Sus ganancias fluctuaban de manera tan azarosa como su juego; él no habría podido aconsejarla en ningún punto que se detuviese porque no había la menor certeza de que ella no ganara la mano siguiente.

-¿Cómo lo hago? -preguntó, con un fuerte susurro, dejando caer su abanico.

Él levantó el abanico y le dijo, en voz baja:

-Es difícil decirlo. ¿Cuánto querrías ganar?

-Doscientas guineas -susurró ella en su nivel original.

Los otros jugadores la miraron, ceñudos, y ella se ruborizó, hizo un movimiento brusco con el brazo y volcó una copa de vino. Un camarero se precipitó a limpiar el suelo, y Sebastian dijo, aprovechando la confusión:

-Déjame que me haga cargo de tu mano.

Cornelia se levantó, disculpándose profusamente por su torpeza.

-Les pido perdón, pero me he manchado el vestido con vino. Por favor, ocupe mi sitio, señor Davenport. Muchas gracias.

Sebastian le guiñó un ojo y se sentó.

-Si la mesa no pone objeciones.

No hubo objeciones; en media hora él incrementó las ganancias de Cornelia hasta llegar a la suma requerida. Cornelia y Sally permanecían de pie detrás de él, observando atentamente su juego. Sebastian abandonó la mesa y, con una pequeña sonrisa, ofreció sus brazos a ambas.

-¿Han aprendido algo, señoras?

-Sí, que tú y Judith sois iguales cuando jugáis: no advertís nada de lo que pasa a vuestro alrededor -dijo Sally-. Vuestras caras son completamente impasibles; es como si os hubieseis marchado -se echó a reír-. He dicho algo tonto, ¿no es cierto? Pero tú sabes qué quiero decir, Cornelia.

-Sí -confirmó Cornelia-. Sospecho que eso se debe a que Judith y Sebastian no son aficionados en el juego de naipes-. Miró a su acompañante-. Son verdaderos fulleros, ¿verdad?

-¿Qué es un verdadero fullero, señora Forsythe? -preguntó él, riendo, con la esperanza de distraerla.

Cornelia Forsythe tenía una mente demasiado perspicaz, hasta el punto de resultar inquietante, por más que fuese torpe con sus manos y tuviese la tendencia a pensar en forma errática.

Cornelia lo contempló durante un minuto y asintió.

-Sí, sabes a qué me refiero. Pero eso no es asunto mío. No volveré a mencionarlo.

-¿De qué estás hablando? -quiso saber Sally.

Cornelia rompió a reír, quebrando así la tensión.

-De nada. Sólo estoy bromeando con Sebastian. Vayamos a ver cómo le va a Isobel.

Isobel estaba sonrojada por su éxito.

-Miren lo que he hecho -dijo, abriendo su bolso y dejando ver una pila de relucientes monedas-. Para que Henry me dé esta suma, tengo que hacer que durante una semana le preparen sus platos preferidos, sentarme en sus rodillas y rogarle durante horas.

Entonces, vio a Sebastian y se puso escarlata. Aquello que se confiaba a las amigas no podía ser compartido con un hombre.

Pero el muchacho se limitó a fruncir el entrecejo y a decir:

-Qué poco grato para ti.

Las tres mujeres intercambiaron miradas atónitas. ¿Qué clase de hombre era el hermano de Judith?

-Veamos cómo le va a Judith -dijo Sally, para interrumpir el repentino silencio.

-No -dijo Sebastian, de inmediato-. Ella no quiere ser molestada. Cuando haya ganado lo que pensaba ganar, dejará de jugar.

Cornelia sonrió para sus adentros, y Sebastian captó su sonrisa. Una vez más, pensó que los amigos podían resultar peligrosos cuando se debía ocultar algún secreto. Propuso que fueran al comedor mientras aguardaban a Judith.

Ella se unió al grupo poco después. Sebastian pensó que parecía fatigada, y que su rostro estaba estragado... mucho más de lo que podría causar una noche de intenso juego. Más aún, se le ocurrió que quizás ella había estado llorando. Le dio una copa de champaña y se sentó, callado, mientras ella escuchaba los ansiosos relatos de sus amigas sobre sus diversos éxitos.

-¿Cuánto has ganado? -preguntó Sally. -Mil -dijo Judith, como si nada fuese-. Ya no debo nada al «fondo», por la compra de los caballos, ¿no es así, Sebastian?

-No, la calle Pickering se ha hecho cargo de eso, ¿recuerdas?

-Ah, sí; recuerdo.

-¿El fondo? -preguntó Sally.

-Es la jerga nuestra -dijo Judith, sonriendo con dificultad.

-Te acompañaré a casa -dijo Sebastian-. Pareces agotada.

-Sí; bastante -ella se puso de pie-. Me alegra de que la velada haya sido un éxito.

-¿Qué pasa con Charlie? -preguntó Sally-. ¿No iba a jugar al macao esta noche?

-Sí-respondió Judith, con cierta renuencia-. Espero que a él también le hayan servido nuestras sesiones -tocó la mano de su hermano-. No necesito compañía, Sebastian. Mi calesín me espera afuera.

Sebastian comprendió qué quería decir ella: que necesitaba estar sola; él accedió sin remilgos. Cuando ella estuviese dispuesta a decírselo, él sabría qué la estaba afligiendo. La acompañó hasta el calesín con el escudo de armas de los Carrington grabado en sus portezuelas, y le dio un beso de buenas noches.

Judith se acurrucó en un rincón del vehículo mientras las ruedas de hierro saltaban y repiqueteaban sobre los adoquines. Aunque tenía una manta sobre las rodillas y un ladrillo caliente en los pies, se sentía helada. Helada y fatigada hasta el tuétano, y consciente de que su fatiga era del espíritu y no del cuerpo. La luz intermitente de la luna entraba por la ventanilla vertiendo una luz pálida y fría en el penumbroso interior... tan fría y pálida como su espíritu, pensó, en el caprichoso ensueño de su infelicidad.

Millie estaba aguardándola, pero el reconfortante calor y el suave resplandor del fuego encendido en su dormitorio no alcanzaron para reanimar a Judith.

-Ayúdame a quitarme el vestido, Millie; después puedes acostarte. Yo me las arreglaré sola con lo demás. La doncella desabotonó el vestido de seda verde esmeralda y la media enagua verde manzana bordada con perlas en forma de lágrima. Colgó las prendas en el armario y se marchó después de desear las buenas noches a su señora.

Judith, vestida con sus enaguas, sentada ante el espejo, levantó las manos para desenganchar el collar de esmeraldas y quitarse los pendientes del mismo juego que colgaban de sus orejas. La puerta de intercomunicación se abrió con brusquedad y Marcus apareció en el vano, cubierto con su bata de noche, sus ojos ardiendo como negras ascuas.

-¡No! -exclamó.

Judith dejó caer un pendiente, que cayó con ruido sobre el tocador.

-¿No, qué?

-No; no deseo que jamás nos hubiésemos conocido -dijo, entrando en la habitación para ir a sentarse en el taburete del tocador.

Ella se volvió lentamente hacia él. Las manos de Marcus rodearon su cuello y empujaron su mentón hacia arriba con los pulgares. Pudo sentir la fragilidad de esa esbelta columna de alabastro, tibia y palpitante entre sus dedos.

-No -repitió con suavidad-. Aunque seas una gata salvaje y quisquillosa y tengas una lengua tan afilada que me sorprende que aún no te hayas cortado con ella, nunca podría desear algo así.

Judith descubrió que no podía decir nada. La mirada de sus ojos ardía en los de ella; sintió que la recorría una violenta onda de deseo.

-¿Y tú? -preguntó él-. ¿Tú sí quieres algo así, Judith? Dime la verdad.

Ella negó con la cabeza. Sentía la garganta reseca y su pulso latiendo en el tibio encierro de las manos de él.

-No -susurró al fin-. No, yo no quiero eso. El bajó la cabeza y su boca se apoderó de la de ella, con sus manos todavía rodeándole el cuello. La potencia de ese beso ardió en ella como un incendio en el bosque, derribando las barreras de su alma, las frágiles defensas que ella podía haber erigido para salvarse de la extinción con que la amenazaba la fuerza de esa pasión. Se perdió en el beso, en la lengua de él, que poseía su boca convirtiéndose en parte de su propio cuerpo; sintió que allí donde él la tocaba su piel dejaba de pertenecerle.

Sin apartar su boca de la de ella, él la hizo ponerse de pie. Ella obedeció ciegamente, inhalando las fragancias de su piel, saboreándolo en su boca. Él la hizo andar hacia atrás hasta que ella sintió la dureza de la pared en su espalda.

Entonces, él separó su boca de la de ella, y Judith sintió que se hundía en los grandes estanques negros de sus ojos, que sólo existía en el diminuto reflejo de sí misma en esos iris oscuros.

-Levántate la enagua.

Esa fue la más suave de las órdenes; sin embargo, cada palabra resonó con la fuerza y la promesa de una excitación feroz. Ella levantó lentamente la suave tela hasta la cintura.

-Separa las piernas.

Sus manos abandonaron el cuello de la mujer y él abrió su bata, revelando un miembro erecto, listo para la posesión.

Judith abrió las piernas obedeciendo a la eléctrica carga de lascivia, arrastrada por la turbulenta corriente de la pasión. Sin dejar de sujetar las enaguas en la cintura, se apoyó en la pared, y Marcus, sin más preliminares, la penetró profundamente. Mientras se movía dentro de ella, sostenía su mirada, apoyando apenas las manos en sus caderas. Sólo sus genitales y vientres se tocaban, sólo sus ojos hablaban.

Aquellos ojos negros daban la impresión de devorar a la mujer a medida que su cuerpo tomaba posesión del de ella. Judith sintió que se perdía, que perdía su identidad, toda su

voluntad, que se unía a un poder exterior a ella. Un poder que daba placer al mismo tiempo que dominaba. Echó hacia atrás la cabeza apoyándola contra la pared, arqueando el cuello blanco y vulnerable sobre el escote festoneado de su enagua. Marcus sacó las manos de sus caderas el tiempo indispensable para tirar hacia abajo de la parte superior de la tenue prenda, dejando los pechos de la mujer al desnudo. Cabeceó en un breve asentimiento de satisfacción, contemplando esas cremosas redondeces. La sintió someterse, rendir el cuerpo a su poder y a su voluntad. Una oleada de triunfo lo inundó, arrebatándole el aliento; embistió dentro de ella como si quisiera hacerla formar parte de sí mismo, indivisible, trascender su individualidad, las partes secretas que ella le escondía. Por el momento, había domado a su lince... por ese momento, la tenía sujeta con las cadenas de un deleite que estaba en sus manos brindar o negar.

Lentamente, se retiró hasta el límite de su cuerpo y se mantuvo allí. Los ojos de ella suplicaban que volviese, aunque ella estaba muda, encerrada en el hondo silencio sensual de ese mundo creado por ellos. Él salió de ella, y el breve lamento de pérdida de Judith rompió el silencio, pero él le puso las manos en las caderas y la obligó a volverse hacia la pared, adosándose a la espalda de ella hasta que ella se reacomodó a él, colocándose en una posición como para poder deslizarse fácilmente, otra vez, en su interior.

Los pechos de Judith estaban aplastados contra la pared, su mejilla apoyada en la fría superficie. Privada del contacto visual, ahora era poseída por entero, sumergida en el ser de él. Marcus se regodeó en su posesión, que crecía y realimentaba la pureza sensual de esa unión.

Parecía que esta noche él contaba con reservas ilimitadas. Su capacidad de inventiva era infinita, su impulso y su energía, interminables. La comandaba sin palabras; sólo sus manos le indicaban lo que quería de ella, y ella seguía sus órdenes tan ciega y dispuesta como si estuviese embrujada. Hubo ocasiones en que ella se sintió presa dentro de algún círculo mágico. Una y otra vez, él la llevó hasta el límite extremo del placer, hasta la delgada línea donde el placer, de tan intenso se convertía en dolor. Una y otra vez, ella se elevaba bajo su cuerpo, su boca, sus manos, como si él estuviese mostrándole un paisaje interior del que ella ignoraba su existencia; al mostrárselo, él penetraba en las cámaras secretas de su alma.

Habría otras noches... otras ocasiones en que Judith tomaría la iniciativa, daría sus propias órdenes que, al ser satisfechas la satisfarían a su vez, pero esta noche él era al mismo tiempo el inventor y el maestro del placer compartido. Hasta los confines de la noche, hasta que el alba pintó el cielo de gris, se movieron en silencio por la habitación, del suelo a la cama, a la silla, al sillón. A veces ella estaba debajo de él, otras veces cambiaban los papeles. Su piel identificaba la leve aspereza de la alfombra, los abultamientos del brocado de la chaise longue, la tersura adamascada de las sábanas del lecho.

Por fin, él la acostó sobre la pulida, fría madera de una larga mesa de palo de rosa. Sintió la superficie plana, dura en sus omóplatos, inflexible bajo sus nalgas, cuando él le levantó las piernas y las alzó sobre sus hombros y penetró su cuerpo por última vez, en una fusión tan completa que ella ya no sabía dónde estaban los límites de su propio cuerpo y dónde comenzaba el de él. El prolongado silencio de la noche fue roto al fin por dos primitivos gritos que se mezclaron en el cuarto, cuando los dominó la salvaje plenitud.

Judith levantó bien altos sus brazos sobre la cabeza, arqueó las caderas y retuvo al hombre dentro de su cuerpo mientras duró la gloria de ese orgasmo; después su cuerpo se desplomó, lacio y flojo como el de un animal recién nacido, y ella yació sin ver, sin sentir, como una ofrenda sacrificada a la pasión sobre el frío y plano altar de la mesa.

Transcurrió mucho tiempo hasta que Marcus tuvo la fuerza suficiente para tomarla en sus brazos y llevarla a la cama. Él no sabía si ella estaba dormida o inconsciente; tan profunda y pesada era su respiración, tan laxo y relajado estaba su cuerpo. Se dejó caer a su lado hundiéndose en el colchón, y el sueño lo venció.

Judith emergió de las oscuras profundidades del agotamiento más o menos una hora después. Permaneció tendida en la luz grisácea, a medias dormida, a medias despierta; entonces dejó que regresara a ella el recuerdo, ordenando los excesos de aquella noche de

dicha sensual. Recordó vagamente que, al final, Marcus había dejado en ella su semen. ¿Habría sido hecho adrede o, simplemente, la noche de amor no había admitido tan pragmáticas, pedestres preocupaciones? El sueño se apoderó de ella.

18

-Qué amable ha sido al venir a visitarme, lady Carrington -dijo Letitia Moretón, sonriendo a su invitada desde las profundidades de su mullida chaise longue-. ¿Su hermano no ha venido con usted?

Su mirada complaciente se posó sobre su hija, que estaba sentada junto a la ventana con su bordado. Harriet estaba preciosa con un amplio vestido de muselina adornada con un dibujo de ramas. En esos días, placenteros pensamientos de bodas rondaban la cabeza de Letitia. El hermano de lady Carrington había demostrado con claridad su predilección por Harriet; con semejante relación, Harry tendría su ingreso asegurado a los mejores círculos.

-No, hoy no lo he visto -dijo Judith, mientras se quitaba los guantes-. Me preguntaba si Harriet querría dar un paseo conmigo esta tarde.

Harriet le dedicó una tímida sonrisa.

-Claro que sí, estará encantada -dijo Letitia, hablando por su hija-. Ve a cambiarte el vestido. Harriet titubeó un instante.

-Tenía entendido que esta tarde iba a venir lady Barret mamá. Me había prometido traerme las cintas de color topacio que compramos ayer... las que olvidé accidentalmente en su birlocho.

-Si tú no estás, lady Barret sabrá comprenderlo. Y ahora, no hagas esperar a lady Carrington.

Harriet obedeció sin titubear, y Judith dijo, pensativa: -Lady Barret es muy atenta con Harriet. Para usted ha de ser un gran consuelo tener una amiga así, señora.

Letitia suspiró.

-Es una prueba muy dura ser tan enfermiza, lady Carrington. Afortunadamente, Agnes ha tenido la gran bondad de actuar como dama de compañía de Harriet.

-Tal vez me permita usted actuar de acompañante de vez en cuando -se ofreció Judith-. Quizás a Harriet le agradaría acompañarme a Almack's, para el baile de suscripción, el jueves que viene.

-Oh, es usted muy buena -Letitia rozó sus labios con un pañuelo bordeado de encaje empapado en agua de lavanda.

-No es nada. Será un placer para nosotros con usted en nuestra cena previa. Enviaré a Sebastian a recogerla con mi coche.

-Oh, no debería tomarse tantas molestias.

-Estoy segura de que mi hermano se sentirá muy dichoso de acompañarla -dijo Judith, dirigiéndole una sonrisa conspirativa, que la otra le retribuyó con cierto grado de autocomplacencia.

-Muy bien, Harriet; te has dado prisa -Judith recibió con alivio el regreso de Harriet al salón-. Qué sombrero tan atrevido.

Harriet se ruborizó.

-Su hermano tuvo la gentileza de dedicarle un cumplido.

Judith rió entre dientes.

-Me lo imagino. Estos sombreros le agradan a Sebastian -se puso de pie-. Si ya estás lista...

Afuera, Harriet miró con cierto temor el vehículo de alto pescante.

-Es bien seguro, puedes estar tranquila -Judith montó con facilidad y tendió la mano a la muchacha-. Te prometo que no te dejaré caer.

-No, no tengo miedo de eso -declaró valientemente Harriet, aceptando la mano que Judith le ofrecía y trepando para sentarse junto a ella-. Sin embargo, es tan alto...

Observó a los inquietos tordos con el mismo recelo. Los animales balanceaban sus cabezas, y los cascabeles de sus bridas tintineaban en el estimulante aire otoñal.

Judith les tentó la boca con un sensible movimiento de las riendas.

-Son muy nuevos -dijo, con alegre despreocupación, que Harriet no lograba entender-. Como ayer no los saqué, están ansiosos por mover los cascos.

Ella indicó al muchacho que los sujetaba por la cabeza que podía soltarlos, y el par se lanzó hacia delante en cuanto se sintió libre. Harriet se echó a temblar y contuvo un grito de alarma. Judith tiró de las riendas controlando el impulso y obligando a los animales a ir al paso.

-Así está mejor -dijo, mientras viraban en una esquina, entrando en un paseo muy concurrido-. Les soltaré la rienda cuando lleguemos al parque.

Harriet no respondió a esta declaración de propósitos, sólo apretó las manos con fuerza en su regazo, mientras un calesín pasaba como una exhalación, rozando casi la rueda del faetón. Un flaco perrillo mestizo se metió entre las ruedas llevando en la boca un trozo de carne fresca. Detrás del can iba un hombre de cara roja, con un delantal manchado de sangre, que blandía una cuchilla de carnicero. Uno de los tordos de Judith retrocedió entre las varas, el perro esquivó sus cascos y el olor a sangre de la carne llegó a las narices del caballo. Harriet lanzó un breve grito, pero Judith, serena, tranquilizó al caballo; luego miró hacia abajo para ver qué le había sucedido al perro.

-Bueno -dijo-. Ha logrado escapar. Parecía que no se salvaría de la cuchilla del carnicero, ¿no crees? Se echó a reír, mirando a Harriet de reojo. -Oh, caramba, ¿te has asustado? -dijo, al ver el rostro blanco de la muchacha-. Te aseguro que puedo manejar a estos caballos en cualquier situación. Marcus me hizo hacer mil piruetas, incluso guiar a un tronco desbocado pasando por una estrecha entrada, hasta que al fin quedó convencido de que yo podía guiar a esta pareja.

Harriet mostró una sonrisa desmayada, y Judith cambió de táctica.

-¿Te gusta cabalgar?

-Sí, sobre todo la caza.

En la voz de la muchacha resonó un auténtico entusiasmo; Judith exhaló un suspiro de alivio para sus adentros. Sebastian era un experto en la caza con sabuesos; era difícil imaginarlo con una compañera que considerase ese deporte con la misma aprensión con que miraba los faetones.

Entraron en el parque; allí estaba lo más elegante de Londres. Judith vio, con cierta diversión, a una joven dama ataviada con un audaz traje de conducir, forcejeando para controlar a un par de caballos oscuros entre las varas de un faetón, con un caballerizo claramente angustiado sentado junto a ella. Cualquier mujer joven que se hubiese apresurado a imitar a la audaz lady Carrington no tendría la destreza de su señoría. Y aquellas que la tenían, formaban un círculo exclusivo cuyo centro era Judith. Ella levantó su fusta varias veces saludando a una u otra de esas amigas al pasar; lo alzó también para saludar a otros conocidos, presentándoles a Harriet cuando era necesario. En apariencia, la muchacha gozaba con esa atención; pronto comenzó a aflojarse, conversando abiertamente acerca de su vida, su familia, sus gustos y desagrados. Judith descubrió que tenía un vivaz sentido del humor; eso le dio abundantes oportunidades de oír su encantadora risa musical.

-Creo que allí está lady Barret saludándonos con la mano -comentó Harriet, cuando iniciaban su segundo circuito.

Agnes y Gracemere estaban en el sendero, sonriendo y agitando las manos. Judith tiró de las riendas, deteniendo el coche junto a ellos y diciendo con tono plácido:

-Buenas tardes, lady Barret... lord Gracemere. Como ven, Harriet y yo estamos disfrutando del aire libre.

Gracemere alzó sus ojos de pesados párpados hacia el semblante risueño de Judith. En su mirada relampagueó ese interés feroz que ya le era familiar a la joven, y le dedicó una sonrisa cómplice. Judith agitó las pestañas, y la sonrisa del hombre se ensanchó.

-Harriet, estaba por ir a la casa de la calle Brook -dijo Agnes-. A llevar tus cintas.

-Gracias, señora -murmuró la aludida-. Fui muy descuidada al olvidármelas.

-Oh, apuesto a que los jóvenes tienen otras cosas en su cabeza -declaró Gracemere, soltando una risilla paternal que sonó como una risa de hiena en los oídos de Judith.

-¿Sabe usted, lady Carrington? quisiera pedirle que me lleve con usted -lady Barret se acercó al faetón-. Es un vehículo tan vistoso... Estoy segura que su señoría se alegrará de contar con la compañía de Harriet mientras dure una vuelta.

Judith sintió que Harriet, a su lado, se ponía tensa. Al mirarla, vio que las manos enguantadas de la muchacha se apretaban con fuerza en su regazo.

-Nada me agradaría más, señora, pero he prometido solemnemente a lady Moretón que llevaría de regreso a Harriet en una hora. Confío que, en otra ocasión, me hará usted el honor.

Las manos de Harriet se relajaron. En cambio, la sonrisa de lady Barret se tensó y sus ojos se helaron, llenos de inconfundible ira. La expresión de Judith continuaba siendo afable.

-Le recordaré su promesa, lady Carrington. Hasta luego, Harriet.

Agnes hizo una inclinación de cabeza y dio un paso atrás, apoyando una mano en el brazo de Gracemere. Él también hizo una reverencia, y Judith bajó las manos, animando a los animales para que se echaran a andar.

-A ti no te agrada Gracemere -dijo Judith sin preámbulos.

Harriet se estremeció, de manera casi inconsciente.

-Lo encuentro repugnante. No entiendo cómo una mujer de la sensibilidad de lady Barret puede tener un amigo como él.

Algo más que amigo, pensó Judith, aunque se lo reservó.

-Tiene unos modales un tanto invasores -se limitó a decir.

-Siempre está intentando pasear y conversar conmigo. Por supuesto, no puedo ser maleducada... sobre todo teniendo en cuenta que él y lady Barret son tan amigos, por eso no sé cómo hacer para evitarlo.

-Ah.

Judith no agregó nada sobre el tema, aunque se le ocurrió que bien valía la pena averiguar cuáles eran las intenciones de Gracemere. Si él y Sebastian rivalizaban por la heredera, se añadiría un nudo más al embrollo. Era de presumir que una esposa rica no tenía por qué interferir en la relación de Gracemere con Agnes. Si engañaban a sir Thomas, no había razón para pensar que tendrían escrúpulos en engañar a una esposa joven.

Judith espoleó a los bayos para que tomasen un trote vivo y los guió por entre los calesines, tílburis y los más apacibles landós y birlochos que se desplazaban en gran número por el camino para carruajes. Cuando vio a Marcus, que se acercaba llevando las riendas de un tronco de bayos entre las varas de su calesín, puso a sus animales al paso. Se le ocurrió una idea con la que quizá podía matar dos pájaros de un tiro.

-Harriet, acabo de recordar un asunto que debo atender de inmediato. Pediré a mi esposo que te lleve a casa.

-Oh, no... no, por favor, no es necesario... Yo la acompañaré a usted -tartamudeó Harriet, aterrada ante la perspectiva de soportar ella sola la compañía del marqués de Carrington.

¿De qué podría ella hablar con un miembro tan encumbrado e intimidante miembro de la sociedad?

-Descubrirás que es un pesado -afirmó Judith-. Sé que tu mamá estará encantada de ver que te acompañan a casa de un modo tan irreprochable.

Harriet la miró, sorprendida, hasta que un brillo de comprensión surgió en sus ojos.

-Sí, seguramente -dijo la joven.

Judith sonrió complacida. Harriet era rápida para captar las cosas.

Marcus sofrenó a sus caballos, y los dos carruajes anduvieron uno junto al otro.

-Te doy las buenas tardes, señora esposa -la saludó con una sonrisa; sus ojos entrecerrados decían muchas cosas; luego saludó a su compañera-. Señorita Moretón. Harriet se sonrojó y devolvió el saludo.

-Marcus, tú eres precisamente la persona que necesito -dijo Judith-. Acabo de recordar un asunto que tengo que resolver de inmediato. Para Harriet sería muy aburrido; por eso te pido que la acompañes a su casa.

En los ojos de ébano bailoteó la risa. Marcus también era rápido para entender.

-Será un placer -pasó las riendas a su caballerizo y se apeó de un salto-. Señorita Moretón, permítame que la ayude.

El sonrojo de Harriet se hizo más intenso cuando su señoría la tomó de la cintura y la depositó en el suelo sin inmutarse; luego la ayudó a subir a su propio vehículo, más fácil de manejar.

Marcus se acercó más al faetón y apoyó una mano en el eje delantero.

-Lince descarriado -dijo-, no creas que no sé qué te propones. Eres más maliciosa que una carreta llena de monos.

Judith sonrió con recato.

-Ya que Sebastian tiene tan poco para ofrecer como pretendiente, será conveniente que aproveche al máximo algunas de sus relaciones familiares.

Inmediatamente, lamentó la ligereza jactanciosa de sus palabras. Ellas habían dado demasiado cerca del centro de la diana, demasiado cerca de la amargura que se había resuelto en tanta dulzura.

Pero, para su alivio, Marcus respondió como si no recordara aquella riña.

-Eres una desvergonzada, pero no me opongo a que ayudemos a Sebastian. Sin embargo, debo decirte que tengo una objeción en lo que se refiere a ti.

-¿Ah, sí?

-¿Dónde está tu caballerizo?

Judith puso cara larga.

-Los caballerizos son un fastidio en un coche abierto. Con ellos es imposible tener una grata conversación.

-De todos modos, son indispensables.

Judith suspiró.

-El déspota se pronuncia de nuevo.

-Y será obedecido.

Era una concesión menor y un inconveniente limitado. En ese momento, las cosas fluían tan bien entre ellos que Judith no estaba dispuesta a tomarse el trabajo de discutir por algo tan trivial.

-Muy bien, ya que insistes, no volveré a salir en mi coche sin acompañante.

Marcus asintió.

-De momento, será mejor que lleves a Henry.

-¡Oh, no! -exclamó Judith-. Eso lo estropearía todo. Si tú no llevas a tu mozo, no querrás dejar los caballos para entrar en la casa de lady Moretón cuando lleves a Harriet. De ese modo, todo el impacto de la compañía del marqués de Carrington quedará disminuido.

Marcus no pudo contener la risa.

-No sé por qué acepto enredarme en tus intrigas, pero si no llevas contigo a Henry tendrás que regresar a casa de inmediato.

Judith inclinó la cabeza en señal de sumisión, agitó alegremente la mano saludando a Harriet e hizo que los caballos echaran a andar. «De inmediato» era una expresión que se prestaba a diversas interpretaciones, y ella no había hecho ninguna promesa verbal. Marcus estaría ocupado en el parque durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, por lo menos, y ella no podía desperdiciar la oportunidad de azuzar a ese tiburón que asomaba a los ojos de Bernard Melville.

Persiguió a su presa hasta cerca del portón de la casa de los Apsley. Él estaba conversando con un grupo de amigos, pero no había señales de lady Barret; esto ahorró a Judith la necesidad de encontrar un modo de ofrecer un paseo a Gracemere y excluir a la dama.

-Milord, nos hemos encontrado otra vez -saludó alegremente-. Harriet ha vuelto a su casa; ¿quiere venir a dar un paseo?

-Es un honor, lady Carrington. Seré el hombre más envidiado del parque.

-Exagerado -dijo ella, riendo.

-En absoluto -protestó él, mientras se acomodaba junto a ella-. Es usted una fusta notable, señora. ¿Acaso Carrington le ha enseñado?

-No -dijo Judith haciendo andar a los caballos, mientras se disponía a regar las semillas que ya había plantado-. A decir verdad, mi esposo no aprueba del todo esta actividad.

Echó a su acompañante una mirada que decía: «ya sabe usted qué quiero decir».

-¿Pero no se lo prohíbe directamente? -preguntó Gracemere.

-No, a mí no me caen muy bien las prohibiciones.

Le dirigió una sonrisa altiva.

-Me sorprende que Carrington haya estado dispuesto a ceder. Por lo general, se considera que tiene un temperamento inflexible.

-Lo tiene -repuso Judith con una nota de desafío-. Pero yo no encuentro motivos para no divertirme como me plazca.

-Ya entiendo.

Que Marcus, nada menos, se casara con una joven consentida. Ésta era una idea deliciosa, y la más conveniente a los propósitos de Gracemere.

-De todos modos -prosiguió Judith, ahora en voz baja y confidente-, mi esposo sigue negándose en forma terminante a recibirlo a usted bajo su techo -le tocó un instante la rodilla-. A mi juicio, es una gran tontería, pero él no cede -le sonrió otra vez-. Por lo tanto, tendremos que llevar adelante nuestra amistad un poco más... bueno, de manera más oblicua, si usted me comprende lo que digo. Como estamos haciendo ahora.

-Sí, entiendo qué quiere decir-le costaba reprimir la risa al ver que una fruta tan madura caía en su regazo-. Pero ¿no tiene miedo de cruzarse con su marido en el parque?

Judith negó con la cabeza.

-Esta tarde, no. El ha ido a cumplir una misión que le llevará una hora, por lo menos.

-Veo que le divierte coquetear con el peligro, Judith... ¿Me permite llamarla Judith?

-Sí, claro. No se trata tanto de que yo coquetee con el peligro, señor; más bien, reclamo mi derecho elegir mis amistades. Si Carrington no puede aceptar eso, entonces yo eludo su desaprobación -lo miró de lado con un mohín coqueto-. Bernard, dígame si lo escandalizo con sentimientos tan poco propios de una esposa.

Los ojos de él sostuvieron su mirada largo rato; el tiburón asomó a la superficie de esos ojos.

-Al contrario, siempre he sabido apreciar a una esposa carente de virtud. Mis gustos nunca se han dirigido a las mujeres sin carácter, y si usted quiere cultivar mi amistad con el propósito de reafirmar su independencia, será un honor para mí ser cultivado por usted.

Judith no quitó sus ojos de los de él; luego, una leve sonrisa incitante apareció en su boca.

-Entonces, estamos de acuerdo, señor.

Ella extendió su mano hacia él, y la tomó y la estrechó con firmeza.

-Estamos de acuerdo.

-Pero debe quedar entre nosotros.

-Por supuesto -afirmó él-. Mi boca está sellada. En público, seremos sólo corteses; reservaremos nuestra amistad para momentos como éste.

-Muy bien, milord.

Judith logró soltar una risilla presuntamente seductora que provocó una mueca complacida aunque condescendiente en los labios de su señoría.

-La señorita Moretón es una muchacha de carácter muy dulce -comentó Judith, al cabo de un rato.

-Mucho -coincidió el conde-. Por desgracia, la mala salud de su madre hace difícil que ella sea presentada en sociedad como merece.

-Pero lady Barret parece dispuesta a ocupar el lugar de su madre.

-Sí, Agnes es toda bondad -dijo él-. Harriet tiene motivos para estar agradecida.

-Tengo entendido que ella es una importante heredera.

-¿Lo es? No lo sabía.

Gracias, mi señor Gracemere. La torpe negativa le había revelado todo lo que ella necesitaba saber.

Poco después, dejó al conde ante la entrada de la casa de los Apsley e hizo girar el carruaje hacia Stanhope Gate, de regreso a casa. Ya era más tarde de lo que ella había imaginado; sería difícil que llegara antes que Marcus. Sin embargo, Sebastian apareció por azar en el preciso momento en que ella trasponía la puerta. Tiró de las riendas.

-Sebastian, tienes que acompañarme a Berkeley Square.

-Desde luego, si tú lo quieres -su hermano accedió a esa imperativa petición con su acostumbrado buen humor-. ¿Alguna razón en especial?

-Necesito llegar a casa debidamente acompañada -explicó ella-. Y, además, ha surgido un tema del que tenemos que hablar.

-Carrington se opone a que conduzcas sin caballerizo.

La frase no tenía entonación interrogativa.

Judith se echó a reír.

-¿Cómo lo has sabido?

-Porque es natural que se oponga. Tú eres indiferente a toda convención, Ju.

-¡Dios mío! ¿Desde cuándo te has vuelto tan recto?

-No me he vuelto nada -negó Sebastian, sobresaltado-. Al menos, creo que no.

-Es influencia de Harriet, te apuesto.

-Bueno, ¿y si fuese así?

-No estés tan a la defensiva. Ella me parece muy dulce, y si tú la amas, yo también la querré... Y eso me lleva al tema que quería hablar contigo.

-¿Sí?

-Creo que Gracemere está cortejando a Harriet... o a su fortuna, mejor dicho.

Sebastian permaneció muy callado. Y cuando habló, su voz era casi neutral.

-¿Qué te hace pensar eso?

Judith contó la conversación con Gracemere, y él la escuchó en silencio.

-Después de todo, él ya se casó con una heredera... a la que birló en las propias narices de un pretendiente más aceptable. No es improbable que vuelva a intentarlo -concluyó ella-. Además, no se me ocurre ningún otro motivo para que Agnes Barret esté cultivando con tanto afán una amistad con una muchacha inocente que vive su primera temporada. La situación es perfecta: la madre de Harriet no puede, o no quiere, vigilar sus progresos. Agnes aparece, se gana la confianza de ambas y ¿qué es más natural que presente a Harriet a sus propios amigos... o amantes, como sería en este caso? Es de presumir que la fortuna de los Moretón beneficiaría a ambos.

-¡Al infierno con ese maldito! -exclamó Sebastian, con vehemencia-. No importa dónde miremos, ahí está él, enganchando su negra maldad en cada hilo de nuestra vida.

-Tú puedes derrotarlo en este campo -dijo Judith, con calma-. Cuando acabes con él en la mesa de juego, destruirás cualquier otro plan que pueda tener.

Sebastian no dijo nada, pero su mandíbula se puso tensa y su vista se mantuvo clavada adelante.

-Harriet detesta a Gracemere.

-¿Ella te lo dijo? -preguntó sorprendido Sebastian.

-Sí, aunque estoy segura de que ella no sabe por qué le parece tan invasor. Pero, si ella no le da ningún aliciente, él tendrá que tomar un atajo para hacer algún progreso.

-¡Cuándo acabará esto! -exclamó Sebastian, con tono bajo y vehemente.

Judith no dijo nada, sabiendo que su hermano recobraría el equilibrio a su debido tiempo; cuando llegaron a Berkeley Square, él estaba conversando de nuevo con fluidez, como si no hubiese pronunciado nunca un deseo apasionado.

Como no contaba con un caballerizo, Judith llevó los caballos hasta el establo. Marcus estaba en el patio adoquinado, hablando con el encargado del establo cuando llegó su esposa. Se acercó a ella.

-Un día de éstos conversaremos sobre el concepto «de inmediato», Judith. Será una más en la larga lista de palabras que entendemos de manera diversa -dijo, con tono agradable.

Judith le escrutó el semblante en busca de señales de verdadero enfado, pero lo que vio era muy leve.

-Bueno, como ves -señaló ella-, cuento con un acompañante irreprochable.

Marcus asintió.

-¿Alguna vez te has opuesto a las tretas y las manipulaciones de tu hermana, Sebastian?

-En general, no -dijo Sebastian-. Estoy resignado. ¿Y tú?

-Todavía no me he resignado. Tal vez un día me enseñes la manera de alcanzar ese apacible estado.

-Bueno, es muy sencillo. El único inconveniente es que lleva mucho tiempo. Como pulir una piedra.

-Me opongo a esa costumbre que habéis puesto en práctica vosotros de hablar de mí como si yo no estuviese -afirmó Judith, con ofendida dignidad.

-Me temo que tú lo provocas, lince. Es la única arma con que contamos los varones para enfrentar tus ardides. Te ayudaré a bajar -Marcus se estiró para tomarla de la cintura y dejarla sobre los adoquines-. ¿Quieres entrar, Sebastian? ¿O acaso tienes algún compromiso?

-Lo segundo -respondió-. He quedado en encontrarme con unos amigos en el parque. Aunque, a esta altura, es probable que ya no cuenten conmigo; quizá regrese a casa.

-Hermano, si tu intención es hacerme sentir culpable, te diré que no has tenido éxito.

Marcus seguía sujetándola por la cintura cuando ella retrocedió un poco, sonriendo al imaginar los pensamientos que tendrían los mozos del establo.

-Jamás emprendo causas perdidas -dijo Sebastian, con una sonrisa-. Como creo que ya no me necesitas, me despido de vosotros.

-Tenemos un asunto inconcluso -dijo Marcus, ya desaparecido su tono petulante. Sebastian alzó las cejas y su cuñado prosiguió-: He estado tratando de dar contigo durante los últimos cinco días. ¿Esta noche te encontraré en White o en Watier?

-White -respondió Sebastian, sin vacilar. Gracemere había dicho que estaría esa noche en las mesas de faraón de White.

Marcus percibió como algo palpable la agitación del aire entre los hermanos. Ya había notado antes esos extraños instantes de tensión en suspenso, cuando los dos parecían oír algo diferente en las palabras que en realidad se pronunciaban.

-Entonces, nos veremos allí.

-Estoy intrigada -dijo Judith-. ¿Qué asunto inconcluso puedes tener tú con Sebastian?

-Nada que te incumba, señora.

-¿Ah, no?

En los ojos dorados apareció una llama. Sebastian se echó a reír y salió del patio, dejándolos. Daba la impresión de que las cosas entre su hermana y su cuñado eran más agradables últimamente.

-Entra -indicó Marcus-. Discutiremos de semántica.

-Oh, qué bien -dijo Judith, dichosa-. Esto promete ser interesante.

-Sí, ya lo creo. Vamos, date prisa.

Judith obedeció, sumisa, la presión de su mano en la parte más baja de la espalda.

-¿Cómo has encontrado a lady Moretón?

-Enfermiza, en una palabra. Comiendo sapos, en dos. Una pesada insoportable, en tres más. ¿Debemos alentar esta relación?

-Sí.

-Detecto una nota de finalidad.

-Admite que Harriet es encantadora, tiene modales muy dulces y será una estupenda esposa para Sebastian.

-Acepto las dos primeras, si bien es tímida como un ratón de iglesia, pero, en cuanto a la tercera, me parece una unión verdaderamente inconveniente.

-Sebastian sabe lo que quiere -dijo Judith, con tranquila confianza-. Y lo que él quiere lo consigue.

-En eso, no se diferencia mucho de su hermana -comentó Marcus, pero Judith no percibió la ironía de la frase.

19

-No sé por qué se mantiene tan distante esa tontuela.

Gracemere se paseaba en el salón iluminado por el fuego con la boca crispada en una mueca de ira.

-Es tímida, Bernard -Agnes sirvió el té-. Y muy joven.

-También lo era Martha, pero no tuve tanta dificultad con ella. En dos semanas, estaba comiendo en mi mano.

Agnes se abstuvo de señalar que en aquel entonces el conde era más joven.

-Martha estaba madura para ser recogida -dijo la mujer-. La indiferencia de propietario con que la trataba Carrington le dejaba tan poca autoestima que era fácil halagarla para enamorarla.

-Me honra usted, señora -dijo Gracemere, con helada ironía.

-Bueno; no te enfades, Bernard. Tú sabes muy bien que es la verdad. Harriet aún no ha probado sus alas. Es su primera temporada -se puso de pie y le alcanzó té-. Como sea, ¿has notado que Judith ha tomado a la muchacha bajo su ala? Y da la impresión de que Sebastian está siempre junto a ella.

Gracemere lanzó una carcajada desdeñosa.

-¡Ese novato! Es un tonto, con más dinero que sentido común.

-Mientras valga la pena desplumarlo...

Agnes volvió a ocuparse de la bandeja del té.

-Sólo quisiera que fuese un desafío mayor -dijo el conde, bebiendo su té. Agnes lo miró.

-Agradece tus bendiciones, amor mío. ¿Por qué te esforzarías más de lo necesario?

Él se echó a reír, llevándose un dedo a los labios a modo de reconocimiento.

-Tienes razón. Pero, volviendo a la pequeña Moretón, tienes que ingeniártelas para que esté más tiempo en mi compañía.

-No estoy segura de que eso sirva para algo. Si la muchacha se ha aficionado a Sebastian, y Judith ha decidido respaldar su causa, debes aceptar que enfrentamos ciertas dificultades.

Los ojos claros de Gracemere tomaron una expresión más dura.

-Si no es posible persuadir a la muchacha, existen otros métodos.

Agnes apretó los labios.

-¿Te refieres a un secuestro?

-Sí, si fuera necesario. Bastaría con una sola noche en la posada de Hampstead. Y no importaría demasiado si la chica pasa voluntariamente esa noche allí o no. Sea como sea, su reputación quedaría arruinada.

-La sociedad es muy injusta -murmuró Agnes, con una sonrisa-. Se arrebata la inocencia a una muchacha con un acto brutal y entonces ya no se considera que sea apta como compañía decente.

Se deslizó hacia Gracemere con un andar ondulante, fluido, que evocaba al reptar de una serpiente.

-Pero un matrimonio honorable encubrirá la vergüenza -replicó él, con una sonrisa que era lasciva y cruel a la vez.

Agnes fue hacia sus brazos, su respiración agitada, sus ojos relucientes de una excitación casi feroz. El aplastó su boca contra la de ella con una avidez salvaje, comprobando una vez más que para ella planear una maldad y la perspectiva de ver sufrir eran los más poderosos afrodisíacos. Era un eslabón más de la cadena que los mantenía amarrados.

-Matrimonio honorable que costará, a su familia, cada penique de sus treinta mil libras -susurró Agnes, con su boca pegada a la de él-. Pobre chica, me da pena. ¿Serás bueno con ella?

-Reservo mi bondad sólo para ti, que eres mía. La bondad que sé que te place.

Gracemere sonrió y le mordió el labio inferior, apretando con ferocidad sus dedos sobre el pecho derecho de ella, pellizcando el pezón erecto.

Agnes se estremeció cuando el dolor explotó en ella, y gimió, apretando su vientre contra el de él, ante la inevitable, bendita excitación que crecía en su sangre.

El conde sonrió para sí al captar la respuesta de ella. La vida, en ese momento, estaba llena de ofertas atractivas: la esposa de Carrington, que suplicaba su ayuda para provocar a su marido como un perrito servil, y el joven Davenport, ofreciéndose tan mansamente como una oveja al esquilador.

-Judith, ¿te sientes bien?

Ansiosa, Sally miraba a su cuñada, que parecía desganada, sin su acostumbrada y resplandeciente lozanía.

Judith padecía de una jaqueca y de un torturante dolor en la parte baja del vientre. Esto sucedía desde la velada en la casa de los Heron; no necesitaba ir al reservado para confirmar lo que ya sabía: que esa gloriosa, salvaje noche de amor no había tenido frutos. Pero, en realidad, ella no sabía si alegrarse o entristecerse.

-Estoy en fecha -dijo-. Y esa fiesta tan aburrida -en esa soirée se había presentado una arpista de mediocre talento, la cena había sido muy pobre, y el champaña ordinario-. Vamos a la sala de juegos -propuso, haciendo a un lado su cena, casi intacta.

-Hay una mesa de loo en el salón pequeño -dijo Isobel-. Podríamos jugar un poco.

La expresión de Judith no fue alentadora.

-No, mejor vamos a jugar basset. Allí, las apuestas no son tan altas; yo les he explicado cómo hacer los mejores cálculos con respecto al orden de los naipes para que al menos cuenten con una herramienta que no sea pura suerte.

-Esta noche no me siento muy despejada -dijo Sally-. No sé si puedo jugar bien; no me he preparado.

-A mí, ni siquiera todos los preparativos del mundo me ayudan -declaró Cornelia-. Yo estoy a favor del loo.

-Pero es un loo limitado -dijo Judith, con expresión de disgusto-. Eso no presenta ningún desafío.

-Ésas son palabras de una verdadera jugadora; lady Carrington -dijo Agnes Barret, con tono lánguido detrás de Judith.

Esta tuvo que realizar un esfuerzo supremo para que la inquietud y el desagrado que sintió no se reflejaran en su semblante al volverse.

-Buenas noches, lady Barret. ¿Acaba usted de llegar? Es una pena; se ha perdido a la arpista -dijo, dedicándole una dulce sonrisa.

-Me han dicho que ha tocado magníficamente.

-Me temo que soy un juez bastante pobre -dijo Judith.

-No sucede lo mismo con los juegos de naipes. Cualquiera que juegue en la casa de Amelia Dolby debe tener tanto inclinación como habilidad... ¿o tal vez necesidad? -añadió, entrecerrando los ojos mientras aguardaba la reacción de Judith.

La susodicha hizo una reverencia.

-Usted debería saberlo, señora.

Lady Barret esbozó una tenue sonrisa.

-Los maridos pueden llegar a ser difíciles con el dinero, ¿no es así?

Sus ojos de reflejos dorados sostuvieron unos instantes la mirada de Judith; luego, murmurando una excusa, se alejó.

-Buen Dios -dijo Isobel, tomando un dulce de una bandeja de plata que llevaba un camarero-. ¿Tienes algún conflicto con Agnes Barret, Judith?

-¿Conflicto? ¡Qué idea tan peregrina! ¿Por qué lo tendría?

-No sé -dijo Isobel-. Pero sentí que saltaban chispas en el aire. ¿No fue así?

Apeló a sus compañeras al tiempo que se metía en la boca el cremoso dulce, y dibujaba una inconsciente sonrisa de beatitud.

Cornelia, en cambio, estaba ceñuda.

-Hay algo en esa mujer; ¿o quizás en ti, Judith? No sé bien qué es, pero cuando estaba cerca de ti... Bueno, no sé de qué estoy hablando -sacudió la cabeza, exasperada-. Voy a jugar al loo. Tal vez sea considerada poco audaz si lo hago, pero yo lo disfruto y me sentiré muy contenta si esta noche gano algún dinero para mis gastos menudos.

-Yo también -afirmó Isobel, llamando al criado que servía la pastelería-. Si bien el juego con apuestas altas me resulta excitante, me pone demasiado nerviosa...tomaré uno de éstos, me parece -eligió un pastelillo de fresas-. Éste es delicioso. ¿Por qué no pruebas uno, Judith?

-El aspic de pollo me revolvió un poco el estómago -repuso ella-. Además, yo no soy golosa.

-Es una gran desgracia -dijo Isobel, un tanto apesadumbrada-. Engordaré bastante; estoy segura.

Sally rió.

-Tendrás un aspecto magnífico, Isobel: serás una matrona rolliza e indolente, de infalible generosidad; brindarás tu hospitalidad desde el sofá y recibirás a todos los vagabundos y descarriados que se crucen en tu camino.

Judith sonrió. Era una predicción bastante acertada: Isobel tenía un corazón tan grande como su afición por los dulces.

-Está bien, jugaremos loo -aceptó-. Me duelen la barriga y la cabeza, de modo que no me vendría nada mal un rato de juego para colegialas.

En realidad, hubiese preferido estar en su casa, en la cama, con un libro, y beber leche caliente con algunas gotas de coñac. Marcus llegaría tarde y, cuando supiera que ella no estaba de ánimo para hacer el amor, encendería el fuego, se serviría un coñac y se sentaría en la cama para conversar con ella. ¿Lo aliviaría saber que ella no había quedado embarazada?

Judith forzó una sonrisa y siguió a sus amigas al salón donde estaba la mesa de loo.

El reloj de la habitación llena de humo del club Daffy dio la medianoche cuando Marcus apuró su vaso de gin con agua y se puso de pie.

-¿Ya estás harto? -le preguntó Peter Wellby, mirando el humo de su pipa de arcilla ascendiendo en rizos hacia las tablas ennegrecidas del bajo cielo raso.

-Tengo que localizar a mi cuñado -respondió Marcus-. Me dijo que esta noche lo encontraría en White.

-Tipo decente ese Davenport -comentó Peter, poniéndose también de pie. Apagó su pipa y la entregó a un joven criado que aguardaba; éste se la llevó para colgarla en la manchada plancha sobre el mostrador del bar donde esperaría a que su dueño volviese a reclamarla-. ¿Te molestaría que te acompañase? -Peter tomó su bastón y miró sin mucho interés su vaso vacío-. Ya he tenido suficiente de esa porquería por esta noche.

-Un vaso de algún oporto pasable no estaría mal -coincidió Marcus.

Sebastian estaba ante la mesa de faraón cuando llegó su cuñado. Estaba ganando sin cesar; sin embargo conservaba su indolente buen humor, como si la creciente pila de monedas y documentos de pago que tenía delante fuera algo muy natural.

Gracemere tenía la banca. Cuando Marcus se acercó a la mesa, levantó la mirada. Durante un instante, las miradas de ambos se encontraron; una vez más aquél experimentó ese estremecimiento de terror, igual que el de aquella remota mañana, cuando Carrington lo había sorprendido con Martha.

En los ojos claros del conde relampagueó el odio, odio respondido con un frío y burlón desdén por el marqués, que luego miró a Sebastian.

-Cuando dejes la mesa, quiero hablar un momento contigo, Sebastian.

-Sí, por supuesto -Sebastian acomodó varias pilas de monedas junto a sus naipes elegidos-. Creo que será después de esta mano... mientras aún voy ganando.

Gracemere tomó la carta que estaba encima de la baraja deslizándola hacia él; era una sota de corazones. La puso a la derecha de la baraja.

-Ya está bien para mí por esta noche -dijo el vizconde de Middleton, con un suspiro, empujando las monedas, que estaban junto a su propia sota de corazones-. La partida está volviéndose demasiado peligrosa para mi gusto.

Gracemere volvió un segundo naipe: rey de espadas. Esta vez lo dejó a la izquierda de la baraja.

Sebastian había apostado a su equivalente; se echó a reír acompañado por un coro de falsos quejidos que celebraban su continua buena suerte.

-No importa; mañana me habrá abandonado por completo. Esta dama es una amante muy voluble.

Gracemere tomó el rastrillo y empujó hacia él tres pilas de cincuenta guineas.

-No puede irse todavía, Davenport. No puede hacerlo cuando la suerte se inclina tan decididamente a favor de usted.

Algo en la voz del conde puso a Sebastian en estado de alerta: una ansiedad que Gracemere casi no podía disimular. Sebastian lo observó desde el otro lado de la mesa, y vio un brillo de expectativa en esos ojos claros. Gracemere espera ganar la mano siguiente.

Se alzó de hombros en señal de aceptación y miró al conde mientras repartía naipes una vez más. Una nueva baraja fue depositada ante él.

-Apuestas, caballeros.

Sonrió a los que rodeaban la mesa.

Sebastian puso dos pilas de monedas junto al siete de bastos. Los demás jugadores hicieron sus apuestas.

Gracemere volvió el primer naipe de la baraja y puso el siete de bastos a la derecha.

Sebastian empujó su apuesta sobre la mesa sin pronunciar palabra. El conde sonrió y su mirada se topó con los fríos ojos del otro.

-La mala suerte no puede durar. Pruebe otra carta -propuso Gracemere, pasándose la lengua por los labios.

Sebastian negó con la cabeza.

-Esta noche no, milord; mi suerte está en contra. Carrington... a tus órdenes.

Siguió a Marcus hasta una silla, junto al fuego. Gracemere había puesto el siete de bastos. Sebastian lo esperaba, aunque no sabía cómo lo había hecho. El conocía la mayoría de las trampas que se podían hacer con los naipes, sin embargo no había visto ésta, aunque había adivinado que Gracemere lo intentaría. El conde había jugado limpio hasta ese momento; cien guineas no eran una suma elevada, por eso no se explicaba por qué había decidido ganar de una forma tan arriesgada. ¿Sería algo que hacía de vez en cuando para mantener la práctica, como Judith y Sebastian lo hacían ocasionalmente? ¿O acaso no podía permitirse perder ni una sola vez ante un hombre al que estaba resuelto a desplumar?

Sebastian sabía que su estrategia había tenido éxito y que Gracemere lo había elegido para ser su próxima víctima. Ahora tendría que hundirlo más, dejando que ganara y perdiera alternativamente; entretanto Judith se hacía un sitio en la esfera del conde, de tal modo que le pareciera natural que ella estuviera a su lado, en la sala de juegos. Sin embargo, si a la brevedad él se veía obligado a recurrir a su destreza para neutralizar el juego sucio, ellos tendrían que volver a pensar sus planes. Sólo la trampa podría derrotar a la trampa; ellos no podían darse el lujo de llevar a cabo su doble acto en forma prematura. Quizá tuviese que resignarse a sufrir más pérdidas de las que él había estimado poder soportar sin problemas.

Una vez adoptada la decisión, Sebastian apartó momentáneamente a Gracemere de su pensamiento y sonrió a su cuñado, mientras tomaba la botella de oporto de la mesa.

-Y bien, ¿cuál es ese asunto del que quieres hablar, Marcus? Te confieso que me tienes intrigado.

-Se trata de una deuda importante -dijo Marcus, aceptando la copa que el otro le entregaba-. Gracias. ¿Cuánto pagaste por los caballos de Judith?

-Algo más de cuatrocientas -dijo Sebastian, sin alterarse-. Prácticamente regalados.

-No discutiré eso -Marcus se sentó en el sillón de orejas, y cruzó sus largas piernas enfundadas en pantalones de color oliva-. ¿Y al fabricante de carruajes?

-Doscientas cincuenta, creo -bebió un sorbo de oporto-. Es un giro fundamental. A mí no me preocuparía la inversión.

-Bueno, a mí tampoco; en absoluto -se apresuró a asegurar Marcus-. Te daré una letra sobre mi banco por seiscientas cincuenta guineas, si te parece bien.

Sebastian se atragantó con su oporto.

-¿Para qué?

-En esta cuestión, ¿tú no actuaste como agente de tu hermana?

-Sí, claro, pero... Oh -sólo entonces comprendió-. Piensas que yo le presté el dinero... No, te aseguro que Judith pagó hasta el último centavo, Carrington. Yo no hice otra cosa que realizar la compra.

-Judith -dijo Marcus, irguiéndose abruptamente en su asiento-. No trates de engañarme, Sebastian. Sé muy bien que tu hermana no podría disponer de semejante suma. Yo sé a cuánto asciende su asignación quincenal y reviso todas sus facturas. Depositó su copa sobre la mesa.

-He aceptado que Judith conserve su coche y sus caballos; por lo tanto, debes comprender que no puedo permitir que tú asumas un gasto que claramente es mío.

Sebastian clavó la vista en el contenido de su copa y frunció el entrecejo. Tenía la impresión de estar rodeado de un cerco espinoso. Había surgido en su mente la noción de que Marcus no conocía la independencia financiera de su hermana. Pero, aun cuando la conociese, él no podía aceptar dinero de Marcus sobre la base de falsedades. Después de unos instantes, dijo:

-Es evidente que te falla la aritmética, Carrington. Te aseguro que mi hermana pagó ese vehículo -agregó con suave sonrisa-: Ella es capaz de hacer milagros con muy poco dinero, ya lo creo.

-¿Cuál podría ser la fuente de...? -la pregunta murió en sus labios.

¿Cómo había sido tan ingenuo? ¡Tan ciego! Como él había puesto un límite a sus gastos, simplemente ella había vuelto a sus antiguas costumbres.

-¿Debo deducir que Judith sigue haciendo altas apuestas en el juego para asegurarse un ingreso?

Su tono mesurado no daba indicaciones de su hirviente furia.

Sebastian miró atentamente el semblante consternado de su cuñado. La palidez que rodeaba su boca, la chispa que se había encendido en las profundidades de sus ojos eran bastante reveladores.

-No podías esperar que Judith aceptase una dependencia humillante -dijo, abandonando todo intento de desviar la atención de Marcus. Era obvio que eso habría resultado completamente inútil-. Cuando tú recortaste sus gastos, ella no tuvo otra alternativa que buscar la forma de solventar sus necesidades.

Marcus no le prestó atención. Y agregó, con tono aún tranquilo:

-¿Tienes una idea de cuánto logra ganar mi esposa en una semana en las mesas de juego?

Sebastian se sorbió el labio inferior.

-Eso depende de dónde juegue y de la necesidad de dinero que ella tenga. Pero, en una buena noche, jugando fuerte, es probable que se marche con mil guineas sin que eso levante demasiados comentarios. Si jugara en la calle Pickering, ganaría mucho más, por supuesto.

Marcus sintió que su cabeza estaba a punto de estallar.

-Eso significa que frecuenta los garitos, ¿no es así? Debe de sentirse como en los viejos tiempos.

Sebastian se encogió.

-Ju no es como las demás mujeres, Carrington. Ella tiene su orgullo... quizá más que la mayoría -movió la cabeza, buscando las palabras-. Pero, si tratas de imponerte a ella, se resistirá. Nunca ha dependido económicamente de nadie. Si te hubieses limitado a confiar en que ella restringiría sus gastos dentro de ciertos límites, nada de esto habría sucedido.

-Estoy en deuda contigo por haberme señalado eso -Marcus se puso de pie-. Con todo, sucede que mi fortuna no está a disposición de cualquier aventurera que logre reclamar su uso. Y ahora, si me disculpas, voy a ocuparme de tu hermana. Hasta el momento no he logrado hacerle comprender lo profundo de mis sentimientos en este sentido. Desde luego, yo corregiré eso.

Con el corazón apesadumbrado, Sebastian siguió con sus ojos a Marcus mientras cruzaba la habitación a grandes zancadas. Estaba seguro que el frágil edificio del matrimonio de su hermana sufriría grandes rajaduras. Restaba por verse si iba a poder ser reparado. Pero él tendría que estar presente para respaldar a Judith: muy pronto, ella lo necesitaría.

Bebió otra copa de oporto y se marchó a su casa a esperar los acontecimientos.

20

Marcus recorrió la calle de St. James en dirección a la calle de Curzon. Era una noche oscura, pero él no se habría percatado de nada de lo que lo rodeaba aunque hubiese sido una noche de luna radiante. Su mente era un hirviente caldero de brujas donde se cocían la ira, la desilusión y algo que reconocía vagamente como pena. Pena por la salvaje, abrupta destrucción del capullo de su confianza en que su matrimonio, edificado sobre arenas movedizas, podría ser reconstruido sobre bases sólidas. Él había empezado a librarse de la carga de la desconfianza, a dejar que el calor de sus sentimientos hacia Judith borrara las dudas, a dejarse seducir por ella en todo sentido, tan completamente como lo había seducido su cuerpo en Bruselas. Y ahora, todo eso había desaparecido, convertido en cenizas sobre la lengua. Ella quería lo que él le daba en el aspecto material; cuando él no satisfacía esos deseos, ella no pensaba ni un instante en su posición ni en la de ella; simplemente, se apoderaba de lo que quería, perpetrando su engañosa comedia con tanta desvergüenza como siempre. No tenía interés ni intención de ser su esposa en el más amplio sentido, en adaptar su estilo de vida a las obligaciones y los deberes de esa posición, pero sí de disfrutar de sus ventajas. Ella estaba usándolo, como lo había usado desde el principio.

En la esquina de las calles de Duke y Piccadilly, el sonido de un escándalo rompió su abstracción. Un grupo de jóvenes borrachos y pendencieros de edad similar a la de Charlie, caminaban por la calzada, tomados de los brazos, en sus manos sendas botellas de borgoña. Uno de ellos disparó al aire su pistola de pedernal; el estallido de sus roncas carcajadas atrajo a un policía que vigilaba el callejón, con la linterna alzada en alto, arrojando un círculo amarillo de luz sobre la bulliciosa banda. Fue un error. El grupo, lanzando un grito de cacería, se precipitó y rodeó al hombre, sin dejar dudas sobre sus intenciones de practicar uno de los pasatiempos favoritos de los jóvenes aristocráticos cuando estaban ebrios: dar una paliza al guardia.

La cólera de Marcus, ya bastante inflamada, sólo necesitaba eso para explotar. Se metió en medio del grupo golpeando sin miramientos con su bastón, hasta que pudo llegar junto al guardia caído. Uno de los jóvenes, con el rostro enrojecido y los ojos inyectados en sangre, arrojó una botella de vino a quien llegaba a estropearles la diversión. Marcus le apretó la muñeca con sus delgados dedos y la presión arrancó una mueca de dolor al gamberro. El marqués lo miró en silencio. Apretó más fuerte y, tras una brusca inspiración de aire, el muchacho dejó caer la botella, que se estrelló contra el pavimento. Se tambaleó hacia atrás bajo la penetrante amenaza de esos ojos de ébano, y sus compañeros, temerosos de la tácita amenaza encarnada en el recién llegado, se esfumaron.

El guardia se levantó con dificultad, recogió su linterna, enderezó su chaqueta y se acomodó la peluca que estaba caída sobre un ojo. Musitó algo relacionado con la idea de llevar a esos alborotadores ante la justicia, pero el grupo ya había huido; pronto se oyeron sus gritos y risotadas a buena distancia de allí.

-Rufianes -dijo Marcus, disgustado, dando un puntapié con sus relucientes botas a unos fragmentos de vidrio-. Demasiado dinero y tiempo y nada que hacer. A veces pienso que habría sido preferible que no derrotásemos a Bonaparte. Unos años en el ejército les habría venido muy bien.

El guardia estuvo de acuerdo, aunque algo nervioso. Tenía la impresión de que su salvador estaba de un talante tan peligroso como sus atacantes, a juzgar por esos ojos que daban miedo y el modo feroz en que había hecho caer su bastón sobre los hombros de los

jóvenes. Agachó la cabeza, dio las gracias con un murmullo y reanudó sus rondas balanceando su linterna.

Ese encuentro no había hecho nada para calmar la encendida cólera de Marcus, que ya subía los peldaños de la mansión Heron, en la calle de Curzon. La luz salía por las ventanas, como las voces y las melodías del baile, que lo recibieron cuando entró en el vestíbulo. Después de ordenar secamente al mayordomo que llamara el coche de lady Carrington, Marcus subió la escalinata.

Su anfitriona se acercó a él como flotando en un mar de sonrisas; Marcus hizo un esfuerzo para responder con la debida cortesía, pero para Amanda Heron estaba claro que los pensamientos del muy honorable marqués de Carrington estaban en otra parte... y no eran gratos, a juzgar por la expresión de sus ojos. Ella sintió gran alivio cuando él se excusó y enfiló directamente hacia la sala de juegos tras echar un rápido vistazo al salón, donde la alfombra estaba enrollada y unas pocas parejas bailaban a los sones de un pianoforte.

Judith no estaba bailando. Tampoco estaba en la principal de las salas de juego. Era de presumir que las apuestas en ese insípido juego no eran dignas de su habilidad, pensó él, con furia, mientras enfilaba hacia otro salón más pequeño.

Oyó la voz risueña de Judith en cuanto traspuso el arco de entrada.

-Qué pena, Sally, estás multada. ¿Cómo pudiste perder este turno de naipes?

-Oh, se hace tarde -protestó Sally-. Y yo no tengo tu capacidad de concentración.

La capacidad necesaria para sostener una comedia engañosa. Marcus permaneció un momento en la sombra de una pesada cortina. Había diez personas sentadas en alegre círculo, en torno de una mesa de loo. Estaban jugando una partida limitada, ya que la multa estaba pactada en un chelín, pero Judith tenía junto a ella un considerable montón de monedas; bajo su mirada, un hombre que estaba enfrente empujó otro buen montón a través de la mesa.

-Lady Carrington, ha vuelto usted a ganar.

-Qué sorprendente -murmuró Marcus, yendo hacia la mesa.

Judith experimentó un sobresalto de placer al oír su voz; al principio, no captó su tono de ira. Se volvió, sonriente, cuando él llegó a ella y se detuvo junto a su hombro. Su sonrisa se desvaneció al ver la expresión de su marido, y un cosquilleo de recelo trepó entre sus omóplatos.

-Carrington, no te esperaba.

-¿No es éste un juego demasiado aburrido para ti, mi querida? -preguntó, indicando con un ademán los naipes y el montón de pequeñas monedas.

Su voz estaba cargada de sarcasmo, y la rabia, que a duras penas podía contener, ardía en sus ojos.

Dos manchas de color aparecieron en los pómulos de la mujer, y su pelo se erizó cuando la aprensión se afianzó. Captó los inquietos movimientos en torno de la mesa, las miradas perplejas que se dirigían a lord Carrington.

-Siempre me han gustado las partidas en equipo -aventuró, desesperada, tratando de encubrir lo que fuese-. Hemos estado divirtiéndonos mucho.

Apeló a los demás en la mesa.

-Oh, muchísimo -confirmó Isobel al punto, recogiendo las cartas, con su mirada cálida y confiada, sonriendo a Judith-. ¿Quiere unirse a nosotros, lord Carrington?

El negó con la cabeza, con brusca descortesía.

-Sólo espero a que mi esposa se despida.

Lo único que pondría fin a esta mortificación era la obediencia inmediata. Judith sintió que le palpitaba la cabeza mientras echaba atrás su silla y recogía su bolso.

-Has olvidado tus ganancias -dijo su marido, con intención.

-Pueden volver a la mesa.

Judith empujó el reluciente montón hacia el centro de la mesa. Deseó buenas noches a sus compañeros e intentó sonreír como si no hubiese sucedido nada fuera de lo común, pero sintió la rigidez de sus labios y percibió en todas las miradas la incomodidad y la consternación.

-Seguramente no vale la pena llevarse ganancia tan insignificante -musitó Marcus junto al oído de Judith, al tiempo que enlazaba el brazo de su mujer con el suyo. Judith se puso rígida y quiso retirarlo, pero él apretó con fuerza el miembro contra su cuerpo de modo que si ella quería soltarse tendría que forcejear ostensiblemente.

A ella no se le ocurrió nada que pudiera decir en público y que fuera seguro; entonces compuso una tensa sonrisa mientras avanzaban por los distintos salones, saludó con la cabeza, se despidió como una marioneta manejada por un titiritero y se dejó conducir de prisa fuera de la mansión de los Heron e introducir en el coche que aguardaba ante la puerta.

-¿A qué viene todo esto, Marcus?

Para su irritación, le tembló la voz; intentó convencerse de que la causa del temblor era tanto el temor como su propia ira ante el embarazo que él le había causado.

-No lo discutiremos aquí -dijo él, con tono helado, un tono que no daba lugar a negativas.

-Pero yo exijo...

-No exigirás nada.

Estas palabras contenían una carga tan grande de ferocidad, de determinación, que Judith se quedó en silencio. Se acurrucó en un rincón del coche e hizo intentos desesperados para reunir sus fuerzas, para encontrar alguna clave de lo que podría haber pasado... de lo que estaba por pasar, fuera lo que fuese. Había ocurrido algo terrible. Pero ¿qué era?

El calesín se detuvo en Berkeley Square. El cochero bajó el escalón, Marcus se apeó y ayudó a Judith. Entraron en la casa en silencio; el portero nocturno cerró con llave y cerrojo tras ellos, deseándoles las buenas noches.

-Trataremos este asunto en mi oficina.

La mano de Marcus se cerró sobre el hombro de Judith cuando vio que ella enfilaba hacia la escalera.

Ella comprendió que allí no habría criados esperando. Nadie a quien despedir antes de que él pudiese librarse de la carga de ira que pesaba sobre sus hombros, cualquiera fuese el motivo. Ella se apartó de su mano, con el primer gesto de independencia que había realizado desde que comenzara este desastre, y lo precedió por el pasillo hasta la habitación cuadrada, en el fondo de la casa.

-Tal vez quieras decirme a qué viene todo esto.

A Judith le temblaban las manos mientras se quitaba los largos guantes de seda dedo a dedo, pero su voz estaba más firme.

-Cuando una mujer virtuosa pierde su virginidad de manera deshonrosa a manos de un hombre honorable, ella tiene un derecho sobre ese hombre. Tiene que haber sido muy duro para ti contener esa naturaleza apasionada que posees, hasta que tu más precioso don de intercambio encontrase el mejor postor, mi querida. Sólo que ese postor no sabía a qué estaba apostando, ¿no es cierto? Una experta aventurera presentó su ficción a un postor, y él descubrió que era virgen cuando ya era demasiado tarde.

Judith se sintió descompuesta. Todo su cuerpo era un solo músculo crispado, y las náuseas le subieron a la garganta. Esto jamás se le había pasado por la cabeza. Desde el principio, él había creído que ella lo había inducido, le había ofrecido las estratagemas de una desvergonzada, para atraparlo con su virtud.

-No -dijo, con voz apenas audible-. No es verdad. Yo nunca pensé en mi virginidad cuando estuve contigo. Sólo pensé en ti... tienes que recordar cómo fue... cómo es ahora -dijo,

haciendo una apasionada apelación a la pasión que compartían-. ¿Cómo pudiste creer que yo fingía hasta ese punto lo que sentía por ti? Ignoro cómo podría fingirlo.

Las lágrimas se agolparon en su garganta; ella se esforzó por tragarlas.

Marcus casi no la oyó. Movió una mano en señal de negativa.

-Tú eres una actriz consumada -dijo-. Y yo ya te he observado actuar demasiadas veces. Qué tremenda buena suerte que aparecieran Francis y los otros de manera tan oportuna. Eso cerró a la perfección la puerta de la trampa, ¿no?

-No -susurró ella, de nuevo--. No, no fue así.

Pero su corazón parecía de plomo; la inundaron lágrimas de dolor y de desasosiego hasta que de repente la voluntad de lucha la abandonó. Bajó la cabeza en gesto de derrota.

-Ahora, quiero que me escuches muy atentamente -continuó diciendo Marcus, articulando lentamente cada palabra, tanto para contener su ira como para dar fuerza a su discurso-. Para mejor o para peor, eres mi esposa; en consecuencia, empezarás a comportarte como tal. No eres digna de confianza, de modo que yo asumiré personalmente la responsabilidad de corregir tus faltas. Desde ahora en adelante, fuera de esta casa, sólo jugarás al whist y al loo limitado. Desde este momento, yo te vigilaré; observaré cada movimiento que hagas -fue llevando la cuenta con los dedos-. No aceptarás ningún compromiso sin mi permiso expreso; sólo entrarás en una sala de juego acompañada por mí; si en alguna ocasión llegara a encontrarte sentada ante una mesa que no fuera de loo o de whist, te obligaré a marcharte de inmediato, por más embarazo que eso pueda causarte. ¿Has entendido?

-Sí -dijo Judith, con voz queda.

Él estaba convirtiendo a su matrimonio en una prisión en la que él sería el carcelero.

-Más aún -continuó él con frialdad-, me pedirás aprobación antes de comprar cualquier cosa. Yo querré saber qué quieres comprar, por qué te hace falta y cuánto cuesta. Luego, yo determinaré si puedes hacerlo o no. No volverás a aprovecharte nunca más de mí, Judith.

Su voz había adquirido, ahora, un tono torvo; él se alejó de ella y fue hasta la gran puerta acristalada, corrió la cortina y se quedó contemplando la noche sin estrellas.

Oyó el ruido de la puerta al cerrarse y se dio cuenta de que Judith se había marchado. Pudo oír su propia voz, sus duras, lacerantes palabras, la lobreguez de la traición bajo la fría furia. Tenían por delante toda una vida juntos... toda una vida de desdicha para ambos. Y ahora, él la deseaba más de lo que había deseado nunca algo antes de haber puesto sus ojos en ella. Pues, de ahora en adelante, conocerla sólo podría acarrearle un dolor más intenso. Había comenzado a amarla, pero había estado amando a una quimera.

Volvió a llenar su copa de coñac, apuró el líquido ambarino de un solo trago, y luego se marchó a sus aposentos. Un soñoliento Cheveley saltó de su silla, junto al fuego.

-Confío en que haya gozado de una velada agradable, milord.

-No recuerdo haber pasado otra peor -repuso Marcus, pesaroso.

El valet cerró la boca y concentró toda su atención en la tarea de ayudar a su señoría a acostarse.

En el cuarto contiguo, Judith estaba sentada sobre la cama, esperando. Había enviado a Millie a acostarse apenas había llegado; después que ella se marchara, había cerrado con llave la puerta entre ambos dormitorios. Ahora, prestaba atención a los ruidos amortiguados y a los pasos en el cuarto vecino, esperando hasta oír que Cheveley daba las buenas noches a su señoría y salía, cerrando la puerta tras de sí.

El dolor femenino que sentía en el vientre y la desesperación en que estaba sumida su alma la hacían encorvarse. Allí no había futuro. La vida que Marcus había acabado de decretar era imposible de ser vivida por ninguno de los dos.

La línea amarilla que se colaba por debajo de la puerta de comunicación se apagó cuando Marcus sopló la vela que tenía en su mesilla de noche. Judith se levantó y emitió un suave gemido al estirar su cuerpo dolorido.

Se quitó el vestido de noche y se puso el traje de montar, moviéndose suavemente en la habitación, abriendo cajones y armarios con sumo cuidado. Metió en una pequeña valija sus cepillos para el pelo, su ropa de dormir, su polvo dentífrico y una muda de ropa. De momento esto le bastaría; más adelante compraría cualquier otra cosa que necesitara.

Sólo sabía que no podía seguir viviendo bajo el mismo techo con Marcus. Si bien abandonarlo de manera tan precipitada arruinaría todo el plan relacionado con Gracemere, no se le ocurría otra posibilidad. Sebastian lo comprendería; ya pensarían un plan alternativo.

Pero nunca se había sentido tan desolada, con tal sensación de pérdida. No podía quedarse con él; entonces, ¿por qué abandonarlo le parecía tan torturante como arrancar una capa de su piel?

Hizo girar la llave con delicadeza y salió de la habitación. En el corredor, apenas iluminado por la luz tenue que provenía de una única vela, se detuvo y prestó oídos. Los únicos ruidos que se oían eran los crujidos y susurros de la casa dormida. Bajó la escalera con sigilo, todavía encorvada por el persistente dolor de su vientre, y giró por el pasillo que llevaba a la oficina. Ésta no era una salida que pudiera hacerse por la puerta principal.

Abrió la puerta de cristal y salió al jardín, cerrando quedamente a sus espaldas. El portón que había allí daba a los establos. Los caballos relincharon y movieron sus cascos sobre la paja, mientras ella avanzaba en la oscuridad, cruzando los adoquines del patio. Hasta una hora después, los mozos de cuadra no empezarían a trabajar; Judith tenía la sensación de ser el único ser humano despierto en todo Londres. Se le ocurrió que tal vez fuese una tontería caminar sola por las calles en la hora oscura que precede al amanecer; su mano buscó la pistola.

Sin embargo, la caminata hasta la calle de Albemarle llevaba menos de diez minutos, y no vio a nadie. Las habitaciones de Sebastian estaban en la planta baja; ella se puso de puntillas para llamar en su ventana. Si tenía que usar el llamador, la patrona acudiría a la puerta y a Judith le sería difícil explicar su presencia a semejante hora. Ya levantaba la mano para volver a golpear, cuando se abrió la puerta principal.

-Entra, Ju -susurró Sebastian.

-¿Cómo sabías que era yo?

Pasó junto a él por el oscuro corredor.

-En cierto modo, estaba esperándote -respondió él, recogiendo la maleta de su hermana e indicando con un gesto en dirección a la sala.

-Eso significa que no te he despertado.

-No, te esperaba -dejó la valija y observó con atención a su hermana-. Tienes un aspecto espantoso. ¿Coñac?

-Por favor -ella se quitó la capa y los guantes-. Gracias.

Acunó la copa entre las manos y se acercó al hogar, donde el resplandor de las ascuas de fuego casi extinguido brindaba un módico calor.

Su hermano sacó algunas astillas de un cesto que había junto al hogar y las echó sobre el rescoldo. Al poco rato surgieron las llamas. Sebastian se irguió y contempló a su hermana con penetrante preocupación. Ella bebía el coñac a pequeños sorbos mientras se acariciaba el estómago en un gesto inconsciente, que él reconoció como de alivio, a medida que el licor entibiaba sus músculos agarrotados.

-No te sientes bien -dijo el joven.

Ella le dirigió una desmayada sonrisa de confirmación.

-Para añadir el insulto a la ofensa.

-Y bien, ¿qué te ha hecho?

-¿Cómo sabías? Ah... tú se lo dijiste.

-Él quería pagarme por el faetón y los caballos; yo le dije que tu habías pagado todo. Y él hizo la deducción correcta. Carrington no es ningún tonto, Ju.

-Nunca pensé que lo fuese -dijo ella.

Con aire desdichado, ella le contó la escena en la oficina sin omitir nada. Sebastian la escuchaba en torvo silencio. Se le ocurrió pensar que su cuñado había manifestado tanta sensibilidad como una manada de elefantes salvajes.

-Bueno, ¿a dónde irás? -preguntó, una vez que ella calló.

-A algún hotel pequeño, tal vez.

-¿En Londres?

-Sí, pero no en un barrio elegante; en algún sitio donde no corra el riesgo de toparme en la calle con algún conocido.

-¿Kensington... Bloomsbury?

-Sí, un barrio así... mira, ya sé que esto lo arruina todo, pero...

-No es necesario -interrumpió su hermano-. Ya pensaremos algo. Pero por el momento, tienes que salir de esto. Lo primero que haremos mañana por la mañana será buscar un sitio donde puedas instalarte -dejó su copa-. Puedes usar el dormitorio. Yo dormiré en el sofá.

-No, no me molesta dormir aquí.

-Vamos, Ju; no seas pesada -levantó la maleta-. Aparte del hecho de que estás con dolor de vientre, no tienes por qué mostrarte tan fastidiosamente independiente conmigo. Tú dormirás en la cama y yo lo haré en el sofá; no hay problema. Ambos hemos dormido en lugares más incómodos en nuestros tiempos difíciles.

Judith le dedicó una sonrisa a modo de disculpa.

-Lo siento. Esta noche, al parecer, he perdido la capacidad de mantener la cabeza fría.

Él sonrió y la besó en la mejilla.

-No es de extrañar.

Judith lo siguió al dormitorio.

-Supongo que es posible que Marcus llame a tu puerta en algún momento.

-Es bastante probable, diría yo -asintió Sebastián, con una sonrisa carente de alegría-. No podrá simular que tú no has existido jamás.

-No, pero espero que desee poder hacerlo.

Sebastian negó con la cabeza.

-Admito que por el momento la situación tiene mal aspecto, pero las cosas pueden cambiar con el tiempo y la distancia.

-Yo no puedo volver -dijo ella, apartando las mantas.

-No -dijo él, con tono neutral-. Supongo que no -la tomó de las manos-. Estás agotada, mi amor. Ya se nos ocurrirá algo.

-Claro que sí. Siempre lo hacemos -asintió ella, con una convicción que, en verdad, no sentía. Se incorporó para darle un beso-. Gracias.

-Que duermas bien.

Judith se metió en la cama y, pese a su infelicidad y su incertidumbre, se quedó dormida al instante con el sueño del más absoluto agotamiento emocional.

21

Marcus durmió profundamente y se levantó con una fuerte depresión. Permaneció tendido en la enorme cama, contemplando la sombría perspectiva de su matrimonio. Después de semejante confrontación, después de las cosas que se habían dicho, no veía otra posibilidad futura que la de una helada tregua armada entre ellos. Él sabía que siempre sospecharía de ella, imaginando el empleo de alguna jugarreta para aprovecharse de él. Jamás podría volver a confiar en sus respuestas ni en sus emociones... ni siquiera en la cama. Y la vigilaría como un águila. Controlaría cada aspecto de la vida de ella con que él tropezase. Y la amarga resistencia de Judith alimentaría el círculo vicioso de la desconfianza.

Salió a rastras de la cama en ese triste amanecer, y caminó lentamente hasta la puerta intermedia. El tirador giró pero la puerta estaba cerrada con llave. No lo sorprendió, pero lo irritó. Él quería que desde ese momento la vida de ella estuviese abierta a su inspección en todo momento, y no estaba dispuesto a tolerar puertas cerradas con llave.

Salió al pasillo y fue hasta la puerta exterior. Ésta estaba abierta, pero la habitación de Judith estaba vacía. Se quedó allí, sin poder creer lo que veía, tratando de poner orden en sus tumultuosos pensamientos y en la súbita ciénaga de reacciones a las que aún no podía dar un nombre. La cama estaba intacta, los cajones estaban abiertos y su contenido, revuelto como si alguien hubiese estado buscando algo de prisa. El armario también estaba abierto. Los cepillos para el pelo de Judith ya no estaban sobre el tocador.

Ella se había marchado. Al principio, el mero reconocimiento del hecho careció de sentido para él. Su mente no lograba aprehender el hecho de que Judith lo había dejado. Se aferró y retuvo los aspectos más obvios: las consecuencias públicas de tal acción. La reacción fue igualmente obvia: un surgimiento de una renovada furia. ¿Cómo se había atrevido ella a hacer una cosa así? ¿A ponerlo en semejante situación? ¿Cómo explicaría a los criados la huida de su esposa en mitad de la noche? ¿Cómo haría para explicar su ausencia al resto del mundo? Era un acto de suprema cobardía, algo que él jamás habría esperado de Judith.

Furioso, abrió la puerta que comunicaba los dormitorios y entró como una exhalación en el suyo, tirando de la cuerda para llamar a Cheveley.

-Su señoría ha ido al campo -dijo, cortante, cuando apareció el valet-. Ha recibido noticias de que una tía suya cayó enferma y se vio obligada a marchar de inmediato. Por favor, informe de esto a Millie.

-Sí, milord.

Cheveley estaba demasiado entrenado en el disimulo de sus sentimientos como para mostrar el más ligero asombro ante tan extraordinaria información. Ayudó a su señor a vestirse y permaneció pacientemente sosteniendo una gran variedad de corbatas por si sus primeros intentos fuesen infructuosos. Pero esa mañana, al parecer, el marqués era fácil de complacer, y demoró menos de cinco minutos en las complicaciones del nudo de la corbata.

Marcus metió una caja de Sevres con rapé en su bolsillo y bajó la escalera para desayunar, diciendo por encima del hombro:

-Gregson, haga traer mi carrocín del establo.

El aludido hizo una reverencia ante la concisa indicación.

El marqués entró en la sala de desayuno y cerró la puerta con un movimiento controlado. Se sirvió café, una porción de huevos preparados con fragantes hierbas frescas y

se sentó a la mesa. Lentamente, las emociones en conflicto que se debatían entre sí, luchando por la precedencia, comenzaron a diferenciarse. El bebió su café con la vista perdida, dejando que los huevos se enfriasen en el plato. Desde luego, tenía que encontrarla y traerla de regreso. Fueran los que fuesen sus problemas, cualquiera fuese el futuro que pudieran tener, ella seguía siendo su esposa, le gustara o no. Por más aventurera descarriada que fuese, era su esposa, le gustase a él o no. Ay, por Dios, cuando la encontrase...

Bruscamente, empujó su silla hacia atrás y fue hasta la ventana. Era una mañana radiante, y una blanca escarcha brillaba sobre la hierba. Claro que estaba furioso con ella por ponerlo en tal situación, pero había algo más. Sí; ella debía volver. De lo contrario, el escándalo sería inconcebible. Pero él había sentido otra cosa, además de ira, cuando había visto vacío el dormitorio de ella... un dormitorio del que parecía haberse ido toda alegría. Hasta la casa estaba diferente, como si hubiese perdido cierta presencia vital que le daba vida. Lentamente, se esforzó por denominar sentimientos que había tenido en el vano de la puerta. Había sentido el terror de la pérdida. Lo sentía en este momento, abriéndose paso a través de su enojo. No había otra forma de describirlo.

Comenzó a pasearse por la sala, tratando de deducir su significado. ¿Significaba que los engaños de ella no importaban? ¿Que él estaba dispuesto a tolerar que ella lo usara, si era el precio a pagar por la presencia de ella en su vida? ¿O sencillamente significaba que él estaba dispuesto a levantar el castigo si Judith le ofrecía la compensación de un compromiso? ¿Podrían volver a empezar? ¿Qué era lo que le aterraba perder: la posibilidad del amor o la certeza de la lujuria?

Oyó en su cabeza la risa de ella, esa risa maliciosa, sensual, y ese sonido le quitó el aliento. Sintió el cuerpo de ella en sus manos como en un vívido sueño sensual. Pudo oler la delicada fragancia de la lavanda en su piel. La cabeza como de cobre bruñido; los grandes ojos castaño dorados titilaron en su visión interior. Pero no era sólo eso, ¿verdad? Era la misma Judith. Judith, con su carácter tempestuoso, su ingenio agudo, su lengua punzante, su delicioso sentido del humor. Judith, la del orgullo de lince y la independencia feroz. Era la mujer que llevaba consigo una pistola, la que no se doblegaba ante la adversidad, la que sin pensarlo dos veces era capaz de trabajar como una esclava entre los restos sangrientos de la batalla, la que asumía por sí misma la responsabilidad. Ésa era la mujer que él había pretendido someter por la fuerza. La estupidez de una acción tan torpe dibujó en su boca una curva sardónica. Fuera quien fuese, quien había sido Judith, ella le pertenecía. Y, por perversos que fueran sus motivos, pese a sus tretas y sus engaños, ella era lo que él quería. Y, si así era, él tendría que tratar de modificar lo que estaba mal con más sutileza de la que había tenido hasta el momento, y lo que no pudiese cambiar, tendría que aceptarlo.

Pero ante todo debía recuperarla. El paso inicial era obvio. Si éste fracasara, el siguiente paso ya no sería tan obvio.

Gregson anunció que el carruaje de su señoría estaba en la puerta.

-Gracias. Lady Carrington se ha ido al campo, a visitar a una tía enferma.

-Sí, milord, eso me ha dado a entender Cheveley. ¿Podremos saber cuándo regresará la señora?

-Cuando su tía esté mejor, supongo -repuso Marcus, mientras embutía sus brazos en el abrigo de viaje de muchas capas que sostenía Gregson.

Fue hasta la calle de Albemarle. Eran las once; aún era demasiado temprano para que Sebastian hubiese dejado sus aposentos. Tenía razón, hasta cierto punto, puesto que la persona que buscaba estaba sentada ante su desayuno, tras regresar a su alojamiento después de haber ido temprano por la mañana a Kensington.

-Buenos días, Marcus -Sebastian se puso de pie cuando el criado anunció a su cuñado-. ¿Desayunas?

Indicó con un ademán la mesa repleta.

-No, ya he desayunado. ¿Dónde está ella, Sebastian?

-Suponía que ése sería el motivo de tu visita -Sebastian volvió a ocupar su asiento-. ¿No te molesta si continúo...?

Marcus azotó sus botas con la fusta de montar.

-No tengo todo el día, Sebastian. ¿Dónde está ella?

-Bueno, he ahí la dificultad -murmuró su anfitrión, levantando una jarra de cerveza-. No puedo decírtelo, ¿entiendes?

-Ella vino a verte, por supuesto.

-Por supuesto.

Bebió un trago de cerveza.

Marcus miró alrededor. Si Judith hubiese estado cerca, él lo habría sabido, lo habría sentido en sus huesos y en su piel. Ese era el efecto que ella ejercía sobre él, un efecto que se hacía más fuerte a medida que transcurría el tiempo que vivía con ella. El sabía que ella ya no estaba en el alojamiento de su hermano.

-Si no te molesta que lo diga, has sido bastante poco sutil -observó Sebastian, pinchando un trozo de riñón con salsa picante.

-Estoy dispuesto a admitir eso -dijo Marcus-. Aunque la provocación fue intolerable.

Sebastian frunció el entrecejo. Llevaba muchas horas pensando en la situación desde que su hermana se había quedado dormida. Él no había dicho nada a Judith, pero había llegado a la conclusión de que cierto grado de intromisión por su parte redundaría en beneficio de su hermana. Desde luego que la reparación del matrimonio de Judith también redundaría en beneficio del propio Sebastian. Él no podría destruir a Gracemere sin ayuda de ella; hasta que no hubiesen dado cuenta de ese sujeto, él no podría hacer una propuesta formal a Harriet. Tuvo que vérselas con unos cuantos conceptos durante largo tiempo hasta que pudo convencerse de que aquello que hiciera sin duda sería tanto en beneficio de Judith como en el suyo.

-Para empezar, si no te hubieses precipitado a extraer conclusiones no habría sido necesario que Ju te provocase -dijo, con intención.

-Tal vez quieras explicármelo.

Marcus se sentó, golpeteando su bota con la fusta, posando su mirada en su cuñado, con expresión reconcentrada.

-Ju no tenía la menor idea de quién podía estar en el comedor de aquella taberna, después de que tú y ella...

Sebastian movió una mano para completar la oración.

De repente, Marcus se quedó inmóvil.

-Pero ella me dijo que sí lo sabía.

-¿De verdad? ¿Estás seguro de eso?

Sebastian puso mantequilla en una tostada sin mirar a su visitante.

Marcus se puso a pensar. En aquel pequeño desván, aquella mañana, en Waterloo, él le había preguntado y ella había dicho... pero no, ella no había dicho nada en absoluto. Él le había preguntado y ella no lo había negado.

-Si no era verdad, ¿por qué no lo negó?

-Bueno; para entenderlo tendrías que comprender a Ju y sus excéntricos principios bastante mejor de lo que lo haces -afirmó el hermano de su mujer-. Ella se sintió tan profundamente ofendida de que tú la creyeras capaz de una treta tan mezquina que no creyó que tuviera sentido defenderse.

-¿Quieres decirme que estos meses, cuando a ella le habría bastado una palabra para tranquilizarme, eligió deliberadamente no decirla?

Sebastian asintió. Era un poco más complicado que eso, pero no podía explicar a Marcus que Judith no había visto demasiada diferencia entre la acusación de manipulación y la verdad del oportunismo. A su hermano, en cambio, la diferencia le parecía crucial para despejar el actual torbellino.

-No deberías haber sospechado eso de ella -dijo con sencillez.

Marcus cerró los ojos sintiendo una oleada de exasperación que durante un momento, mientras lidiaba con el peso de la desconfianza, le impidió gozar de su alegría sin cortapisas.

-No era una sospecha descabellada, sabiendo cómo vivíais tú y tu hermana -señaló, después de un rato.

-Bueno, discrepo contigo -dijo Sebastian-. Tú habías sacado falsas conclusiones de las premisas. Casi no la conocías -miró a Marcus-. La otra cuestión, también -siguió-. Si bien es un tanto delicada, tú no tenías fundamentos para...

-Está bien -interrumpió Marcus, con algo de color en sus mejillas-. No es necesario que te extiendas. Ya sé a qué te refieres. Si tu hermana no se hubiese dejado llevar por ese condenado orgullo de lince, todo esto podría haberse evitado -se golpeó la bota-. No estoy preparado para asumir toda la responsabilidad por esto, Sebastian.

-No -admitió el otro, alzando otra vez su jarro, del que bebió un buen trago-. ¿Qué piensas hacer cuando la encuentres?

-Retorcerle el cuello y arrojar su cadáver al Serpentine -respondió Marcus, de inmediato.

Sebastian se echó a reír y movió la cabeza.

-Eso arruinaría el propósito de reconciliación.

Marcus se puso bruscamente de pie.

-Maldita sea, Sebastian; ¿dónde está ella?

Sebastian negó con la cabeza.

-Me temo que no puedo ayudarte, Marcus.

-Pero, tú sabes dónde está ella, ¿no es cierto?

Sebastian asintió.

-Pero he jurado guardar el secreto.

Marcus lo miró con los ojos entornados, golpeteando con el cabo de plata de su fusta en la palma de la mano.

-Me arriesgaría a decir que hoy la verás en algún momento.

-Sí.

En los ojos de Sebastian brilló una fría comprensión.

Marcus inclinó la cabeza, como reconociéndolo, y fue hasta la puerta.

-Gracias, Sebastian.

La puerta se cerró tras el visitante. Sebastian apartó su silla de la mesa y estiró sus largas piernas. Era probable que Judith se enfadase por su intromisión, pero él sentía que había hecho una buena obra. Estaba bastante seguro de que los sentimientos de su hermana hacia Marcus Devlin eran mucho más profundos de lo que ella estaba dispuesta a admitir. Y Marcus, pese a su autocrática forma de ser, sentía mucho más por Judith de lo que había demostrado hasta el momento.

Quizá fuese que un hombre enamorado era capaz de reconocer los síntomas en los otros, reflexionó Sebastian, complacido. Dio tiempo a Marcus para que situara su espía antes de ir a ver a Judith.

Marcus guió su calesín hasta la cochera.

-Timkins, ¿dónde está Tom?

El jefe de los caballerizos tomó las riendas que su amo le dejaba.

-En la talabartería, milord. ¿Quiere que lo llame?

-Por favor.

Un minuto después, un muchacho de unos catorce años llegaba corriendo sobre los adoquines, limpiándose las manos en su delantal de cuero.

-Usted quería verme, milord.

-Sí, tengo un encargo para ti -Marcus dio instrucciones al muchacho, y éste las recibió en silencio, moviendo la cabeza de vez en cuando, en señal de comprensión-. ¿Está claro, Tom? Estoy seguro de que él sabrá que alguien lo seguirá, y no tratará de despistarte, pero no quiero que te hagas ver.

-No se preocupe, milord. Seré como una sombra -el muchacho dibujó una alegre sonrisa-. Podría quitarle el monedero y él no se enteraría.

-Estoy seguro de que podrías -aseguró Marcus-. Pero te ruego que no cedas a la tentación.

Tom era un habilidoso ratero que dos años atrás había tenido la buena fortuna de aliviar el bolsillo del marqués en un concurrido local de lucha profesional. Carrington no había advertido que su reloj había desaparecido hasta que un avisado espectador había empezado a gritar «¡Al ladrón!». El terror reflejado en los ojos del muchacho al ser atrapado había ejercido un potente efecto sobre Marcus, que de pronto vio el pequeño cuerpo colgando de una cuerda en un patíbulo de Newgate. Lo había tomado a su cargo pese a las protestas de los indignados ciudadanos, lo había puesto en manos de su jefe de establos, ordenándole que le enseñara sin lugar a dudas las consecuencias de robar y que después lo pusiera a trabajar. Desde entonces, Tom había sido su más devoto empleado, evidenciando un grado de inteligencia que, por cierto, lo habilitaban para una tarea como ésta.

Una vez puesta en marcha la búsqueda, sólo le quedaba esperar. Se encerró en su oficina, pensando en la manera de distribuir la culpa de ese malentendido que había causado tanta desdicha. Los dos tenían cierta responsabilidad, pero, cuando pensó fría y honestamente en la cuestión, se vio obligado a aceptar que él había arrojado la primera piedra.

El birlocho se detuvo ante una casa alta, bien cuidada, en Cambridge Gardens, al norte de Kensington; y tres mujeres miraron en torno con la curiosidad de quienes llegan a un sitio desconocido. Kensington era un lugar perfectamente respetable, ciertamente, pero poco elegante y no frecuentado por la aristocracia.

-Qué lugar extraño ha elegido Judith -comentó Isobel.

-Qué cosa tan extraña ha elegido hacer -repuso Cornelia con más precisión, alzando el ruedo de su vestido y sacudiéndolo inútilmente para desprender alguna sustancia pegajosa-. ¿Cómo habrá llegado esto aquí? Miró la tela con hostilidad, como si ella fuese la responsable de su apariencia tan poco inmaculada.

Ninguna de sus amigas se molestó en responder a una pregunta evidentemente retórica.

-Haga andar a los caballos, pues tardaremos una hora, más o menos -dijo Sally al cochero, antes de levantar el llamador en la puerta pintada de azul. -No parece un hotel.

La experiencia de Isobel en lo tocante a hoteles se limitaba a aquellos como el Brown o el Grillon.

Sin embargo, la puerta fue abierta pronto por una criada, quien les aseguró que ése era el hotel Cunningham, y que la señora Cunningham las atendería en un momento.

La señora Cunningham era una respetable mujer enfundada en brillante bombasí, que saludó con afabilidad a tres evidentes miembros de la alta sociedad que visitaban su establecimiento.

-Venimos a visitar a lady...

Cornelia se interrumpió al sentir el puntapié de Sally.

-A la señora Devlin -se apresuró a decir esta última-. Tenemos entendido que la señora Devlin se ha alojado aquí.

La nota que Judith les había enviado por medio de Sebastian les decía que ella estaría registrada en el hotel Cunningham con el apellido de Marcus.

-Oh, sí -la sonrisa de la señora Cunningham se agrandó-. Ella tiene la mejor suite; es en el fondo. Es agradable y tranquila, como ella quería, y mira al jardín. Dora las acompañará; yo les haré llevar el té.

Siguieron a la criada escalera arriba y por un corredor, hasta una puerta doble en la parte de atrás de la casa. Cuando entraron sus amigas, Judith estaba sentada junto a la ventana frente a un tablero de ajedrez... Se puso de pie lanzando una exclamación de alegría.

-Oh, qué bueno que hayan venido. Estaba empezando a sentir compasión por mí y una horrible soledad.

-Pero ¿cómo no habríamos de venir? -dijo Sally, observando la sala en derredor. Era bastante agradable, aunque no resistía la comparación con la sala amarilla de Berkeley Square-. ¿Qué te propones, Judith? Tu nota no lo explicaba, y Sebastian no nos dijo nada.

-Pensar -respondió la interrogada-. Eso es lo que pretendo, pero hasta ahora no he llegado a ninguna idea sensata... o al menos reconfortante -agregó.

-Bueno, ¿qué ha sucedido? -Cornelia se sentó en el sofá-. ¿Por qué estás aquí?

-Es un lugar agradable -dijo Judith-. Tengo un gran dormitorio y una sala; la propietaria es una mujer muy atenta...

-Sí, pero ¿por qué estás aquí? -Isobel interrumpió la irrelevante defensa de las comodidades del lugar. Judith suspiró.

-Marcus y yo hemos tenido una espantosa riña. Y yo necesitaba estar en a un sitio tranquilo para poder pensar.

-¿Dejaste a tu marido? -hasta Cornelia se asombró-. ¿Sencillamente saliste por la puerta y viniste aquí?

-En apretada síntesis. Marcus me había prohibido jugar, y tenía intenciones de controlar cada penique de mis gastos -Judith jugueteaba con las piezas de ajedrez mientras les contaba todo lo que podía de la historia, sin revelarles lo de Bruselas-. Como no puedo aceptar sus órdenes -concluyó-, y Marcus está empecinado en que yo lo obedezca, bueno, ¿qué otra cosa podía hacer?

Isobel movió la cabeza y dijo, dubitativa:

-Me parece un poco exagerado. Los esposos suelen exigir obediencia como una especie de rutina. Y una tiene que hallar el modo de eludirla. La criada trajo el té.

-La señora Cunningham quiere saber si desean un poco de pan y mantequilla, señoras. ¿O prefieren pastel?

-Pastel -dijo Isobel automáticamente; Judith rió entre dientes, sintiéndose algo reanimada.

Había estado todo el día luchando contra oleadas de desolación... desolación y culpa, cada vez que pensaba en aquel momento de voluble pasión en camino a Quatre Bras que había estropeado todos sus planes tan cuidadosamente trazados. Y, hasta el momento, Sebastian no había pronunciado una sola palabra de reproche.

-Pero ¿qué piensas hacer, Judith? -preguntó Sally, después de haber estado sentada en silencio cierto tiempo digiriendo la información.

-No sé -respondió la otra, sincera. -No puedes desaparecer, sin más. ¿Cómo lo explicará Marcus? -insistió Sally-. La familia...

Se interrumpió y se encogió de hombros, impotente. El poderío y el prestigio de la familia Devlin eran más evidentes para ella que para Judith, sin duda. Ella había estado casada cinco años con un miembro de esa familia. La idea de dañar ese prestigio, de provocar la ira de ese poderío le producía un escalofrío de miedo en la espalda.

-Quizá valdría más que estuviera muerta -dijo Judith.

Por alguna razón, pensó en su madre. Su madre había muerto furtivamente en un convento francés, sin dejar más que una onda en la superficie del mundo... si no se tenían en cuenta sus dos hijos.

-Judith! -protestó Cornelia-. No digas eso.

-Oh, no quiero decir realmente muerta -explicó ella-. Desaparecería, y Marcus podría decir que había muerto de tifus o de un accidente de equitación o algo así.

-Estás loca -afirmó Sally-. Si crees, por un minuto, que la familia Devlin te dejaría salirte con eso, es porque no sabes nada de ellos.

Judith se mordió el labio un instante. Tenía la horrible sensación de que muy probablemente Sally estuviera en lo cierto.

-En este momento, no puedo pensar con claridad -dijo, al fin-. Más adelante me preocuparé por los detalles. Cuéntenme algún chisme. Me siento tan aislada ahora.

-Bueno, hay una famosa historia dando vueltas por ahí; es referida a Hester Stanning -dijo Isobel-. La oí de boca de Godfrey Chauncet.

Bajó la voz hasta un tono confidencial.

Judith oyó los rumores con una parte de su atención, mientras su mente trabajaba buscando algún modo en que ella pudiera seguir actuando su parte con Gracemere. Quizá, para el desenlace, Sebastian podría arreglar una partida de naipes privada, y ella podría hacer una aparición inesperada...

-¿No te parece divertido, Judith?

-Oh... sí... sí, muy divertido.

Con un sobresalto, volvió a la realidad de la habitación.

-No estabas escuchando -reprochó Isobel, contemplando el pastel de chocolate que había llevado Dora-. Me pregunto si debo animarme a comer otro trozo. Es muy bueno, realmente.

Judith cortó otra ración para ella.

-Estaba escuchando -dijo.

-Cuando riñes con Carrington, ¿pierdes el control? -preguntó Cornelia, como quien ha estado pensando mucho tiempo la cuestión.

La pregunta provocó en Judith tal oleada de nostalgia que durante un momento quedó perdida en el recuerdo de la época en que peleaban con uñas y dientes y luego hacían las paces con ardiente impulso.

-Sí -admitió-. Yo tengo un carácter espantoso, y Marcus también.

-Cielos -dijo Cornelia-. No puedo imaginarme a Forsythe perdiendo la calma. Me pregunto si no debería intentar provocarlo. Tal vez pondría un poco de excitación en mi vida.

Judith no pudo menos que reírse.

-Eres demasiado sensata y de buen carácter, Cornelia. En lugar de discutir con tu esposo, comenzarías a discutir contigo misma, pues, en seguida, verías el punto de vista del otro.

Cuando sus visitantes se marcharon, Judith permaneció sentada en la penumbra de las últimas horas de la tarde. En realidad, Cornelia, Sally e Isobel no entendían nada. Por

supuesto que la apoyarían. Por supuesto que le harían compañía y guardarían su secreto, pero no serían capaces de entender qué impulsaba a una mujer a dar un paso tan desesperado. Como jamás habían saboreado la libertad, esa libertad a veces incómoda que proporcionaba la vida al margen de la sociedad, no se imaginaban haciendo algo tan drástico. Judith no las censuraba por ello; al contrario, envidiaba la simplicidad y seguridad de sus vidas.

Aunque estaba oscureciendo, no tocó la campanilla para que Dora fuese a encender las velas. Las sombras que se espesaban reflejaban su estado de ánimo; ella sentía que se hundía cada vez más en un abismo de desdicha. Cada vez que recordaba lo que Marcus le había dicho, volvía a sentir dolor, cada vez que recordaba que, aun creyendo semejantes cosas de ella, le había hecho el amor del modo que lo había hecho, con tanta confianza, con tanta sinceridad, con tanta unidad con el cuerpo y el espíritu de ella. En esos momentos, ella se había entregado a él, como él se había entregado a ella. Y, sin embargo...

Alguien llamó a la puerta, sacándola del sombrío círculo de sus pensamientos: entró Sebastian; Judith parpadeó en la oscuridad casi completa.

-¿Por qué estás sentada en la oscuridad?

Golpeó el pedernal contra la yesca y encendió el candelabro de brazos que había sobre la mesa. Sometió a su hermana a un exhaustivo escrutinio que confirmó sus sospechas; quedó convencido de que esa mañana había hecho lo correcto.

-Pensé que tal vez te gustaría contar con compañía para cenar -dijo, como si no hubiese advertido la palidez de su hermana ni el brillo de las lágrimas en sus ojos-. La señora Cunningham me ha informado que tiene carpa en salsa de apio y gallina hervida con setas. Para mí, es bastante apetitoso.

Judith parpadeó para contener las lágrimas.

-Gracias, Sebastian -dijo, muy compuesta-. La perspectiva de una cena solitaria me atemorizaba.

-Lo imaginé -se inclinó para darle un beso-. ¿Estás deprimida?

-Eso es decirlo con suavidad -respondió Judith- ¿Qué haremos con respecto a Gracemere?

-En este momento eso no tiene importancia -acercó el tablero de ajedrez al hogar-. Ya idearemos algo, cuando hayas recuperado tu equilibrio.

-Pero...

-¿Cuál mano? -interrumpió Sebastian, mostrándole los puños cerrados.

-Yo sólo quería...

-¿Cuál mano? -repitió el joven.

Judith señaló la mano izquierda. Él la abrió y apareció el peón negro.

-Qué bien: la primera movida es mía -dijo Sebastian, alegre, sentándose ante las piezas blancas-. Siéntate, Ju, y deja ya ese aspecto de pollo mojado.

Ella se sentó y vio que él movía su peón a rey cuatro. Judith hizo lo propio con el suyo.

-¿Has visto a Marcus? -preguntó, tratando de disimular el temblor de su voz.

-Me ha hecho una visita esta mañana -respondió su hermano, moviendo su peón de reina. Ella hizo el movimiento correspondiente.

-¿Qué ha dicho?

Sebastian contempló la pulcra disposición de los cuatro peones en el centro del tablero.

-Quería saber dónde estabas tú. Hizo avanzar a su caballo. Judith movió el suyo y cambiaron peones.

-¿Qué le dijiste tú?

-Que había jurado mantener el secreto.

Sebastian se arrellanó en su asiento. Ya estaban cumplidos los movimientos de apertura de rigor; comenzaba el verdadero juego.

-¿Estaba enfadado?

-No estaba contento -respondió su hermano, poniendo en juego su alfil de reina-. Pero no esperarías que él pusiera su cabeza bajo tu pie, ¿no es cierto?

-No. Pero esperaba que él fuese más comprensivo -replicó ella, inclinándose sobre el tablero-. No ha hecho ningún esfuerzo por entenderme.

-Bueno, yo no diría eso -dijo Sebastian, juicioso, esperando a que su hermana moviese-. En mi opinión, teniendo en cuenta todo, creo que te tiene bastante atrapada, Ju.

-¿Cómo puedes decir eso?

La mano de Judith se detuvo sobre su caballo.

-Él sabe perfectamente que, si te permitiese hacer tu antojo, no habría ninguna posibilidad de relación posible entre vosotros -dijo Sebastian-. Sé sincera, Ju. ¿Acaso querrías a un marido sumiso, que no fuese capaz de hacerte frente?

-No -respondió ella-. Claro que no. Pero ¿por qué tendremos que hacernos frente uno a otro, Sebastian? Eso es lo que no entiendo.

Su hermano se alzó de hombros.

-Así sois vosotros. Para serte muy sincero, no creo que vayáis a modificar eso.

-Harriet no sería capaz de enfrentarte -observó ella.

-No tendría motivos para hacerlo -se apresuró a replicar él-. Yo no le daría motivo. Tengo intenciones de convertirme en un granjero campesino... un terrateniente, dedicado al cultivo, a la caza y a mis hijos.

-Sí, porque cuando Harriet y tu intercambiéis vuestras promesas, lo haréis sin engaño de por medio -dijo Judith, con amargura en su voz-. Tú serás la persona que ella cree que eres. Ella no sabrá nada acerca de nuestro padre, de Gracemere... y no tendrá que saberlo jamás. Todo ello habrá quedado en el pasado para siempre. No reaparecerá para destruir vuestro matrimonio antes de que haya comenzado realmente -su voz se estranguló, y ella volvió la cara a un lado-. Lo siento.

Sebastian le entregó su pañuelo. Ahora ya no tenía dudas de que su intervención estaba plenamente justificada.

-Mueve, Ju -le dijo, señalando el tablero-. Es verdad que mi matrimonio se basará en algo diferente del tuyo, pero tal vez puedas superar esto con Marcus. Cuando todo haya terminado...

-¿Cómo podría hacerlo? -exclamó ella-. Por otra parte, ¿cómo puedes hablar así, después de lo que él ha creído, de lo que ha dicho, de lo que piensa hacer...?

-Lo sé -dijo Sebastian, tratando de tranquilizarla-. Coincido en que es insoportable. Estaba pensando que tal vez quisieras ir a esa pequeña aldea de Baviera, donde están los Helwig. Te han invitado a quedarte con ellos cuando tú quisieras. Quizás eso te ayudaría a pasar unos meses difíciles.

-Sí -admitió Judith, preguntándose por qué le resultaba tan irritante la compañía de Sebastian.

Ella no recordaba otra ocasión en que le hubiese sucedido lo mismo.

Era casi medianoche cuando él se marchó. El pequeño Tom, que temblaba en el portal de enfrente, exhaló un suspiro de alivio.

Reflexionó que la vigilancia era una cuestión aburrida, al tiempo que echaba a andar tras el caballero del sombrero de castor y la larga capa. La tarea de vigilar implicaba aguardar durante horas ante casas y clubes, e incluso quedarse sin cenar si el sujeto salía de manera inesperada. Con todo, él sería capaz de conducir a su señoría a cada uno de los lugares que su presa había visitado, sin equivocarse.

Sebastian detuvo un coche de alquiler que pasaba, y el cochero se detuvo de inmediato. Si Sebastian advirtió al pasajero no invitado que iba colgado en la parte trasera del vehículo, no dio señales de ello.

Tom saltó del coche en cuanto éste giró en la calle de Albemarle. Al parecer, su objetivo regresaba a su casa a pernoctar; eso dejaba libre a su seguidor para ir a presentar un informe a su señoría y, con suerte, recibir algo para cenar en la cocina, antes de ir a dormir sobre el establo.

Marcus no había tenido ánimo para sufrir ninguna compañía esa noche y se había quedado junto al hogar, tratando de distraer sus pensamientos con las Guerras gálicas de César. El intento tuvo un éxito mínimo, pues le resultó mucho más interesante la contemplación de la guerra que se desarrollaba en su propio jardín trasero. Se abrió la puerta de la biblioteca.

-El joven Tom ha venido a verlo, señor.

-Hágalo pasar, Gregson. Un segundo después entró Tom.

-Quítate la gorra, muchacho -susurró Gregson, indignado.

No era corriente que los mozos de establo entrasen en la biblioteca.

Tom se quitó la gorra y permaneció de pie, incómodo, retorciéndola entre las manos.

-El tipo se ha ido a su casa, a dormir, milord -explicó, dando cuenta de la finalización de su tarea-. Me pareció que a usted le gustaría que yo le informase de inmediato.

-Desde luego que sí. ¿Ya has cenado?

-No, milord. No sabía cómo hacer para abandonar ese portal... aunque el tipo se quedó ahí toda la noche -agregó, un tanto fastidiado.

-Gregson, cuide de que haya una buena cena para él en la cocina -ordenó Marcus.

El mayordomo hizo una reverencia silenciosa; si se sintió ofendido por recibir la orden de ocuparse del bienestar de un caballerizo, se las ingenió para disimularlo.

-Entonces, Tom, ¿qué tienes para informarme? Tom detalló minuciosamente los movimientos de Sebastian a lo largo del día. En su mayor parte, eran actividades sin interés: el salón de Jackson, Watier's, el alojamiento del vizconde de Middleton, un paseo en coche por el parque. Lo mejor llegó al concluir la exhaustiva crónica del día.

-¿Kensington, dijiste?

Marcus fijó la mirada en las profundidades de color rubí de su copa de oporto. Aquello parecía prometedor... a menos que Sebastian tuviese allí a una amante. Pero Sebastian estaba enamorado de Harriet Moretón, y Marcus no creía que su cuñado creyese compatible una amante con un cortejo amoroso, aun a pesar de lo poco ortodoxo de su estilo de vida.

-Yo podría guiarlo allí, milord.

-Mañana habrá tiempo, Tom. Ahora, ve a cenar. Lo has hecho bien.

Tom salió radiante de la biblioteca, regodeándose con la aprobación de su dios, que daba valor al hecho de tener la barriga vacía después de las largas horas que había pasado temblando en diversos portales.

Marcus echó otro leño al fuego y llenó de nuevo su copa. Al día siguiente recuperaría a su esposa y se aseguraría de retenerla junto a él.

22

A la mañana siguiente, Marcus se levantó temprano y, en pocos minutos, toda la casa corría de un lado al otro al impulso de una andanada de órdenes. A Gregson se le informó que su señoría se marcharía al campo, donde pasaría un par de semanas. Cheveley y Millie recibieron órdenes de meter en baúles las cosas de sus amos y luego viajar inmediatamente a Berkshire. La silla de viaje con dos acompañantes a caballo debía estar ante la puerta a las diez en punto.

Después, Marcus fue hasta la sala de desayuno, exhibiendo una nueva elasticidad en su paso. Estaba dando cuenta de un plato de lomo cuando Charlie entró precipitadamente en la sala.

Sorprendido, Marcus levantó la vista y le sonrió, a modo de saludo. Pero su sonrisa desapareció al ver la actitud de defensiva belicosidad en Charlie. Era la misma expresión que solía mostrar de niño, cuando consideraba que su tutor había cometido alguna injusticia y había logrado reunir el valor necesario para enfrentarlo.

-¿Qué pasa, Charlie? -preguntó Marcus, sin preámbulos.

-¿Dónde está Judith? -quiso saber su joven primo-. Gregson dice que ella se ha ido a cuidar a una tía enferma, pero ella no tiene ninguna tía... ni enferma ni sana... al menos en Inglaterra.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó Marcus, con calma, mientras volvía a llenar su taza de café.

-Porque ella me lo ha dicho -afirmó Charlie, mirando a Marcus con expresión ceñuda-. Bueno, ¿dónde está?

-Siéntate -dijo Marcus, señalando una silla-. Y deja de mirarme así, Charlie.

-No quiero sentarme -dijo Charlie-. Quiero saber dónde está Judith. La vi ayer, y no me dijo que fuera a marcharse a algún sitio.

-¿Acaso te informa de todos sus movimientos? -preguntó Marcus, con suavidad.

El cuello de Charlie enrojeció, y su ceño se hizo más profundo.

-Por supuesto que no, pero ella no se iría sin decírmelo. Lo sé.

Marcus suspiró.

-En ese caso, ¿qué sugieres? ¿Acaso me acusas de haberla hecho desaparecer de algún modo?

Alzó las cejas con aire interrogante.

La sardónica pregunta aumentó más aún el sonrojo de Charlie.

-No, claro que no... sólo que... sólo...

-¿Sí? -animó Marcus.

-Quizá la hayas perturbado en alguna forma -barbotó su primo-. Yo sé que puedes llegar a ser muy cortante cuando estás disgustado.

Marcus frunció el entrecejo.

-¿Lo dices por el trato que tengo contigo, Charlie? Mi intención era ser tu amigo.

-Sí, lo sé -con evidente embarazo, Charlie jugueteaba con un tenedor sobre la mesa-. Mira: eres endiabladamente estricto en ciertas cosas y tienes una lengua afilada que puede hacer que uno se sienta como un gusano.

Una afirmación tan clara hizo encogerse a Marcus, aunque no pudo menos que reconocer que su queja contenía cierta justicia. Pensativo, observó a su primo. Sin duda, esto no debería de ser fácil para Charlie, que siempre se sentía incómodo cuando hacía valer sus opiniones. No cabía duda de que Judith tenía la capacidad de despertar lealtad y amistad. Y él se preguntó por qué no se habría percatado antes de la fuerza de los lazos que ella había establecido en los pocos meses que llevaba en Londres.

-Sólo quiero estar seguro de que tengas una fortuna esperándote cuando llegues a la mayoría de edad -dijo, con mesura.

-Pero ¿dónde está Judith? -Charlie se sentó bruscamente e hincó el tenedor en una tajada de tocino-. No está herida, ¿verdad?

Marcus negó con la cabeza.

-Hasta donde yo sé, no, Charlie. Y, sin duda, no por mi mano, si eso era lo que estabas pensando. Charlie masticó el tocino y tragó.

-Pero, ¿dónde está ella? Marcus suspiró.

-En Kensington. Pero hoy nos iremos a la propiedad Carrington a pasar un par de semanas.

-¿Kensington? -el asombro de Charlie era tan grande que parecía que su primo le había dicho que Judith estaba en la luna-. ¿Para qué?

-Me temo que ése es un secreto que no estoy en condiciones de divulgar -dijo Marcus, con firmeza-. Aprecio tu preocupación, Charlie, pero debo decirte que éste es un asunto que queda entre Judith y yo. De ninguna manera quisiera regañarte ni ser brusco contigo, pero me temo que esto no es asunto tuyo. Charlie pinchó una seta asada de la fuente.

-Pero, ¿ella está bien?

-Sí, Charlie. Está perfectamente bien. Marcus sonrió, observando muy divertido cómo su primo consumía un considerable desayuno sin advertirlo.

-Bueno, entonces está bien -Charlie lanzó un suspiro de alivio-. No quise entremeterme, pero, bueno, ya sabes cómo son las cosas con Judith.... uno no puede menos que preocuparse por ella. Marcus asintió.

-Sí, Charlie; sé exactamente cómo es. Y ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer, de modo que te dejaré desayunar.

-No quiero desayunar -dijo Charlie-. Ya he desayunado en mi casa, antes de venir.

-¿En serio? Habría pensado lo contrario. Marcus se echó a reír y rodeó con un brazo cariñoso a su primo, apretándole los hombros.

Poco después, salió de la casa y trepó a la silla con el escudo de los Carrington grabado en la puerta que lo esperaba.

Tom trepó al pescante, junto al cochero, y procedió a guiarlo a través de las calles, hasta Cambridge Gardens. Marcus salió y contempló el tranquilo ambiente durante un minuto, luego levantó la vista hacia el refugio de Judith: un alojamiento discreto, modesto, regentado por prosaicos burgueses y sus señoras, fue su conclusión, al tiempo que se dirigía hacia la puerta.

La señora Cunningham lo espiaba desde la ventana del cuarto delantero; vio el carruaje con magníficos blasones y sus dos acompañantes detenido ante su puerta. Su ocupante, alto y elegante, enfundado en pantalones de ante y botas altas, con una capa echada como al descuido sobre sus hombros, se apeó de un salto y se quedó contemplando la casa un minuto hasta que se acercó a la puerta principal

-¡Dora... Dora... la puerta, enseguida! -ordenó, alisándose la falda mientras entraba en el vestíbulo para recibir a su visitante.

Dora abrió la puerta antes de que Marcus tuviese ocasión de llamar.

-Buenos días, señor.

-Buenos días -respondió él, con sonrisa cortés, al ver la corpulenta silueta de la señora Cunningham asomándose tras la doncella-. Tengo entendido que una dama está alojada aquí...

-Sí, señor; la señora Devlin, señor -intervino la señora Cunningham, atenta.

Sólo una de sus huéspedes podía responder a la descripción de este caballero.

-Ah... la señora Devlin -murmuró Marcus, sonriendo de nuevo.

Había tenido la seguridad de que Judith no se registraría bajo el nombre de lady Carrington, y se había preguntado si eso le acarrearía algún problema, pero la patrona, ansiosa de ayudar, se lo había resuelto.

-¿Y ella está? -preguntó, al ver que la señora no sabía bien cómo actuar.

-Oh, sí, señor. Creo que hay otra dama con ella.

Al oír esto, Marcus frunció el entrecejo, preguntándose quién podría visitar a Judith en este sitio.

-Tal vez tenga usted la bondad de llevarme.

-Sí... sí... claro, señor. Dora, acompaña al caballero.

-Gracias -Marcus se encaminó hacia la escalera y se detuvo con una mano en el poste torneado-. Lady Carrington se marchará de inmediato. Tenga la gentileza de hacer la cuenta; yo la saldaré de inmediato.

¡Lady Carrington! Confusión y excitación aparecieron juntas en la expresión de la señora Cunningham.

-Pero, señor; la señora Devlin... quiero decir, lady... no ha dicho nada de eso.

Marcus alzó una mano deteniendo la catarata de protestas.

-De todos modos, señora, lady Carrington se marchará de inmediato. Debe usted saber que yo soy lord Carrington.

La señora Cunningham tragó saliva e hizo una reverencia.

-Sí, milord... yo no sabía.

-¿Cómo podía saberlo? -repuso él con gentileza, volviéndose para seguir el meneo del trasero de Dora escalera arriba.

Cuando llegó a la puerta de Judith, la criada levantó la mano con gesto pomposo para llamar.

-No, yo mismo me anunciaré -se apresuró a decir él. Aguardó a que la decepcionada doncella hubiese desaparecido y abrió la puerta doble.

Judith y Sally estaban sentadas, con las cabezas juntas, en el asiento de la ventana, muy sumidas en su conversación, y levantaron la cabeza al oír la puerta que se abría.

Judith clavó la vista en su marido, mientras el color de su rostro fluctuaba de manera alocada.

-¿Marcus? -susurró, como si no estuviese segura de que él fuese un ser real o una visión.

-El mismo -admitió él-. Daría la impresión de que es posible que yo sea la única persona de Londres que no ha sido invitada a visitarte en tu voluntaria reclusión.

Él mismo percibió el matiz cáustico de su voz, mientras miraba a su cuñada con expresión adusta. Se había preparado con gran cuidado para este momento; la presencia de Sally arruinaba todos sus planes.

Sally había dado un brinco y, como por instinto, se acercó más a Judith.

-¿Qué haces aquí, Marcus? -consiguió preguntar ésta con voz quebrada.

-He venido a buscar a mi esposa -repuso él, despojándose de la capa-. Sally, debo pedirte que nos disculpes.

A modo de tácita invitación, mantuvo la puerta abierta.

Sally vaciló y luego se acercó más a Judith.

-Lo siento, Marcus, pero estoy aquí por invitación de Judith.

Sin parpadear, ella lo miró a los ojos, endureciendo los hombros como si se preparase para defender a su amiga contra cualquiera que llegase, incluyendo maridos iracundos.

Primero Charlie, ahora Sally, pensó Marcus con resignación. ¿Qué pasaba últimamente en su familia, que solía ser dócil? Pregunta tonta... la influencia de Judith, claro. Repitió con calma:

-De todos modos, debo pedirte que nos disculpes.

-No -dijo Sally, apretando los labios.

Marcus se echó a reír.

-Mi querida Sally, ¿qué piensas que voy a hacer?

-No lo sé -replicó Sally-. Pero no pienso quedarme al margen mientras tú intimidas a Judith.

Marcus se quedó boquiabierto al oírla, y Judith recuperó el habla.

-Está bien, Sally. ¿Por qué no esperas abajo unos minutos?

Sally miró a ambos, como evaluando los riesgos, y luego dijo, titubeante:

-Si estás segura...

-Sally, no quisiera tener que sacarte -exclamó Marcus, exasperado.

-Eso es, exactamente, a lo que me refiero -replicó Sally-. Judith, ¿realmente quieres que me marche? Judith se había hundido en el asiento otra vez, cubriéndose los ojos, sintiéndose al borde de un estallido de risa histérica.

-Sí, de verdad -respondió en voz ahogada-. Marcus no me hará daño. De todos modos, tengo la pistola.

-Bueno, si estás segura... Estaré abajo, de modo que llámame si me necesitas.

Se encaminó hacia la puerta, lanzando a Marcus una mirada amenazadora al pasar.

-¡Buen Dios! -dijo él, cerrando la puerta tras ella-. Pensar que siempre creí que ella era un ratoncillo.

-Tú la intimidabas -dijo Judith -. Ella no es así, en absoluto. Es brillante y divertida, y mucho más inteligente de lo que tú o Jack podrían suponer.

-Bueno; si ahora estaba intimidada, cuesta creerlo -comentó Marcus, con una risa irónica-. Me gustaría saber por qué la gente cree que yo puedo hacerte algún daño. Es obvio que jamás han visto el cañón de tu pistola. Se quitó los guantes y los arrojó, junto con su capa, sobre el sofá.

Judith lo observaba en silencio. Él parecía estar de muy buen humor, aunque eso no tenía sentido. En cuanto a ella, sus emociones estaban tan revueltas que no sabía qué sentía.

Después de contemplarla unos instantes, Marcus dijo:

-Lince, en verdad, eres una criatura absolutamente exasperante. ¿Qué diablos te pasó por la cabeza para huir así? ¿Cómo demonios se supone que yo lo explicaría?

-No estoy demasiado interesada en cómo lo explicarías -dijo ella-. No regresaré contigo.

-Oh, sí -repuso él.

-¡No quiero volver a esa prisión que tú construirías para mí! -dijo ella, sintiendo que se le cerraba la garganta al reabrirse su herida-. A ti sólo te importan las apariencias. Bueno; yo no doy un penique por las apariencias, Carrington. Estoy segura de que tú idearás algo para salvar tu precioso orgullo y mantener las apariencias -le dio la espalda y quedó de frente a la ventana-. Sólo quiero que me dejes al margen de eso.

-Ven aquí -ordenó él.

Judith no se movió; continuó junto a la ventana contemplando las nubes que encapotaban el cielo, las líneas desnudas de los olmos, un negro cuervo en la pared que cerraba el jardín.

-Ven aquí, Judith -repitió él, en el mismo nivel de voz.

Ella se volvió lentamente. Él estaba sentado en el mullido brazo del sofá, y sus ojos calmos la contemplaban; en su boca había cierta ternura. Él la llamaba, y ella se sorprendió avanzando hacia el sofá, como si respondiese a la fuerza de la gravedad.

Marcus se puso de pie cuando ella llegó junto a él y, extendiendo una mano, la tomó del mentón.

-¿Por qué no me dijiste la verdad?

-¿Qué verdad?

La mirada de la mujer se enlazó con la de él; ella sintió la tibieza de su mano en la cara.

-Que tú no sabías quién estaba en el comedor de la taberna.

La sorpresa relampagueó en los ojos de la mujer.

-¿Cómo lo has sabido?

-Sebastian me lo dijo.

Ella liberó su mentón con un gesto brusco.

-Él no tenía derecho...

-Quizá; pero me lo ha dicho -dijo Marcus, tomándola de nuevo-. Tranquilízate y escúchame. Fue imperdonable de mi parte que yo pensara lo peor de ti. Ojalá hubieras liberado ese formidable carácter que tienes y me hubieses puesto en mi lugar.

Él sonrió, aunque en su mirada había avidez y nostalgia.

-Fue imperdonable, lince, pero, ¿podrás perdonarme?

Sebastian la había traicionado. Él sabía la verdadera razón por la que ella no había podido negar las acusaciones de Marcus y, sin embargo, había preferido ignorarlas para enmendar las cosas. ¿Por Gracemere? ¿Por Harriet?

-Dime algo -rogó Marcus, pasándole un dedo por la boca-. Por favor, Judith, dime algo. No puedo permitir que me dejes, mi amor, pero no sé de qué otro modo pedirte perdón. Fue una tortura creer que habías sacado provecho de mí, que sólo estabas utilizando nuestra pasión en tu propio beneficio. Me volvía loco pensar que yo no era para ti otra cosa que un medio para alcanzar un fin. ¿Puedes entenderlo de algún modo?

-Bueno, sí -dijo ella con suavidad-. Puedo entenderlo.

Sin embargo, aunque las palabras de él lA llenaban de una dulce dicha, ella sabía que seguía engañándolo. Que él seguía siendo un medio para lograr un fin, aunque se había convertido en mucho más que eso.

-¿Judith? -dijo Marcus, suave pero insistente-. Necesito algo más que comprensión.

Ella aferró con fuerza su muñeca.

-Se acabó. No hablaremos más de eso.

Marcus posó su boca en la de ella en un beso duro, firme. Judith se aferró a él, desesperada por retener cualquier porción de felicidad que pudiesen gozar en el tiempo que les quedaba para estar juntos. Desesperada por creer que había una posibilidad de que él jamás descubriese el asunto Gracemere.

-¿Cómo me has encontrado? -preguntó ella, cuando al fin él acabó el beso.

-Por medio de Sebastian.

El le sonrió, tocándole el borde del mentón con un dedo perezoso.

-¡Él no te lo dijo!

-No me lo ha dicho. Yo lo he hecho seguir.

-Por Dios -exclamó Judith-. Qué teatral eres.

Marcus negó con la cabeza.

-En lo que toca a lo teatral, tú eres insuperable, mi amor. Esa huida por la ventana, en mitad de la noche, fue un escandaloso melodrama.

La albergó entre sus brazos y volvió a besarla.

-Una sola cosa más -murmuró Judith, con su boca pegada a la de él-. Todo aquel otro asunto...

-Ah -él la soltó a desgana-. He informado a mis banqueros que tú eres libre para retirar dinero de la cuenta. Somos socios igualitarios en este matrimonio y, en consecuencia, en el uso de la fortuna que nos mantiene. No volveré a cuestionar tus gastos, como tú tampoco cuestionas los míos.

Judith le dirigió una sonrisa radiante, ocultando las emociones, las amargas y las dulces, provocadas por la confianza que él depositaba en ella.

-Muy bien, señor; ésa es una solución ingeniosa y generosa para un problema aparentemente insoluble.

-Pero nada de jugar y apostar grandes sumas -dijo él, pellizcándole la nariz-. Si te veo a menos de cien metros de un garito, no responderé de mí, amor mío. ¿Entendido?

-Entendido. De ahora en adelante, me limitaré al juego social.

-Eso es. Y ahora iremos a Berkshire a pasar un par de semanas, de modo que llama a la criada para que haga tus maletas.

-¿A Berkshire? ¿Ahora?

-En este mismo instante.

-¿Por qué?

-Porque yo lo digo -declaró él, con tono alegre-. Ahora será mejor que vaya a tranquilizar a Sally, que le asegure que aún no te he destrozado -sacudió la cabeza, asombrado-. Me pregunto si Jack sabe que su mujer es tan valiente cuando está motivada.

-Es probable que no lo sepa -dijo Judith, riendo entre dientes-. Y es obvio que tu deber de hermano consiste en informárselo.

En ausencia de su hermana, Sebastian se concentró en cortejar a Harriet. Lady Moretón los observaba cada vez con mayor complacencia, esperando día a día un pedido formal de la mano de su hija. Sebastian sufría en silencio por su impotencia para actuar, sabiendo que no tendría nada que ofrecer a una esposa hasta no estar en posesión de lo que le pertenecía por derecho de nacimiento. La única que mantenía una feliz despreocupación por la espera era la propia Harriet, segura y confiada en el amor de Sebastian.

Ninguno de ellos percibía la amenaza que pendía sobre su felicidad. La amenaza estaba, bajo su forma concreta, en el dormitorio de una alta casa que miraba al Támesis. Las sólidas ventanas se estremecían al impulso del recio viento que provenía del río, en el hogar chisporroteaba el fuego y finas agujas de viento penetraban por los intersticios de entre los cristales.

Al dejar la cama, Agnes arrebujó apretadamente en una bata de cachemira su cuerpo lánguido por la plenitud del placer, pese a la mordedura del frío. Fue hasta el fuego y se inclinó para calentarse las manos.

-Te aseguro que esa maldita muchacha no ve ni oye nada que no haga o diga Sebastian -dijo, como si el interludio de pasión no hubiese interrumpido su anterior conversación-. ¿Cuántas veces has tenido que elogiar su sombrero esta tarde, hasta que te prestó atención, aunque sin pretender que te respondiese?

-Seis, por lo menos -respondió Gracemere, destapando su delicada caja de rapé de porcelana-. Dame tu muñeca.

Agnes se incorporó, sonriente, y le tendió su muñeca, vuelta hacia arriba. El conde dejó caer una pulgarada de rapé en el punto preciso en que latía su pulso y, llevándosela a la nariz, inhaló la sustancia. Sus labios rozaron levemente la piel de ella, y luego dejó caer su mano y reanudó el tema.

-Es evidente que no se podrá cortejar y conquistar a Harriet, de modo que deberemos llevarla por la fuerza.

-¿Cuándo? -preguntó Agnes, humedeciéndose los labios-. No puedes esperar a que Sebastian se haya declarado.

-Es verdad. Esperaré hasta haber desplumado a Sebastian tanto como sea posible... algo que, de cualquier modo, arruinará sus posibilidades con los Moretón. Entonces, actuaremos.

Sus labios se apretaron de tal modo que su boca sólo fue un pliegue carnoso en su cara delgada.

-No dudo de ti, Bernard -Agnes le tocó la boca con la yema de un dedo-. Ni siquiera un instante.

Él volvió a aferrarle la muñeca y le chupó el dedo. Le hincó los dientes y clavó la vista en los ojos de ella, viendo cómo surgía el dolor, cómo se encendía la excitación, al influjo del desafío para soportarlo. Agnes echó a reír, sin intentar siquiera liberar su dedo. Rió, echando la cabeza atrás, exponiendo la blancura de su garganta.

Gracemere le soltó la muñeca y le rodeó el cuello con las manos.

-Somos dignos uno del otro, mi querida Agnes.

-Oh, sí-susurró ella.

Pasó mucho tiempo hasta que ella volviera a hablar.

-Como Judith y Carrington están fuera de la ciudad, te pierdes una buena parte de entretenimiento. Gracemere rió entre dientes.

-Tengo planes bien trazados para cuando ella regrese. Tal vez te necesite como mensajera, querida mía.

-¿Mensajera ante quién?

-Ante Carrington, por supuesto -una mezquina sonrisa reptó en sus labios-. No tendría sentido comprometer a su esposa si él no lo supiera.

-Oh, no -coincidió Agnes-. Ningún sentido. Yo transmitiré el mensaje de la virtud mancillada con la mayor sutileza y el máximo placer.

-Sabía que te agradaría esa tarea, mi amor.

Judith se acurrucó en un rincón oscuro del invernadero. Su corazón latía apresuradamente de excitación y expectativa; tenía las manos húmedas; la agitación de la carrera y la cálida atmósfera del invernadero había perlado su frente. El aire estaba cargado de la mezcla de exóticos aromas de orquídeas, rosas y jazmines. Sobre su cabeza, el techo de cristal abovedado dejaba ver el cielo nocturno, un negro infinito perforado por las estrellas y la fina tajada de la luna en cuarto creciente; la única iluminación en aquel momento.

Había cerrado la puerta que comunicaba la sala con el invernadero y las pesadas cortinas de terciopelo estaban corridas, impidiendo el paso de luz desde la casa. Aguzó los oídos para percibir el sonido de la puerta que se abría, el ruido de pasos en las lisas piedras del suelo, entre las hileras de arbustos y flores. ¿Adivinaría él dónde estaba ella escondida? Era un lugar clásico para jugar al escondite, pero, en realidad, ella quería ser hallada.

Ahogó una risa. Marcus había demostrado aceptar de buena gana su inclinación por los juegos infantiles. Cuando ella no estaba provocándolo con comentarios escandalosos, que

siempre producían los resultados deseados, lo desafiaba a carreras a caballo en los prados, a apuestas acerca del sitio del borde de la ventana donde cabría la primera gota de la lluvia, arrojando ramitas al río desde el puente y corriendo hasta el otro lado para ver cuál llegaba primero aguas abajo. No hacían nada sin apostar; nunca lo hacían por dinero. En verdad, trataban de superarse mutuamente con las apuestas más imaginativas y tentadoras.

Pasaban la tarde patinando en el estanque congelado, compitiendo a ver quién de los dos trazaba las figuras más complicadas sobre el hielo. Judith no era rival para Marcus, que había patinado en el estanque desde niño, mientras ella había pasado buena parte de la tarde sentada. Pero la mayoría de sus magullones habían sido hechos por Marcus.

Escondida en el rincón del invernadero, los oídos aguzados en la oscuridad, atentos al menor sonido, Judith evocaba la sensación de las manos de Marcus en su cuerpo, mientras la ungía con aceite en las magulladuras que, según él aseguraba, iba descubriendo...

Crujió la puerta, y apareció una franja de luz, pero se extinguió tan rápidamente que ella pudo, incluso, haberla imaginado. Sin embargo, oyó el débil golpe de la puerta al cerrarse. Hubo un silencio, pero ella supo que Marcus estaba en el invernadero. Podía percibir su presencia del mismo modo que, ella lo sabía, él percibía la de ella. Retrocedió de puntillas, casi sin atreverse a respirar, y se situó detrás de un naranjo plantado en una maceta, acurrucándose en la parte más densa de la oscuridad, abrazándose como si, de ese modo, pudiera hacerse más pequeña. Su corazón le palpitaba en los oídos mientras aguardaba a ser descubierta, tan temerosa como si, en verdad, estuviese acechándola un depredador.

Marcus se quedó junto a un laurel, dejando que sus ojos se habituasen a la penumbra, esforzándose por detectar el lugar donde ella estaría oculta. El invernadero era una construcción cuadrada, ancha, adosada a la casa; él sabía que su presa podría eludirlo si él tomaba el rumbo equivocado. Podría deslizarse tras él hasta la puerta y quedar libre contando con el resto de la casa para encontrar nuevos escondites. Pero él ya estaba impacientándose con el juego; tenía otra escena en mente; estaba ansioso por comenzar. Le parecía que llevaba impresa en las manos la tentadora curva del trasero de Judith, y su miembro se tensaba ante la idea de otra sesión de masajes con aceite, una sesión más prolongada... una que pudiese continuar hasta el amanecer, si él quería.

Percibió un ruido sutil como el de arañazo, tan leve que podría haberse tratado de un ratón. Permaneció inmóvil, escuchando. Había llegado del rincón más alejado; escudriñó en la oscuridad, forzando la vista para captar algún movimiento en las sombras que no se debiera a un efecto de la luz de la luna. El silencio se estiró, y luego rodó una lluvia de piedrecillas en el pavimento, desde el mismo lugar del que había venido el ruido. Era evidente que Judith también estaba ansiosa por concluir el juego.

Sin hacer ruido, se quitó los zapatos y caminó de puntillas hacia el rincón, agazapándose en las sombras con la esperanza de sorprenderla, pese a las señales que ella le había proporcionado. Le pareció distinguir una masa más oscura detrás de un naranjo y, con maliciosa intención, se desplazó hacia un lado para poder acercarse al árbol desde un sitio no previsto.

Judith se acurrucó en su escondite, escuchando el ruido de las pisadas. Comprendió que él había recibido sus señales, pero no pudo oír nada.

-¡Te encontré!

Al oír a sus espaldas la jubilosa exclamación, Judith lanzó un chillido de genuino sobresalto. Marcus rompió a reír. Se agachó, la tomó por debajo de los brazos e hizo que se pusiera de pie.

-Creo que has perdido.

Judith se dejó caer sobre él con las rodillas temblando de manera absurda.

-¡Me has asustado!

-Yo pensé que ése era el objetivo del juego. Cazador y cazada... presa y depredador.

Le revolvió el pelo, que se esparcía sobre su pecho.

-Ya lo sé, pero no esperaba que me aterrorizaras -se enderezó y lo empujó en el pecho; su sonrisa era un pálido resplandor en la semioscuridad-. Sebastian nunca me aterrorizaba cuando jugábamos siendo niños. Yo siempre lo oía cuando llegaba.

-Tal vez la madurez le dé a uno mayor sutileza -murmuró él, mirándose los pies enfundados en calcetines.

Judith siguió la mirada de él y estalló en carcajadas.

-¡Te has quitado los zapatos!

-Qué observadora... pero, como yo te he encontrado, creo que me debes una recompensa, señora mía.

Judith entornó los ojos.

-Pero ¿tú me habrías encontrado si yo no te hubiese dado esas claves?

-Me temo que eso nunca lo sabremos.

Ella se mordió el labio inferior mientras pensaba.

-Sin embargo, estoy pensando si esa posibilidad no alterará los términos originales del acuerdo.

Marcus movió la cabeza.

-No, señora, no los modifica. Yo te he descubierto... sin duda, diría yo.

-Supongo que eso es verdad.

-Por lo tanto, exijo mi recompensa.

Judith sonrió.

-Bueno, está bien. Y tú pagarás después lo que corresponda.

-¿Desde cuándo los ganadores tienen que pagar algo? -preguntó Marcus.

-Desde que yo he decidido crear las reglas -replicó ella-. Esta propuesta no era una de ésas en que el ganador se lleva todo.

Mucho tiempo después, Judith yacía en audaz abandono, bajo el brillo de las velas, y sentía la espesa pelambre de la alfombra en la espalda y los hombros. Marcus sostenía sus nalgas en las palmas de las manos, alzándola hacia sus húmedas caricias. Ella había llegado a la conclusión de que no cabía hacer comparaciones de calidad entre los goces del que daba placer y del que lo recibía, al tiempo que arqueaba sus caderas al influjo de los ardientes y feroces toques de la lengua de él, del delicado ataque de su boca.

En torno de ellos la casa estaba silenciosa; sólo el siseo y el chisporroteo del fuego quebraban la quietud. El calor del fuego calentaba sus muslos desnudos, igualando al creciente calor de sus genitales. El muelle saltó, asaltándola por sorpresa, como a veces le sucedía. Rió quedamente, sintiendo el aliento tibio de él sobre su centro ígneo, y él rió junto con ella, por el placer que le causaba la sorpresiva liberación de su mujer.

Marcus rodó, atrayéndola junto a él, y ella se tendió a lo largo del cuerpo de él, sintiendo cómo su blandura se apretaba contra las musculosas concavidades del cuerpo masculino. Él le separó los muslos, giró lentamente sus caderas y embistió hacia la entrada aún palpitante del cuerpo de su mujer. Judith se tensó alrededor de él, echándose hacia atrás hasta quedar de rodillas, a horcajadas de él. Se movió sobre él, girando en lánguidos círculos, incitándose a sí misma y a la vez a él. Con la misma languidez, giró la cabeza hacia las puertas cristaleras. El prado iluminado por la luna se extendía más allá de las ventanas, y la hierba húmeda de rocío resplandecía. Judith pensó que era verdadera y completamente feliz por primera vez en su vida.

Hasta entonces, nunca había tenido espacio para una dicha sin cortapisas. Pero, en ese momento, fundida en la pasión, hasta la venganza parecía haber perdido su acicate... se había vuelto irrelevante. Pronto regresarían a Londres, y ella tendría que reanudar su acción sobre Gracemere, pero no pensaría en ello ahora. Posó su boca en la de él.

23

-Espero que haya disfrutado de su retiro, Judith -dijo Bernard Melville, al tiempo que hacía describir a su compañera un fluido giro.

Judith suspiró.

-No, fue muy aburrido. El campo es tedioso, y Carrington pasó todo el tiempo encerrado con su agente de negocios.

-¿E insistió en que usted lo acompañara? -Gracemere sacudió la cabeza y chasqueó la lengua-. Qué poco considerado de su parte. Bueno, ya se sabe que Carrington tiene pocos miramientos con las preferencias de los demás.

Su mano apretó la de ella.

Judith contuvo el estremecimiento de repugnancia y le sonrió, agitando las pestañas.

-Eso es muy cierto -admitió.

Su mirada recorrió raudamente el atestado salón de baile, sintiéndose culpable por querer comprobar que Marcus no hubiese tenido la idea de abandonar sus habitaciones y hacer una aparición sorpresiva en la fiesta de los Sedgewick. No era que hubiese nada de malo en bailar en público con el conde. El mismo Marcus era muy educado con Gracemere cuando estaba acompañado.

-Mi señora Carrington, la hemos echado mucho de menos -aseguró el conde, con una sonrisa jugueteando en sus labios carnosos.

-Oh, no le creo, milord. Usted sabe bien que en este momento las pelirrojas no estamos de moda.

Sus ojos risueños lanzaron una coqueta invitación a negar esa amonestación, y él la aceptó sin rechistar.

-Yo no lo describiría como rojo -murmuró él, rozando un tirabuzón cobrizo con un dedo-. Parte de su encanto consiste en que no tiene usted nada de común, mi querida Judith.

Judith le dirigió una mirada tímida y cambió de tema.

-Tengo entendido que es usted un consumado jugador de naipes.

-¡Oh, qué huida tan desvergonzada! -exclamó él-. ¿Ésa es su única respuesta a mi cumplido?

-Por cierto, señor, una dama no debe responder a los cumplidos que le dedican sus descarriados compañeros de danza.

Agitó las pestañas al tiempo que le dirigía una sonrisa maliciosa.

-¡Descarriado compañero de danza! Señora, protesto por una descripción tan poco generosa.

-Me veo obligada a pensar en usted en esos términos, teniendo en cuenta que me han prohibido considerarlo un amigo -respondió ella, con altivez.

Los ojos claros de Gracemere echaron chispas.

-Sin embargo, hemos quedado de acuerdo en que de vez en cuando es preciso poner a los maridos en su lugar.

Los ojos de Judith brillaron con una complicidad que arrancó una sonrisa complacida a la boca del conde... y esa sonrisa dio a la mujer ganas de darle un fuerte puntapié en la espinilla. Por fortuna, el vals había terminado y él la escoltó fuera de la pista de baile.

-Mi hermano me ha asegurado que es usted un consumado jugador de naipes -repitió ella, mientras se dirigían a un pequeño salón vecino al de baile.

-Su hermano es muy buen jugador, también -mintió Gracemere con suave sonrisa.

-Pero no tan bueno como yo -declaró Judith, cerrando su abanico de golpe-. Lo desafío a una partida de séptimo, milord.

Hizo un ademán, señalando una pequeña mesa de naipes desocupada en un rincón del salón.

-Una propuesta tentadora -dijo él, con la misma sonrisa imperturbable-. ¿Qué apuestas sugiere?

Judith golpeó suavemente su mano con el abanico cerrado.

-¿Diez guineas el punto?

La proposición hizo sonreír a Gracemere: era la postura de una jugadora con relativa confianza en sí misma; a quien le gustaba pensar que apostaba alto. El la había visto ante mesas de naipes y sabía que Agnes la había encontrado en la casa de Amelia Dolby, de modo que no podía tratarse de una absoluta novata. Era de suponer que jugara como su hermano, con más entusiasmo que habilidad.

-Ésas son apuestas para un té, señora -la reconvino-. Le propongo algo un poco más tentador.

-¿Qué es lo que sugiere, milord?

Judith había esperado que él aceptara su propuesta con indulgencia; ahora sintió que bajo su apariencia de ansiosa curiosidad la inquietud se agitaba dentro de ella.

Él se frotó la barbilla, mientras la contemplaba.

-El honor de su compañía en una cena privada, contra.... contra... a ver, ¿qué podría ofrecer yo?

Tu cabeza en una bandeja, pensó Judith, con rabia. Estaba completamente dispuesta a dejarse ganar por él pero, de ninguna manera, a reunirse con él en una cena *tete-a-tete*. Sin embargo, habiendo llegado al puente no cabía más que cruzarlo.

-La posibilidad de guiar sus caballos en el parque Richmond -sugirió ella, con tono melifluo-. Envidio sus caballos desde la primera vez que los vi.

-Entonces, juguemos, señora.

Se dirigió a la mesa de naipes.

Para Judith, sólo había un propósito en esa partida: quería saber cómo jugaba él, qué costumbres tenía, conocer sus técnicas preferidas. De ese modo, ella y Sebastian podrían comparar sus observaciones. Así como Gracemere había destruido a George Devereux jugando al séptimo, él se encontraría con su propio Waterloo a manos de los hijos de George.

Ella tomó asiento ante la mesa con inquieta impaciencia y observó cómo él abría la baraja. No pensaba que se tomaría la molestia de hacer trampas con ella; y como ella había cuidado de no jugar en la misma mesa con él hasta entonces, él ignoraría cómo jugaba Judith. Lo más probable era que la considerase una jugadora moderada, en el mejor de los casos.

Judith le ofreció una modesta actuación, perdiendo la primera mano por un respetable margen, ganando la segunda bajo la apariencia de un golpe de suerte, perdiendo la tercera de modo convincente, pero sin cruzar el Rubicón.

-No cabe duda de que es usted un diestro jugador, Bernard -dijo, sonriéndole mientras él contaba los puntos-. Quizás un día de éstos quiera enseñarme alguna de sus técnicas.

Qué idea deliciosa era ésa... Ahora, ella ya sabía que era digna rival de Bernard Melville, tanto en juego limpio como tramposo. Siguió sonriendo, saboreando esa idea.

Bernard rió entre dientes.

-Con placer, querida mía. Pero antes, reclamo mis ganancias.

-Claro que sí. De cualquier modo... -ella paseó la mirada por el salón-. Esta noche, ya hemos cenado, y difícilmente se podría pensar que éste es un lugar privado.

El rió de nuevo.

-No, deberá darme tiempo para hacer los arreglos necesarios, Judith. Yo le informaré de la fecha, el lugar y la hora.

-Señor, pienso que debe usted permitirme elegir la fecha -replicó ella con cautela-. No soy una mujer libre.

-Es verdad -él tomó su mano y la llevó a sus labios-. No lo es. Pero ¿es usted una mujer virtuosa? Y sonrió, levantando el rostro sobre la mano de ella-. Ésta es una pregunta impertinente, perdóneme, señora... Aun así, creo firmemente que podrá usted inventar una historia que satisfaga a Carrington, cuando sea necesario.

Podría matarlo... no, eso era demasiado rápido... mejor una muerte lenta, demorada.

-Me atrevería a decir que podré -se puso de pie-. Ahora, debo volver al salón de baile, no sea que alguien advierta una ausencia tan prolongada.

Gracemere hizo una reverencia y se quedó junto a la mesa, mirándola mientras ella volvía al salón de baile. Cualquiera fuese el cuento que inventara para despistar a Carrington, el marqués sería informado de ese encuentro íntimo, amoroso de su esposa con su antiguo enemigo. La perspectiva de una venganza tan maravillosa era embriagadora. Pero ahora, después de haber jugado con Judith, jugaría con su hermano por apuestas más contundentes.

Enfiló hacia la sala de juegos, donde se desarrollaba el juego en serio. Sebastian estaba en la mesa de macao; lo saludó alegremente con la mano al verlo.

-Venga y juegue una mano, Gracemere.

-Gracias -se sentó enfrente de Sebastian-. Acabo de jugar un par de manos de séptimo con su hermana.

-Ah, ¿ganó usted? Ju no es muy buena jugadora -dijo Sebastian, sonriendo, mientras sacaba sus monedas.

-¡Calumnias! -se oyó la voz de Judith, desde la entrada.

-¿Acaso ganaste? -se burló su hermano, observando sus naipes con el entrecejo fruncido antes de hacer su apuesta.

-No -confesó ella, situándose detrás del conde-. Yo no era rival para su señoría, me temo.

Gracemere levantó la vista.

-Los naipes estuvieron en mi favor -comentó, modesto-. Confío en que ahora me traiga usted suerte, lady Carrington.

-Oh, eso espero -murmuró ella, sonriendo a toda la mesa, en general.

Había abarcado la mano de Gracemere con una mirada que, a duras penas, resbaló por sus naipes; ahora volvía a sonreír a toda la mesa, moviendo lánguidamente el abanico ante su rostro.

Lord Sedgewick, que tenía la banca, posó una mirada admirativa sobre lady Carrington. Era una mujer endemoniadamente atractiva. Al sorprender su mirada, Judith le sonrió, y Sedgewick sintió un nítido cosquilleo de excitación. Marcus era un tipo afortunado, si bien debía de costar trabajo manejar a una mujer como ésa. Se preguntó, con cierto desasosiego, si él podría asumir semejante tarea. Evocó a su propia esposa, una matrona de temperamento apacible, no muy interesada en cuestiones de alcoba como no fueran las indispensables para asegurar la sucesión. Lady Carrington, por su parte, daba la impresión de ser una mujer con la que se podría jugar muy bien...

Sedgewick concentró su atención otra vez en los naipes. No estaba bien pensar de ese modo en la esposa de otro hombre. Sin embargo, ella era endiabladamente atractiva... y tenía esa sonrisa malévola, en la que sólo se elevaban los extremos de sus labios...

Cada tanto, Sebastian alzaba la vista de sus naipes y participaba de la animada conversación que se desarrollaba en la mesa. Judith no era la única mujer que estaba junto a ella; pero era la única que usaba su abanico. Sin embargo, era una actividad tan común que sólo Sebastian le prestaba atención.

En media hora, Gracemere había perdido trescientas guineas contra la banca. No le llamó la atención que, cada vez que él creía tener una mano ganadora, Davenport tenía una mejor y la declaraba antes de que el conde pudiera hacerlo con la suya. Sebastian no era siempre el ganador de la mesa, pero Gracemere era siempre el perdedor. Lo atribuyó a la mala suerte.

Judith salió de la sala de naipes. Sólo había estado practicando con Sebastian. No habían practicado en público desde Bruselas, y ambos necesitaban ver cómo manejarían a Gracemere. El acto final estaba aproximándose rápidamente.

-¿Judith?

La voz suave de Harriet fue una grata interrupción de sus reflexiones.

-Harriet, no te había visto antes por aquí-pasó su brazo por el de la muchacha-. Ven, vamos a sentarnos junto a la ventana; aquí hace mucho calor. Has llegado tarde. Sebastian ha estado buscándote.

-Lady Barret se ha demorado. No pudo pasar por casa hasta después de las once -confió Harriet-. Y mamá no se siente bien-. Un delicado arrebol coloreó sus mejillas-. No he visto a tu hermano. Pensé que tal vez se había marchado.

Judith rió suavemente.

-No se iría si esperaba verte. Está en la sala de naipes.

Harriet recibió la información en silencio. Tenía la vista baja y sus dedos jugueteaban con los flecos de seda de su bolso. Con delicadeza, Judith le preguntó qué le preocupaba.

Sin levantar el rostro, Harriet dijo:

-A... a veces pienso... a veces pienso que tu hermano juega demasiado -concluyó, precipitadamente.

Judith se mordió el labio. Harriet era mucho más observadora de lo que ella había imaginado.

-Le gusta jugar -dijo, tratando de ser neutral-. Pero puedo asegurarte, Harriet, que él nunca pondrá en peligro tu felicidad y, en consecuencia, la suya, por jugar de manera temeraria.

Harriet lanzó un suspiro de alivio y miró a Judith con expresión radiante, echando chispas por sus ojos claros.

-¿Tú crees, Judith? Tenía tanto miedo de que él fuera un auténtico fullero...

-Oh, sí -dijo Judith, poniendo una mano sobre la de Harriet-. No sólo lo creo, Harriet, lo sé. Eso no significa que no le agrade jugar -añadió, juiciosa-. Pero si está lejos de las mesas, no las echará de menos.

-Secretos... ¿están intercambiando secretos? -dijo la voz falsamente alegre de Agnes Barret, desde atrás de ellas.

-Buenas noches, lady Barret -dijo Judith, incapaz de disimular la frialdad de su voz-. No, no creo que Harriet y yo compartamos secretos.

-No, por cierto que no -coincidió Harriet, ruborizándose, acalorada.

La mirada de lady Barret se posó en ella un instante, con una sonrisa de leve desdén en los labios; luego se volvió a Judith, que sostuvo el frío y calculador escrutinio, enfrentándolo

con el propio. La animosidad en las dos parecía echar chispas; hasta Harriet la percibió, pasando la mirada de una a otra.

-Tengo entendido que ha vuelto usted hace poco de Berkshire, lady Carrington -dijo Agnes, haciendo una inclinación.

-Mi esposo tenía que atender ciertos asuntos relacionados con su propiedad -dijo Judith, retribuyendo la inclinación.

Una vez cumplidas las mínimas cortesías, Agnes se concentró en Harriet.

-Harriet, mi querida, ¿tendrías inconvenientes en quedarte un poco más tarde de lo habitual? He prometido llevar a lord Gracemere hasta su casa cuando él se marche, pero ahora está ocupado jugando -la explicación fue acompañada de una risa tintineante-. No creo que tu madre se preocupe sabiendo que estás conmigo.

Harriet musitó algo, pero sus ojos se posaron en Judith, en muda súplica.

-Yo estaba a punto de pedir mi coche -se apresuró a decir ésta-. Si Harriet está fatigada, para mí será un placer llevarla a su casa; me viene de camino. Estoy segura de que lady Moretón no pondrá ninguna objeción a un arreglo de esta naturaleza.

-Oh, no -dijo Harriet de inmediato-. A decir verdad, lady Barret, lo cierto es que me siento un tanto fatigada -se tocó las sienes y esbozó una débil sonrisa-. Me temo que tengo dolor de cabeza... quizás hace mucho calor aquí.

A Judith no le pasó por alto la franca malevolencia en la fracción de segundo que duró la mirada que Agnes le dirigió. Y aunque la dejó helada, la devolvió arqueando triunfalmente las cejas un instante. Estaba entablada la batalla entre las dos... pero, ¿cuál era el campo de batalla y cuál el objeto de la guerra?

Derrotada, Agnes hizo una reverencia, ofreció a Harriet su simpatía, y le prometió visitarlas a ella y a Letitia en la mañana siguiente, luego se marchó.

-Gracias -susurró Harriet. Judith rió entre dientes.

-No me lo agradezcas. Tu actuación fue impecable. Hasta estuve a punto de creerme yo también tu dolor de cabeza. Ven, arrastremos a Sebastian fuera de esa sala de juegos; él nos acompañará a casa.

La propuesta fue aceptada de inmediato por Harriet, y las dos fueron a buscar a Sebastian. Sin embargo, cuando entraron en la sala de naipes, una extraña expresión apareció en el semblante de Sebastian. Abandonó al instante el juego y se acercó a ellas.

-Tú no debes estar aquí -dijo a Harriet, casi con brusquedad, guiándola hacia el salón de baile.

-Hemos venido a buscarte -dijo Judith, perpleja-. Pensamos que podrías acompañarnos a casa.

-Con el mayor placer -Sebastian recuperó el control de sí mismo, pero su expresión seguía siendo un poco contenida-. Pediré tu coche de inmediato.

-¿Cuál es el problema? -susurró Judith, en cuanto Harriet se alejó para recoger su capa.

-No quiero que Harriet esté en la sala de juego -dijo, en voz baja pero con vehemencia-. No es lugar para ella.

-Ah.

Judith fue a reunirse con Harriet en la sala de señoras, pensando en lo que acababa de oír. Sebastian no quería que ninguna mácula de las mesas de juego tocara a su futura esposa. Interesante. Para Sebastian, lugares como ése estaban asociados con todo lo que él pretendía dejar atrás después de haber hecho pagar sus deudas a Gracemere. Ellos llevaban en sí la corrupción del juego inescrupuloso, de la desesperación, de la pobreza, la rabia y la injusticia. Pero ¿acaso no llevaban también el recuerdo del lazo que unía a hermano y hermana? ¿De los años en que sólo contaban uno con el otro? La entristeció la idea de que tal vez ella y Sebastian estaban comenzando a separarse.

Marcus acababa de llegar a su casa cuando el carruaje dejó a su esposa ante su puerta.

-Estaba a punto de ir a buscarte a casa de los Sedgewick -le dijo, cuando ella entró en el vestíbulo-. ¿Has tenido una velada agradable?

Mantuvo abierta la puerta de la biblioteca. Judith pensó que había pasado la noche coqueteando con Gracemere y haciendo trampas con los naipes. Una noche de engaños. Ella había creído poder sobrellevarla recordando la imperiosa necesidad del secreto, de lo necesario que era proteger ese secreto; en cambio, al oír su voz, la inundaron oleadas de pánico. Sintió que el color abandonaba sus mejillas, el sudor le corría bajo los brazos y le humedecía las manos. ¿Cómo era posible que Marcus no percibiera su culpa? El instinto le dictaba que alegase fatiga y corriera a la planta alta sin más conversación. En cambio, se quedó y se obligó a comportarse con normalidad.

-Bastante agradable, gracias. Pasó junto a él y entró en la biblioteca. ¿Por qué diablos ella no lo miraba como era debido? Marcus la sintió vibrar como una campana mal colgada.

-¿Una copa de oporto antes de acostarte? -sugirió Marcus, levantando el botellón de una bandeja que había sobre una mesa.

-Preferiría una de madeira -se quitó la capa de noche, la dejó caer en el sofá y fue hasta la ventana que daba al parque. Corrió las cortinas y dijo, animosa-: Es una noche muy fría.

-Sí -coincidió él, dejando la copa de ella sobre la mesa y observándola con divertida confusión, al ver que seguía mirando por la ventana-. ¿Qué tiene de atractivo la plaza a esta hora de la noche?

Ella alzó los hombros, lanzó una risa débil y se volvió hacia la habitación.

-Nada, por supuesto. Por alguna razón, me siento inquieta.

Marcus percibió que la despreocupación no era muy convincente.

-Me pregunto por qué te sentirás inquieta -bebió su oporto, mirándola por encima del borde de su copa-. ¿Qué estás tramando, lince?

-¿Tramando? ¿Por qué estaría tramando algo?

-Dímelo tú.

Marcus siguió estudiándola, hasta que ella se ruborizó.

-Fue una recepción tediosa -dijo ella, bebiendo un gran trago de su vino-. Quizás es por eso que me siento inquieta.

-Esa sería una buena razón -comentó él con seriedad.

Judith le lanzó una mirada suspicaz. Su marido parecía divertido, pero no convencido. Ella bostezó.

-Estoy cansada. Creo que me iré a acostar.

-Creí que te sentías inquieta -señaló, implacable.

Judith se mordisqueó una uña.

-Me siento y no me siento. Es una sensación muy rara.

-Quizá deberíamos dar una vuelta por el parque -sugirió él-. Un poco de ejercicio nocturno al aire libre tal vez te ayude a saber cómo te sientes exactamente.

-¡Ya está bien; deja de burlarte de mí, Marcus! -estalló, irritada, preguntándose cómo haría para desviar el curso de este interrogatorio.

En efecto, él percibía su culpa, aunque ni en mil años podría adivinar su crudeza. Sin embargo, eso no la ayudaba en absoluto.

-Me disculpo, señora -se acercó a ella y le sacó la copa de la mano-. Vamos arriba; yo me dedicaré a conocer la verdad probando otros métodos de persuasión.

-No hay tal verdad. No sé de qué hablas.

-¿No? -alzó las cejas-. Bueno; te lo explicaré. Sé que o bien has estado metida hasta el cuello en problemas esta noche, o bien estás planeando meterte en un problema importante.

-¿Cómo puedes saber eso...? Quiero decir, no puedes saberlo porque no hay nada que saber.

Contrariada, se mordió el labio pensando en su torpeza.

Marcus movió la cabeza.

-Si no estuvieras metida en líos me dirías por qué estás tan molesta, lince. Pero, como haces grandes esfuerzos por convencerme de que cambie de tema, sólo puedo suponer que se trata de algo que no me gustaría.

Esto era espantoso.

-Hablas como si yo fuese una niña en lugar de una mujer adulta que acaba de volver de una fiesta tediosa -dijo, intentando el camino de la dignidad ofendida.

Marcus negó con la cabeza.

-Será inútil, Judith. Eso no funciona; dime qué embrollo has estado tramando.

Judith miró alrededor, buscando algo inofensivo y convincente para confesar.

-Estoy comportándome como una tonta -farfulló, al fin-. No quería hablar de eso.

¿Tonta con respecto a qué? ¿Hablar de qué? No tenía idea, y cruzó los dedos tras la espalda, esperando que él no insistiera. Vana esperanza.

-Me dejas sin alternativas -observó él, mirándola pensativo.

Había algo en esa mirada que puso a Judith en guardia. Todavía parecía divertido; en el fondo de sus ojos había un brillo sensual, pero no resultaba tan tranquilizador como debería.

Había un propósito alojado en ese cuerpo poderoso, una decisión en el sesgo de la boca y en la firmeza de su mandíbula.

-Estás haciendo una montaña de un grano de arena -ella intentó otra vez con la veta ligera-. Estoy desasosegada porque he pasado una velada aburrida, además está empezando a dolerme la cabeza.

Aquello era endeble; ella no se asombró al comprobar que no funcionaba.

-¡Mentirosa! -exclamó Marcus-. Te traes algo entre manos; de acuerdo con mi experiencia, cada vez que decides ocultarme algo, termina siendo la causa de un enorme enfrentamiento. No estoy dispuesto a tener una batalla contigo otra vez... ni ahora ni en algún momento futuro, cuando cualquier cosa que me ocultes atraiga mi atención. Por lo tanto, quiero que me lo cuentes con pelos y señales, por favor.

Si no hubiese cargado con ese peso en su conciencia, Judith podría haber replicado a esta provocación del modo que se merecía. Pero esa noche estaba demasiado acobardada por la verdad para luchar.

-Por favor -dijo, apretándose las sienes-. Estoy demasiado cansada para ser presionada.

-¡Presionada! -durante un momento, Marcus perdió el equilibrio-. ¿Quiero saber qué es lo que te preocupa y me dices que estoy presionándote?

-Tú no quieres saber de qué se trata -gritó, aguijoneada por esa interpretación tan equivocada de la conversación-. Estás convencido de que yo estoy tramando algo y que te lo oculto. Debes saber que no es lo mismo una cosa y la otra.

-En mi opinión, en lo que a ti concierne, es lo mismo -sacudió la cabeza con el aire de quien se resigna, aun a su pesar-. Bueno, está bien; ponlo como quieras. No digas que no has sido advertida.

-¡Marcus! -gritó Judith, sintiéndose levantada y depositada sobre una mesa baja.

El hombro de Marcus se apoyó en su estómago y, al instante siguiente, la llevaba colgando sobre su espalda, mirando a la alfombra, sus tirabuzones cayendo sueltos y tapando su cara desde la banda de marfil y perlas que los sujetaba.

-¿Sí, querida? -preguntó él, lleno de solicitud, mientras caminaba con ella a cuestas en dirección a la puerta.

-¡Déjame!

Ella golpeó la espalda de Marcus con sus puños y estornudó porque el pelo le hacía cosquillas en la nariz. Cuando llegaron al vestíbulo, lo absurdo de su posición se le hizo patente. Su vestido de tafetán de color esmeralda no era el más adecuado para un tratamiento tan rudo; sus pendientes de perlas se balanceaban, ridículos, en la espalda de Marcus. Empezó a sacudir violentamente con sus pies calzados en sandalias de satén blanco.

-Cuando lleguemos arriba -dijo él con calma, apoyándole una mano apaciguadora en el trasero, como única respuesta a su pataleo.

-Pero... los criados... -jadeó Judith-. No puedes llevarme por toda la casa de una manera tan mortificante.

-¿No puedo? -en la voz de su marido tembló la risa-. Has tenido muchas oportunidades de cooperar.

Lanzando un gemido Judith se rindió, cerró los ojos con fuerza y rogó que todos se hubiesen ido a acostar... todos, excepto Millie y Cheveley. Se levantó un poco desde el hombro de él al pensarlo.

-Por Dios, Marcus; deja que entre caminando en mi cuarto.

-¿Ah, sí?

-¡Por favor!

Él se detuvo en mitad de la escalera.

-Si me dices ahora mismo lo que quiero saber, te dejaré entrar en tu cuarto andando sobre tus pies.

-Por Dios -se lamentó Judith otra vez. Pero, en ese mismo instante, llegó la inspiración que ella necesitaba. Sin duda, aquello tendría que ver con la sangre que se le había ido a la cabeza. Por añadidura, no sería una mentira sino apenas una verdad a medias.

Al ver que ella no respondía de inmediato a su ultimátum, Marcus siguió ascendiendo la escalera, llevando su carga con la mayor facilidad, en apariencia.

-¡Por favor! -chilló ella cuando llegaron al último escalón-. Bájame; te lo diré en cuanto estemos en mi cuarto. Lo haré, te lo prometo.

Marcus no respondió y siguió andando por el corredor hasta el dormitorio de Judith. Sin embargo, al llegar a la puerta, tuvo un arranque de piedad y se detuvo.

-¿Palabra de lince?

-Palabra de Davenport -dijo, ella jadeando-. No puedo soportar que me lleves cargada como un saco de patatas.

Él la bajó, riendo y sujetándola por la cintura hasta que sus pies tocaron el suelo.

-Te había dicho que yo tenía varios métodos de persuasión.

Judith se apartó el pelo de los ojos y trató de alisar su maltratado vestido. Con el rostro enrojecido por la indignación y por su viaje cabeza abajo, lo miró enfadada.

-¿Cómo pudiste?

-Fue muy fácil.

Él abrió la puerta e indicó con un gesto que entrara mientras le hacía una burlona reverencia.

-¡Dios tenga piedad, milady! -exclamó Millie, levantándose de un salto de su silla-. ¡Qué ha pasado con su vestido!

Con expresión incrédula, la doncella se quedó mirando el vestido ajado de Judith y sus rizos revueltos.

-Me siento como si me hubiesen arrastrado sobre un campo de zarzamoras -declaró Judith, echando a su marido una mirada fulminante. Marcus sonrió con picardía.

-Tienes quince minutos para prepararte para la cama. Luego, tendrás que cumplir tu parte del acuerdo.

-Bonito acuerdo -murmuró Judith, mientras la puerta intermedia se cerraba tras él-. Ayúdame a desvestirme, Millie. Quince minutos no es mucho.

-No, milady. ¿Qué sucedió?

-Ésta es la noción que tiene su señoría de una broma -dijo Judith, mirando su imagen en el espejo de cuerpo entero-. ¡Qué lío!

Millie ayudó a Judith a ponerse el camisón y le cepilló el pelo, devolviendo el orden a esa nube cobriza.

-Si no necesita nada más, llevaré esto a limpiar y planchar, milady.

Recogió el maltratado vestido y enfiló hacia la puerta.

-Gracias, Millie. Buenas noches. Judith apagó todas las velas menos una y se metió rápidamente en la cama, acomodando las almohadas tras su cabeza y subiendo las sábanas hasta el mentón, para ofrecer a su esposo una recatada imagen cuando él entrase a oír su explicación. Con el vértigo de la acción, su pánico y su culpa se habían desvanecido; ya sabía cómo manejar la situación y se sentía serena como si estuviese jugando por altas posturas en la calle Pickering.

-¿Y bien, mi señora esposa? -Marcus cerró la puerta y caminó hasta la cama en penumbras-. Aunque parezcas miel sobre hojuelas, yo te conozco. ¡Vamos, suéltalo!

Chasqueó los dedos.

Judith se puso ceñuda y se irguió sobre las almohadas.

-Yo te dije que era una tontería y que yo estaba haciendo una montaña de un grano de arena, pero, como insistes, te lo diré. Se trata de Agnes Barret.

Se recostó de nuevo, con el aire de quien se ha sacado de encima un deber difícil y, quizás, inútil.

-¿Agnes Barret? -Marcus se sentó a los pies de la cama-. Explícame.

-No sé cómo explicarte -dijo ella; la admisión vibraba en su voz con el sonido de la verdad-. Ella me altera horriblemente. Tengo la sensación de que estamos librando una guerra a muerte, aunque no sé cuál es el objeto de la lucha ni cuál es el arma. Cada vez que me veo obligada a hablar con ella, me siento como si un regimiento entero estuviese marchando sobre mi tumba.

-¡Dios mío! -Marcus levantó la vela y la sostuvo en alto para que el rostro de ella estuviese iluminado. Así pudo leer la verdad en sus ojos-. ¿Qué sucedió anoche?

Ella se alzó de hombros.

-Sólo cambiamos unas palabras... bueno, ni siquiera eso, pero yo le impedí que llevara a Harriet a su casa, y ella se puso furiosa. Creo que se podría decir que cruzamos miradas. Por alguna razón, está cultivando la amistad de Harriet -tiró de las mantas-. Estoy segura de que Agnes y Gracemere son amantes.

Marcus frunció el entrecejo.

-No es inconcebible, creo. Tengo entendido que se conocen desde la infancia. ¿Por qué habría de preocuparte?

-Genera situaciones incómodas -dijo ella, tomando un hilo suelto de la sábana y retorciéndolo alrededor de su dedo-. Por eso no quería hablar de esto. Yo pienso que Gracemere está intentando cortejar a Harriet aunque ella no quiere tener nada que ver con él, y Agnes se afana por reunirlos constantemente.

-Entiendo.

Fue una llana afirmación. Harriet no sería la primera heredera que recibía las atenciones de Gracemere, pensó Marcus. Pero, si ella lo mantenía a distancia, quería decir que era

diferente de Martha. Era de suponer que Sebastian resultaba un contrapeso más fuerte contra el asedio de Gracemere que lo que había sido Marcus.

-Te has puesto ceñudo -dijo Judith-. Y aún no he dicho nada que pueda enfadarte.

Él suavizó su expresión provocada por los recuerdos y sonrió.

-Oh, mi querido lince, ¿estás por hacerlo?

-No sé -respondió ella, juiciosa, sin dejar de retorcer el hilo.

-¡Dilo! -Bueno, cada vez que estoy con Harriet y ella está con Agnes, suele ocurrir que Gracemere anda rondando por ahí -lo miró, arqueando las cejas oscuras con expresión perpleja-. No quería traer a colación un tema que puede provocar enfrentamientos.

-Querida mía, Gracemere no provocará conflictos mientras tú no lo alientes. No puedes evitar su compañía en ocasiones y te aseguro que yo no me marchitaré ni moriré al oír mencionar su nombre -comentó él, con una sonrisa torcida.

-Yo no quería correr ningún riesgo -dijo ella, sin faltar ni un ápice a la verdad.

Marcus se inclinó para atrapar un tirabuzón y lo enroscó en su dedo.

-¿Eso es lo que ha estado molestándote esta noche?

-Sí -confesó ella-. Pero, ahora que has hecho que diga qué me pasa, tengo la sensación de haberme dejado llevar por la fantasía en lo que se refiere a Agnes y me siento bastante tonta.

Marcus rompió a reír y se quitó la bata de dormir de brocado.

-Bueno, será mejor que te ayude a recuperar tu autoestima. Hazme lugar.

Judith lo contentó sin vacilar, pensando que había podido sacar las castañas del fuego sin chamuscarse demasiado. Después se preguntó cuánto tiempo duraría su suerte.

24

-No entiendo cómo puedes estar tan despreocupado ante las atenciones que Gracemere dedica a Harriet.

Judith unió con fuerza sus manos enguantadas dentro de su manguito de plumón de cisne. Era una tarde muy fría, nada apta para dar una caminata en el horario en que las personas elegantes se paseaban por el parque. Sin embargo, los dictados de la sociedad siempre prevalecían sobre la comodidad, y ese día había casi tantos paseantes como en las tardes más benignas.

El bastón de Sebastian silbó en el aire y golpeó un seto desnudo.

-Harriet lo detesta; tú misma me lo has dicho -replicó él-. Y ella me ama a mí -añadió, con un toque de complacencia-. ¿Por qué habría de preocuparme Gracemere? Si fuera cualquier otro, hasta le tendría compasión por empeñarse en algo tan inútil.

-Agnes Barret es su cómplice.

-Vamos, Ju; no seas tan melodramática. Cómplice... vaya. ¿Qué clase de conspiración estás imaginando?

Judith sacudió la cabeza. No lo sabía; sin embargo sentía que en Agnes y Bernard sólo había pura maldad.

-Ellos son amantes -dijo.

Sebastian se encogió de hombros.

-Puede ser. ¿Y qué?

Judith se dio por vencida y cambió abruptamente de tema.

-¿Irás a la propiedad Carrington en Navidad?

-¿A qué otro lugar podría ir? -dijo Sebastian, riéndose de ella.

-Tal vez prefirieras pasarla con lord y lady Moretón -replicó Judith, altiva-. Estoy segura de que harían una excepción con motivo de la Navidad, y servirían algo más que engrudo y té flojo en su mesa.

-¡Tonterías! -respondió con cordialidad su hermano, sabiendo que Judith pensaba invitar a Harriet a la propiedad Carrington, aunque teniendo la delicadeza de excluir a sus padres.

Judith saludó con la mano a un landó que pasaba, en respuesta al entusiasta saludo de sus pasajeros.

-Son Isobel y Cornelia.

El landó se detuvo junto al sendero de peatones.

-Judith, ese sombrero es una preciosidad -dijo Isobel-. Buenas tardes, Sebastian... Vi un sombrero igual a ése en Bridge's, Judith, pero no parecía gran cosa. Ni siquiera me lo probé. Se me ocurrió que podría darme aspecto de calva, o algo así.

Sebastian notó por primera vez el sombrero en cuestión: se trataba de un ajustado casquete que cubría por completo la cabeza de su hermana, ocultando su pelo y destacando las líneas y planos de su rostro, que se exhibían ante el mundo sin adornos. Llegó a la conclusión de que, en efecto, no le quedaría bien a cualquier mujer.

-Es por la estructura ósea -comentó Cornelia-. Debes tener huesos en la cara -tenía la nariz enrojecida por el frío y la secaba con un pañuelo-. Ojalá no me hubiese dejado

convencer por ti para dar este paseo, Isobel. Está helando; yo preferiría estar sentada junto al fuego, con un libro.

-Oh, te hace bien un poco de aire fresco -repuso Isobel-. No puedes pasar todo el día con la nariz metida en un texto latino, ¿no es así, Judith? Sebastian, ¿tú qué opinas?

Sebastian observó la nariz enrojecida y el semblante desconsolado de Cornelia.

-Yo pienso que se puede decir mucho a favor de los asientos junto al fuego y los libros... aunque no soy muy aficionado a los clásicos.

Cornelia se sorbió y se sonó la nariz.

-De hecho, no estaba leyendo latín sino Guy Mannering. ¿Lo conoces, Judith?

Judith asintió.

-Tengo un ejemplar, pero aún no lo he leído. Se dice que lo ha escrito Walter Scott, ¿verdad?

-Sí, tiene el mismo estilo que Waverley... aunque él no admite haberlo escrito, tampoco.

Una ráfaga de viento hizo temblar la pluma del sombrero de Isobel, y el cochero carraspeó, intencionado, cuando los caballos empezaron a golpear los cascos en el camino.

-Tus caballos están enfriándose, Isobel -dijo Sebastian, volviendo al sendero-. No es clima para quedarse mucho rato.

-Tampoco es clima para caminar-declaró Judith, arrebujándose en su pelliza.

El landó arrancó; después de saludar con la mano, ella se volvió hacia su hermano.

-Sebastian, creo que ya es hora de poner en escena la obra para Gracemere. Deberíamos proponernos acabar el asunto para Navidad.

Sebastian asintió.

-Lo tenemos en el preciso lugar en que queríamos tenerlo. Yo he comenzado a perder sumas cada vez más fuertes, de modo de exacerbar su apetito para la última noche.

-Confío en que todavía tenemos los fondos que necesitamos, ¿no?

El hermano volvió a asentir.

-Tenemos suficiente.

-¿Ha vuelto a hacer trampas?

-Dos veces. Por supuesto, yo perdí despreocupadamente. Él no tiene idea de que yo perdí adrede.

-Faltan tres semanas para el baile de la duquesa de Devonshire -dijo Judith, pensativa-. Una semana antes de Navidad. Sería la ocasión perfecta para ponerlo en evidencia: todos estarán presentes.

Sebastian lo pensó unos instantes y luego asintió con vivacidad.

-Yo jugaré al séptimo con él, más que cualquier otro juego. Ganaré un poco, perderé mucho. La noche anterior al baile, perderé tanto que él no tendrá otra alternativa que pensar que estoy prácticamente arruinado. Por la noche, caerá en la trampa para recibir el golpe de gracia.

-Y, esa noche... --Judith se estremeció, pero no de frío.

Esa noche, entre ellos dos destruirían a Bernard Melville, conde de Gracemere.

Judith recuperó su habitual vivacidad y continuó:

-Yo me involucraré en el «duelo» que ustedes estarán librando... de un modo juguetón, ya sabes. Él pensará que soy increíblemente ingenua por creer que sólo se trata de un juego, por no comprender que mi hermano es un pichón gordo que él se apresta a terminar de desplumar.

-Tú tendrás que procurar que esa noche Marcus esté en cualquier otro sitio -dijo Sebastian, con tono práctico.

-Sí-coincidió Judith. Y agregó sin detenerse: -No sé cuánto tiempo más podré sostener este engaño, Sebastian. Me siento una traidora, una mujer desleal.

-Tres semanas más -dijo Sebastian, en voz baja-. Eso es todo. Yo tampoco puedo esperar mucho más, Ju.

-No, ya lo sé -ella tomó la mano de su hermano y le apretó los dedos con un movimiento convulsivo. Un minuto después, habló con tono alegre, como para calmar la intensidad de los últimos momentos-. ¿Has pensado cómo te las arreglarás con Letitia? Sebastian lanzó un quejido.

-Abrigo la esperanza de que Yorkshire sea demasiado lejos para hacer visitas frecuentes.

-¿Harriet será capaz de enfrentar a su madre?

Sebastian lo pensó.

-Sí, si cuenta con apoyo -dijo, al fin-. Claro que hasta ahora no lo ha hecho, pero yo pienso que cuando estemos casados preferirá molestar a su madre antes que a mí.

Judith estalló en carcajadas.

-Es una muchacha tan dulce, tan complaciente, Sebastian. Es una circunstancia afortunada que se haya enamorado de alguien que jamás le haría daño.

Sintió un estremecimiento de ultratumba que recorría su cuero cabelludo, y su risa se extinguió al evocar las imágenes de Agnes y Gracemere.

-Debo marcharme -dijo, cuando llegaron a Apsley Gate-. Lord Castlereagh, lord Liverpool y el duque de Wellington vendrán a cenar con nosotros.

-Te mueves en círculos muy encumbrados -bromeó Sebastian, riendo-. El primer ministro y el secretario de asuntos extranjeros, nada menos.

-Sospecho que los intereses de Marcus están virando hacia la política, ahora que se han acabado las guerras-dijo Judith-. No cabe duda de que Wellington también está mirando en esa dirección. Según Marcus, eso se debe a que el duque tiene una filosofía política muy simple: él es servidor de la Corona y está obligado a cumplir con su deber en cualquier forma que sea necesaria, ya sea en el campo de batalla o en el Parlamento. Es el hombre más popular del país y tiene tanta influencia en la Cámara de los Lores que probablemente pueda coordinar a los tories de un modo que Liverpool no puede -frunció el entrecejo-. Me pregunto si Marcus piensa en un puesto en algún ministerio que Wellington decida crear. Es curioso que sólo lo haya pensado ahora.

-Mi hermana, esposa de un ministro del gabinete -dijo Sebastian, con burlona admiración-. Será conveniente que te des prisa en volver a tu hogar para encantar a los invitados de tu esposo.

-Aunque parezca extraño, Wellington no me intimida en absoluto -dijo Judith-. Quizá se deba a que una vez pasé una noche durmiendo sobre una mesa, en uno de sus cuarteles generales. Y a que es un desvergonzado galanteador -añadió.

-Si es así, estoy seguro de que tú y él os entenderéis a las mil maravillas -se burló su hermano.

Judith llegó a su casa y encontró una nota esperándola. Era del conde de Gracemere, que le recordaba su deuda de honor y le reclamaba el placer de su compañía a la noche siguiente, en una fiesta pública de máscaras, en Ranelagh. Judith se puso ceñuda, tomó la nota, la llevó a su dormitorio y, una vez allí, tocó la campanilla llamando a Millie. Mientras aguardaba a su doncella, echó la invitación en el fondo de un cajón de su secretaire.

Bernard había elegido un sitio curioso para el pago de su deuda. Un *ridotto* público era una vulgar mascarada; los miembros de la alta sociedad no acostumbraban a frecuentar ese tipo de lugares. Aunque tal vez fuera por eso que la invitaba a ese sitio. Quizás estuviese empeñado en garantizar el secreto del encuentro. Sin embargo... Lo que ella sabía de

Gracemere no se prestaba a semejante consideración. Más bien lo hubiese creído capaz de alguna malicia.

Por supuesto, ella no pensaba acudir. Pero ¿cómo rechazar la invitación sin que Gracemere cuestionara su buena fe en la amistad entre ambos? Si ella lo rechazaba a esta altura del juego, no le quedaría tiempo suficiente para reparar el daño antes de la fiesta de la duquesa de Devonshire, y esa noche ella tendría que estar adherida a Gracemere, más pegada que su propia sombra.

-Milady... ¿qué vestido prefiere?

-¿Qué dices, Millie?

La señora levantó la vista, distraída. Paciente, Millie esperaba junto al armario.

-¿Qué vestido se pondrá esta noche, milady?

-Ah -Judith frunció el entrecejo y concentró su atención en esa importantísima cuestión-, el de seda color paja, me parece.

-Con los zafiros -dijo Marcus, desde la puerta intermedia. Estaba apoyado contra la jamba de la puerta, abotonando los puños de su camisa, y sus ojos negros chispeaban-. Esas piedras atraerán la atención sobre el escote de ese vestido que, según recuerdo, es un tanto atrevido. El duque sabrá apreciarlo.

Judith rió por lo bajo.

-Y, después de todo, una debe complacer a sus invitados.

-Es el deber de una anfitriona -agregó él, serio.

-Y el de una esposa respaldar las ambiciones de su marido -dijo ella, con tono melifluo.

La sonrisa de Marcus se torció.

-¿De modo que lo adivinaste?

-¿Qué puesto te atrae? ¿La secretaría de asuntos exteriores... del interior, quizá? .

Él se encogió de hombros.

-Todavía no lo sé. Depende de lo que quieran Peel y Canning. De todos modos, no sucederá nada durante un tiempo. Sólo tengo interés en preparar el terreno.

-Está bien, yo encantaré a tus invitados -dijo ella-. Pero Castlereagh es un poco agrio. Estoy segura de que él no aprueba el coqueteo. Marcus se echó a reír.

-No importa. Mi futuro político está más bien en manos de Wellington, amor mío.

Esa noche, Judith quitó de su cabeza el problema con Gracemere y dedicó toda su atención a los intereses de su marido. La velada resultó fascinante, y ella se fue a dormir a altas horas de la madrugada, pensando que tal vez le agradase el papel de anfitriona política.

El sol brillaba en todo su esplendor a la mañana siguiente, cuando el bello tañido del reloj que había sobre la repisa de la chimenea despertó a Marcus. Eran las nueve en punto, pero Judith aún dormía como un tronco junto a él. Se apoyó en un codo para contemplarla.

Estaba acostada de espaldas, con los brazos extendidos por encima de su cabeza, los labios entreabiertos, con la respiración profunda, regular y confiada de una niña segura. En el sueño, sin su acostumbrada expresión vibrante, parecía más joven de lo que era y mucho más vulnerable. Su piel exhalaba una fragancia tibia y suave, evocadora de una curiosa inocencia infantil... una inocencia muy ajena a la encantadora, sofisticada anfitriona de la noche pasada.

Quizá fuese lógico deducir que una crianza que incluía el vagabundeo por todo el continente europeo diese como resultado una persona tan cosmopolita, mundana, bien informada. Sin embargo, él no creía que ella hubiese frecuentado los mejores círculos durante sus viajes. Con todo, ella jamás daba un paso en falso; se conducía con toda la seguridad de una aristócrata, con toda la confianza de una persona que jamás ha carecido de nada en su vida. Y Sebastian era igual. George Davenport debería de ser todo un personaje para haber criado dos hijos así en circunstancias tan desfavorables. Marcus se preguntó, y no por primera vez, cuáles serían los antecedentes familiares de Davenport. Judith siempre decía que no sabía

nada de los orígenes de su familia. El padre de ellos había insistido en que eso no tenía importancia y que, como familia, tenían que crearse a sí mismos. Si bien no lo convencía del todo, Marcus podía entender el razonamiento.

Se tendió otra vez junto a Judith, arrimando su muslo a la piel satinada y tibia de la pierna de ella. Era imposible resistir el lento y suave calor que crecía en su bajo vientre al contacto y el perfume de ella. Exhaló un breve suspiro de contento y resignación a la vez, y la hizo volverse de lado, de espaldas a él. Ella murmuró sonidos inarticulados muy propios del sueño. El acomodó su cuerpo al de ella y, en el sueño, ella frotó su trasero con el vientre de él. Marcus le deslizó una mano entre los muslos y tanteó la entrada a su cuerpo, cerrada por el sueño, con caricias tiernas y sutiles. Sonrió al sentir que el cuerpo de ella respondía, sin influencia alguna de su mente. Judith volvió a murmurar y levantó las rodillas, moviéndose hacia atrás en silenciosa invitación.

Él se deslizó dentro de ella, mientras acariciaba sus pechos y hundía la cara en la fragante y desordenada masa de su pelo cobrizo; ella se apretó a su alrededor, y él sintió que esa suave, esa dulce vaina de terciopelo lo apresaba, al punto de que él se convertía en parte de ella. Sintió que el cuerpo de Judith cobraba vida a medida que ella iba emergiendo del sueño y él vivió aquello como si su propio cuerpo formara parte del proceso del despertar de su mujer. Sintió cómo la sangre se apresuraba en las venas de ella, el vigor volvía a los músculos y las articulaciones de su cuerpo, una penetrante claridad a un cerebro que acababa de despertar. Imaginó que él estaba dando nacimiento a ella, creando un nuevo día para ella.

-Buen día, lince -susurró, entre el pelo, sintiendo cómo la recorrían oleadas de placer.

Ella rió, adormilada.

-Ése sí que es un modo muy amable de despertarla a una -se tendió de espaldas, parpadeó mirando al hombre que acababa de poseerla, la mirada de sus ojos negros suavizada por su propio placer, y le tocó la boca con la yema de un dedo-. ¿Has dormido bien?

-Maravillosamente -Marcus se levantó de la cama, se desperezó y bostezó-. ¿Qué planes tienes para hoy?

Judith se sentó apoyada en las almohadas, disfrutando con lo que veía. Marcus desnudo era una fiesta para sus ojos cansados. A pesar de todo, la pregunta trajo a su mente la cuestión principal del día.

-Bueno, creo que esta mañana me gustaría ir a cabalgar con Sebastian -dijo, sin precisar demasiado.

Acudiría a su hermano con el problema, y entre los dos, hallarían una solución.

Marcus le sopló un beso y la dejó, y Judith apartó las mantas y tiró de la cuerda para llamar a Millie.

De hecho, la solución era muy sencilla.

-Ve a Ranelagh -dijo Sebastian-. Yo procuraré estar allí con un grupo grande de amigos míos. Estaremos un tanto ebrios, por supuesto muy alegres, y será casi imposible librarse de nosotros. Gracemere tendrá tu compañía, pero también contarás con la ordinaria compañía de tu hermano. Apenas llegues a tu casa, se lo dirás a Marcus, pero no tienes por qué mencionar a Gracemere; te apuesto a que él no le dará ninguna importancia. Si él presenta objeciones al hecho de que hayas ido a una fiesta tan vulgar, podrás soportar el regaño.

Judith puso cara larga.

-Los regaños de Marcus no son muy divertidos.

-En ese caso, tendrás que pagar un precio bajo.

Judith no estaba tan segura, pero no dijo nada más.

25

El plan de Sebastian se desarrolló como un encantamiento. Marcus estaba comprometido para cenar con unos amigos y no estaría en casa cuando su esposa se marchara, ataviada con un dominó color crema y un antifaz colgado de un brazo. En una esquina del parque, en una silla de alquiler, la aguardaba Gracemere.

Judith lo saludó con una sonrisa radiante.

-Qué aventura, milord -exhaló ella, con el entusiasmo de una niña a la que consintieran un capricho-. Hasta ahora, nunca había estado en un *ridotto*.

El conde hizo una reverencia sobre la mano de ella.

-Entonces, es un honor para mí ser el que la introduzca en estos placeres -la ayudó a subir al coche y montó tras ella-. Estoy seguro de que le agradará Ranelagh. Hay quienes dicen que es más bonito que Vauxhall.

Era una noche bastante tibia, y la primera visión de los jardines, brillantemente iluminados por miríadas de linternas doradas, habría embelesado a Judith si no hubiese tenido otras preocupaciones. Tenía que asegurar que ella y su compañero se topasen con el grupo de Sebastian antes de que todos ellos se perdieran entre la multitud anónima que se paseaba por los senderos de gravilla, con sus disfraces y sus máscaras.

-Me gustaría bailar -dijo-. ¿Podríamos ir al pabellón?

-Por supuesto -el conde hizo una reverencia y tomó el antifaz que ella llevaba-. Permítame.

Judith soportó el contacto de sus dedos, que ataban con destreza el cordel del antifaz, tratando al mismo tiempo de mantenerse apartada de él, sin dejarlo ver hasta qué punto le resultaba repugnante. Dejó que su dominó crema quedara abierto sobre los hombros, dejando ver su vestido de baile, de tafetán de color zafiro. Era un color sorprendente, que daba la impresión de arrancar llamas a su cabello; Sebastian no tendría muchas dificultades para reconocer a su hermana en la muchedumbre, a pesar de la máscara.

Apenas habían dado una vuelta en el salón cuando Sebastian los vio. Estaba con su grupo de amigos, apoyados en la pared, observando a los bailarines con toda la apariencia de aquellos que no tienen en cuenta las restricciones convencionales y están resueltos a divertirse, por escandalosa que fuese esa diversión. Llevaban en sus manos jarras de cerveza fuerte y gin, y bebían despreocupadamente, mientras intercambiaban comentarios poco delicados con respecto a la concurrencia.

-Por Dios, es mi hermana -exclamó Sebastian, hablando con cierta dificultad, cuando Judith y Gracemere estuvieron al alcance de su voz.

De repente, Judith percibió que su acompañante se ponía rígido.

-Sebastian -llamó a gritos, dejando al conde-, ¿qué haces aquí? ¿No es una increíble aventura? Nunca había visto tanta gente. Hay personas que se persiguen unas a otras alrededor del estanque de lilas ahora mismo, ¿sabes? Se han quitado los antifaces... Oh, milord, le ruego que me perdone -se volvió hacia el conde, cuya expresión estaba bien oculta por la máscara, con una sonrisa radiante-. Qué coincidencia. También está mi hermano aquí.

-Ya veo -dijo Gracemere, saludando-. Su hermana tenía un gran deseo de conocer los deleites de un *ridotto* público, Davenport. Y yo me ofrecí a acompañarla.

-Caramba, Ju; ya sabes que yo te hubiese acompañado -dijo Sebastian, con tono de reproche-. Pero permíteme presentarte a mis amigos.

Una mujer de traje verde se apartó del alféizar de la ventana cuando Judith tomaba del brazo a su hermano. Allí no era posible causar ningún daño, no habría ningún cuento de virtud mancillada que se pudiese llevar al muy honorable marqués de Carrington. Agnes Barret se marchó a casa.

A partir de ese momento, el plan de seducción, tan cuidadosamente urdido por el conde, se hizo trizas. Sebastian, inducido por la bulliciosa alegría creada por el alcohol, parecía convencido de que Gracemere no podía menos que estar tan encantado como él por ese encuentro casual, y que nada le satisfaría más que unirse a ellos y cenar en una de las rotondas, donde podrían observar las citas furtivas y ver a las damas de vida airada hasta hartarse. Se dijeron varias bromas en relación con la posible reacción del marqués de Carrington ante el hecho de que su esposa se hubiese permitido divertirse de forma tan vulgar, y a medida que avanzaba la noche, Judith iba poniéndose tan alegre como Sebastian y sus amigos.

Gracemere no podía hacer otra cosa que sentarse junto con el bullanguero grupo y esperar con impaciencia a que acabase la velada. Se sentía como un tío viejo que hubiese caído por casualidad en una fiesta de jóvenes bullangueros. El comportamiento de Judith, sin duda, era inapropiado para la marquesa de Carrington, pero su identidad estaba bien oculta tras su máscara, por si alguien de la sociedad hubiese decidido también pasar una noche poco convencional. Pero, de todas maneras, sólo podía reprochársele un exceso de animación. No había ningún elemento para un escándalo público, y el conde no podía sacar ningún provecho de su compañera. En lugar de una cena privada, íntima, en un lugar tenuemente iluminado, estaban cenando bien a la vista, bajo el resplandor de una docena de candelabros, en compañía del hermano de Judith. Si eso llegaba a saberse, la censura de la sociedad sería leve, atemperada por la indulgencia. En lugar de conducir el galanteo por los caminos de la seducción manifiesta, se veía obligado a presenciar la desintegración de su presa, convertida en una ingenua que reía tontamente, apoyándose en su hermano, en procura del sostén físico que tanto necesitaba. Supuso que Agnes había regresado a su casa.

Al final de la velada, el conde no tuvo más remedio que soportar la retozona compañía de Sebastian en el coche. No podía negarse a su pedido de que lo llevara a su casa sin que esa negativa resultara llamativa, de modo que se sentó en un rincón del vehículo, oyendo, mohíno, las risas ebrias de los dos hermanos y sus desdichadas observaciones.

Cuando el coche se detuvo en Berkeley Square, Sebastian bajó el escalón.

-Yo acompañaré a mi hermana hasta la puerta -dijo, hipando en la cara de Gracemere, a través de la ventanilla-. Le agradezco por haberme traído. Hermosa velada... excelente compañía -sonrió con picardía y se llevó un dedo a los labios-. No debemos divulgarlo, ¿verdad?

El conde suspiró y accedió a desgana; luego tomó la mano de Judith y la llevó a sus labios.

-Mi querida Judith, no dudo de que usted comprenderá cuando le diga que no considero pagada la deuda. Los términos del acuerdo no quedaron cumplidos con el pequeño entretenimiento de esta noche.

Judith lo miró, parpadeando, guiñando los ojos como si quisiera enfocarlos. Daba la impresión de luchar con una memoria errática.

-¿Deuda, señor? ¿Cómo hemos llegado a...? Ah, sí -sonrió, con aire triunfal-. Ya lo recuerdo. Tenemos que volver a jugar al séptimo, ¿sabe usted? La próxima vez, yo ganaré la apuesta y llevaré sus caballos oscuros por el parque Richmond.

-Puede ser -admitió él, con una sonrisa seca-. Pero primero debemos saldar la primera deuda. Sé que no la desconocerá.

-Oh, no... no... por supuesto que no.

Judith hipó, sonrió y bajó a la calle, desde donde saludó alegremente con la mano. El hombre dio un golpe en el costado del vehículo y el cochero hizo andar a los caballos. Gracemere miró hacia atrás por la ventanilla cuando doblaban en la esquina del parque. Los dos hermanos seguían riendo como tontos, mientras subían a los tumbos la escalinata de entrada de la casa.

Vaya con la mala suerte... y, además, esa estúpida ingenua ni siquiera era capaz de resistir la bebida. La próxima vez, debería pensarlo mejor.

-Creo que hemos salido bastante bien del paso -comentó Sebastian, al tiempo que estiraba la mano hacia el llamador de la puerta.

Judith sacudió la cabeza.

-Tan bien que él va a declarar nulo el pago y me reclamará otra cita.

-Ya encontraremos la manera de eludirla -aseguró su hermano.

Judith rió entre dientes.

-Sí; sin duda. Pero estoy segura de que él está más convencido que nunca de que tú eres un simple.

Todavía estaban riendo cuando el portero de noche les abrió la puerta.

-Buenas noches, milady.

-Buenas noches, Norris. ¿Ha regresado su señoría?

-Sí, milady. Creo que está en la biblioteca.

Nacida en la euforia del éxito de la mascarada, Judith tuvo una maliciosa idea. Más tarde, admitiría que había sido una de sus ideas más tontas. Tras dar las buenas noches a su hermano, entró en la casa, yendo directamente a la biblioteca, mientras volvía a atarse el antifaz.

Marcus, instalado junto al fuego, aguardaba el regreso de su esposa; levantó la vista de su lectura de Tácito cuando oyó abrirse la puerta.

-Te deseo las buenas noches, milord -dijo Judith, apoyándose contra la puerta y dirigiéndole una sonrisa un tanto vaga-. ¿Has tenido una velada agradable?

La pregunta fue subrayada por un hipo discreto.

-Sí, gracias -Marcus cerró el libro dejando un dedo para marcar la página y observó a su esposa con cierta perplejidad. Parecía estar tambaleándose en la puerta como si se le hubieran ablandado los huesos, y su sonrisa parecía un tanto desconcentrada-. ¿Cómo ha estado la tuya?

-¡Oh, grandiosa! -dijo, hipando otra vez-. Te pido que me perdones... -se cubrió la boca con una mano-. Es que, al parecer... qué tontería...

Se le escapó una risilla.

Marcus notó que su máscara estaba torcida.

-Judith, ¿estás ebria, acaso?

Era una explicación extravagante, pero él conocía bastante ese estado como para reconocerlo.

Ella negó vigorosamente con la cabeza. E hipó de nuevo.

-Claro que no... sólo un tanto torpe -se tambaleó y volvió a reír-. Oh, no pongas esa cara tan severa, Marcus. No es amable de tu parte, cuando yo me siento tan tibia y blanda.

-¡Ven aquí! -ordenó, dejando el libro.

Judith se apartó de la puerta y fue hacia él, volteando casi una mesa de patas ahusadas.

-Oh, caramba -la sujetó y la acomodó con movimientos deliberados, conteniendo otro hipo-. Qué descuidada soy. No la vi.

Judith se desplomó en el regazo de Marcus, soltando un suspiro de alivio.

-Entonces, ¿de verdad lo has pasado bien esta noche? -preguntó Judith-. Tengo las piernas cansadas. Apuesto lo que quieras que no lo has pasado tan bien como yo... oh, perdóname.

Un ataque de hipo la dominó durante unos minutos, hasta que, al fin, apoyó su cabeza en el brazo de Marcus y le dirigió una sonrisa torcida, con sus párpados entornados tras las aberturas de la máscara.

-¿Dónde diablos has estado? -quiso saber él, desatando el antifaz y dudando entre reírse o enfadarse.

-En Ranelagh -dijo ella, con plácida sonrisa-. En un *ridotto* público. Algo bastante vulgar, pero divertido. Fui con Sebastian y sus amigos.

Cerró los ojos, sin dejar de sonreír.

Una cosa era participar de una vulgar mascarada y otra volver bajo la influencia del alcohol.

-¿Qué diablos has estado bebiendo?

-Gin -respondió ella.

-¡Gin!

-Ah, y cerveza fuerte -dijo, como para apaciguarlo-. Gin y cerveza -se acurrucó en su hombro, su cuerpo laxo en el regazo de él-. Deberías haber venido.

-No recuerdo haber recibido invitación -repuso él, con sequedad-. Pero si lo hubiese hecho, tú no habrías regresado a casa en este estado, puedo asegurártelo.

Ella agitó los párpados con coquetería.

-No vas a regañarme como un mojigato, ¿verdad?

Marcus suspiró.

-Tendría escaso sentido dado el estado en que estás. De todos modos, ese mismo estado lleva consigo el castigo. No quisiera estar en tu cabeza mañana por la mañana.

-Tonterías -dijo ella, en medio de un nuevo ataque de hipo.

-Espera y verás. Ven, te llevaré a la cama.

Se puso de pie, con ella en brazos. Ella le rodeó el cuello con un brazo y hundió la cara en su cuello.

-Por el amor de Dios, quédate quieta. No quiero dejarte caer.

-Oh, no -musitó ella-. Yo tampoco quiero. Pienso que le diré a Millie que no me atienda.

-Si, me adelanto un poco, no puedo imaginarme qué pensaría ella si te viese así.

-Oh, estás actuando como un remilgado -dijo ella, y le retorció la nariz.

-Basta, Judith.

La desaprobación estaba imponiéndose al humor.

Ya en el dormitorio de ella, él la arrojó sobre la cama. Ella rebotó, bostezó y abrió los brazos y las piernas.

-Ahora voy a dormir.

-No puedes dormir así; te quitaré la ropa-le levantó los pies, le quitó las sandalias de satén y las dejó en el suelo. Le levantó la falda, desabrochó los portaligas y le quitó las medias de seda-. Ponte de pie.

La levantó y soltó los ganchos del vestido, mientras ella se balanceaba, canturreando y conservando una sonrisa beatífica en sus labios.

El vestido cayó al suelo con un suntuoso susurro de tafetán que recordó a Marcus la primera vez que la había desnudado en aquella posada en el camino de Quatre Bras. Era un

recuerdo que lo hubiese excitado, en cualquier otra circunstancia. Pero esta noche, no. Le quitó la enagua por la cabeza.

Ese fue el momento que eligió Judith para caer de espaldas sobre la cama con un suspiro. Marcus se inclinó sobre ella, los labios apretados, mientras desataba las cintas de su refajo.

-Levanta el trasero.

Obediente, ella alzó las caderas para que él pudiera quitar la prenda.

De pronto, Judith abrió los ojos como en soñolienta, seductora invitación, y se pasó las manos por el cuerpo; sólo llevaba el collar y los pendientes de perlas. Le dirigió la misma sonrisa torcida pero gozosa.

-Por Dios -protestó Marcus-. ¿Dónde está tu camisón? -Por fin, lo encontró en el armario, y tirando de Judith hasta conseguir sentarla, le pasó la prenda de lino por la cabeza-. ¿Dónde están tus brazos?

-Aquí -farfulló ella entre los voluminosos pliegues de tela, agitando los brazos con afán de colaborar.

-¡Dios querido! -volvió a musitar él, mientras metía los desobedientes miembros en las largas mangas-. De ahora en adelante, señora esposa, fuera de estos muros, no beberás otra cosa que horchata y limonada, ¿está claro?

Le quitó las joyas; después con gran trabajo consiguió meterla debajo de las mantas. Entonces, se quedó mirándola, sacudiendo la cabeza.

De pronto, los ojos de ella se abrieron, y Judith se echó a reír, desvanecido todo rastro de aturdimiento de su expresión, y las líneas de su rostro, que habían estado como borroneadas, recuperaron su firme contorno.

-Te he engañado... y yo que no me creía capaz de lograrlo.

Marcus se quedó boquiabierto.

-Judith, tú... diablesa!

Se quedó con la vista fija en ella, sin poder creer en lo que tenía ante los ojos. Sin embargo, estaba clarísimo que ella se hallaba tan sobria como siempre.

Judith se acomodó sobre las almohadas, riendo.

-A estas alturas, deberías conocerme lo suficiente para saber que yo jamás me emborracho. Es sólo una actuación que Sebastian y yo hemos perfeccionado. Si piensas que yo soy convincente, deberías vernos a los dos juntos.

-Me imagino que debe de servir para desarmar a unos cuantos ingenuos -dijo él, con tono inexpresivo.

-Claro que sí-admitió Judith-. En ocasiones sirve. Pero es absolutamente inofensiva.

-¿Inofensiva? Eres una descarada; no sé cómo has evitado que te ataran en la trasera de una carreta en cada capital del continente -le dio la espalda, hirviendo de furia-. ¿Cómo te atreves a jugarme esas tretas?

De repente, Judith comprendió la magnitud de su error. En su euforia, después de haber eludido a Gracemere, se había dejado llevar. ¡Había sido una idea en extremo estúpida y carente de tacto... tomar por tonto a Marcus utilizando las jugarretas de su dudoso pasado!

-Oh, Marcus, sólo fue una pequeña broma -dijo, saltando de la cama-. Lamento que no te gusten las bromas -le puso una mano en el brazo, pero él la rechazó-. Oh, por favor -insistió, rodeándole la cintura con los brazos y apoyando su cabeza entre los omóplatos de él-. Por favor, no te enfades. En realidad, no pensé que te molestaría una broma, pero reconozco que fue equivocado y desconsiderado de mi parte.

-No es por haber recibido una broma -respondió él-. Me tomaste por tonto, y yo no toleraré que se me trate como a uno de los imbéciles a los que tú y tu hermano habéis estado explotando en su vida adulta.

-Lo siento -repitió ella-. Fue un grave error de juicio, ahora lo entiendo, pero no quise hacer ningún daño con ello. Por favor, perdóname.

La contrición que vibraba en su voz era inconfundible. Marcus dejó amainar su enfado, reconociendo que había tenido dos causas: su propia sensación de estupidez por haber caído en una jugarreta como ésa y su rechazo ante cualquier cosa que recordara la pasada vida de su esposa. Tal vez debería haber adivinado la verdad. Judith tenía mucho control de sí misma y de su vida para dejarse vencer por una intoxicación... aunque podía aparentarla, si le convenía y cuando le convenía.

-No vuelvas a tratarme así, jamás.

-No lo haré, te lo prometo -le oprimió la cintura-. Pero no has dicho que me perdonas.

-Te perdono.

-¿Y la penitencia?

Él se libró de sus brazos y, alzándola, la puso frente a él; luego le apoyó las manos en los hombros.

-Ya pensaré en algo proporcionado, después que me hayas dicho qué fuiste a hacer a Ranelagh.

-Bueno, ya te lo he dicho. Fui al *ridotto* con Sebastian y algunos de sus amigos.

-¿Por qué no me lo habías dicho antes?

-Porque ya sabía que ibas a reaccionar con rigidez -le dirigió una sonrisa traviesa-. Y lo hubieras hecho; no lo niegues.

-No creas. Sin embargo, un *ridotto* público no es sitio para la marquesa de Carrington.

-Lo sé, pero nadie nos ha reconocido... no había nadie que pudiera reconocernos.

-La noción que tiene tu hermano de un entretenimiento nocturno deja mucho que desear. De todos modos, supongo que no habrá llevado a su futura prometida -dijo, con un tono árido.

-No, por supuesto que no -confirmó Judith-. A él ni siquiera le gusta que Harriet entre en el salón de naipes. Pero conmigo es diferente.

Marcus se preguntó qué sentiría Harriet cuando se enfrentase cara a cara con la relación tan estrecha de los hermanos Davenport.

-Al parecer, Sebastian y yo tenemos actitudes similares con respecto a lo que consideramos apropiado para una esposa -observó él-. Ojalá que de vez en cuando él recordara también que tú, además de ser su hermana, eres mi esposa.

-Él no lo olvida. Pero tampoco decide por mí -señaló Judith-. En realidad, la idea de ir á Ranelagh fue mía.

Si bien esto no era completamente cierto, se acercaba bastante a la verdad.

-Yo te habría acompañado si me lo hubieses pedido -sus manos resbalaron por los hombros de ella hasta asir sus brazos-. ¿O acaso prefieres la compañía de Sebastian a la mía, lince?

-No, ¿cómo puedes pensar semejante cosa?

Aunque esa interpretación realmente la perturbó, los hilos pegajosos del engaño estaban enredándola otra vez. No podía decir la verdad con respecto a esa noche y, al no decirla, daba la impresión de que ella había preferido la compañía de Sebastian a la de su esposo... en realidad, había excluido deliberadamente a su esposo.

-Es muy fácil pensar algo así -dijo él, en voz baja.

-Pensé que aquello no te agradaría -improvisó ella, con cierta desesperación-. Londres todavía es muy nueva para nosotros, y estamos acostumbrados a hacer cosas diferentes para conocer lugares nuevos. Sucedió, sencillamente, que recaímos en los viejos hábitos.

Él cedió, aunque a lo plausible de la explicación le faltaba la convicción de la verdad.

-Está bien, dejémoslo así.

Sacó las manos de los brazos de Judith. Ésta captó cierta mezquindad en las palabras de Marcus. Ella volvió a la cama, pero todo su entusiasmo había desaparecido en una neblina de desaliento.

-Un minuto.

Algo en la voz de él alejó su tristeza. Ella se detuvo, con una rodilla sobre la cama y un pie en el suelo.

-Aún tenemos esa pequeña cuestión de la penitencia.

Judith lo miró por encima del hombro; en sus ojos aparecieron chispas de esperanza.

-¿Sí, milord?

La ansiedad se filtraba en la dulzura de su voz. Él se acercó a la cama.

-Creo que dejaré que elijas tu propia penitencia... más tarde. De momento, ponte de rodillas aquí, sobre la cama..

Se estiró más allá de ella, acercó las almohadas y las insertó bajo la barriga de ella, mientras se desabotonaba los pantalones.

Judith rió quedamente, levantándose el camisón hasta la cintura y estirándose sobre las almohadas.

-Buen final para una noche atrevida, señor.

-Mujer abominable -dijo él, con una mano apoyada en la parte baja de la cintura de ella, ayudándose para penetrar en ella-. Si yo tuviese un grano de sentido común, te enviaría a Berkshire, donde no podrías urdir ninguna travesura.

Judith no dio con una réplica inmediata; en pocos instantes más ya no era capaz de dar una respuesta verbal coherente; sin embargo su cuerpo hablaba con perfecta fluidez.

26

-¿Y ahora, qué? -dijo Agnes, levantando la vista de las rosas de invernadero que estaba arreglando en un gran cuenco de cristal-. ¿Todavía estás empeñado en la venganza?

-Por supuesto -respondió Gracemere-. Fue exasperante encontrar a Davenport en ese sentido, aunque yo hubiese querido que vieras a esos dos. No eran capaces de mirar derecho - al recordarlo, sonrió con desdén-. Son tan imbéciles que ya no estoy seguro de que valga la pena el trabajo que estoy tomándome.

Agnes tiró una flor agostada a la cesta que tenía a sus pies.

-Jamás se debe subestimar a nadie, Bernard.

-No -admitió él, tomando rapé-. Y tengo toda la intención de reclamar a Judith el pago de su apuesta. Pagará su deuda en una cena privada, en un lugar a mi elección. Y esta vez, no habrá posibilidades de que nos importune una compañía indeseada. Tú la verás conmigo y dejarás caer el cuento de modo que llegue a oídos de Carrington. Ya que su esposa es una participante voluntaria en este divertido romance, él no podrá desafiarme por ello sin exponer a ambos al ridículo público y, por lo tanto, tendrá que tragárselo... como también su orgullo.

-Eso arruinará su matrimonio -comentó Agnes con risa cínica.

Gracemere se encogió de hombros.

-Desde luego. En realidad, ése es el objetivo principal de este movimiento. De cualquier modo, no creo que él le importe un comino a Judith. Está demasiado impaciente por burlar su autoridad -sonrió-. ¿Dónde realizaremos esa cena íntima, mi amor? Esta vez, será en un lugar bastante más comprometedor que Ranelagh.

-Una salita privada en un pequeño hotel, en la calle de Jermyn -sugirió Agnes-. Estoy segura de que conoces uno así.

Gracemere la miró con la boca abierta, y después estalló en carcajadas.

-Nunca dejas de maravillarme, querida mía. Una idea brillante. Recibiré a la esposa de Carrington en una casa de putas.

-Es una idea divertida -admitió Agnes, haciendo una mueca-. Hay algo en esa zorra... no sé qué es, pero cada vez que estoy con ella, siento que me traerá problemas -sacudió la cabeza-. Jamás desperdicia una oportunidad de decir o hacer algo que me irrite. Y yo no entiendo por qué reacciono de este modo a su insolencia. Es que no puedo evitarlo -chupó una gota de sangre que le había hecho brotar la espina de una rosa-. Realmente, disfrutaré cuando vea cómo la humillas.

-Te aseguro que lo disfrutarás -dijo Gracemere-. Recibiré a la esposa de Carrington en una casa administrada por una mujer de la noche; apuesto a que esa ingenua no sabrá dónde está.

-Ahí está la gracia del asunto -afirmó Agnes-. Ella se sentirá acalorada, revoloteará cuando vea el lugar y se creerá atrevida, pero no tendrá idea del peso de su trasgresión... ¿cómo podría saberlo?

-Cierto, ¿cómo? -Gracemere fue hasta el secretaire-. Ven, ayúdame a escribir mi segunda invitación. Es preciso que sea un poco más provocativa, quizá debería decir convincente, que la anterior, pero puesta en términos que subrayen el reclamo de una deuda de honor. Por más que sienta la tentación de arrepentirse, planteada en ese sentido, ella no faltará a su palabra y pagará la deuda. Le gusta creerse una verdadera jugadora, dispuesta a

hacer apuestas altas y perder con gallardía -se echó a reír, sacudiendo la cabeza-. Me pregunto de dónde habrán salido los Davenport.

-Bueno, como has dicho antes, seguramente de una de esas familias híbridas extranjeras -Agnes acercó una silla al escritorio-. Vamos, escribamos esa irresistible misiva.

Media hora después, el conde esparció arenilla sobre la hoja, la plegó y la selló con su anillo.

-Diste con la nota justa, mi amor: el desafío a la voluntad de la muchacha de jugar fuerte y correr riesgos. No podrá resistir la tentación de probarse a sí misma que es audaz y temeraria, y enredarse en una aventura divertida para aguijonear a su marido.

Agnes sonrió.

-Y cuando hayas terminado tus juegos con los Devlin, ¿qué piensas hacer con Harriet?

-Raptarla, sencillamente. Ella está siempre contigo. Tú la traerás en un coche de alquiler. Perfecto y sin vueltas, mi amor.

-Te casarás con ella por la fuerza -asintió Agnes-. Bastará una noche para persuadirla de presentarse ante el sacerdote en la mañana siguiente. Y una vez esté casada sus padres no podrán hacer nada. Querrán dar a la situación el mejor aspecto posible, por temor a arruinar su preciosa reputación. Nosotros tendremos nuestras treinta mil libras, y la historia quedará como una escapada amorosa: las exigencias de una pasión arrasadora, etcétera, etcétera.

Su cínica carcajada quedó flotando en el aire; Gracemere reconoció que, cuando se trataba de hablar a sangre fría sobre la naturaleza humana, su amante no le iba en zaga.

La invitación llegó del modo convencional, junto con el chocolate del desayuno de Judith, a la mañana siguiente. La cena estaba fijada para esa misma noche, y los arreglos habían quedado pulcramente concluidos. Como la vez anterior, ella hallaría un coche sin identificación esperándola. El destino era secreto, pero el conde sabía que ella disfrutaría de ese lugar, que satisfaría su ansia de aventuras y a la jugadora que había en ella.

Judith arrugó la hoja soltando una suave exclamación. No tenía modo de salir de ésta. No podía negarse sin enfurecer a Gracemere y, como antes, no podía permitirse el lujo de enfadarlo, estando tan próximo el final del juego.

Se vistió y fue a ver a Marcus. Lo encontró en su oficina, encerrado con John, pero al verla entrar levantó la vista y sus ojos se entornaron de placer.

-Buenos días, mi amor. ¿Qué puedo hacer por ti?

Dios mío, cuánto odiaba ella mentirle. Sonrió a John, para no pensar en lo que estaba diciendo.

-Sólo quería decirte que esta noche iré a una cena muy privada.

-Ah -dijo Marcus, apoyando su pluma. ¿Yo no estoy invitado?

-No, me temo que no -volvió la mirada hacia él, esperando haber podido controlar su expresión-. Somos todas mujeres, ¿sabes?

Marcus se echó a reír.

-¿Cornelia y las otras?

-Así es. Pero no creo que regrese tarde.

John carraspeó.

-Discúlpeme, señora, pero usted y lord Carrington están invitados esta noche a la velada musical en casa de los Willoughby -dijo él-. La arpista, ¿la recuerda?

-Oh, lo había olvidado por completo -dijo Judith-. Tenía tantos deseos de pasar la tarde con mis amigas... Marcus... ¿te molestaría?

Él no pudo resistir el ruego de esos ojos dorados.

-Me parece que tendré que ir yo solo.

-Eres el príncipe de los maridos -dijo ella, estirándose sobre el escritorio para darle un beso, mientras John apartaba la vista.

-Habrá una compensación -dijo Marcus.

-Eso no es necesario decirlo -Judith fue hacia la puerta-. Y, ya te lo dije, no volveré tarde.

De hecho, si manejaba las cosas como era debido, no estaría fuera de su casa mucho más de una hora. Bernard Melville, conde de Gracemere, no disfrutaría de la compañía clandestina de la esposa de su enemigo... aunque él lo creyera posible.

Una vez que hubo arribado a esa conclusión, Judith se sintió un poco mejor en relación con su mentira. Las circunstancias obraban en su favor, pues ninguna de sus amigas había sido invitada a la velada musical. Los Willoughby eran una pareja de avanzada edad que no frecuentaban la sociedad, pero eran amigos de la madre de Marcus, y él se sentía obligado a aceptar la invitación para una reunión reducida y selecta de amantes de la música ya mayores. Cuando él volviese a casa, su esposa estaría acostada, como una mujer virtuosa, después de haber pasado la mayor parte de la tarde de manera irreprochable, junto al fuego de la chimenea.

Judith se vistió con esmero, eligiendo un vestido de cuello insólitamente alto y peinándose con una recatada corona de trenzas. Esa noche, su conducta sería la antítesis de la coquetería. Antes de salir, envió a Millie a la cocina a cumplir un encargo que dejó muy asombrada a su doncella. Pero, como no había lugar a preguntas, ella fue a buscar lo que se le pedía y reservó su curiosidad para comentar más tarde, en la sala de los criados, cuando pudiera hablar con pelos y señales del extraño pedido de la señora.

Judith guardó el pequeño envoltorio en su bolso, se arregló el chal sobre los hombros y bajó la escalera. Los Willoughby recibían a horas tempranas; Marcus ya se había marchado.

El coche no identificado la esperaba en la misma esquina que antes y, como en aquella ocasión, el conde estaba dentro para recibirla.

-Buenas noches, Bernard -exclamó Judith, alegremente-. Señor, debo decir que no hace usted sus invitaciones con mucha anticipación.

-Se supone que una aventura debe tomarlo a uno por sorpresa -repuso él-. Y a usted le gustan las aventuras, ¿no es así, mi querida Judith?

Judith dejó escapar una risilla fugaz.

-Sin ellas, la vida sería muy aburrida, señor.

-Así es. ¿Y cómo se las ha arreglado con ese postergado esposo suyo?

Judith apretó los dientes.

-Marcus tenía su propio compromiso -dijo-. ¿Adonde vamos, Bernard?

-Ah, eso es una sorpresa -dijo él-. Espero que quede complacida.

-Estoy segura de que sí -ella unió las manos y sus ojos brillaron en el interior mal iluminado del carruaje-. Las sorpresas me gustan tanto como las aventuras.

-Espléndido -dijo él, estirándose para tomarle la mano-. Espero que la que le he preparado se halle a la altura de sus expectativas.

-Y yo espero que la velada sea lo que usted espera, Bernard -dijo ella, sonriendo con cierta timidez.

El llevó a sus labios la mano de ella.

El coche se detuvo frente a una alta casa, con su puerta iluminada por una linterna; la luz brillaba detrás de las cortinas de las ventanas. Judith se apeó y miró con curiosidad a uno y otro lado de la calle.

-¿Dónde estamos?

-En la calle de Jermyn -dijo Gracemere, como al descuido-. Es un pequeño y discreto hotel que yo frecuento en ocasiones. Venga, querida.

La acompañó hasta la puerta, que fue abierta por un anciano mayordomo de peluca empolvada.

-Milord... señora -saludó a ambos con una inclinación de cabeza-. La señora está en el salón.

Judith se dejó conducir al salón. Recorrió con la mirada las doradas molduras, las pesadas colgaduras de satén, los mullidos sillones y las mujeres de elegantes vestidos, que resultaban un poco fuera de lugar. El aire estaba cargado con la fragancia del decadente e intenso almizcle; Judith se dio cuenta de inmediato del lugar donde la había llevado Gracemere. Ella había estado antes en sitios similares: en los lujosos burdeles que atendían a los ricos por extravagantes que fuesen sus gustos. No había nada que esas mujeres no hicieran si el precio era el apropiado.

Miró de soslayo a su acompañante y vio la sonrisa fugaz que curvaba esa boca cruel cuando saludó a su pretendida anfitriona. Entonces, ella dedujo que él ignoraba que ella sabía dónde estaban. Después de todo, ¿qué dama respetable de sociedad lo hubiera sabido? El no podía saber que su padre había tenido muchas buenas amigas que administraban lugares como ése: amigas dispuestas a brindar ocasional alojamiento gratis al jugador empobrecido y a sus hijos... alojamiento y consuelo al viudo solitario. El padre de Judith jamás había carecido de compañía femenina; ella lo recordaba muy bien. En él había algo que atraía a las mujeres. Judith sospechaba que él jamás había pagado por el consuelo recibido en lugares como ése. Con todo, una vez que sus hijos llegaron a cierta edad, George Davenport había dejado de aceptar esa clase de hospitalidad, pero el recuerdo de Judith era claro como el cristal.

El ama del burdel la saludó con gran cortesía, aunque la expresión de sus ojos era astuta y calculadora; Judith tuvo la impresión de que ella estaba al tanto de la broma de Gracemere. Era evidente que se conocían muy bien.

-Milord, su comedor privado está preparado -dijo la mujer-. Bernice les guiará.

Llamó a una joven vestida de satén escarlata, que se acercó de inmediato. Su vestido era lujoso, delicada la caída del encaje en su escote, pero el encaje estaba un poco torcido y el escote era tan profundo que a duras penas cubría sus pezones.

-Por aquí, señor... señora.

Poca atención prestó a Judith, aunque dedicó una sonrisa a Gracemere, que le dio un golpecillo en el mentón con un dedo lánguido.

Subieron la escalera hasta una pequeña sala, de decoración tan aparatosa como la de abajo. En el hogar ardía el fuego, y había una mesa redonda puesta para dos. Un diván de mullidos almohadones era el único otro mueble de la habitación, a excepción hecha de un adornado biombo en un rincón. Judith supuso que allí se ocultaba el retrete. Las habitaciones de este tipo estaban equipadas como para cubrir privadamente todas las necesidades.

-Dios mío, Bernard -exclamó ella, con expresión de asombro-. Qué lugar tan extraño. Se parece más a un dormitorio que a un comedor.

-Es un hotel muy íntimo -dijo él, mientras vertía vino en dos copas-. Un brindis, mi querida Judith.

Ella aceptó una.

-¿Por qué vamos a brindar, señor?

-Por la aventura y por la abominación de los esposos dictatoriales.

El alzó su copa y rió mientras bebía.

Judith bebió un sorbo, sonrió y luego, sin dejar su copa, fue hasta la ventana y apartó la cortina para mirar hacia la calle. Cubierta por la cortina, sacó el paquete de su bolso y vertió el contenido en su vino.

-¿Hay muchos hoteles como éste, Bernard? -preguntó ella, con inocente curiosidad, girando hacia él y sonriendo con los ojos muy abiertos, mientras apuraba su copa-. ¿Podría darme más vino, por favor?

-Por supuesto, mi querida.

Él se acercó con el botellón. Si en esta ocasión ella volvía a embriagarse, eso sería como hacer más picante la aventura. Lo más probable era que ella no recordase lo sucedido; él la dejaría en el umbral de su casa, la entregaría a su marido en un estado lamentable.

Judith alzó su copa, otra vez llena; luego tosió y la dejó sobre la mesa. Se llevó la mano a la garganta y, ante la mirada atónita y horrorizada de Gracemere, su rostro adquirió un tenue color verde. Lanzó un súbito estertor y corrió al retrete detrás del biombo, desde donde el hombre oyó el menos romántico y más ordinario de los ruidos.

Marcus excusó a su esposa en casa de los Willoughby por medio de una cortés e inofensiva mentira. Hizo lo que se le pedía, saludando a los otros invitados, a la mayoría de los cuales conocía desde la niñez, comió una cena desabrida, disfrutó con un buen borgoña y siguió a los otros invitados a la sala, para escuchar el recital.

-Milord Carrington, éste es un encuentro inesperado -Agnes Barret se materializó ante él, del brazo de su anciano marido, en el mismo momento en que la arpista se instalaba en su lugar-. Hemos venido tarde -susurró, sentándose junto al marqués-. Teníamos un compromiso para cenar, pero no podíamos ofender a los Willoughby, que son antiguos amigos de mi marido.

Se abanicó con vigor y echó una mirada alrededor, saludando con la cabeza y sonriendo conforme reconocía o era reconocida.

Marcus murmuró una vaga respuesta cortés, mientras pensaba que ella era una mujer sobremanera atractiva, con esos hermosos ojos y sus altos pómulos, y la maliciosa curva de la boca que, extrañamente, a él le resultaba muy familiar.

-¿Lady Carrington no está con usted? -preguntó Agnes, con una sonrisa.

-No; tenía un compromiso anterior -repuso él.

-Ah -Agnes frunció el entrecejo como si pensara-. No será en la calle de Jermyn, por supuesto.

Una premonición recorrió la espalda de Marcus como la llama en un reguero de pólvora.

-Eso sería imposible, señora.

Agnes negó con la cabeza.

-Obviamente. Qué tonta soy; me ha parecido verla cuando se apeaba de un calesín... quizá fuera la luz que me jugó una mala pasada. La linterna que colgaba sobre la puerta proyectaba extrañas sombras.

Marcus se quedó inmóvil, una sonrisa helada en el rostro, su vista clavada en la arpista, que ya comenzaba a pulsar su instrumento. Se sentía enredado en los tentáculos de la malicia, de la maldad que emanaba de la mujer sentada a su lado; tenía la impresión de que ella tejía su red alrededor de él. Judith tenía razón: Agnes Barret no era inofensiva. Agnes Barret era peligrosa. Y si Agnes Barret era la amante de Gracemere, eso significaba que Judith estaba en peligro. Él no podía saber cómo ni por qué, aunque estaba tan seguro de ello como de su propio nombre. Surgió en su recuerdo el rostro magullado de Martha; sus desesperados gemidos volvieron a llenarle los oídos.

Sin disculparse, se puso de pie y salió del salón, mientras la suave música del arpa seguía sonando a sus espaldas.

Agnes se sobresaltó al verlo dejar el salón a grandes pasos. Ella sólo había sembrado la primera semilla. No había mencionado a Bernard. Eso sería el día siguiente o el otro, una palabra susurrada para echar a rodar el rumor. ¿Qué podría haber impulsado al marqués a marcharse tan precipitadamente?

Marcus abandonó la casa sin despedirse y caminó de prisa hacia la calle de Jermyn.

Gracemere, impotente y horrorizado, se quedó escuchando los violentos vómitos detrás del biombo, hasta que fue a la puerta, la abrió y gritó pidiendo ayuda. El ama subió la escalera, seguida de cerca por dos de las muchachas.

-¿Qué sucede, milord?

Él hizo un ademán hacia el biombo.

-Parece que la señora no está bien. Haga algo.

El ama escuchó un instante y, echando al conde una mirada comprensiva, entró de prisa y desapareció tras el biombo.

Gracemere se paseaba impaciente por el corredor, sin ganas de volver a la escena de tan íntima desintegración. Golpeaba con el puño en la palma de la otra mano y maldecía a todas las mujeres. No podía haber sido el vino; ella sólo había bebido un copa y estaba perfectamente sobria cuando llegaron.

Judith salió tambaleándose de atrás del biombo, sostenida por el ama y una de las mujeres. Estaba pálida como un cirio, una fina película de sudor cubría su frente, su pelo caía lacio, sus ojos estaban llorosos.

-Milord, no sé qué...-se tapó la boca con una mano-. Algo que comí... ah, qué mortificación... no sé cómo disculparme...

-Debe regresar a su casa -interrumpió él, con brusquedad-. El coche la llevará.

Ella asintió débilmente.

-Sí, gracias. Tengo que recostarme.

Dando tumbos, se desplomó sobre el diván y se quedó con los ojos cerrados.

La dueña tomó su abanico y comenzó a sacudirlo vigorosamente.

-Milord, yo no puedo tener mujeres descompuestas en mi casa -dijo, con un toque de refinamiento en su acento-. No quedaría bien; tenga en cuenta qué dirían mis huéspedes si hubiesen oído...

-Sí, sí -interrumpió Bernard-. Haga que la ayuden a bajar y que la pongan en el calesín. Diga al cochero que la lleve de vuelta a Berkeley Square.

Como fuera, una Judith sin fuerzas y quejumbrosa fue despachada escalera abajo y metida en el coche de alquiler. Bernard se paró ante la ventana para mirar el vehículo mientras se alejaba calle abajo. Algo endiablado estaba obrando y desbaratando sus planes tan cuidadosamente trazados. Fue hasta la mesa, se sentó con pesadez en una silla y volvió a llenar su copa. Bien podría comer la cena que había organizado con tanto esmero.

Marcus giró en la calle de Jermyn desde St. James. Le azoraba su propia calma cuando miró detenidamente esa calle. Había tres casas con linternas sobre la puerta. Estaba seguro de que detrás de una de esas puertas encontraría a su esposa en compañía de Bernard Melville, conde de Gracemere. No tenía la menor idea de por qué ella se dejaría atrapar por Gracemere, pero en ese momento no le importaban los motivos. Ya habría tiempo para eso después. Sólo tenía un pensamiento: llegar junto a ella antes de que alguien le hiciera daño.

En la primera puerta no conocían al conde de Gracemere. El mayordomo de peluca empolvada que abrió la segunda puerta le hizo una rápida reverencia. La dueña salió del salón, toda sonrisas, dispuesta a dar la bienvenida a un nuevo cliente.

-¿Dónde está Gracemere?

El tono cortante de la pregunta, los ardientes ojos negros y la dura impasibilidad de su expresión impresionaron a la dueña como nada lo hubiera logrado.

-Creo que su señoría está arriba, señor. ¿Acaso lo espera a usted?

-Si no me esperaba, debería hacerlo -repuso Marcus-. Condúzcame hasta él, por favor.

La astuta ama adivinó cuál sería la cuestión que el recién llegado debía tratar con el conde. Hizo un gesto a Bernice. No era asunto de ella si Gracemere atraía a maridos furiosos, y no estaba dispuesta a soportar una escena en su vestíbulo.

-Acompaña a este caballero hasta la sala privada de lord Gracemere.

Marcus subió la escalera en pos de la muchacha. Frente a la puerta, le indicó con un gesto que se marchara. Se quedó un segundo escuchando: el silencio era completo. Levantó suavemente el picaporte y abrió la puerta. En la habitación había una sola persona.

Gracemere estaba sentado en una silla junto a la mesa, con una copa de clarete en la mano, su vista perdida en el grato resplandor del hogar. Al oír la puerta, giró la cabeza.

-Ah, Gracemere -dijo Marcus, en tono engañosamente agradable-. Helo aquí.

-Me halaga que me busque, Carrington -Bernard bebió su vino-. ¿A qué debo esta inusitada atención?

-A una cuestión muy sencilla -Marcus tiró su bastón sobre el diván y se sentó en una silla, frente al conde. Dedicó un minuto a inspeccionar el lugar; luego concentró de nuevo su atención en el conde-. Una cuestión sencilla -repitió-. ¿Dónde está mi esposa, Bernard?

Gracemere hizo un gesto que abarcaba toda la habitación.

-¿Por qué me lo pregunta, Marcus? Estoy cenando solo.

-Así parecería -admitió Marcus-. Pero es evidente que espera a alguien -tomó el tenedor que estaba ante él y lo examinó con cuidadoso interés y luego le mostró la segunda copa que había sobre la mesa. En ella había un poco de vino-. ¿Acaso su invitada ha salido un momento?

El conde estalló en una carcajada sardónica.

-Confío en que no haya sido por un momento.

-Vea; me interesa mucho usted, Gracemere. Explíquese, por favor.

Hizo girar el pie de la copa entre el índice y el pulgar, y clavó una mirada intencionada en el conde, al otro lado de la mesa.

-Su esposa no está aquí-dijo el interrogado-. Ha estado aquí, pero a esta hora, espero, está en su cama.

-Entiendo -Marcus se levantó-. ¿Y en qué circunstancias se marchó?

Gracemere se estremeció.

-Bastante inocentes, se lo aseguro. La virtud de su esposa sigue intacta, Marcus. Ahora, quizá me permita continuar con mi cena.

-Faltaría más. Pero déjeme que le dé un buen consejo. Si tiene usted cualquier otro plan relacionado con la salud y el bienestar de mi esposa, le sugiero que lo abandone sin tardanza -recogió su bastón y golpeó con él en la palma de su mano con aire pensativo-. Odiaría tener que usar otra vez una fusta con usted, pero, si fuese necesario, puedo asegurarle que en esta ocasión no sería ningún secreto. Sería el suceso más comentado de esta temporada, y de cualquier otra.

Hizo una reverencia, rezumando burla por todo su cuerpo, aunque sin disimular la amenaza que se leía en sus ojos, que se posaron un instante en el rostro acalorado de Gracemere.

-No me subestime de nuevo, Bernard. Y recuerde que la próxima vez no permitiré que el orgullo oculte la verdad. Enfrentaré cualquier cosa con tal de dejarlo a usted al descubierto. Esto es todo, Gracemere.

Salió del cuarto cerrando la puerta con cuidado al marcharse.

27

Marcus regresó andando a Berkeley Square. Cualesquiera que fuesen los motivos que había tenido Judith para complicarse en un principio con Gracemere, no había tenido inconvenientes para librarse del problema. A juzgar por la copa mediada de vino, ella se había ido de prisa y hecho una escena considerable para que su frustrado anfitrión esperara que ella no volviese.

Pero, para empezar, ¿para qué demonios se había encontrado con Gracemere? ¿Habría querido desafiar a su marido, sólo por principio? Eso no tenía sentido: hasta donde él recordaba, ellos habían resuelto ese tema de manera amistosa. Ella había aceptado hacer lo que él deseaba, siempre que él moderase su actitud dictatorial. Entonces, ¿por qué insistía en cultivar semejante conocimiento? No, era mucho más que eso. Los conocidos no cenaban en privado. Entonces, ¿por qué?

Las viejas serpientes de la desconfianza comenzaron a retorcerse y a enroscarse en sus entrañas, y se sintió helado y descompuesto. ¿Conocía a Judith? ¿Alguna vez la había conocido? ¿Habría complotado con Gracemere para herirlo a él? Pero, si era así, ¿por qué había dejado plantado a su compañero de cena? Quizás ella no había esperado ser seducida. ¿Su ingenua esposa había creído que una invitación a cenar en forma clandestina era completamente inocente? Imposible. Judith no tenía nada de ingenua; era demasiado mundana para caer en semejante trampa. Pero quizá Gracemere la había inducido a creer que la invitación era diferente: que no sería una cena a solas sino con alguien que ella conocía. Y cuando ella descubrió la verdad... Esta explicación era más plausible; Marcus empezó a sentirse un poco más reconfortado, hasta que recordó que ella le había mentido esa mañana: una fiesta con sus amigas. Las serpientes sisearon; sintió en la boca el gusto ácido de la traición.

Judith estaba ante su ventana mirando hacia el parque cuando él apareció a la vista de la casa. Había estado esperándolo sabiendo qué tenía que hacer. Ella sabía que Gracemere era capaz de arruinar a un hombre con engaños y mentiras. Ella sabía que era un sujeto capaz de huir con la prometida de otro hombre. Pero esa noche ella había atisbado en las profundidades de esa malevolencia; ésta superaba a cualquier otra cosa que hubiese conocido. Una cosa era un encuentro furtivo y otra una maldad insuperable, elegir un sitio como ése para una mujer como la que él creía que era Judith. De alguna manera, habría herido mucho a Marcus descubrir un complot entre Gracemere y su esposa, en el que ésta era sólo una herramienta. Ahora, Judith estaba segura de ello. ¿Marcus sería enfrentado con la información sobre la cita secreta de su esposa? ¿Enfrentado y humillado? ¿La información sería divulgada en público, quizá?

Mirando por la ventana con los brazos cruzados sobre el pecho, todavía se sentía débil y temblorosa después de su violento acceso de vómitos, pero sabiendo que, a menos que pudiese evitar los ulteriores motivos de Gracemere, ella bien podría haberse rendido a la seducción. Si la intención era generar un escándalo público, el solo hecho de su presencia voluntaria con el conde en un sitio como ése sería causa suficiente.

Tendría que contar todo a Marcus. Si él lo escuchaba de su boca, estaría sobre aviso y podría prevenir los sucesos. La idea de lo que arriesgaba siguiendo ese curso de acción la llenaba de temor.

Marcus desapareció de la vista cuando llegó a los peldaños bajo su ventana.

Ella salió al pasillo, en lo más alto de la escalera, mientras Marcus franqueaba la entrada de la casa; luego ella bajó de prisa para salir a su encuentro. -Marcus, necesito hablar contigo. Él alzó la vista y, pese a la hiel y la mortificación de la sospecha, sus ojos escudriñaron ansiosos el rostro de su mujer. Estaba pálida y tensa pero, fuera de eso, hasta donde él podía ver, bastante bien.

-¿Lo has pasado bien esta noche? -preguntó él, sin sonreír, mientras entregaba su capa y sus guantes a Gregson.

Hasta que hubiese decidido cómo abordar la situación, él fingiría que no sabía nada.

Judith movió la cabeza, en señal de negativa.

-¿Podríamos ir a tu despacho? Tengo que hablar contigo.

Seguramente, ella se lo diría, ¿verdad? Una oleada de esperanza lo inundó.

-¿Es una cuestión como para el despacho?

-Eso creo.

Ella tenía las manos apretadas, y su expresión era de dolorosa intensidad.

Marcus se dio cuenta de que quería su confidencia más de lo que alguna vez había querido algo. Sólo la franqueza de su mujer tendría el poder de borrar sus sospechas, de quitar sus colmillos a las serpientes de la desconfianza.

-Oh, querida -logró esbozar una desmayada sonrisa de comprensión, ante esta elección de lugar. Al parecer, su oficina se había convertido en campo de discusión de todo tema potencialmente explosivo-, ¿no podríamos esperar hasta mañana?

-No lo creo.

-Está bien. Enfrentémoslo de una vez, sea lo que sea.

Judith lo precedió. Las velas estaban apagadas, pero el fuego aún estaba encendido. Ella encendió las velas, mientras Marcus agregaba un leño al hogar.

-¿Crees que necesitaré algo para tomar fuerzas?

Señaló con un ademán las botellas que había en el aparador.

-Creo que sí. Yo también beberé una copa de oporto.

Marcus llenó dos copas, contemplando a Judith, que se inclinaba para calentarse las manos frente al fuego, cuya luz se reflejaba en los brillantes bucles que rodeaban su cara.

-Debo hacerte una confesión -dijo ella, al fin, volviéndose hacia él, más pálida aún que antes-. Me temo que te enfadarás mucho, mucho.

Ella iba a decírselo. Disimuló la alegría que sentía y dijo, sereno:

-Estoy debidamente advertido. Dímelo.

-Muy bien -ella dejó su copa y enderezó los hombros-. Se trata de Gracemere -hizo una pausa, pero Marcus no dijo nada y se limitó a entrecerrar los ojos. Bebió un trago y aguardó.

Hablando en voz baja, ella le contó que había jugado al séptimo con Gracemere, cuáles habían sido las prendas y dónde la había llevado él esa noche.

-Me temo que él tiene la intención de provocar un escándalo para humillarte -concluyó ella-. Debía decírtelo... advertirte. No podía soportar que te enterases por cualquier otro.

Ella calló y empezó a retorcerse las manos sobre el regazo, con tensa expresión de ansiedad, esperando una respuesta.

-¿Reconociste qué clase de lugar era ése?

La voz de Marcus era controlada, y sus ojos no se apartaban del rostro de ella.

Judith asintió.

-De niños, estuvimos más de una vez en lugares como ése... pero ésa es otra historia.

-Deberás contármela en otra ocasión -dijo él, con calma-. Creo que esta noche no pasaste allí mucho tiempo.

-No; puse mostaza en mi vino y me descompuse bastante -dijo ella-. Es una treta que ya había usado para librarme de una situación crítica -en su mirada apareció cierto brillo, un atisbo de la habitual, la maliciosa Judith-. El conde quedó un tanto desalentado por los resultados.

Ahora se explicaba el fastidio que mostraba el conde de Gracemere. Contra todas las posibilidades, la risa burbujeó en el pecho de Marcus.

-¿Vomitaste?

Judith asintió.

-Muchísimo... el efecto de la mostaza. También te debilita -añadió-. Todavía me siento débil y floja.

Marcus formuló la pregunta que más le importaba:

-¿Podré saber acaso por qué has estado tratando a Gracemere, aunque nos habíamos puesto de acuerdo en que lo mantendrías a distancia?

Judith se mordió el labio. En este punto la cuestión se volvía peligrosa.

-Hay algo que no pensaba decirte...

-¡Dios mío, Judith; tienes más capas que una cebolla! -exclamó Marcus-. Cada vez que creo que he terminado de quitar la última piel y llego al meollo de la verdad y el entendimiento, me revelas una docena de capas nuevas.

-Estoy segura de que no has pelado una cebolla en tu vida -dijo Judith, distrayéndose un instante.

-Eso está fuera del tema.

Judith suspiró.

-Sé que Gracemere te quitó a Martha...

Por un momento, la brusca aspiración de aire de Marcus la interrumpió, pero, al ver que él no decía nada, continuó:

-Gracemere me lo contó, como explicación de la animadversión que tú sentías por él. Yo quería... -hizo una pausa y le lanzó una mirada fugaz. La expresión de su esposo seguía impasible; ni alentadora ni amenazadora-. Yo quería saber algo acerca de Martha -siguió diciendo, precipitadamente-. Tú no me hablabas de ella... excepto aquella única vez, en la posada, en Quatre Bras; después, me dijiste que no querías volver a hablar de ella. Dijiste también que ella era mi antítesis en todo sentido, y yo quise saber cómo era... qué quería decir eso. Era casi una obsesión -concluyó, abriendo las manos en un gesto que pedía comprensión.

Marcus se quedó mirándola unos instantes, sin poder responder. ¡Curiosidad femenina! ¿Eso había sido todo?

¿Judith sólo quería saber cómo había sido su predecesora? La sencillez de la respuesta lo confundió. Se le antojaba demasiado simple para una persona tan compleja como Judith. Aun así, era perfectamente comprensible. El se había negado terminantemente a hablar de ese aspecto de su pasado.

-Nunca me ha gustado Gracemere, Marcus -dijo Judith, viendo que él seguía en silencio.

Ella pensaba con rapidez, y la verdad, un tanto deformada, fluía con naturalidad de su lengua.

-Tampoco he confiado nunca en él; por eso llevé la mostaza. Pensaba que no dañaría a nadie tratarlo sólo el tiempo suficiente para satisfacer mi curiosidad. Y él estaba jugando conmigo. Yo lo sabía. Pensé que, en tanto yo lo supiera, podría seguirle la corriente sin que sucediera nada grave. Yo me enteraría de lo que quería saber, y eso sería todo. No tenía intenciones de herirte... yo... oh, ¿cómo puedo convencerte de eso?

Él escudriñó la expresión de ella durante un minuto; luego asintió lentamente.

-Te creo. ¿Satisfizo él tu curiosidad?

Judith negó con la cabeza.

-No hubo tiempo. En cuanto me di cuenta de qué había tramado para esa noche, tuve que actuar con rapidez.

Marcus se volvió hacia el fuego y echó otro leño. Eso le dio tiempo para que su voz sonara tranquila.

-Es verdad que Martha se enamoró de Gracemere. Es verdad que yo pensé que si hubiera sido más atento ella no se habría enamorado de él. Yo crecí junto con ella. La propiedad de sus padres era vecina a la mía; siempre se había dado por hecho, desde la cuna incluso, que nosotros unificaríamos las dos propiedades. No tuve motivos para cuestionar el plan, pero tampoco vi motivos para prestar a Martha una atención particular debido a ello.

Se desprendió una lluvia de chispas de un trozo de leña, y él lo acomodó con el pie.

-Yo me divertía de la misma manera que la mayoría de los jóvenes con mucho dinero y nada que hacer. Martha era una muchacha tímida, una especie de ratoncillo.

Echó una mirada a Judith, que lucía en todo su esplendor, con la lozanía y la cabellera brillante pese a los acontecimientos de la noche.

-Tú y ella sois como el día y la noche -dijo él-. Tanto por vuestro aspecto físico como por vuestro temperamento. Martha era dócil e influenciable. La presa perfecta para alguien como Gracemere, que siempre tenía necesidad de dinero y pasaba su tiempo esquivando a los alguaciles y eludiendo la prisión de Fleet. Pero, por supuesto, sus antecedentes familiares son impecables, tiene considerable elocuencia y su lengua es afilada cuando le conviene. Ellos se fugaron, dejándome a mí en el papel de pretendiente odioso, que quiere imponerse a una mujer por la fuerza.

Se volvió de espaldas a ella, apoyó el brazo en la repisa de la chimenea y dejó vagar su vista por el fuego encendido, mientras los recuerdos de aquella época inundaban su mente con la misma nitidez que si hubiesen ocurrido el día anterior.

El padre de Martha había sido un hombre enfermo, y ella no tenía hermanos. Había quedado en manos del novio abandonado la persecución de los fugitivos y la responsabilidad de llevar a Martha de regreso, antes de que ellos hicieran algo irreparable. Él no tardó en encontrarlos. Gracemere no tenía intenciones de casarse con Martha de inmediato.

Cuando él los encontró, ella era una ruina, golpeada y balbuceante. Su amante, impaciente por asegurarse de que no hubiese posibilidades de anulación, la había violado a las pocas horas de la huida. Arruinada y posiblemente embarazada, Martha no había tenido otra opción que aceptar como marido al único hombre dispuesto a proponérselo.

-Yo retiré el compromiso con toda la elegancia que pude reunir -siguió relatando él, con el mismo tono inexpresivo, sin manifestar el violento remolino de esa antigua ira... una ira que lo había llevado a azotar a Bernard Melville hasta dejarlo casi sin vida.

-Nueve meses después, Martha murió al dar a luz a un niño que nació muerto. Gracemere heredó toda la fortuna de ella, salvo la propiedad, que su padre legó a un sobrino. Él estaba resuelto a que Gracemere no se quedara con ella... esto es algo que no puedo menos que agradecerle, ya que me ha librado de semejante vecino.

Levantó la vista, con expresión inescrutable.

-¿Satisface eso tu curiosidad, lince?

Judith asintió. Para ser sincera, la curiosidad, que había sido una ficción conveniente, ahora se había convertido en realidad. Marcus estaba reservándose algo; ella pudo percibir los saltos en su relato como si él los hubiera subrayado. Y también sintió las hondas corrientes emocionales que formaban torbellinos bajo la expresión aparentemente suave. Con todo, ella no tenía más alternativa que aceptar sin cuestionamientos la versión de él, dadas las circunstancias. En cierto modo, era más difícil soportar la facilidad con que ella se las había ingeniado para engañarlo que el engaño en sí mismo. Ahora él confiaba en ella lo bastante como para creer sus mentiras.

-No sé por qué tenía tanta necesidad de saberlo -dijo ella-. Después de todo, pasó hace mucho tiempo.

-Sí, cuando tú tenías doce años -dijo Marcus, con una media sonrisa.

-¿Estás muy enfadado? -Judith lo miró con expresión grave-. Admito que tendrías derecho a estarlo.

Marcus frunció el entrecejo y se pellizcó la barbilla. La confesión de ella había operado un cambio drástico en sus sentimientos.

-No, no estoy enfadado. Tú te has puesto en una situación muy peligrosa y comprometedora, pero lograste librarte de ella con bastante destreza. Sin embargo, me decepciona que no hayas sentido la libertad de hacerme a mí tus preguntas. Yo me había convencido de que las cosas entre nosotros marchaban tan bien como para permitirnos eso.

Oh, que red tan tupida hemos tejido, pensó Judith, captando el dolor que había en la voz de él. Por cierto, ella no podía explicarle por qué no había creído conveniente comunicarle su inventada curiosidad. Hizo un encogimiento de hombros, como declarándose impotente, y él lo aceptó con un movimiento de cabeza que expresaba resignación.

-¿Qué haremos si Gracemere decide de verdad armar un escándalo? -dijo, cambiando de tema.

La expresión de Marcus se endureció.

-No lo hará -dijo, firme y conciso.

-¿Cómo puedes estar tan seguro?

-Mi querida Judith, ¿no confías en que yo pueda garantizarlo? -preguntó él, con una voz que parecía de hierro-. Créeme, soy digno rival de Gracemere.

Al ver la firmeza de su mandíbula, sus labios apretados, sus ojos como oscuro pedernal, Judith no dudó, ni siquiera un segundo, que su esposo sería digno rival de Gracemere o de cualquier otro que pretendiese meterse en sus asuntos.

¿Cómo dejaba eso a su esposa? A su mentirosa, engañosa, conspirativa esposa... Un estremecimiento recorrió su espalda; cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró en silencio.

De golpe, la expresión del hombre se suavizó al verla temblar.

-Necesitas ir a la cama -dijo-. Una noche inclinada sobre el retrete es capaz de agotar a cualquiera -una sonrisa hizo temblar sus labios al imaginar la es cena. Casi sentía compasión por Gracemere. Tomó la copa de ella y se la entregó, diciendo, con tono ligero-: Sé una buena niña y acaba este vino; así te calentarás.

La sonrisa con que Judith le respondió fue un tanto vacilante, pero fue obediente y terminó el vino, que, en efecto, le reconfortó el estómago inflamado y vacío.

-Y ahora, arriba -Marcus le quitó la copa-. Yo iré más tarde, cuando tú te hayas acostado.

-Hoy necesito ser arropada -dijo Judith, con voz que expresaba indefensión.

Consciente de su fragilidad, Marcus la rodeó con los brazos y la estrechó con fuerza.

-Yo te tendré abrazada toda la noche -prometió, los labios apoyados en su pelo fragante-. Vendré tan pronto Millie te haya ayudado a meterte en la cama.

Fiel a su palabra, la tuvo abrazada toda la noche, y ella durmió segura en sus brazos, pero sus sueños estuvieron llenos de imágenes de cosas que crujían y se rompían, bajo el tumultuoso reinado del caos.

28

Unos días después, cuando estaba sentado ante la mesa del desayuno, Marcus recibió una invitación de su antiguo amigo, el coronel Morcby, del Séptimo de Húsares; en ella le requería el placer de su compañía en una cena del regimiento, a la que también asistirían Arthur Wellesley, duque de Wellington; el mariscal de campo Gebhard Leberecht von Blücher; y el general Karl von Clausewitz. La cena sería a las ocho de la noche del miércoles doce de diciembre, en el cuartel del regimiento, en Horseguard's Parade. El doce de diciembre era la noche del baile de la duquesa de Devonshire.

Marcus bebió su café pensando cómo reaccionaría Judith si él se excusaba de asistir a ese baile. Era el punto más alto de las celebraciones previas a Navidad; todo el Londres elegante estaría presente. ¿Se sentiría abandonada si tenía que ir sola? Sin embargo, estarían allí sus amigas y su hermano, razonó él. Aun cuando la acompañara, no se verían demasiado durante toda la velada. Además, Judith no era de esas mujeres que exigían la compañía de sus esposos cuando éstos recibían una invitación más atrayente. Estaba seguro de que ella entendería cuánto le interesaba la invitación del coronel Morcby.

Él salió del comedor y subió a la habitación de su esposa. La atmósfera de la habitación estaba cargada de vapor y perfume. El fuego estaba tan vivo como lo permitía la seguridad y caldeaba el ambiente lleno del vapor que se elevaba de una bañera de asiento de cobre colocada ante el hogar. Marcus parpadeó para despejar la visión, y sonrió.

Millie vertía agua de una jarra de cobre en la bañera, Judith estaba de pie al lado, probando la temperatura con un dedo del pie. Tenía el pelo recogido en la coronilla y estaba completamente desnuda.

-Buen día, señor -su esposa lo saludó con una sonrisa-. Ya está bien por ahora, Millie. Quizá convendría que fueras a la cocina a buscar más agua caliente para después... Estoy tomando un baño, Marcus -informó, como si fuera necesario.

-Ya veo.

Se hizo a un lado para dejar pasar a Millie, que enfilaba hacia la puerta llevándose las jarras vacías.

-Pienso pasar toda la mañana gozando con el agua caliente -informó ella, mientras se metía en la bañera-. Es una pena que no puedas unirte a mí.

-¿Quién ha dicho que no puedo?

-Bueno, nadie lo ha dicho -ella apoyó la cabeza en el borde de la bañera y flexionó las piernas, de modo que sus rodillas con hoyuelos emergieron del agua-. Es que al verte vestido para salir di por seguro que no estarías de ánimo para retozar.

-Desgraciadamente, estoy de ánimo pero no puedo permitírmelo -dijo él-. Voy a Angelo.

-Ah -dijo Judith, y se incorporó de repente, volcando agua por encima del borde-. Me gustaría aprender esgrima.

-Me asombras -dijo Marcus, quitándose la chaqueta y enrollando las mangas de su camisa-. No pensé que pudiera haber algo que tú no supieras hacer. ¿No pudiste dar con un admirador que te enseñara?

-Lamentablemente, no -dijo ella y volvió a reclinarse, observando sus preparativos con los ojos entornados-. Quizá quieras ocuparte tú.

-Será un placer.

Marcus tomó el jabón perfumado a la lavanda y se puso detrás de Judith.

-Échate para adelante, así podré enjabonarte la espalda.

-Si te arrodillas en el suelo, arruinarás tus pantalones -señaló ella, con la espalda aún apoyada en la bañera.

-Son de punto, querida; se adaptan a mis deseos -comentó él-. Al contrario de mi esposa.

La rodeó con un brazo y la hizo inclinarse hacia adelante para poder enjabonar el plano liso de su espalda con firmes movimientos circulares; cada tanto la provocaba, deslizando una uña hacia abajo por su columna.

Judith arqueó la espalda como un gato al conjuro de esas manos duras y torció el cuello, sometiéndose a la exploración de un dedo que trepaba por su cabeza.

-Ah, me olvidaba -murmuró Marcus, deslizando su mano hacia abajo por la espalda de su mujer, bajo el agua, emprendiendo un lavado más íntimo-. He recibido una invitación para cenar, el miércoles, en el Horseguard's Parade. ¿Te molestaría que yo no te acompañara al baile?

Por medio de una suave presión, la hizo doblarse más sobre el brazo que la rodeaba; al sentir la súbita tensión de su cuerpo y el estremecimiento de su piel, atribuyó ambos a la causa más obvia.

-¿Quién te ha invitado?

Judith trató de que su voz sonara despreocupada, aunque ya conocía la respuesta. Charlie había hecho todo lo necesario para que el coronel de su regimiento de húsares invitara a Marcus. Al principio, el pedido de Judith lo había dejado perplejo, hasta que ella le explicó que quería que aquello fuese una sorpresa para su marido, a quien el baile aburría soberanamente; él preferiría, por lejos, cenar con sus camaradas militares.

Cuando Marcus dijo a Judith lo que ella ya sabía, él no pudo disimular el placer que sentía ante la perspectiva de una velada en tal compañía. Eso fue como un bálsamo para la conciencia culpable de Judith.

La reaparición de Millie con más agua caliente puso fin al juego erótico; Marcus dejó el jabón, se secó las manos y se puso en pie, bajándose las mangas.

-Te dejaré en paz con tu baño, lince.

-No te olvides de decir a John que acepte la invitación del coronel antes de marcharte.

-No lo olvidaré.

De pasada hacia la puerta, rozó la masa de tirabuzones cobrizos.

-Una esposa comprensiva es una perla inapreciable.

Oh, qué red tan tupida hemos tejido. Últimamente, el triste estribillo parecía haberse convertido en parte de su ciclo vital, marcando el ritmo de la sangre en sus venas.

Bernard Melville lanzó una disimulada mirada a su rival sentado al otro lado de la mesa de naipes. Davenport estaba bebiendo en exceso. Tenía el pelo enmarañado, caía en desorden sobre su ancha frente y, cada tanto, él lo mesaba con la mano, con aire distraído. Había estado perdiendo sin cesar durante tres horas; Bernard sentía esa excitación que retorcía sus tripas tan típica del fullero que está derrotando a su rival. Ya había dejado de llevar la cuenta de sus ganancias; sabía por experiencia que Sebastian estaba preso de la misma fiebre y que no tendría la menor idea de cuánto había perdido. Hacía mucho que se había quedado sin metálico y ahora garrapateaba letras con la apariencia de no saber bien qué hacía; la pila de documentos crecía junto al codo de Bernard.

Bernard había usado dos veces cartas marcadas cuando Sebastian había ganado las manos anteriores; el conde, ya aficionado a ganarle, no había podido soportar la menor posibilidad de futuras pérdidas. Él empezaba a oler sangre, sentía su sabor en la lengua. Otra hora más, calculó, y Sebastian Davenport estaría en la ruina.

-Sebastian, has estado jugando a los naipes toda la noche -Harry Middleton se acercó a la mesa esforzándose por disimular su preocupación, al ver las letras y las pilas de monedas que Gracemere tenía junto a él-. Deja ya, hombre; ven y sé un poco sociable.

Bernard no pudo ocultar su furia ante esta interferencia y resopló entre sus dientes apretados.

-Deje en paz a este hombre, Middleton; ¿acaso no ve que estamos en mitad de una partida?

Sebastian levantó la vista y sonrió a su amigo, con expresión un tanto aturdida.

-Qué diablos, Harry, he perdido la noción del tiempo -sus ojos volvieron a enfocar las cartas-. La última mano, Gracemere. Por esta noche, ya he perdido demasiado.

Rió, fingiendo indiferencia, y descartó su sota de corazones.

Bernard no tenía más alternativa que aceptar el final del juego cuando, al terminar la mano, Sebastian arrojó sus cartas y bostezó.

-¿A cuánto llega el daño, Gracemere?

Bernard sumó los puntos.

-Noventa y ocho.

-¡Por Dios; he cruzado el Rubicón! -Sebastian volvió a bostezar-. Sume mis pagarés; mañana le enviaré una orden de pago contra mi banco.

La impresionante suma afectó al joven. El conde lo observó con disimulo, y notó el leve temblor de sus manos, la tensión en su boca. Luego, Sebastian levantó la vista, alzó las cejas como fingiendo despreocupación y silbó.

-Me dará una oportunidad de desquitarme, ¿no es así, milord?

-Por supuesto... ¿mañana, en la casa de los Devonshire?

Bernard tuvo ganas de relamerse por adelantado.

Sebastian asintió y trató de reír, pero sólo pudo soltar un sonido hueco.

-¿Por qué no? Apuesto que, de lo contrario, sería una fiesta aburrida.

En gesto amistoso, pasó un brazo por los hombros de Harry y se alejó con su amigo.

-Daba la impresión de que habías perdido una fortuna -comentó Harry, mirando a su amigo con expresión preocupada.

Sebastian alzó los hombros.

-Mañana me recuperaré, Harry.

-Ya te lo dije, es malo jugar con Gracemere.

Sebastian miró a su amigo; Harry vio una luz diferente en sus ojos. Aquél dijo en voz suave:

-Conmigo también, Harry; Gracemere lo descubrirá pronto. Ya verás.

A Harry se le erizó el pelo. Jamás había visto a Sebastian así, ni oído ese tono en su voz. De súbito, vio a Sebastian Davenport como a un individuo peligroso; no sabía cómo ni por qué tenía esa impresión.

29

-Gregson, cuando venga mi hermano, dígale que suba directamente a la sala amarilla. Pero no estoy en casa para nadie más.

A la mañana siguiente, Judith atravesó el vestíbulo rumbo a la escalera, deteniéndose para arreglar unos crisantemos amarillos en una jarra de cobre que había sobre una mesa de mármol.

-Muy bien, milady.

-Estas flores ya han pasado su mejor momento -dijo la señora-. Hágalas cambiar, por favor.

-Sí, milady -Gregson se inclinó.

Esa mañana, la voz de la señora tenía un desacostumbrado tono cortante, cierto matiz de irritación.

Judith corrió a refugiarse en su santuario y se sentó de inmediato ante el tablero de ajedrez. El problema planteado allí era lo bastante complejo para concentrar su atención durante la hora siguiente mientras aguardaba a su hermano. Usarían la mayor parte del día entrenándose para el juego de esa noche y se separarían al terminar la tarde, con tiempo suficiente para descansar y arreglarse, antes del comienzo de la partida.

Éste era un hábito que habían tomado hacía mucho tiempo, durante sus viajes, pero ya hacía seis meses que no lo empleaban. Pese a su ansiedad y al inmenso valor de las apuestas, Judith tuvo conciencia del familiar cosquilleo de excitación, de la oleada de euforia,

Sebastian llegó antes de la media mañana. La saludó brevemente, se quitó la chaqueta y se sentó en mangas de camisa, para cortar la baraja que había sobre la mesa.

-Revisemos las señas para los ases. El movimiento que haces para el de espadas es muy similar al de corazón. Quiero ver si podemos afinar la diferencia.

Judith asintió y tomó su abanico.

Trabajaron de firme hasta el mediodía, realizando pequeños ajustes a su código de señales; luego jugaron una partida de ajedrez hasta que Gregson anunció la comida. Marcus entró en el comedor y halló a su esposa y a su cuñado comiendo ostras en su concha y pollo frío en abstraído silencio.

-Si no os conociera, diría que he interrumpido una disputa -comentó, mientras se servía unas ostras.

-No -dijo Judith, componiendo una sonrisa-. Es que estábamos sumidos en nuestros propios pensamientos. ¿Cómo te ha ido esta mañana?

Marcus comenzó a relatar lo que había oído en Brook, hasta que se dio cuenta de que no le prestaban atención. Se interrumpió, esperando que alguno de ellos reclamase el final de la historia; al ver que ninguno de los dos lo hacía, alzó los hombros y se concentró en su plato.

-¿Esta noche cenarás en tu casa, Ju? -preguntó Sebastian, de repente.

-No, en casa de los Henley -respondió su hermana-. Isobel da una cena antes del baile.

-Oh, qué bien -Marcus volvió a llenar su copa y sonrió desde el otro lado de la mesa-. No me agradaba la idea de que cenaras a solas, lince.

-Bueno; por lo general, puedo evitar eso, si quiero-dijo ella, enarcando las cejas-. No dependo de la compañía de mi marido.

Cualquier otro día Marcus habría pensado que el comentario era jactancioso, pero ahora, por alguna razón, percibió cierta tensión en las palabras de Judith y su sonrisa le pareció forzada. Tal vez fuera cierto que había reñido con Sebastian.

-¿Tienes algo importante que hacer esta tarde, Judith, o te gustaría cabalgar conmigo en el parque de Richmond? Es una hermosa tarde -preguntó, al terminar la comida.

Ella negó con la cabeza.

-Otro día iré con mucho gusto, pero esta tarde Sebastian y yo tenemos planes que no podemos postergar.

-Ah -él dejó su servilleta sobre la mesa, y trató de disimular su pena y su perplejidad-. Entonces, os dejaré.

-Oh, caramba -susurró Judith, cuando la puerta se cerró suavemente tras él-. No quise ser tan desdeñosa, pero no se me ocurrió otra excusa.

-Después de esta noche, no tendrás que presentar más excusas -Sebastian apartó su silla-. Volvamos a trabajar.

Hacia las cinco en punto, ya estaban seguros de haber cubierto todas las eventualidades, todas las combinaciones de manos con las que pudiesen toparse la habilidad y la experiencia. Sabían cómo jugaba Gracemere cuando lo hacía limpiamente, y Sebastian conocía las tretas que él prefería cuando jugaba sucio. Y ya habían puesto a punto su propio sistema, con el que neutralizarían las cartas marcadas del conde.

-Hemos hecho lo mejor que pudimos -declaró al fin Sebastian-. Claro que siempre está el elemento suerte, pero siempre es así.

-El es un fullero que ha olido sangre -dijo Judith-. Y nosotros sabemos cómo es esa locura. Una vez que ha hecho presa de él, no se detendrá hasta llegar a su *point non plus*... o hasta el tuyo.

-No será el mío -dijo su hermano, con tranquila confianza.

-No.

Judith extendió su mano. Se estrecharon en una silenciosa comunión, que era a la vez promesa y decisión. Luego, Sebastian se inclinó, dio a su hermana un beso en la mejilla y se marchó. Ella oyó sus pasos bajando la escalera, y luego fue a su habitación y se acostó, con unas compresas de hamamelis sobre los ojos y una nube de naipes danzando en su imaginación.

Gracemere acompañó a Agnes Barret a casa de los Devonshire poco después de las diez. Llegaron algo temprano, pero no hasta el punto de ser poco elegantes; pasaron una hora recorriendo los salones. Bailaron dos veces; luego un conocido del enfermizo marido de Agnes reclamó su compañía.

-Más tarde, disfrutaré viendo cómo desplumas a tu pichón -dijo ella en voz baja, cuando se separaban.

Sus labios se curvaron en una sonrisa de maliciosa expectativa, y sus pequeños dientes blancos brillaron un instante. Gracemere hizo una reverencia sobre su mano.

-Con un público así, una perspectiva que es deliciosa por sí, se hará más grata aún, señora.

-Espero que también tengas otro público -murmuró ella.

Los ojos claros del conde se entrecerraron con expresión vengativa.

-¿La hermana, también? Sí, señora. Así lo espero. Eso añadirá sabor a la salsa.

-Es de esperar que ella no vuelva a vomitar encima de ti.

La risa suave de Agnes era tan maliciosa como su sonrisa anterior; luego ella se alejó con su compañero.

Gracemere miró alrededor, viendo cómo se iba llenando rápidamente el salón. Todavía no había señales de Sebastian Davenport; cuando vio entrar a Judith con Isobel Henley y su grupo, sus labios se tensaron. Desde el desastre de la calle de Jermyn, él había seguido frecuentándola tan asiduamente como siempre, fuera de la vista de Marcus. Tenía un simple motivo: una dulce señora sería testigo de la caída de su hermano. Judith sufriría, impotente y horrorizada, presenciando la destrucción de su hermano, y el conde extraería cierta satisfacción que compensara la mortificación que ella le había causado. El orgullo de Marcus quedaría por el suelo ante la pública humillación de su cuñado, y Gracemere y Agnes tendrían a Harriet Moretón y su fortuna.

El conde se acercó a Judith.

-Magnífica -murmuró, llevándose su mano a los labios.

Su admiración era auténtica. Las esmeraldas parecían arder en su pelo rojizo y alrededor de su blanca garganta. Su vestido, de tenue gasa dorada sobre una falda de satén color bronce, era sorprendente y poco común y destacaba su pelo a la perfección.

-Adulador -declaró ella, dándole un golpecito en la muñeca con su abanico-. Pero, a decir verdad, milord, no soy inmune a las lisonjas, así que le ruego que continúe.

Él se echó a reír y la condujo a la pista de baile.

-¿No la acompaña su esposo?

-Ay, no -dijo ella, con fingido suspiro-. Tuvo que asistir a una cena del ejército.

-Qué afortunado -una sonrisa apareció en sus labios, y Judith sintió escalofríos-. Tampoco he visto a su hermano.

-Oh, creo que vendrá más tarde -dijo ella-. Fue a cenar con unos amigos.

-Habíamos acordado encontrarnos en la mesa de naipes -dijo el conde, todavía sonriendo-. Estamos en medio de una batalla.

-Sí; Sebastian me lo ha contado. Un duelo de séptimo -se echó a reír-. Le advierto, Bernard; esta noche Sebastian está decidido a ganar. Dice que perdió demasiado la noche pasada, y debe recuperarse de sus pérdidas para no quedar completamente acabado.

Rió con ganas, como si la idea fuese absurda; Gracemere dejó escapar una risa de simpatía.

-Estoy ansioso por darle la revancha. ¿Podré atreverme a esperar que su adorable hermana esté a mi lado?

-Bueno; aunque creo, señor, que sería desleal por mi parte favorecer al adversario de mi hermano -dijo, con cierta altivez-. Me mantendré imparcial. Le confieso que me da mucho placer presenciar el combate entre dos jugadores tan diestros -se inclinó hacia él y dijo con cierto aire culpable-: Sin embargo, creo que usted lleva las de ganar, Bernard.

-Ahora es usted quien adula, señora -dijo Gracemere, con mal disimulada burla.

Por fortuna, Judith no dio la impresión de haberla captado.

-Pero usted ganó anoche -señaló ella, muy seria-. Aunque quizá la suerte no fuese favorable a Sebastian. Después de todo, eso también cuenta.

-Oh, claro que sí -coincidió él-. Cuenta muchísimo, mi querida Judith. Esperemos que esta noche la fortuna sonría a su hermano... sólo para equiparar las cosas; ya sabe.

-Sí, por supuesto.

La música cesó, y el conde tuvo que ceder a su compañera a otro bailarín... no sin recordarle su promesa de acudir más tarde a la sala de naipes. Judith accedió, deshaciéndose en sonrisas, y ocupó su lugar en la danza. *Hasta ahora, todo va bien*.

Cuando Sebastian llegó, estaba risueño y de buen humor; saludó a amigos y conocidos, invitó a bailar a las damas menos afortunadas que no tenían compañero atendiendo a un pedido de su anfitriona y bebió grandes cantidades de champaña y, en general, se portó como cualquier otro joven.

Para su alivio, y para mal reprimida desdicha de Harriet, ésta no había sido invitada al baile. Era su primera temporada, y ella era demasiado joven y poco conocida para desplazarse invariablemente en los más elevados círculos. Una vez que Sebastian hiciera pública su pretensión, y el compromiso de ella con el cuñado del marqués de Carrington fuese conocido, eso se modificaría, como había dicho a ella su madre, si bien éste no era un gran consuelo para Harriet, que debía pasar la velada atendiendo a su madre como una buena hija.

Ya era más de medianoche cuando Sebastian y Gracemere se encontraron en la sala de juegos. Judith estaba atenta al momento en que ellos desaparecieran del salón de baile. Habían acordado que ella no haría su aparición junto a la mesa hasta que ellos no hubieran jugado un rato; cuando llegara ese momento, Sebastian habría marcado un sesgo ganador y suponían que Gracemere estaría a punto de recurrir a sus naipes marcados.

Durante casi una hora, ella siguió bailando, sonriendo y conversando. Cenó, bebió champaña y se esforzó por no pensar en lo que estaba ocurriendo en la sala de naipes. Si todo iba de acuerdo con el plan, en ese momento Bernard Melville estaría preguntándose qué le sucedía.

A la una en punto, ella enfiló hacia la sala de juegos. De inmediato, fue evidente para ella que pasaba algo insólito. En la sala había gente jugando a los dados, al faraón, al macao, al basset; allí reinaba un ambiente de distracción. Mucha gente había centrado su atención en una pequeña mesa instalada en un gabinete donde dos hombres jugaban al séptimo.

Judith cruzó el salón.

-He venido a cumplir mi promesa -dijo, alegre.

Gracemere levantó la vista de sus naipes, y ella reconoció la expresión que había en sus ojos. Era la mirada de afiebrada desesperación del hombre atrapado por los naipes.

-Al parecer, la suerte de su hermano se ha dado vuelta -dijo él, y carraspeó.

Judith vio la pila de monedas junto al codo de su hermano. El conde aún no había recurrido a las malas artes. Como al descuido, ella ocupó su lugar detrás de la silla de Gracemere.

El conde tenía la confusa conciencia de que el hombre con quien estaba jugando no era el que él conocía. El rostro de Davenport permanecía impasible, callado la mayor parte del tiempo; cuando hablaba, lo hacía con rítmica precisión. La única parte del cuerpo que movía eran sus largas manos blancas cuando manipulaban los naipes.

Al principio, el conde atribuyó sus pérdidas a los naipes que le habían tocado. Cuando comenzó a pensar que habría algo más que eso, descartó la idea. Había jugado con Sebastian Davenport tan a menudo como para saber qué clase de jugador era. Cierto que, en ocasiones, él le había ganado, asombrándolo, pero hasta los malos jugadores tenían, a veces, rachas de éxito. A medida que las pérdidas de Gracemere aumentaban, empezó a registrar el impacto del ridículo de la situación. Aumentó su postura, convencido que todo volvería a la normalidad en un instante... como siempre sucedía. Lo único que necesitaba era ganar una mano en la que las apuestas fuesen realmente altas; así se recuperaría de sus pérdidas de un solo golpe. Jugó su primera carta marcada con esa convicción. Su juego de manos fue tan bien hecho que Judith no alcanzó a verlo la primera vez, y él logró fuertes ganancias.

Sebastian no se inmutó; se limitó a empujar un gran montón de monedas hacia él. Judith lanzó un gritito de excitación y dijo, en exagerado susurro:

-Oh, bien hecho, señor.

Gracemere no dio señales de haberla oído. Volvió a aumentar su apuesta. A esa altura, la gente comenzó a acercarse a la mesa, atraída por la tensión. Hacía calor; Judith abrió su abanico.

Gracemere empezó a percibir una horrible y desordenada sensación de familiaridad. Esta escena ya había sucedido antes, si bien había una diferencia esencial: ahora él no estaba ganando. Jugaba con empecinada concentración y garabateaba pagarés con tanta frecuencia

como lo había hecho su rival la noche pasada. Empleaba sus naipes marcados, y aun así, no ganaba. En un momento dado, miró enloquecido a su oponente y jugó un corazón que malograría un repique. Sin embargo, Davenport parecía preparado y jugó un diez, conservando el punto de ventaja. ¿Cómo podía ser? No había explicación posible, salvo que su adversario había pasado de ser un novato engreído a ser un jugador de increíble habilidad. Y no sólo habilidad: hacía falta ser mago para contrarrestar las cartas especiales del conde.

Echó una mirada a la mujer que se abanicaba suavemente junto a su hombro. Ella le sonrió animándolo, como si no comprendiese qué le sucedía... como si pensara que por un vez su hermano estaba gozando de una racha de buena suerte.

Él era un fullero. Sabía que necesitaba una sola victoria. Si apostaba todo lo que le quedaba, podría recuperar todo lo perdido y hacer morder el polvo a su oponente.

Al final, George Devereux había puesto en juego las propiedades de la familia en Yorkshire. Bernard Melville sacó otra hoja de papel y escribió su apuesta -la propiedad que había ganado a George Devereux- y la empujó sobre la mesa hacia su adversario. Sebastian le echó un vistazo, luego hizo un montón con lo que había ganado, tanto monedas como documentos, sumó a esto su propio pagaré para equiparar la extraordinaria apuesta de su rival y dejó todo a un costado sobre la mesa. Metió la mano en su bolsillo y, con ademanes deliberados, sacó un anillo de sello grabado. Esta última partida la jugaba por su padre. Su mirada se encontró con la de su hermana, quien hizo un gesto casi imperceptible de afirmación, después deslizó el anillo en su dedo, echó hacia atrás los volantes de las mangas de su camisa, cortó una nueva baraja y comenzó a dar.

Agnes Barret fijó la mirada en el anillo que Sebastian Davenport había puesto en su dedo y tuvo la sensación de que el mundo giraba sobre su eje, en un lento rodar, e ingresaba en una pesadilla increíble. Su sensación del peligro que se corporizaba en ese anillo fue tan fuerte que quiso gritar una advertencia a Bernard, pero de su garganta no salió un solo sonido. Tenía los ojos clavados en la joya: era el anillo de la familia Devereux. Apartó la vista de los largos y esbeltos dedos de Sebastian y miró a su hermana. Durante un segundo, los ojos castaño dorados de Judith se encontraron con la mirada de Agnes, y el impacto de su propio reconocimiento dejó atónita a la mujer por su fuerza primitiva y vital. Con horrorizada desesperación, se preguntó cómo había sido posible que no lo viese antes... por qué le había fallado el esencial instinto maternal para reconocer a los hijos que ella no veía desde que eran criaturas de pecho.

Marcus Devlin, marqués de Carrington, estaba en la entrada del salón de juegos. El bisbiseo de la atenta multitud que rodeaba a los jugadores era tan bajo que parecía casi subliminal. Él pudo ver en medio de la gente. Pudo ver a su esposa, observar el firme, deliberado movimiento de su abanico. Sabía qué estaba haciendo ella. Los hermanos Davenport estaban estafando al conde de Gracemere ante los ojos de todo el Londres elegante. Sin entender por qué, supo que no podía hacer nada al respecto. Sólo dejándolos al descubierto podría detener aquello.

Fríamente, sintiéndose abyectamente cobarde, deseó que su velada no hubiese terminado tan temprano o haber vuelto a su casa directamente desde el Horseguard's Parade, en lugar de dejarse llevar por la tentación de acompañar a su esposa. Apesadumbrado, deseó haberse evitado este conocimiento, porque no sabía qué hacer con él. Era un conocimiento que destruía el amor... que tornaba imposible cualquier clase de confianza en la que se basan el amor y el matrimonio.

En el instante en que la propiedad Devereux volvió a manos de su legítimo heredero, Agnes Barret comprendió todo. Bernard Melville había sido derrotado con su propio juego por los hijos del hombre al que había destruido veinte años atrás. Ella no sabía cómo lo habían hecho, pero sabía que ambos hermanos trabajaban juntos. Los estúpidos, los novatos, los simplones habían estado preparando este momento desde el día en que pisaran Londres.

Una rabia loca, impotente subió a su garganta al ver la expresión estupefacta de incomprensión de Bernard cuando perdió la última mano. La mirada de Agnes se elevó otra

vez hacia el rostro de su hija, de pie detrás de él. La mirada de Judith se encontró con la de ella... se encontró y vio en Agnes la furia enloquecida, el fondo de una ira vengadora. Y en los ojos de Judith había una fría expresión de triunfo, que igualaba y superaba esa ira vengadora. Agnes dejó caer su copa de vino. Sus dedos repentinamente laxos no la sostuvieron y se estrelló en el parquet, a sus pies, salpicando gotas de color rubí.

El sordo murmullo se hizo más fuerte. Desesperado, Gracemere trató de controlar sus desordenados pensamientos. Había una sola posibilidad de salvar todo. Hacía veinte años, había puesto un naipe marcado en la mano de su oponente, y George Devereux había quedado deshonrado y destruido. Si ahora podía hacer lo mismo, exponer públicamente a su adversario en este momento, recuperaría lo perdido. A un tramposo no se le permitiría conservar sus sucias ganancias.

Ahora creció su esperanza y se disipó su confusión, al mismo tiempo que sus pensamientos adoptaban una helada claridad.

-Bien jugado, Davenport -dijo el conde, en medio de un tenso silencio, mientras sacudía levemente su manga para ocultar un naipe.

Judith cerró de golpe su abanico.

-¿No le importaría que le echara un vistazo a...?

Antes de que pudiese terminar la pregunta, antes que su mano llegara a rozar las cartas que su rival tenía sobre la mesa -para quitar y sustituir-, Sebastian Davenport habló y sus palabras provocaron una arcada de náuseas en las entrañas del conde y llenaron su boca de bilis.

-Permítame -dijo el hijo de George Devereux, aferrando la muñeca extendida de su rival-. Permítame, milord.

En ese momento, Marcus se movió. Se abrió paso a empellones entre la gente, y llegó junto a su esposa. No dijo nada, se limitó a sujetarle el codo y apoyarle los nudillos en la cintura, empujándola hacia adelante y alejándola de la mesa.

Ella no había advertido la presencia de Marcus; cuando alzó la vista y vio la rigidez de su mandíbula, la boca firmemente cerrada, el negro intenso de sus ojos, se dio cuenta de que él lo había visto todo. En ese momento, entendió plenamente qué estaba a punto de perder.

Marcus vio la expresión aturdida de sus ojos... la expresión de alguien que ha estado morando en otro mundo, un mundo de intensa, obsesiva concentración. Siguió impulsándola hacia la puerta, sin hacer caso de la escena que continuaba en la mesa.

-No... -dijo Judith, con voz densa-. Por favor, espera un minuto, nada más... Es preciso que acabemos esto.

La intensidad de su voz baja lo desequilibró; él se detuvo. En el salón, ahora silencioso, la voz de Sebastian sonó fría y firme.

-Quisiera ver la carta que tiene en la mano, milord.

Parecía no haber sangre en los largos dedos de Sebastian mientras apretaban la muñeca de Gracemere, hasta obligarlo a abrir la mano y mostrar el naipe escondido en ella.

Marcus giró lentamente la cabeza, aunque sin soltar a Judith. Atónito, vio que su cuñado extraía el naipe de la mano ahora laxa del conde.

-Qué interesante descubrimiento, Gracemere. Creo que no había visto nada parecido hasta ahora. Harry, ¿te importaría mirar este naipe? -pidió Sebastian.

Judith suspiró; todo su cuerpo pareció relajarse cuando Harry Middleton recibió la carta que le entregaba su amigo. Marcus se preguntó si alguna vez volvería a entender algo. A continuación, con helada ferocidad, decidió que se empeñaría en entenderlo aunque para ello tuviese que torturar a su esposa.

-¡Andando! -ordenó y aumentó la presión de sus nudillos en la cintura de ella.

Judith no protestó más. Ahora debía enfrentar lo que más temía.

Salieron de la casa de los Devonshire sin despedirse y viajaron hasta su casa en un silencio que el temor hacía más pesado. Cuando el carruaje se detuvo, Marcus saltó a la calzada, bajó a Judith antes de que ella pudiese apoyar un pie en el escalón, y la hizo girar delante de él, empujándola hacia los escalones y al interior del vestíbulo, sin dejar de presionar con fuerza sus nudillos en la cintura de ella, convenciéndola de que llevaría la marca de sus nudillos para siempre.

Una vez dentro, ella le lanzó una mirada sombría.

-¿La oficina?

-Eso es.

Sin embargo, todavía no le permitió avanzar por sus propios medios; la llevó casi en el aire por el pasillo.

La hizo entrar y cerró la puerta, con la misma aspereza. Judith tembló, no tan temerosa de lo que él pudiera hacer como de lo que ella había hecho. Cuando la puerta se cerró con un golpe, él la soltó y fue hasta la chimenea, apoyando los hombros en la repisa con expresión lúgubre, y clavó la vista en su mujer, que estaba silenciosa frente a él.

-Ahora, vas a decirme la verdad -dijo él, conciso-. Es posible que, hasta este momento, jamás hayas dicho toda la verdad en tu vida, pero ahora vas a hacerlo. Todo. Con todos los puntos en las íes y sin olvidar una coma, pues, que Dios me ayude, si dejas algo en el tintero, si ocultas algo, lo que sea, no responderé de mí. Y ahora, empieza.

Ésa era la única oportunidad de salvar algo de las ruinas. Pero, en el mejor de los casos, era una posibilidad desesperada. Judith hizo una profunda inspiración, y comenzó por el principio: veinte años antes.

Marcus escuchó inmóvil, callado, hasta que ella calló, y ambos tuvieron la impresión de que el cuarto se cerraba en torno de ellos y el peso de lo dicho por ella era como una carga de plomo que aplastaba la confianza.

-Ahora entiendo por qué tu hermano estaba tan ansioso de que tú y yo hiciéramos las paces -dijo él, hablando lentamente, marcando cada palabra como si el pensamiento se fuera formando mientras hablaba-. Alejada de tu esposo, no habrías sido de mucha utilidad para él, ¿no es verdad?

-No -admitió Judith, pesarosa.

¿Qué defensa podía esgrimir?

-De modo que ambos estaban buscando al perfecto imbécil... ésa sería la palabra exacta, ¿no? El perfecto ingenuo que haría posible una venganza planeada durante tanto tiempo.

Judith negó con la cabeza.

-No, eso no es verdad. Puedo entender que lo pienses, pero no es verdad. Yo no urdí un plan para casarme contigo. Sebastian te dijo la verdad.

Marcus alzó una ceja, escéptico.

-Niega que te he sido muy útil, si puedes.

-No puedo negarlo -dijo ella, desdichada-. Tampoco puedo dejar de comprender que te sientas furioso y herido. Sólo te pido que me creas que no hubo una intención deliberada de usarte.

-Pero no te sentiste capaz de confiar en mí -afirmó él-. Incluso cuando las cosas iban bien entre nosotros. ¿Qué he hecho yo en estas últimas semanas para que me negaras tu confianza, Judith?

Ella volvió a negar con la cabeza.

-Nada... nada... pero, si yo te hubiera dicho qué pensábamos hacer, tú lo habrías impedido, ¿no es así?

-Desde luego; sí -exclamó él, vehemente-. Te habría encerrado y arrojado la llave si ése era el único modo de impedir que mi esposa mancillara mi honor de un modo tan despreciable.

Judith se sonrojó y, por primera vez, cierta vibración reapareció en su voz.

-Gracemere tuvo lo que se merecía. Había estado robándole desvergonzadamente a Sebastian durante semanas. Del mismo modo que había estafado a nuestro padre... lo engañó en el juego y después lo acusó a él de hacer trampa. ¿Acaso serías tú tan pobre de espíritu como para permitir que el hombre que hizo eso a tu padre anduviese libre? ¿No puedes comprender la necesidad de venganza, de justicia, Marcus? Esa fuerza que te motiva y cierra la mente a cualquier otra cosa que no sea la necesidad de vengarse... de recuperar lo robado.

Marcus no respondió a esta apasionada petición. En cambio, preguntó en tono de distante curiosidad:

-Dime, ¿fue pura coincidencia que Morcby me invitara a cenar esta noche?

El color de Judith se intensificó; al ver lo precario de su posición, la abandonó la voluntad de lucha.

-No -confesó, abrumada-. Charlie...

-¿Charlie? ¿Acaso estás diciéndome que has involucrado a mi primo en este engaño... en esta traición?

En su rostro pálido, sus ojos eran dos hoyos negros.

-No exactamente... quiero decir; es verdad que le pedí que consiguiera la invitación, pero no le dije por qué.

Se quedó mirándolo, las manos apretadas contra sus mejillas ardientes, devastada por lo que había dicho, por lo que él tendría derecho a sentir.

Él exhaló un profundo y trémulo suspiro.

-¡Sal de mi vista! No confío en mí mismo, estando cerca de ti.

-Marcus, por favor...

Dio un paso hacia él, y él la rechazó con las manos, alejándola.

-¡Vete!

-Por favor... por favor, trata de entender, de verlo un poco a través de mis ojos -suplicó, incapaz de aceptar su rechazo, aterrorizada pensando que, si lo obedecía, el abismo inmenso que se abría entre ellos se tornaría infinito.

Marcus la aferró por los antebrazos y la sacudió hasta que su cabeza se balanceó atrás y adelante, y ella se sintió descompuesta. Luego, sus manos cayeron como si ella fuese un hierro al rojo o algo tan repugnante que no soportara más su contacto. Ella se quedó aturdida en medio de la habitación frotándose los brazos doloridos, mientras él salía como una exhalación dejando la puerta abierta.

Judith se hundió en un profundo sillón junto al fuego y se acurrucó en él, enroscada sobre sí misma, asolada por intensos espasmos de devastación.

No supo cuánto tiempo estuvo ahí, acurrucada, como un animalillo herido, con sus esmeraldas y su vestido de gasa y satén, hasta que Marcus regresó.

Se plantó ante ella y habló con distante cortesía.

-Si te he hecho daño, lo lamento. Fue sin intención. Ven arriba ahora. Necesitas acostarte.

-Creo que prefiero quedarme aquí, gracias.

Judith oyó en su propia voz la misma rígida cortesía.

Marcus se inclinó, la levantó del sillón y la obligó a ponerse de pie.

-¿Tendré que llevarte a cuestas?

Ella negó con la cabeza y se dirigió a la salida. Ninguno de los dos podría soportar un contacto físico esta noche... por la carga de recuerdos sensuales que empapaban ese contacto.

Ella caminó delante de él, subió la escalera y entró en su cuarto. Marcus giró y entró en el suyo.

30

Judith permaneció despierta hasta el amanecer. Sus ojos fijos en el baldaquín que cubría la cama, los párpados abiertos como si estuvieran sujetos por palillos, los globos oculares hundidos y secos como guisantes marchitos. A pesar de la fatiga física que la consumía hasta la médula de los huesos y del total agotamiento emocional, no podía imaginar siquiera la posibilidad de dormir. Yacía en la cama con los miembros flojos, las mantas estiradas hasta el mentón, el cuerpo perfectamente alineado sobre el colchón, sintiendo el palpitar de las magulladuras en sus brazos, donde Marcus la había apretado y sacudido, como si fueran las únicas partes vivas de su ser.

Sin embargo, habría debido sentir una sensación de tarea cumplida; el largo camino de la venganza había sido recorrido. Sebastian estaba en posesión de lo que le correspondía por nacimiento y él podría enmendar cualquier depredación que el libertinaje de Gracemere hubiese dejado en la propiedad. George Devereux estaba vengado; sus hijos tenían un lugar en el mundo del que él había sido expulsado.

Ella habría debido tener una sensación de deber cumplido, de satisfacción. Pero sólo sentía vacío. Allí donde debía haber ganancias, ella sólo veía la más grande de las pérdidas. ¿Qué precio tenía la venganza, comparado con la pérdida del amor? Ella había tratado de tener las dos cosas; sólo le quedaban cenizas en el viento.

A menos que pensara en Sebastian, se recordó a sí misma. Ahora, Sebastian podría tener el amor de Harriet, puesto que tenía algo para ofrecerle. Sebastian podría retirarse al campo y hacer realidad sus bucólicos sueños. ¿Y ella...?

Lo único que podía hacer por Marcus era salirse de su vida con la mayor elegancia que le fuera posible. No había impedimento legal para su desaparición de la escena. Se lo haría saber en cuanto pudiese. Tras tan melancólica decisión, intentó dormirse, justo cuando despuntaba el sol.

Despertó a media mañana, llamó a Millie, se levantó y se vistió, rompiendo sólo esporádicamente un obstinado silencio.

-Millie, ¿sabes si el señor está en casa?

-Creo que ha salido después de desayunar, señora -Millie quitó una hilacha de la manga de una chaqueta corta de seda azul y la sostuvo ante ella-. Parece un poco fatigada, milady -observó, preocupada-. Tal vez un poco de rubor le venga bien.

Judith se miró en el espejo. Sus ojos estaban opacos y pesados en el rostro pálido. Movió la cabeza.

-No, creo que sólo empeoraría las cosas.

Se puso una sarta de coral en el cuello y bajó a la sala amarilla.

-El señor Davenport dejó su tarjeta hace una hora, milady-dijo Gregson, acercándose con una bandeja de plata.

-Gracias, Gregson. ¿Podría traerme un poco de café, por favor?

Sebastian le había garabateado una nota en el dorso de la tarjeta: *¿Por qué no me siento jubiloso? Me siento como si hubiese perdido; no parece que hubiera ganado. Ven a mi casa en cuanto puedas. Necesito hablar contigo*.

Judith arrojó la tarjeta al fuego. Sin duda, ella sentiría lo mismo que su hermano, aun sin la catástrofe con Marcus. El exceso de intensidad los había dejado vacíos de todo sentimiento. En ese momento ella necesitaba a Sebastian como jamás lo había necesitado hasta entonces.

-Lady Barret, milady -anunció Gregson, entrando en la habitación con la bandeja del café.

Judith recordó el rostro de Agnes que había visto la noche anterior: una máscara de rabia y odio. El corazón le dio un vuelco; luego sintió como si éste se hubiese ido al fondo del estómago. Abrió la boca para decir a Gregson que no la dejara entrar con cualquier excusa, pero Agnes ya estaba allí, pegada a los talones del mayordomo. Su rostro estaba casi tan pálido como el de Judith.

-Lady Barret -Judith la saludó con un movimiento de cabeza, y su propia voz le sonó débil-. Qué gentil al visitarme. Pon otra taza, Gregson.

-No; no quiero café, gracias -dijo Agnes. No respondió al saludo de Judith; en cambio se paseó por la habitación esperando a que Gregson acabara de servir el café de la señora.

Cuando la puerta se cerró tras el mayordomo, Agnes se volvió y encaró a su hija. Los ojos ardían en su cara, en la que dos manchas de rubor contrastaban violentamente con su palidez.

-Quitémonos los guantes, Judith. Sé qué hicisteis anoche tú y tu hermano, aunque no me doy cuenta de cómo lo habéis conseguido.

-Ah, ¿sí? -Judith, que se esforzaba por mantener la calma, arqueó una ceja-. ¿Qué hicimos?

-De algún modo, entre tú y él, hicisteis trampa a Gracemere -la voz de Agnes tembló, y su palidez se tornó más pronunciada aún. Le temblaban las manos, las apretó para ocultar el temblor-. ¡Lo habéis arruinado!

Su voz era apenas un siseo; la mujer avanzó hacia Judith, que retrocedió, alejándose de la fuerza de su ira vengativa.

-Él habría arruinado a mi hermano, como arruinó a nuestro padre -dijo Judith, con voz trémula.

No tenía sentido negar la verdad ante esta mujer que, de un modo misterioso, lo sabía todo. Sin conciencia de ello, agitó las manos en el aire, como si así pudiera disipar el miasma de maldad que la envolvía.

Agnes echó a reír con un sonido cascado.

-Vuestro padre era un débil y un tonto, a diferencia de ti y de tu hermano. No tenía ni idea de cómo sostenerse... o retener lo que le pertenecía.

Judith clavó la vista en esa mujer. Incluso a pesar del miedo y la rabia, era capaz de reconocer la verdad que había en las palabras de Agnes. Pero siempre había creído que el exilio y la pobreza habían destruido la estabilidad y la fuerza de voluntad de George. Agnes venía a decir que esos rasgos eran anteriores.

-¿Qué sabe usted de mi padre? -preguntó Judith-. ¿Qué puede saber usted de la vida que él llevó?

Agnes rió de nuevo, y Judith se apartó bruscamente de ella.

-Salga de mi casa, lady Barret.

-Me iré cuando haya dicho lo que quería decir, Judith -su voz bajó, hasta ser un susurro, aunque cada palabra vibró con la claridad de un tañido de campana en la silenciosa habitación-. Pagaréis por lo que habéis hecho... tú y tu hermano.

-Ya lo estoy pagando -dijo Judith en voz baja, casi como para sus adentros-. No sabe cuánto -ahora, su voz sonó más fuerte-. Pero ahora mi hermano disfrutará de lo que es suyo por derecho. Sebastian podrá asir su felicidad con ambas manos. Su felicidad y su sitio en el mundo están asegurados.

-Él lo pagará -reiteró Agnes, con una certeza tan fría que provocó nuevos escalofríos en la espalda de Judith.

Ésta no encontró palabras que pudiesen contrarrestar la sensación amenazadora que reinaba en la sala; cuando Gregson abrió la puerta, se volvió con enceguecido alivio hacia esa oportunidad de distracción.

-Lady Devlin, lady Isobel Henley y señora Forsythe.

-Judith, es la comidilla de la ciudad -exclamó Isobel, entrando en el cuarto en un remolino de muselina-. ¡Tu hermano ha dejado en descubierto que el conde de Gracemere es un tramposo!

-Yo me marché antes de medianoche -intervino Cornelia. Tropezó con el borde de la alfombra y recuperó el equilibrio justo antes de caer-. Pero Forsythe no hablaba de otra cosa en la mesa del desayuno. Dice que Gracemere nunca podrá volver a mostrar su cara en sociedad... Oh, le ruego que me perdone, lady Barret. No sabía que estaba aquí.

Bajo la mirada incrédula de Judith, un cambio completo se operó en Agnes. El hielo desapareció de su mirada, a sus mejillas volvió un color normal. Su voz se hizo suave y despreocupada como siempre.

-Como dice lady Isobel, es la comidilla de la ciudad. Estoy segura de que todos vendrán a llamar a su puerta, lady Carrington, para hablarle de su hermano.

-Me pregunto cuánto tiempo haría que el conde venía haciendo trampa -comentó Sally, sentándose junto al fuego-. No puede ser que sólo lo haya hecho anoche, ¿verdad?

-Es poco probable -dijo Judith, tratando de responder con normalidad.

Si Agnes Barret podía comportarse como si no existiera ninguna historia, como si lo que se había dicho en esa habitación jamás se hubiese dicho, ella también lo haría. Llevaba consigo una vida entera fingiendo; entonces pudo exhibir su propia máscara de despreocupación.

-Pero ¿cómo lo supo Sebastian?

-Ha estado jugando con el conde los dos últimos meses -dijo Judith, encogiéndose de hombros y apartando su mirada de Agnes-. Me imagino que se habrá percatado de que había algo raro, antes de anoche.

-La señorita Moretón, milady.

La puerta volvió a abrirse y entró una excitada Harriet.

-Oh, Judith, casi no puedo contenerme... con tantas novedades. ¿Es verdad que Sebastian ha descubierto que el conde de Gracemere hacía trampa? Cómo me hubiese gustado estar ahí.

Entonces, vio a Agnes, y se encogió, sonrojándose intensamente.

-Nunca te ha agradado Gracemere, ¿no es verdad, querida? -comentó Agnes-. De todas maneras, no es bueno gozar con la desgracia ajena.

-Yo no lo llamaría desgracia, señora -dijo Isobel, examinando el plato con dulces que había sobre la bandeja del café-. Cuando un hombre se dispone a hacer daño a otro adrede y es descubierto, no se puede hablar de desgracia.

Al fin se decidió por un trozo de pastel.

Agnes hizo una helada inclinación y se puso a hojear un periódico que había sobre una mesa consola. Cornelia dio un puntapié a Isobel en el tobillo con tan lamentable falta de delicadeza que durante un minuto reinó un incómodo silencio. Luego, Sally lo rompió con su acostumbrado buen talante.

-Por supuesto, es una novedad bastante impresionante. Pero es de suponer que el conde ha tenido una razón de mucho peso para jugar de esa manera. Deudas de una magnitud imposible... ¿qué otra explicación podría caber?

-Tienes razón -dijo Cornelia-. No deberíamos arrojar la primera piedra.

-No -coincidió Sally, pensando en las cuatro mil libras por los rubíes empeñados.

Durante la media hora que siguió parecía que, en efecto, todo Londres llamaría a la puerta de Judith, ansiosos por conocer detalles que no todo el mundo conocía. Judith brindó su hospitalidad, dijo que ella no sabía más que lo que sabía todo el mundo puesto que no había visto a su hermano desde la noche anterior; mientras tanto, su cabeza hervía en conjeturas. ¿Qué venganza estarían tramando Agnes y Gracemere? Esa especulación mantuvo momentáneamente su mente libre de la preocupación con respecto a Marcus aunque no hizo nada por restaurar su equilibrio. Aguardó, impaciente, a que sus invitados se marcharan, para poder ir a ver a Sebastian.

-Judith, debo irme a casa, pues Annie tiene crup -dijo Sally, acercándose a Judith-. Si bien la niñera es muy buena con ella, la pobrecilla se angustia si yo falto durante mucho tiempo.

-Lo siento -Judith recibió esta información con menos atención que de costumbre-. Espero que no sea nada grave.

-No... Judith, ¿te pasa algo? -Sally observó con cuidado a su amiga-. Te noto distraída.

-Nada extraño -repuso Judith, indicando la sala entera con un ademán- después de lo de anoche...

-Supongo que no. ¿Qué ha opinado Marcus?

Aquél era un disparo certero, pues Sally era eficaz cuando se trataba de adivinar los juegos que concernían a los Devlin.

-Ya te diré algo, Sally -dijo Judith sacudiendo la cabeza.

Sally aceptó la negativa con un gesto de asentimiento y un beso compasivo.

-Ah, me olvidaba: Harriet tuvo que marcharse... a cumplir cierto encargo de su madre. Tú estabas muy ocupada conversando, y como ella no quiso interrumpirse, yo le dije que te saludaría de su parte.

-Gracias. Espero que más tarde Sebastian pueda responder a todas sus preguntas.

Judith sonrió, pero su sonrisa era, a todas luces, forzada. Sally le oprimió brevemente la mano y se marchó.

Judith miró en torno y comprobó que Agnes Barret también había hecho un discreto mutis, aunque, en realidad, ella no había esperado que se despidiese.

No bien se hubo marchado la última visita, Judith fue andando hasta la calle de Albemarle. Sebastian estaba esperándola ante la ventana de su casa y fue en persona a abrirle la puerta.

-He estado ocultándome -confesó-. Esta mañana, he visto a Harry Middleton, pero he dicho a Broughton que dijera que yo no estaba.

-Muy prudente de tu parte -dijo su hermana-. Desde media mañana, mi sala ha estado llena de personas que querían saber detalles adicionales; suponían que yo estaba al tanto.

Se quitó los alfileres del sombrero y los guantes.

Sebastian sirvió dos copas de jerez.

-Tienes un aspecto horrible -dijo él, con franqueza-. ¿Qué te sucedió anoche? Yo te busqué con los ojos pero ya te habías marchado.

-Marcus me sacó de allí en el preciso momento en que tú descubrías la trampa de Gracemere.

Sebastian silbó sin ruido.

-¿Estaba allí?

Ella asintió.

-Lo vio todo.

-¿Lo tomó muy mal?

Judith asintió otra vez.

-Muy mal. Tan mal como suponíamos que se pondría si alguna vez lo descubría.

-Lo siento, mi amor -Sebastian abrazó a su hermana, y ella lloró suavemente unos momentos, mientras él le acariciaba el pelo-. Cuando haya tenido ocasión de calmarse y de ver todo con claridad, lo comprenderá. El sabe que tú lo amas. Tendría que ser ciego para no saberlo.

-Yo esperaba que él me amara a mí -dijo ella, acongojada-. Pero, al parecer, es fácil matar el amor. El me desprecia.

Volvió a oír la voz de su marido diciéndole que se marchara... que saliera de su vista, con todo su furioso desprecio.

-Tonterías -replicó su hermano-. Claro que no te desprecia.

-Sí, me desprecia. Pero no hablemos más de eso. Agnes ha estado en mi casa esta mañana.

Le contó lo que Agnes había dicho, y Sebastian la escuchó atentamente.

-No puede hacer nada -dijo, al fin-. Ninguno de ellos puede arreglar esto, Ju. Gracemere tendrá que marcharse de Londres. Ya se ha visto obligado a renunciar a sus clubes, según me ha dicho Harry. Puede irse a vivir al campo o quizás al extranjero. Pero ahora no hay sitio para él en la sociedad... y nunca lo habrá.

-¿Y Agnes?

-Ella ha salido indemne. Puede seguir como hasta ahora.

-Pero sin su amante. Y si su suerte está ligada con la de Gracemere, entonces, la ruina de él será la suya, de un modo u otro.

-O bien termina su relación con Gracemere o bien abandona su lugar en la sociedad y se reúne con él en el exilio. No es una elección fácil. Y ahora, ¿qué haremos con respecto a Marcus?

Judith sacudió la cabeza con aire fatigado.

-No creo que haya algo que se pueda hacer. Yo lo dejaré en cuanto pueda hacerlo decentemente sin sufrir comentarios sarcásticos. Pergeñaremos alguna historia que me quite de su camino, y Marcus quedará libre para volver a casarse o seguir viviendo como lo hacía antes de conocerme.

Ante una perspectiva tan sombría, Sebastian no supo qué decir. Cualquier opción que pudiera ofrecerle sería igual de desdichada, comparada con lo que podría haber sido.

Judith recogió su sombrero y sus guantes.

-Será mejor que vaya a casa. Tal vez Marcus ya haya vuelto.

Caminó de regreso a Berkeley Square y encontró a la doncella de Harriet en su umbral.

-Le ruego que me perdone, milady, pero lady Moretón me ha enviado -la muchacha hizo una reverencia-. Ella pide que envíe usted a la señorita tan pronto como sea posible.

-¿Que la envíe a su casa? -Judith se quedó mirando a la muchacha-. Pero si se marchó hace largo rato -había unos diez minutos andando desde Berkeley Square hasta la calle de Brook-. Ah, pero ella dijo que tenía que cumplir un encargo de lady Moretón. Espero que esté haciéndolo.

-Oh, no, milady -rectificó la muchacha-. La señorita ya había enviado al lacayo a casa con el tónico para la señora.

-Será mejor que entre -dijo Judith.

La muchacha la siguió al interior de la casa.

-Gregson, ¿ha visto usted a la señorita Moretón cuando se marchó, hace ya un buen rato?

-Oh, sí, señora. Salió con lady Barret.

Judith sintió que su rostro se le vaciaba de sangre. Harriet... con Agnes. Volvió a ver esos ojos leonados, brillando con malevolencia; volvió a oír las amenazas proferidas por ella.

Pensó que Harriet podía ser el medio perfecto de venganza sobre Sebastian.

-Diga a su ama que la señorita Moretón se marchó con lady Barret. Estoy segura de que regresará pronto -ordenó a la doncella-. Gregson, envíe a alguien a buscar al señor -su voz era nítida y no revelaba nada del terror que sentía-. Más aun, envíe a toda la gente que sea necesaria. Puede estar en uno de sus clubes, en la taberna Jackson, en casa de alguno de sus amigos... Pero debe encontrarlo inmediatamente.

-¿Debemos transmitirle algún mensaje, señora?

-Sencillamente que es necesario en su casa cuanto antes.

Judith subió a su sala. Cuando estuvo sola, comenzó a pasearse agitadamente por el cuarto, llena de una sensación de impotencia. ¿Qué harían con Harriet? Marcus, que conocía íntimamente a Gracemere, podría tener una idea de sus intenciones. Ella estaba demasiado agitada por la angustia para preocuparse por la manera en que lo enfrentaría después de la odiosa escena de la noche pasada; tampoco pasó por su cabeza que su marido pudiera negarle su ayuda, por muy disgustado que estuviese con su esposa y su cuñado. Marcus no era rencoroso. Con mucha dificultad, ella resistió a la tentación de enviarle un recado a Sebastian. ¿Qué podría hacer él, más que compartir su impotencia y su miedo?

Marcus estaba en el salón para caballeros de Jackson, cuando uno de los criados dio con él. Desnudo hasta la cintura, sudando a mares, intentaba exorcizar su desdicha y su decepción golpeando violentamente un saco de arena.

No había pasado la noche mejor que Judith, pero lo más agudo de su dolor se había calmado y ciertos elementos racionales comenzaban a dar un poco de luz en su oscuridad. Podía oír claramente la voz de su mujer pidiéndole que comprendiera el poderoso impulso de la sed de venganza. Él conocía ese impulso. En otra ocasión, había sido dominado por su acicate... y también con Gracemere. La venganza que se habían cobrado Judith y Sebastian tenía un aspecto de legitimidad. Sin embargo, no podía conformarse con la idea de que había sido usado. Si ella hubiese confiado en él...

Pero ¿cómo podía haberlo hecho? Él la habría detenido. Por mucho que simpatizara con la situación de su cuñado, con la ruina del padre de Judith, jamás habría permitido que ella hiciera lo que había hecho. Y, según la visión del mundo que tenía Judith, la destrucción de Bernard Melville era fundamental. Nada podía tener prioridad hasta que eso no hubiese sido ejecutado... ni siquiera su marido. ¿Tenía él derecho de creer que ella habría abandonado el imperativo más potente de su vida y de la de su hermano, sólo porque él había entrado en escena? El vínculo que ella tenía con su hermano era demasiado complejo y demasiado fuerte para que pudieran cortarlo los débiles lazos de la pasión... de la lujuria y de un amor en ciernes.

Si bien él no aprobaba lo que ella había hecho, lo comprendía. Y de la comprensión podría surgir la aceptación...

-Milord, uno de sus hombres ha traído un mensaje para usted.

Marcus tomó una toalla y se secó la cara.

-¿Algo para mí, Jackson?

-Sí, milord.

Jackson señaló al muchacho vestido con la librea de los Carrington; estaba en el extremo más alejado de la habitación, contemplando con ojos asombrados a los hombres que boxeaban.

-¿Qué diablos será? -Marcus indicó al muchacho que se acercara, y éste trotó hasta él mientras el mensaje brotaba de sus labios-. Su señoría quiere que usted regrese cuanto antes a su casa.

-¡Su señoría!

El corazón de Marcus dio un vuelco. Tendría que pasar algo grave para que Judith enviase a buscarlo con tanta urgencia.

-¿Está bien la señora? -preguntó, secándose la cabeza empapada en sudor.

-Sí, milord -dijo el hombre-. Eso creo, milord. Gregson dijo que todos debíamos salir a buscarlo a usted por todo Londres.

-¿Todos?

-Sí, señor. Somos seis.

-Vuelve a Berkeley Square y di que estoy en camino -ordenó Marcus sin demoras, luego fue hacia el vestuario mientras su corazón se encogía.

Si Judith estaba bien y sana, eso era lo más importante. Estaba seguro de que ella no habría mandado a alguien a recorrer todo Londres sólo para decirle que lo abandonaba... aunque, conociendo a su lince, tal vez él no debía ser tan confiado. Hasta el momento, nunca había podido estar un paso por delante de ella. ¿Por qué supondría que ahora sí podría?

Se vistió de prisa y tomó un coche de alquiler para ir a su casa. Gregson ya había abierto la puerta mientras él subía corriendo los escalones.

-¿Su señoría...?

-En la sala amarilla, milord.

Subió los peldaños de dos en dos.

-Judith, ¿qué sucede? -la pregunta había acudido a sus labios antes de haber abierto la puerta. El rostro blanco y los ojos angustiados de su mujer le hicieron detenerse en el umbral-. ¿Qué sucede?

-Harriet -dijo ella, humedeciéndose los labios. Quería correr hacia él, pero el recuerdo de la noche pasada estaba demasiado fresco-. Creo que Agnes y Gracemere la han secuestrado.

Él cerró los ojos un instante. Ni siquiera quería volver a oír otra vez el nombre de Gracemere. Ni su antiguo enemigo ni Agnes Barret le interesaban en absoluto. Si quería volver a unir los fragmentos de su matrimonio, tendría que confinar a Bernard Melville, conde de Gracemere, en las fosas del infierno. Entonces, vio a Martha como la había visto aquella mañana, diez años atrás, en cuclillas en un rincón del cuarto, con el rostro magullado, sus ojos cegados por las lágrimas, su boca emitiendo quedos sollozos, mientras ella misma se acunaba, tratando de aliviar su dolor. Un hombre que ya había violado una vez volvería a hacerlo.

-Dime todo lo que sepas.

Judith lo hizo; descubrió que le era imposible aquietar sus pensamientos y presentar los hechos a la serena atención de Marcus en lugar de sus propias impresiones.

-Estoy muy asustada -dijo ella, al fin-. Siempre he percibido la maldad en ellos. ¿Qué harán con Harriet, Marcus?

Marcus pensó de prisa. No tenía sentido exacerbar los temores de Judith. Más tarde, cuando todo hubiese terminado, él podría decirle la verdad con respecto a Gracemere y a Martha. Pero, por ahora, debía ocuparse de impedir la violación de otra inocente. Tenía que llegar a tiempo. Ya había fracasado una vez; no volvería a suceder.

De pronto, habló con tanta precisión y claridad que Judith se amedrentó al ver la furia y la decisión en sus ojos.

-No permitiré que Harriet sufra ningún daño. Esto es entre Gracemere y yo. Tú no dirás nada a nadie y te quedarás aquí hasta que yo regrese. Tú y tu hermano no tendrán que involucrarse en esto. No toleraré ninguna intromisión. ¿Me entiendes?

-Entiendo -dijo Judith, mientras él salía de la habitación.

Lo entiendo pero no lo acepto.

31

Judith subió la escalera corriendo, se echó una capa sobre los hombros, metió su pistola y un pesado bolso en el bolsillo y salió de la casa por la puerta cristalera de la oficina.

El coche de Marcus estaba saliendo de los establos cuando ella atravesó el patio adoquinado. Se cubrió la cabeza con la capucha de la capa, siguió al carruaje hasta el parque y después detuvo a un coche de alquiler que pasaba.

-Espere en la esquina, y después, cuando el conductor tome las riendas, siga a ese carrocín -ordenó al cochero, entregándole una guinea.

El hombre se tocó la frente, en señal de obediencia.

-Usted quiere que el tipo no se entere de que lo seguimos, ¿verdad, señora?

-Eso es; si puede evitarlo -respondió ella, subió al interior. Espió por una abertura de la banda de cuero que cubría la ventana y vio a Marcus cuando salía de la casa y montaba en su carrocín. Ella dijo en voz baja al cochero-: Hay otras dos guineas si no lo pierde de vista y si él no se entera de que lo seguimos.

-¡Muy bien!

El cochero hizo restallar el látigo y el vehículo se precipitó hacia delante. Judith se acomodó en el asiento y aspiró en bocanadas breves el aire rancio. El anterior ocupante del vehículo habría comido cebollas crudas y fumado un tabaco particularmente pestilente.

En ningún momento, Marcus miró hacia atrás. Conducía velozmente en medio de la ciudad, por la carretera del norte en dirección a Hampstead Heath. Era un trayecto que él ya había recorrido una vez con la misma urgencia, consumido por la misma furia desesperada. ¿Cuánto tiempo haría que Gracemere estaba con la muchacha? Cuatro horas, como máximo. ¿Estaría Agnes Barret con él? Ya que ella había conseguido a la muchacha, ¿ayudaría a sujetarla? Ante los ojos de su imaginación se sucedían repugnantes imágenes.

La diligencia de Reading avanzaba pesadamente por la carretera, hacia él; el postillón soplando su cuerno. El postillón se aferró a un costado de la caja y cerró con fuerza los ojos al ver que el carrocín no aminoraba su velocidad. Los vehículos pasaron a menos de un centímetro.

-¡El Señor tenga piedad! -gritó el cochero a su pasajera-. Eso es conducir. Apostaría a que ni siquiera se raspó la pintura. Este amigo suyo lleva mucha prisa.

Judith se aferró a la correa mientras el coche se balanceaba y se tambaleaba por el camino lleno de baches, tratando de no perder de vista al carrocín. Con un poco de retraso, ella pensó que en realidad no tenía la menor idea de la distancia que recorrería Marcus. Podría ir a cualquier sitio: Reading, Oxford... Hasta a un sitio fuera del alcance de un coche alquilado en Londres. Pero ¿cómo sabía él adonde habría ido Gracemere?

El camino serpenteaba entre brezales, y ella se asomó por la ventanilla.

-¿Todavía puede verlo?

-Sí, acaba de girar en la encrucijada. Supongo que se dirige a Green Man -respondió el cochero, a gritos-. Es el único lugar que hay por aquí. A la gente no le agrada mucho vivir demasiado cerca del patíbulo.

-Me imagino.

Judith volvió al fétido interior del coche, apartando la vista del cadáver que se hamacaba en la horca, cuando el coche giró a la izquierda en un cruce de caminos.

Marcus se detuvo en el patio de una posada oscura y destartalada, que llevaba en su frente un chirriante cartel del Green Man. Él se apeó de un salto, arrojando las riendas a un niño que se escarbaba la nariz junto al muro y entró en la casa de techo a dos aguas, bajando la cabeza para eludir el bajo dintel. Llevaba su fusta flojamente en una mano.

Hasta él llegaron voces desde el comedor a la izquierda del vestíbulo y el olor de verduras hirviendo que salía de la cocina en el fondo, mezclado todo con la pestilencia de la cerveza rancia. El posadero llegó de prisa limpiándose las manos en un mugriento delantal. Al ver a su visitante, sus ojos se dilataron y sintió que los años rodaban hacia atrás.

-Ah, Winkler; veo que todavía sigue con su negocio -comentó el marqués, con un tono placentero que no tenía nada que ver con su expresión-. Me asombra que los detectives de Scotland Yard todavía no lo hayan atrapado.

El posadero removió los pies y miró a Marcus con calculada astucia y cierto grado de aprensión.

-¿Qué puedo hacer por usted, milord?

-Lo mismo que la otra vez -respondió Marcus-. Nada muy exigente, Winkler. Sus... sus huéspedes deben de estar en las habitaciones sobre el establo, como de costumbre, ¿verdad?

El patrón se pasó la lengua por los labios y miró, nervioso, alrededor, como esperando ver a un detective brotando del polvo que había en los rincones del vestíbulo.

-Si usted lo dice, milord...

-Lo digo -confirmó secamente Marcus, girando sobre sus talones-. Ah, y si llegara a oír usted cualquier estrépito indebido, procurará ignorarlo, ¿eh? Conozco bien su sordera, Winkler.

El posadero se enjugó la frente con el delantal.

-Como usted diga, milord.

-Eso es.

Marcus sonrió con aparente afabilidad y volvió a salir. Atravesó el patio que había en el fondo de la posada. El establo era un sólido edificio de ladrillos rojos, en la parte de atrás del patio. Bajo su techo inclinado había dos habitaciones comunicadas entre sí, que estaban disponibles para aquellos que conocían su existencia y estaban en condiciones de pagar generosamente por ellas. Ninguno de sus variados -y generalmente culpables- ocupantes era interrogado, y lo que sucedía en aquellos cuartos sólo lo sabían quienes participaban en esos actos. Hasta el momento, Winkler y sus clientes habían escapado a la atención de la ley.

Antes de entrar, Marcus alzó la vista y observó las ventanas enrejadas que daban hacia el establo. Tenían gruesas cortinas; él no vio en ellas el menor movimiento. Tampoco oyó voces mientras subía lentamente la escalera de madera sumida en la oscuridad del interior. Al llegar al último escalón se detuvo para escuchar atentamente cualquier ruido detrás de la puerta. Su corazón había empezado a latir sordamente, se dio cuenta de que estaba esperando oír los ruidos que había oído en otra ocasión, ante esa puerta, los ruidos que lo habían impulsado a irrumpir en la habitación con la fusta en alto. Pero esta tarde no había llantos ni gemidos. Una silla raspó el suelo de madera, luego, el silencio.

Levantó el pestillo y abrió la puerta de una patada.

Gracemere se levantó de un salto, escupiendo un obsceno juramento, y la silla cayó al suelo con estrépito, a sus espaldas.

-¡Usted!

-Seguramente me esperaba, Gracemere -dijo Marcus-. Debe saber que yo siempre cumplo mis promesas.

Marcus miró alrededor. Las cortinas cubrían apretadamente las ventanas, impidiendo el paso del sol de la tarde. La habitación estaba iluminada por gruesas velas y por el resplandor brillante de la chimenea.

Harriet estaba acurrucada en un banco de madera, junto al fuego. Al oír la voz de Marcus, se incorporó dando un grito y lo miró con expresión extraviada, como si él fuese una aparición. Tenía los ojos hinchados por el llanto, el pelo en desorden y la expresión angustiada, pero Marcus no pudo distinguir en ella señales de violencia. Cruzó rápidamente la habitación.

-¿Te han hecho daño, muchacha?

Harriet tragó saliva, intentó negar con la cabeza y estalló en un torrente de lágrimas, lágrimas que fueron creciendo hasta amenazar convertirse en un ataque de histeria. Marcus no perdió tiempo en tranquilizarla. Se volvió hacia el conde, que permanecía paralizado, atónito.

-Fue una tontería de su parte venir de nuevo aquí, Gracemere, pero las ratas suelen volver a su montón de estiércol -observó él, haciendo restallar la correa del látigo en el suelo. Sus ojos fueron hasta la puerta en la mitad de la pared; desde antes sabía que conectaba con el cuarto de su socia-. ¿Dónde está lady Barret? Me gustaría que ella fuera testigo de los próximos minutos.

El rostro de Gracemere estaba exangüe. Desesperado, miró alrededor y agarró un cuchillo para cortar pan que había sobre la mesa. El látigo de Marcus voló y golpeo los nudillos del conde. Soltó un grito de furia, de miedo, de dolor, y retiró su mano.

Marcus avanzó hacia él sin prisa, sin que sus ojos se apartasen del rostro del otro, con el látigo colgando, flojo, al costado. De pronto, el látigo restalló de nuevo, y su presa saltó hacia atrás. Otra vez la correa silbó, y otra vez Gracemere saltó hacia atrás. Así, Marcus fue tras su presa hasta que el conde quedó acorralado contra un pesado armario.

-Ahora... -dijo Marcus con voz suave-. Ahora, empecemos de verdad, señor.

-Sí, milord, empecemos de verdad -Agnes Barret estaba en el vano de la puerta que comunicaba ambos cuartos. Empuñaba una pistola de pedernal que parecía utilizable con la que apuntaba directamente al marqués-. Entregue el látigo a Gracemere. Creo que a él le gustaría usarlo.

El conde rió entre dientes y extendió su mano.

-No crea que no voy a disparar, Carrington -dijo Agnes, con tensa sonrisa-. Pero no quiero matarlo. Las consecuencias de su muerte serían un tanto difíciles de eludir, pero le voy a disparar a las rodillas. Cuando usted recupere el sentido y pueda arrastrarse escalera abajo, los tres estaremos lejos.

Harriet gritó, y Gracemere arrebató el látigo a Marcus.

En el interior de la posada, el posadero luchaba por respirar mientras el cochero le apretaba su bufanda a cuadros en el cuello, y le preguntaba por segunda vez:

-¿Dónde encontraremos al caballero, amigo?

-Quizá no pueda hablar -insinuó Judith, al ver que el posadero se agitaba desesperadamente, medio asfixiado por el cochero-. Está apretando demasiado.

El cochero aflojó un poco, y el señor Winkler hizo un ademán, señalando hacia fuera, y dijo con voz ronca pero clara: «el establo». Su expresión indicaba a las claras que ya no tenía el menor interés en proteger la intimidad de sus clientes, y que estaría dispuesto a revelar cualquier secreto de su casa y de sus huéspedes; incluso los que no le pidieran.

-Quédese aquí y vigílelo -indicó Judith al cochero, sacando la pistola de su bolsillo-. Si acaso lo necesitara, lo llamaré.

-Muy bien, señora -dijo el cochero-. Está preparada con ese chisme, ¿eh?

-Bien preparada -respondió Judith.

Se recogió la falda y corrió hacia el establo, sin tener la menor idea de lo que podría encontrar allí. En el interior penumbroso, que olía a estiércol, se detuvo y miró en torno. Entonces, oyó el grito de Harriet y el restallar de un látigo.

Se precipitó hacia la escalera, tropezó, se enderezó, y abrió de par en par la puerta que estaba arriba. Sus ojos, acostumbrados a observar y asimilar, simultáneamente, media docena de naipes, captaron al instante la escena. Agnes Barret apuntaba a Marcus con una pistola; los dos hombres forcejeando por el látigo; Harriet, paralizada y muda por el horror.

Judith no se detuvo a reflexionar. Disparó su pistola y el arma saltó de la mano de Agnes, quien se quedó mirando la mano donde había estado la pistola. La sangre manaba de la carne herida y goteaba sobre el suelo.

-¡Dios querido de los Cielos! -exhaló Marcus, arrebatando el látigo de la mano ahora floja de Gracemere. Judith cruzó corriendo el cuarto para apoderarse de la pistola caída. Apuntó con ella a Gracemere y miró bien a Marcus por primera vez.

-Tienes buena puntería -comentó éste-. Aunque no sé por qué me sorprendo.

Judith no consideró necesario responder y dirigió su mirada hacia el banco donde estaba Harriet, con expresión estupefacta.

-Harriet...

-Está asustada, pero no ha sufrido ningún daño grave -dijo Marcus-. Sin embargo ahora sólo me interesa saber qué demonios estás haciendo tú aquí.

Sacó su pañuelo y se acercó a Agnes, que continuaba mirando la sangre que brotaba de su mano, sin poder creerlo aún.

-Al parecer, es un hecho afortunado que yo esté aquí -respondió Judith, con cierta sequedad-. No esperarías que yo dejaría que resolvieras este asunto tú solo, ¿no?

-Yo pensé que había dejado perfectamente claro que eso era, ni más ni menos, lo que esperaba.

Tomó la mano de Agnes y vendó la herida con su pañuelo.

-Pero yo te amo -exclamó Judith, con un dejo de exasperación-. No podía quedarme ajena cuando era posible que tú resultaras herido.

Marcus alzó la vista del vendaje que estaba haciendo y una sonrisa asomó a sus ojos, una sonrisa que se extendió lentamente por toda su cara.

-No; debo creer que no podías -dijo-. Cuando tú amas, amas con fuerza y para siempre, ¿no es así, lince?

-¿Y tú?

Era una pregunta tentativa; ella se sintió como si estuviera al borde de un precipicio; de un lado, la dicha, del otro, la desolación.

-Nunca había amado antes -dijo Marcus, todavía sonriendo-. Pero, al parecer, es una emoción potente y exclusiva.

La desesperación, la ansiedad y la tensión se aflojaron poco a poco en Judith; se sintió vacía de todo, salvo un hondo alivio y un manantial de amorosa calidez. Todo se arreglaría. No había perdido a Marcus ni su amor.

-¿Y el perdón? -preguntó-. ¿Puede ser que el amor incluya eso?

-Parecería que lo promueve -dijo él, haciendo un nudo en el pañuelo-. ¿Está cómoda así, lady Barret?

-Yo no usaría la palabra cómoda -replicó Agnes. Dirigió la vista a Judith y una extraña sonrisa contrajo sus labios-. Debo decir, Charlotte, para haber sido dos bebés tan llorones, tú y Peter han resultado algo inesperado. ¿Qué puede haber hecho George, me pregunto, para haber dado a sus hijos tanta fuerza de carácter?

Gracemere se precipitó hacia el banco, junto a la medrosa Harriet, y se echó a reír con un sonido inquietante totalmente despojado de alegría.

Judith miró fijamente a Agnes.

-¿Qué quiere decir?

Sin embargo, ella lo sabía. Siempre lo había sabido. Sólo que el conocimiento había estado en su sangre, sus huesos y en sus nervios, en las hebras de un instinto primitivo, de ninguna manera expresado en palabras concretas que hablaran de verdades absolutas.

-¿No lo adivinas, mi pequeña? -dijo Agnes, manifestando en su voz una nota de burla-. Pero sí, ya veo que sí. Es curioso, pero eres una hija que vale la pena. Yo no esperaba que los hijos de George tuvieran algo de sangre en sus venas.

-Yo creía que habías muerto -dijo Judith, con voz hueca.

-Alice Devereux murió -dijo Agnes-. Murió muy útilmente en un convento, en alguna parte. Más tarde, como ves, se levantó de nuevo.

Pasó la mano sana por su cuerpo, a modo de irónica demostración.

-¿Marcus...? -dijo Judith, con tono vacilante, buscándolo con los ojos, y su mano libre se extendió hacia él en temerosa súplica.

-Aquí estoy -respondió él suavemente, tomándole la mano y oprimiéndola un poco, mientras Agnes continuaba hablando.

-Tu padre era tan ciego... Nunca supo... nunca adivinó que Gracemere y yo éramos amantes desde la adolescencia. Como no teníamos dónde caernos muertos, uno de nosotros debía casarse por dinero. Pero las cosas no han resultado como las planeamos. A la larga, tuvimos que librarnos de George.

Ella hablaba en voz baja, sosteniendo su mano vendada, casi como si no tuviera conciencia de quienes la oían.

-Él se interponía en nuestro camino, siempre estaba pidiendo... y haciendo protestas de amor. No me dejaba en paz. Hacía imposible que me relacionara con Gracemere, como tenía que ser. Además, llegó Peter, después tú, diez meses más tarde, por el amor de Dios. Tenía que alejarme de él.

Judith sintió náuseas pero era incapaz de moverse o interrumpir, como si fuera una mosca enganchada en una telaraña. Seguía con la vista fija en su madre, que continuaba su explicación, dando por segura una comprensión compartida de los hechos.

-Debes entender que no podía abandonar sin más a tu padre; si lo dejaba seguiría siendo tan pobre como si no me hubiese casado con él ¿Qué podíamos hacer? -era una pregunta auténtica-. Por eso, Gracemere le quitó su propiedad. Hicimos lo que era necesario hacer.

-Por supuesto, Sebastian y yo nos habríamos interpuesto en tu camino -se oyó decir Judith-. Era impensable que quisieras estar limitada por un par de crios al comenzar tu nueva vida.

Agnes sacudió la cabeza, impaciente.

-Yo nunca había querido tener hijos, pero George insistía. Si él decidió llevaros consigo cuando se marchó, ¿por qué habría de importarme?

-Claro, ¿por qué? -confirmó Judith, remota-. Puedo entenderlo.

Ella sacudió la cabeza como para despejarla de las telarañas de la confusión. En cierto modo, toda esa historia no tenía nada que ver con ella, aunque no pudiese determinar cómo ni por qué era así.

-Parecería que la historia ha completado el círculo, señora -dijo Marcus, en medio del silencio, sin soltar todavía la mano de Judith-. Sus hijos los han arruinado, a usted y a su amante, tan completamente como su amante y usted arruinaron al padre de ellos. Sin duda, captará usted la armoniosa simetría de la historia.

En ese momento le resultó claro que aquello era lo más justo. Escuchando la maldad de esa mujer, que por una pasión había condenado a sus hijos a una vida de descastados, sintió

satisfacción por lo que Judith y su hermano habían logrado. La venganza era un imperativo antiguo y salvaje.

-Pero mi madre no tiene por qué quedar arruinada. Quizá prefiera quedarse con su actual marido, en Londres -sugirió Judith, con una sonrisa filosa, y la voz dura-. Estoy segura de que Sebastian, o más bien Peter, y yo querríamos llegar a conocerla como es debido.

Agnes contempló a su hija con un atisbo de respeto.

-Dudo de que éste sea un proyecto atractivo. Además, querida, no volverás a verme. Tienes que despedirme de tu hermano.

Se volvió y salió por la puerta de comunicación. Gracemere se puso de pie, hizo una burlona reverencia a Judith y siguió a su amante.

Harriet gimió:

-No entiendo...

-No, cómo es posible que entiendas -dijo Judith-. Qué momentos terribles habrás pasado, cariño. Abajo hay un coche de alquiler. El cochero es de toda confianza; él te llevará rápidamente a la calle de Brook. Es más, yo te acompañaré...

-No, no irás -interrumpió Marcus-. No quiero volver a perderte de vista. Ven, Harriet -alzó en brazos a la estupefacta muchacha, que se abandonó en ellos bañada en lágrimas-. Te pondré en el coche y ordenaré al cochero que te lleve a la casa de Sebastian. Creo que hallarás más consuelo en la compañía de él que en la de tu madre; además, él sabrá mejor cómo explicar las cosas a tus padres, que no deben enterarse de la verdad. Los Davenport son buenos para eso -echó a su esposa una mirada severa que, sin embargo, llevaba cierto atisbo de humor-. Espérame aquí hasta que vuelva, Judith.

-Aquí estaré -respondió ella.

Ella se quedó mirando la puerta cerrada que daba a la habitación contigua. ¿Cuánto habría en ella de su madre? ¿Acaso la misma maldad? Sin embargo, sabía que no. La persona que ella era tenía más relación con las circunstancias de su infancia que con la herencia biológica que pudiese haber recibido de Agnes Barret. Al abandonarlos, su madre había brindado a sus hijos el mayor servicio que podía haber prestado. Si ella hubiese seguido estando en las vidas de ellos, lo más probable habría sido que ellos aprendieran a ser tan torcidos como ella.

Judith fue hasta la ventana y vio que Marcus cruzaba el patio con Harriet en brazos. Sentía una curiosa paz, pese a la espantosa revelación de los últimos minutos. Era como si algo se hubiera completado. La última pieza de su pasado había encajado en su lugar. Ella había conocido a su madre y vengado a su padre. Ahora era libre para ser ella misma.

-No me imagino cómo se adaptará Sebastian a vivir con una mujer que se desmaya en medio de una aventura -comentó Marcus cuando regresó-. Después de una vida contigo, mi amor, es imposible imaginarlo.

-Espero que el cambio le resulte grato -dijo Judith-. ¿Cómo supiste que Gracemere estaría aquí?

-Esa es una historia para contarla dentro de un tiempo... mucho tiempo.

Marcus se acercó a Judith, y tomó las manos de ella en las suyas. Sus ojos negros la miraron intensamente.

-¿Cómo te sientes después de todo esto?

-Al principio fue una sacudida pero ahora me parece irrelevante. Ella no es nada para mí -se alzó de hombros-. Es extraño, pero, a decir verdad, no siento ninguna relación con ella, en absoluto. Más aun, ahora que sé quién es y qué es, se me ha quitado un gran peso de encima. Ella estaba perturbándome desde que la conocí. Ahora que sé la causa, siento un gran alivio.

Marcus asintió con la cabeza.

-Ella no es nada para ti. Ahora podemos dejar todo esto atrás y empezar de nuevo.

Judith se mordió el labio.

-Sí; bueno, hay una cosa más...

-Oh, no -gimió Marcus, dejando caer las manos-. Ya está bien, Judith; por favor.

-No pensaba decírtelo...

-¡Judith, no me hagas esto!

-Tengo que hacerlo -gimió ella-. Si tú no te hubieses enterado de lo de Gracemere y todo este embrollo, yo no habría abierto la boca. Sebastian me había dicho que no tenía importancia, porque nosotros creábamos nuestras propias verdades, pero ésta es importante y, como ya conoces una parte, será mejor que también sepas el resto. De hecho, probablemente se te hubiese ocurrido de todos modos, cuando tuvieras tiempo para pensarlo.

Marcus cerró los ojos un instante y dijo con pesada resignación:

-Adelante. ¿Con qué vienes ahora?

Él se acercó al hogar, y se quedó esperando.

-Bueno, es que... verás, no estamos casados -barbotó, retorciéndose las manos.

-¡Qué!

-Judith Davenport no existe; Sebastian Davenport tampoco. Cuando estuvimos en la iglesia no lo pensé; ¿por qué habría de hacerlo? Fue después, cuando miré el registro. Nosotros somos Devereux... Aunque yo no recuerdo que nadie me llamara Charlotte, pero...

Ella calló cuando vio la comprensión reflejada en los ojos de él, pensando que ya había dicho bastante.

Marcus cruzó la habitación en dos zancadas. Sus dedos apresaron una muñeca, se apretaron alrededor de unos huesos frágiles, y tiraron de ella hacia la puerta. Judith tropezó en una laja irregular del umbral, pero él no aflojó el paso y siguió tirando de ella, bajando los inseguros peldaños. Ella iba tras él a los tumbos, su muñeca como esposada, estirada al máximo, hasta que los dos salieron al patio iluminado por el sol. El brillo de la luz, después de la penumbra de arriba, la hizo parpadear.

-Marcus, ¿qué haces? ¿Adonde vamos? -preguntó, agitada.

-Te diré adonde vamos -repuso él, con acento cortante-. Vamos a buscar a un obispo y una licencia especial; vamos a acabar este matrimonio hasta que esté más allá de toda posible duda. Después de lo cual, tengo la intención de ejercer todos mis derechos maritales... incluyendo el empleo de una vara no más gruesa que un dedo. La única cuestión es en qué orden decidiré ejercer esos derechos.

La tomó de la cintura y la arrojó sin ceremonias al interior del coche.

-¿Puedo yo expresar mi opinión? -preguntó Judith, incorporándose para llegar al asiento.

-¡No, no puedes! -él saltó y se sentó junto a ella-. Si tuvieras un grano de sentido común, algo que dudo, te quedarías sentada muy quieta y mantendrías cerrada la boca.

Judith se acomodó en su asiento y se alisó la falda conteniendo el aliento cuando el látigo de él fustigó el cuello de su líder, y el tronco se abalanzó hacia adelante. Siguieron a un ritmo endiablado, galopando entre los brezales. Al llegar al patíbulo, giraron hacia la desierta carretera de postas. Judith examinó el perfil de su compañero con un brillo travieso en la mirada.

-Marcus, estás riendo -afirmó.

-¿De qué diablos podría reír? -preguntó él, sin quitar la vista del camino-. Durante los últimos siete meses, he estado viviendo en pecado con una mujer que ha participado de una ceremonia matrimonial ilegal y que, ¡si las circunstancias no la hubiesen obligado a confesar, tenía toda la intención de dejarme en la ignorancia hasta el último día de mi vida!

-Dicen que la ignorancia es una bendición -insinuó Judith, en absoluto impresionada por la ferocidad de su tono-. De cualquier modo, ¿qué importancia tiene un nombre? -Marcus dejó

escapar un extraño sonido ahogado mientras sus hombros se sacudían-. Sé que estás riendo -insistió ella-. Una vez dijiste que era muy malo reprimir la risa... Estoy segura de que dijiste que podría provocar una apoplejía.

Marcus sofrenó los caballos y condujo el carrocín fuera del camino hasta un grupo de árboles. Detuvo el vehículo al llegar y se volvió hacia Judith. Su expresión maliciosa se intensificó al ver la alegría en los ojos de él.

-Sabía que reías-dijo ella, satisfecha.

El la tomó del mentón.

-Desde el momento en que te conocí he perdido el seso. ¿Qué otra razón habría para permitir que una gata salvaje, temperamental, manipuladora, inescrupulosa me hiciera bailar la danza más loca que hombre alguno ha bailado?

-Por ser un hombre que detesta bailar, lo que dices es un poco incoherente -admitió ella, sonriendo-. Pero a juzgar por mi propia experiencia, uno no elige de quién se enamora. ¿Qué otra razón habría tenido para enamorarme en cuerpo y alma de un déspota tiránico y lleno de humos que insiste en tenerme bajo su pie y sólo está contento cuando dicta la ley para todo aquel que ande por ahí?

-Y a pesar de eso lo amas.

-Oh, sí -exclamó ella, tomándole la muñeca-. Como él ama a una maliciosa aventurera.

-Más allá de toda razón -dijo él en voz suave-. Te amo más allá de toda razón, lince abominable.

Acercó su boca a la de ella y le puso la mano en la cabeza, mientras ella se apretaba contra su cuerpo, y con la lengua buscó la dulzura de su boca, mientras ella bebía, ávida, su sabor y su aroma, la promesa de un futuro sin límites, en el que las lealtades serían sencillas y la confianza absoluta.